Rompiendo las reglas



AKARA WIND

SARAY GALLARDO

Rompiendo las reglas

Akara Wind
Saray Gallardo



Título: Rompiendo las regalas
© 2024, Akara Wind y Saray Gallardo
De la maquetación: 2024 Akara Wind y Saray Gallardo
De la cubierta: 2024, Akara Wind y Saray Gallardo

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para todas aquellas personas que brindan con un mojito
por las cosas bonitas de la vida

Índice

1 – EN PIE DE GUERRA
2 – TIENES UN E-MAIL
3 – INESPERADA ALIANZA
4 – UN CÓCTEL EXPLOSIVO
5 – SIN FÍSICO
6 – EMPIEZA EL JUEGO
7 – ROMPIENDO LAS REGLAS
8 – SALIRSE DEL CAMINO
9 – LA INCERTIDUMBRE QUE TE CONSUME
10 – A DOS BANDAS
11 – ROCKEFELLER CENTER
12 – EL JUEGO DEL DESTINO
13 – LA PIEL EN LLAMAS
14 – BENDITO ERROR
15 – CONFESIONES DE FAMILIA
16 – EL ESLABÓN MÁS DÉBIL
17 – EL PESO SE LA TRAICIÓN
18 – POR ENCIMA DE MI APELLIDO
19 – LA CONFRONTACIÓN
20 – DESPIERTA
21 – LA VERDAD NOS HARÁ LIBRES
22 – SECRETOS
23 – NUEVOS COMIENZOS
24 – UN GRAN EQUIPO
25 – COMO YO LA MIRABA
26 – ATREVERSE A SER FELIZ
EPÍLOGO 1 – Sí, QUIERO
EPÍLOGO 2 – EL KARMA
Agradecimientos
Sobre Akara Wind
Bibliografía a cuatro manos
Bibliografía Akara Wind
Bibliografía de Saray Gallardo



1 – EN PIE DE GUERRA

Brittany

Oigo los pasos amortiguados de mis tacones sobre la suave moqueta que cubre el suelo de la planta cincuenta del mítico edificio Citigroup, situado en el bajo Manhattan.

Miradas que se levantan de las pantallas para verme pasar, dedos que dejan de teclear, cuchicheos… Estoy más que acostumbrada a estas reacciones. Mi familia sale semana sí y semana también en alguna revista sensacionalista, periódico o publicación empresarial, dependiendo de si acudimos a un evento social o si hemos logrado algún contrato importante, así que mi rostro es bastante conocido y supongo que, para los trabajadores de esta compañía, soy como si estuvieran viendo a Angelina Jolie paseando por delante de sus narices. Ojalá no supieran quién soy, mi vida seguramente sería mucho más fácil.

Inhalo con disimulo, no quiero que el asistente personal del director de los New York Yankees note que estoy inquieta. La verdad es que me sorprenden estos nervios; he crecido —bueno, más bien he nacido—, con el sempiterno discurso de mi padre tatuado en el ADN: «Brittany, los Harper somos invencibles, nada puede hacernos temblar el pulso porque, nuestra sola presencia, hace que el resto casi tenga que venerarnos».

—Es aquí, señorita. La están esperando. —El secretario se hace a un lado al abrir la puerta y pone una mano bajo su esternón para que, al inclinarse con una casi imperceptible reverencia, la corbata azul cobalto que lleva no se le mueva ni un milímetro.

El gesto me hace gracia, si lo hubiera visto mi padre hincharía el pecho, torcería el labio con una sonrisa ladeada de suficiencia y me diría: «¿Ves cómo nos idolatran?», y lo haría alzando las cejas y entrecerrando los ojos. Como si lo pudiera estar viendo ahora mismo…

Cabeceo un poco, no sé si en un gesto mecánico que hago para apartarme el flequillo imaginario de los ojos —sé que no se me ha movido de sitio porque en ocasiones como esta, mi peluquera viene a casa para asegurarse de que ni un día de lluvia torrencial pueda deshacerme el peinado que llevo recogido en un moño elegante y muy ejecutivo, todo sea dicho— o para apartar los pensamientos recurrentes sobre mi padre que hoy mi mente se empeña en recrear.

La sala ya está llena de directivos que, ante mi aparición, intercambian miradas, cuchichean entre ellos y se ajustan los trajes. Me quedo de pie, justo después de traspasar la puerta.

—Buenos días, caballeros. Disculpen el retraso. Un pequeño incidente con mi acreditación en la recepción me ha entretenido más de lo necesario. —Utilizo un tono de voz dulce, aunque con un toque de reproche. Estoy segura de que, si en vez de asistir yo a esta reunión, hubiera venido mi padre, el director me hubiera esperado en la puerta para acompañarme él mismo a la sala de juntas.

Todos los ojos se posan sobre mi persona. Todos excepto los de él: Carter Donovan; mi rival. Mi yang. Mi antagónico. Mi más absoluto adversario.

No levanta la cabeza de los papeles que lleva en la mano izquierda, sin embargo, el leve temblor de sus folios lo delata. Le afecta que esté aquí, que sea yo la que va a defender la propuesta para conseguir esta cuenta. Eso y el hecho de que el aire se ha cargado de una tensión

que solo él y yo podemos notar. No es la primera vez que nos pasa, estoy acostumbrada a ello, aunque hoy, me parece distinto. No sé por qué, a la mezcla de expectativas y rivalidades que siempre nos acompañan, se ha sumado un algo más que no logro discernir. Algo que se hace más patente cuando levanta la vista y me mira por debajo de esas cejas pobladas y que tan bien sabe fruncir.

Boom. Choque de energías.

Es como si todos se hubieran esfumado y únicamente estuviéramos él y yo en el epicentro de una tormenta silenciosa.

Carter, con su porte impecable y su sonrisa de labios carnosos y apetecibles. Con esa barba perfectamente descuidada que le define aún más la mandíbula ancha y varonil… Si no fuera porque es un Donovan… Y es justo eso lo que estropea todo lo agradable que es a la vista. Cualquier miembro de esa familia es igual: déspota, ególatra, tirano, engreído. Y él no es la excepción que confirma la regla.

Nos conocemos desde que somos pequeños y nunca, jamás, nos hemos llevado bien. Nuestras familias se odian y nosotros también.

Cuando terminé el instituto creí que me libraría de él en la universidad, pero ni por esas. Carter estudió Economía y Marketing en Columbia. Como yo: misma facultad, misma carrera, mismas asignaturas, mismas clases… En aquella época rivalizábamos por ser el o la mejor de la clase. Ahora, años después, competimos por quedarnos con las cuentas de las mejores marcas, por hacer el mejor anuncio, por ganar el Effie Award.

Algo curioso en nosotros es que nunca, jamás, hasta que empezamos la universidad, y por pura necesidad en algunas asignaturas, nos habíamos dirigido la palabra.

Nuestras familias se han llevado tan mal desde siempre, que hacíamos ver que el otro no existía, nos ignorábamos de forma evidente y descarada. Cada vez más. Ahora, al tener que interactuar por motivos laborales, ya no es posible hacerlo, y cada vez que coincidimos arde Troya. Creo que nos hemos contenido tanto durante tantos años, que ahora nos quiere salir todo cada vez que nos vemos.

Lleva el cabello oscuro perfectamente peinado, y el traje, hecho a medida, le confiere un aire de autoridad que a mí no me impone. Estoy demasiado acostumbrada a las americanas de sastre.

A lo que no me acostumbro es a sus ojos, siempre calculadores, siempre alerta, y con esa mirada tan profunda que… Que nada.

Últimamente, me está costando mucho no pensar en el atractivo de este hombre. Tengo que centrarme más de la cuenta para no fijarme más de lo debido en él. Y eso me enfurece.

Así que pienso en mi pelo rubio, recogido y tirante, en mi traje con falda de tubo —también hecho a medida, no voy a ser menos— y en el primer botón de mi camisa de seda blanca desabrochado. Sofisticación y elegancia por doquier.

Y le gusta lo que ve. Lo noto. Veo cómo las aletas de su nariz se dilatan y el pecho se le mueve. Está apretando las muelas porque los músculos de la mandíbula se le contraen y se le relajan repetidas veces. Sí, «amigo», yo también te afecto.

Hago un esfuerzo titánico para permanecer impasible, y me acerco hasta su posición, desde donde ambos empezaremos con nuestras exposiciones.

—Donovan… ¿Listo para perder de nuevo? —Rompo el silencio con un susurro entre dientes para que el resto de los asistentes a la reunión no escuchen esta afilada conversación que

inicio al pasar por su lado y dejar la cartera sobre la mesa auxiliar, al lado de la pantalla donde proyectaremos las propuestas para la campaña de béisbol que nos jugamos.

Carter levanta una ceja y esboza una sonrisa que no alcanza a sus ojos.

—Siempre tan segura de ti misma, Harper. Aunque me temo que en esta llevas las de perder. Mi propuesta es imbatible —replica—. Y te recuerdo que, esta vez, te mueves en un mundo de hombres. No estarán interesados en tus propuestas llenas de tópicos feministas —escupe con sorna.

Doy un paso hacia delante y acorto la distancia que hay entre los dos.

—¿De verdad? —respondo con tono lastimero y la mirada del gato de Shrek—. En el fondo, me daría pena volver a ganarte, porque, por lo que he oído, tu empresa ha tenido algunos problemas últimamente. Problemas que podrían agravarse si pierdes esta cuenta. ¿Seguro que estás preparado para que eso ocurra?

Carter vuelve a endurecer la mandíbula y resopla por la nariz.

—Eso es un rumor sin fundamento. Y tú, mejor que nadie, deberías saber que, en este negocio, los rumores son moneda corriente —dice entre dientes y con fuego en los ojos.

Si pretende intimidarme, lo lleva claro. Su reacción me da una pista de lo nervioso que está y tengo que aprovechar esa debilidad para machacarlo.

Me inclino un poco hacia él y mantengo la mirada en sus ojos, que brillan con desafío.

—Lo sé. Pero también sé que la percepción es clave en nuestro negocio. Y ahora mismo eres como un libro abierto para mí. —Chasqueo los labios, como si me estuviera retocando el pintalabios, y me giro para centrarme en los clientes, que, poco a poco, han ido tomando asiento mientras manteníamos esta tensa conversación.

Veo que únicamente falta el director y, antes de que nadie pueda añadir una palabra, la puerta de la sala se abre y entran tres hombres encabezados por el CEO, un hombre de mediana edad con una presencia imponente.

—Buenos días a todos —saluda, con voz firme—. Espero que estén listos para impresionarnos.

Carter y yo saludamos a la vez y asentimos al unísono. Esperamos a que el jefe supremo tome asiento y, seguidamente, lo hacemos nosotros en nuestros respectivos lugares.

Cuando me preparé esta reunión, la gerente de publicidad de mi empresa ya me dijo que este hombre era un hueso duro de roer, con lo que hemos estudiado al milímetro esta campaña comercial. Estoy lista. Estoy más que preparada para bordarla. Simplemente tengo que centrarme y no dejar que nadie me distraiga.

La presentación de Carter es la primera. No me opongo a ello. Él ha llegado primero y el *fairplay* le da a él la ventaja de exponer en primer lugar, aunque sé que de todas maneras el orden hubiera sido el mismo.

Me acomodo en mi silla, me ajusto la chaqueta del traje e intento aparentar una calma que no siento. La habitación está llena de ejecutivos expectantes, pero mis ojos están fijos en Carter mientras él se levanta para empezar su exposición.

Desde el primer momento en que empieza a hablar, su voz resuena con una seguridad que, a pesar de todo, me desconcierta. Cada palabra parece seleccionada con sumo cuidado, cada gesto calculado al milímetro. Observo cómo sus manos se mueven con fluidez, acentuando sus puntos con una confianza envidiable. No puedo evitar notar la forma en que la americana se ajusta a sus

hombros, como una mecha de su cabello cae sobre su frente, dándole un aire despreocupado que me exaspera y me atrae al mismo tiempo.

Mientras detalla su estrategia, siento una mezcla de admiración y celos arremolinándose en mi interior. Es frustrante ver cuán efectivo puede ser, cuán cautivadora es su presencia. Cada gráfico que muestra en la pantalla detrás de él está sincronizado a la perfección con su discurso, y los ejecutivos asienten, claramente impresionados. Aprieto los labios, intentando mantener una expresión neutral, pero la fuerza con la que los presiono delata mis verdaderos sentimientos.

De vez en cuando, Carter me lanza una mirada rápida, como si estuviera evaluando mi reacción. Cuando esto ocurre, algo en mi estómago se revuelve. Esos ojos miel, tan intensos y penetrantes, siempre logran desarmarme, aunque nunca lo admitiré en voz alta. Me esfuerzo por mantener la compostura, por no mostrar cuánto profundamente me afecta su mera presencia.

Termina su presentación con una sonrisa segura y hay un aplauso educado por parte de la audiencia. Mi turno está a la vuelta de la esquina y puedo sentir la adrenalina comenzando a correr por mis venas. Mientras él regresa a su asiento, nuestros ojos se encuentran de nuevo y, por un instante, hay una chispa de algo que no puedo definir: rivalidad, admiración, atracción; todo entrelazado en un único vistazo.

Alzo la barbilla, respiro hondo y me preparo para mi momento. Aún sin levantarme, noto cómo el corazón me late con fuerza y mis pensamientos están llenos de la figura de Carter: su voz, sus gestos, su sonrisa. Me cuesta horrores desprenderme de su embrujo. En este instante, más que nunca, sé que esta lucha es mucho más que profesional. Es personal. Y eso hace que todo sea aún más intenso.

Encima, aunque no quiera admitirlo, su propuesta me ha parecido de lo más sólida. Pero eso no significa que me intimide, al contrario. En estas ocasiones es cuando más me crezco, así que me levanto con una sonrisa que espero que sea imperturbable.

—Gracias, Carter —digo con voz firme, girándome hacia los ejecutivos—. Ahora, permítanme mostrarles una visión que no solo capturará la esencia de su marca, sino que también resonará profundamente con su audiencia.

Empiezo a hablar con la misma pasión y convicción, destacando cada punto con precisión. Mis gráficos son audaces, mi estrategia transformadora. Yo también he elegido con sumo cuidado cada frase que pronuncio, pretendo demostrar mi amplio conocimiento de la marca y la habilidad para llevarla a un nuevo nivel.

A medida que avanzo, puedo sentir la tensión en la sala. Noto la mirada de Carter fija en mí, y aunque sé que estamos en lados opuestos, hay una extraña corriente que pasa entre nosotros. Me esfuerzo por no dejar que me distraiga.

—En resumen, mi campaña no garantizará, únicamente, un aumento significativo en su reconocimiento de marca, sino que también establecerá una conexión emocional duradera con sus consumidores. Gracias —finalizo.

Vuelvo a mi asiento, consciente de que he dado lo mejor de mí. Ahora solo queda esperar la decisión.

Se abre el turno de preguntas y cada uno de nosotros responde con eficiencia a las que nos corresponden. La reunión no se demora mucho más.

—Me habéis dejado impresionado. Cuando me dijeron que Harper y Donovan eran las mejores compañías de marketing, no estaban mintiéndome. Me va a costar tomar una decisión —

confiesa el director a la vez que se levanta del asiento—. Os llamaré en breve. Ahora si me disculpáis, debo asistir al comité de finanzas.

Nos levantamos todos a la vez y nos despedimos del jefe máximo. Cuando este sale de la sala, los ejecutivos que quedan van intercambiando comentarios y estrechando manos. Sus rostros muestran satisfacción, pero la decisión aún está en el aire.

Ya no depende de mí y aunque la tensión en mi pecho no ha disminuido, me siento orgullosa de mi desempeño. Carter también está de pie y charla con algunos de los ejecutivos, su sonrisa confiada nunca desaparece.

No son pocas las miradas de apreciación que recibo ni los «enhorabuena» mientras van abandonando la sala. Es una señal positiva, aunque no quiero ilusionarme demasiado.

Cuando la puerta finalmente se cierra detrás del último de ellos, la sala queda en un silencio incómodo. Estamos él y yo, solos, en un espacio demasiado pequeño.

Recojo mis papeles con calma, retrasando el momento de tener que enfrentarlo directamente. No obstante, como siempre, Carter no me da opción. Se acerca, oigo sus pasos resonando firmemente en la sala vacía.

—Buen trabajo, Brittany —me felicita con voz suave pero cargada de una competencia latente.

Levanto la mirada de la mesa y me doy de bruces con sus ojos. Hay una chispa de desafío en su mirada y mi primer instinto es devolvérsela igual de intensa, sin embargo, aflojo, no quiero darle la satisfacción de saber cuánto me irrita.

—Gracias, Carter. —Me esfuerzo por mantener un tono neutral—. Tú también estuviste… decente.

Sonríe, más arrogante que amigable, sin darse por vencido, a pesar del dardo envenenado del final de mi frase.

—Sabes que esto no ha terminado, ¿verdad?

Cruzo los brazos y siento cómo la adrenalina me recorre entera como si fuera un tsunami que arrasa con todo. No me achanto, con Carter siempre me crezco.

—Lo sé. Y no voy a ser yo la que va a perder —sentencio. Levanto el mentón, desafiante, esperando su réplica, pero se queda en silencio y achica los ojos, como si me estuviera evaluando. Luego, da un paso hacia mí e invade mi espacio personal. Mi corazón late con fuerza, pero no cedo terreno. Si esperaba que retrocediera, se ha vuelto a equivocar.

—¿Sabes, Brittany? —dice en un tono bajo y firme—. Esta competencia me hace querer ganarte aún más. —Me sostiene la mirada. Tengo que hacer un esfuerzo titánico para no desviar la mía. Son solo unos segundos, pero podrían ser horas. La tensión entre nosotros es palpable, una rivalidad que arde con intensidad.

Luego, se aparta, como si nada, y empieza a recoger sus cosas con una confianza irritantemente tranquila.

—Nos vemos en la próxima reunión —se despide sin tan siquiera mirarme, dándome a entender que soy insignificante para él.

—Sí —respondo cuando la puerta ya se ha cerrado—, nos vemos.

Dejo escapar un suspiro de frustración. La sala se siente extrañamente vacía sin su presencia, sin embargo, mi determinación se fortalece. Sé que Carter es un rival formidable, pero estoy decidida a vencerlo una vez más. Cueste lo que cueste y caiga quien caiga.



2 – TIENES UN E-MAIL

Carter

El chófer de la empresa me lleva a casa, un ático de lujo en pleno distrito financiero de Manhattan. Sin apenas saludar al portero, me dirijo al ascensor y pulso el botón de la última planta.

En cuanto abro la puerta, se encienden las luces de las estancias principales y me recibe una música suave que suena a través de los altavoces que tengo perfectamente integrados con el resto de la decoración de estilo moderno.

Dejo las llaves sobre el recibidor, me paso la mano por el cabello, revolviendo mi peinado perfecto, y voy directo al mueble bar. Me sirvo un vaso de whisky con hielo y me dejo caer sobre el sofá, mientras observo el río Hudson, con los tonos anaranjados del atardecer cayendo sobre los edificios, dando la bienvenida a una nueva noche. Gracias a la pared de ventanas de vidrio curvado, gozo de unas vistas panorámicas incomparables de las que apenas tengo tiempo para disfrutar. Hoy, sin embargo, me concedo unos minutos solo para mí. Me lo he ganado.

Me aflojo la corbata, que de repente parece apretar un poco más, y remuevo el contenido del vaso para atemperar el líquido antes de dar el primer sorbo. Estoy agotado. Cada nuevo enfrentamiento con Brittany Harper me sume en este estado. Nuestras familias son rivales desde siempre, somos los Lannister y los Stark dentro del mundo empresarial, y aprendí a odiarla incluso antes de conocerla. Es una asignatura obligatoria dentro de la política de los Donovan.

En cada encuentro, que son más de los que me gustaría, por el bien de mi salud mental, nos batimos en duelo. Nuestras armas son una inteligencia superior a la media, un olfato innato para los negocios y una ambición sin límites. Competir contra ella es un aliciente más para intentar ganar a toda costa. Sin embargo, sería mucho más sencillo si mi némesis no me pusiera tan duro.

Sin ir más lejos, en cuanto la he visto llegar hoy, subida con elegancia a esos tacones, que estilizan aún más su figura, segura de sí misma y del poder que su sola presencia ejerce sobre el resto de los mortales, mi subconsciente me ha traicionado, y me he imaginado acallando su soberbia a mordiscos, con mi lengua invadiendo su boca, mientras la empotraba contra la misma mesa sobre la que descansaba mi proyecto. Que la indumentaria escogida para la ocasión fuera un traje de falda hecho a medida que resaltaba su culo perfecto, no ha ayudado. Aborrezco que mis instintos más bajos se olviden del odio visceral que siento por ella y me traicionen.

No he dejado que mi distracción se extendiera más allá de unas milésimas de segundo antes de regresar a lo realmente importante: mi presentación. La he bordado. El problema es que ella también. Ahora, ya no hay nada más que pueda hacer, la decisión está en manos del cliente, y mi familia se juega demasiado en este instante. Si no consigo cerrar ese contrato, estaremos muy jodidos.

Tal y como Harper ha insinuado —aunque jamás admitiré en voz alta que tiene razón—, que el cliente se decante hacia su empresa supondría un varapalo muy importante para la mía. Ha estado a punto de hundirse, aunque solo los principales accionistas saben cómo de grave ha sido

la crisis en realidad. De cara a la galería, hemos conseguido disfrazar bastante bien la verdad. Llevo meses bajándome los pantalones y haciendo unas concesiones impensables para lograr revertir el efecto negativo de un par de inversiones fallidas llevadas a cabo por mi hermano mayor, el supuesto heredero del negocio familiar, cuyo mayor atributo —tal vez el único— es llevar el apellido Donovan. Demasiadas ínfulas de grandeza y poca visión de negocios. Ese nombre a las espaldas no es una salvaguarda, como él cree, sino todo lo contrario, es una carga que no todos pueden soportar ni llevar con orgullo.

Por suerte, supe reaccionar a tiempo, antes de que sus actuaciones supusieran una auténtica debacle para la empresa, aunque esta se ha visto resentida. Me ha costado un quebradero de cabeza y mil discusiones con mi padre convencerlo de que lo que mejor podía hacer con su adorado primogénito era dejarlo como imagen, que sea la cara bonita de nuestro apellido, mientras soy yo quien maneja los hilos a su espalda. Lo he apartado del negocio, he cerrado su boca llenándole los bolsillos sin que tenga que hacer nada más que dejarse ver en eventos públicos. Es tan imbécil que ni siquiera se ha dado cuenta de eso y cree que su papel es primordial e imprescindible.

—Tiene un nuevo mensaje en la bandeja de entrada. —Alexa interrumpe la música momentáneamente.

Resoplo, dejo el vaso sobre la mesita auxiliar y me levanto con pereza para revisar el correo. Seguro que se trata de mi padre, siempre suele usar esta vía de comunicación conmigo, para interesarse por la nueva confrontación con los Harper. No importa que ya tenga treinta y dos años, que él esté a punto de jubilarse y que la dirección de Donovan Media recaiga en un noventa por ciento sobre mis hombros —después de que haya apartado a mi hermano para salvarla—, hay veces en las que me sigue tratando como si todavía fuera un puto crío. Haga lo que haga, nunca es suficiente para él, sin embargo, es incapaz de ver lo inútil que es su hijo mayor. Para él, Christian es perfecto.

Me sorprendo al revisar el ordenador y comprobar que no tengo mensajes nuevos en mi cuenta principal y que el e-mail lo he recibido en la personal, esa que me creé antes incluso de empezar la universidad a partir de una combinación de mis dos nombres y mi apellido: Carter Nathaniel Donovan, y que prácticamente no uso desde que me gradué, ya que mi vida personal y mi día a día confluyen en una única cosa: los negocios.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Viaje de ensueño

Tengo el dedo a punto de clicar el botón de «enviar a la papelera» al creer que se trata de un correo Spam que se ha colado, cuando me suena el móvil. Esta vez sí es mi querido padre.

—¿Sí? —contesto con desgana.

—¿Qué tal, hijo? ¿Has machacado ya a Harper? —se interesa.

Le explico por encima cómo ha ido la reunión, aunque enseguida me interrumpe para soltarme uno de sus discursos motivadores, esos que llevo mamando desde la cuna y que me sé de memoria, y que ya apenas surten efecto en mí. Mientras le contesto de forma automática, con monosílabos perfectamente calculados para ser incluidos en el momento adecuado para que crea que le presto atención, abro el correo que acabo de recibir y me aventuro a leerlo.

Hola, bombón:

Ha habido un contratiempo con el vuelo de mañana y lo han cancelado. He conseguido que me cambien el billete para el siguiente avión, pero no llegaré hasta casi tres horas más tarde de lo previsto.

No hace falta que vengas a buscarme al aeropuerto, puedes esperarme en la tumbona mientras te doras al sol tomando un Bahama Mama*.*

Estoy deseando verte y disfrutar de nuestras merecidas vacaciones, aunque solo sea una escapada de cuatro días.

Nos vemos mañana.

Besos, B

Está claro que el mensaje no es para mí. No tengo a nadie que se refiera a mí con el apelativo de «bombón». Ni siquiera las mujeres que provienen de familias acomodadas y que ven en mí la oportunidad de convertirse en reinas de un gran imperio que creen en auge, se atreverían a usar esa palabra. Además, desconocen que esta cuenta existe. Tampoco tengo planificadas unas vacaciones. Tal y como están las cosas ahora mismo, no me las puedo permitir. Mis únicos viajes son por negocios.

Me despido de mi padre tras confirmar mi asistencia para la comida familiar de mañana. Decido hacer la buena acción del día y respondo a «Burbujeante Bree».

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Re: Viaje de ensueño

Disculpa, «Burbujeante Bree», pero creo que te has equivocado en el destinatario de tu mensaje. Aunque reconozco que no me vendrían mal unas vacaciones, no seré yo el que te esté esperando en el aeropuerto o tomando un cóctel tropical en la playa.

De todas formas, no sé si conoces la existencia de aplicaciones de mensajería instantánea como WhatsApp o Telegram que pueden resultar más efectivas e inmediatas que el correo electrónico para comunicarte con tu «bombón».

PD: Yo soy más de whisky.

Me escudo en el anonimato para concederme la licencia de bromear. La persona que hay al otro lado no sabe quién soy y no está mal, por una vez, no tener que mantener las apariencias y no ser todo lo correcto que estoy acostumbrado a ser. Doy por finalizada nuestra «conversación» y me voy a la ducha.

Mientras el agua caliente resbala por mi espalda y me libera de parte de la tensión de los músculos, repaso mentalmente la exposición de hoy. Hablar con mi padre siempre hace que brote en mí la inseguridad de no ser suficiente para él y rebusco, repitiendo en mi mente palabra por palabra, algún error que sé que no he cometido.

Entre la recreación de la presentación, se cuela la figura de Brittany Harper sin pedir permiso. A pesar de su aparente dulzura y su rostro aniñado, es una auténtica reina de dragones en un mundo de hombres. Su insolencia, el reto mordaz de su mirada desafiante y ese botón de la blusa desabrochado a propósito para provocar.

Expulso su recuerdo antes de que mi cuerpo reaccione más, ignoro esa erección que se ha quedado a medias y, malhumorado, sin saber si se debe a lo cachondo que me pone Harper o a la conversación con mi padre —tal vez sea por ambos motivos—, cierro el grifo.

Con el pelo todavía húmedo y una ropa mucho más cómoda que mis habituales trajes; un pantalón deportivo de color negro y una camiseta básica blanca, preparo algo de cena. Suele ser Rosalyn, la asistenta que se ocupa de que el piso esté impecable durante las horas que meto en la oficina, quien se encarga de dejar la nevera llena, pero, de vez en cuando, me gusta cocinar, me relaja. Y en este instante, lo necesito. Además, no se me da mal. Es un pequeño secreto que ni siquiera mi padre conoce. En su cabeza no entra que pueda tener otros talentos aparte de lo que él me ha enseñado, ni que pueda desperdiciar el tiempo en nimiedades que no tengan que ver con la empresa familiar.

—Tiene un nuevo mensaje en la bandeja de entrada —repite Alexa.

Compruebo el punto de sal de la salsa, lamiendo la cuchara, y me limpio las manos en un trapo antes de dirigirme hacia el escritorio en el que descansa mi ordenador. Sonrío de forma involuntaria al comprobar que, de nuevo, se trata de «Burbujeante Bree».

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Re: Viaje de ensueño

Mis más sinceras disculpas. Me he equivocado al introducir la dirección de mi amiga, ambas son muy parecidas, solo se diferencian en un punto que he añadido sin darme cuenta. Muchas gracias por contestar y avisarme de mi error. No es algo que todo el mundo haría. La mayoría habría borrado el mensaje sin siquiera leerlo al darse cuenta de que no era para ellos.

Y, respecto a la existencia de otras aplicaciones más inmediatas, ya las conozco, pero me he acostumbrado a comunicarme con Donna a través de esta vía. Lo que comenzó como una forma para combatir el aburrimiento en clase, mandándonos mensajes a través de esta vía para burlar el control de los profesores, se ha instaurado como nuestra particular forma de mantener el contacto. Gracias por mostrarme tu inconmensurable sabiduría.

PD: Ya he rectificado y he avisado al «bombón» correcto del retraso de mi vuelo.

PD2: Quizá te vendrían bien esas vacaciones para suavizar el carácter.

Me sorprende que la gente comparta, tan a la ligera, aspectos de su vida privada con un desconocido. La mía, en cambio, es un libro cerrado del que muchas veces ni siquiera yo tengo la llave.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Re: Viaje de ensueño

Gracias por la anécdota, B.

PD: Mi carácter no se arregla solo con unas vacaciones.

PD2: Espero que Donna y tú disfrutéis de las vuestras.

Puede que su idea fuera ofenderme, pero su comentario me ha hecho gracia. Escudado en el anonimato, es fácil decir lo que piensas.



3 – INESPERADA ALIANZA

Brittany

Dejo el móvil sobre la mesa del despacho a la vez que exhalo un suspiro. ¿Por qué tengo esta sonrisa tonta en la cara? Ni idea. A veces me sorprendo a mí misma con las cosas que pueden hacerme gracia. La verdad es que el remitente del correo es ingenioso, y el hecho de que me haya puesto sobre aviso con mi error de destinatario me ha parecido un gesto muy noble. Yo, sin ir más lejos, creo que hubiera enviado el correo directo a la papelera.

No soporto tener en la bandeja de entrada más que los correos imprescindibles. Mi Gmail está repleto de carpetas donde clasifico todos los *e-mails*. Solo dejo visibles aquellos de primordial importancia y los que están pendientes de gestionar. No es un TOC, que eso son palabras mayores, pero me declaro un pelín obsesiva del orden.

A lo que iba, que el correo de este hombre/chico/abuelo —porque solo alcanzo a adivinar, por sus respuestas, que es de género masculino y que trabaja mucho—, me ha sorprendido para bien. Puedo decir que un perfecto desconocido me ha alegrado el día, y eso, con lo arisca que soy con gente que no es de mi entorno habitual, ya es mucho.

Recuerdo que, cuando era pequeña, me hicieron infinidad de pruebas y test. La psicopedagoga de ciclo infantil les dijo a mis padres que tenía problemas para relacionarme con el resto de los niños y que podía ser que tuviera algún rasgo de TDA. Nada más lejos de la realidad. Lo que a mí me pasaba, y me sigue pasando, es que soy una desconfiada nata. Me gusta observar lo que me rodea y, cuando me he hecho un mapa mental de todo y todos, entonces estoy dispuesta a bajar la guardia e interactuar con quien yo elijo.

Esto es culpa de mi familia. Desde muy pequeña me decían que no me podía fiar de nadie porque la gente que se quisiera acercar a mí lo haría por interés. Es lo que tiene ser miembro de una de las familias más influyentes de Nueva York.

—¡Marlene! —llamo a mi asistenta. Ya está bien de trabajo por hoy—. ¿Me has preparado la maleta?

—Sí, señorita —responde solícita a mi encuentro.

—Marly, te he dicho millones de veces que me llames Bree, por favor. Ya sabes que para mí eres una más de la familia —le suplico, con algo de hastío y por millonésima vez.

Lleva conmigo desde que tengo uso de razón y cuando me independicé, les propuso a mis padres que la dejaran venir conmigo. Ellos encantados, claro, porque su niñita no estaría sola y yo más que agradecida de tenerla en casa. Es como la abuela o la tía que nunca he tenido. Escucha sin rechistar mis divagaciones sobre cualquier tema y siempre, siempre, me aconseja cuando se lo pido. Es la persona menos entrometida que conozco, aunque no me pasa por alto que lo observa todo. No me importa, no tengo secretos con ella y lo que más me gusta de ese hecho es que jamás se va de la lengua.

—Le he puesto… —intenta decirme.

—Marly… —protesto al tiempo que pongo los brazos en jarra para hacerle entender que me

estoy enfadando.

—Perdón… TE he puesto el pareo que TE mandó tu madre desde Bali —remarca con énfasis los «te», como si no me diera cuenta de que rectifica, no sin esfuerzo.

—Eres la mejor. —La abrazo con fuerza y recibo unas cálidas palmadas en la espalda a cambio—. No sé qué hubiera hecho sin ti. Ya sabes que procuro no darte mucho trabajo y me habría preparado yo misma el equipaje, pero es que tenía que cerrar el tema de la nueva cuenta. Mira qué hora es y todavía no he pasado ni por la ducha. —Resoplo, al separarme. Me recojo el pelo en una coleta improvisada con un coletero que hace las veces de pulsera y me saco la camisa por fuera de la falda.

—Corra, vaya a refrescarse y a ponerse cómoda, yo le preparo algo de tentempié. No ha querido cenar nada y no me gusta que se vaya a dormir con el estómago vacío.

La dejo por imposible. Por más que insista, no me va a hacer caso, así que, con la exhalación que me saca la sonrisa de darme por vencida, le doy un beso en la mejilla, vuelvo al escritorio para coger el móvil y me encierro en el baño. Qué gusto da bajarse de los tacones. Creo que es la sensación que le da el sentido al «por fin en casa». Descalzarse, después de un día con los pies aprisionados en unos Miu Miu, es quedarse en la gloria, por muy cómodos que estos sean.

Hoy me merecería un baño con sales, sin embargo, lo único que quiero es terminar de quitarme la polución neoyorquina de encima y meterme en la cama a descansar. La reunión ha sido dura, y, lo que más, templar mi ánimo con Carter. ¿Sabes esas personas con las que siempre tienes que aguantar el tipo? ¿Verdad que te dejan una sensación de agotamiento cuando te separas de ellas y parece como si hubieras corrido una maratón? Pues esto me pasa a mí con este hombre. Me agota.

Justo cuando me termino de secar el pelo, oigo el sonido de una notificación en el teléfono. ¿Quién será? No creo que sea Donna, es demasiado tarde para ella; entre semana parece un oso hibernando. Tiene que coger fuerzas para darlo todo el fin de semana y más hoy, sabiendo que mañana nos espera una gran noche.

Miro la notificación, es un correo electrónico de… los clientes. ¡No han tardado nada en tomar una decisión!

De: marketing.brand@mlb.com
Para: Harper.B@harper.com
Asunto: NY Yankees Brand account

Estimada, Brittany:

Disculpe las horas en las que contactamos con usted, no queríamos esperar para informarle de que ya hemos tomado una decisión.

Los emplazamos mañana a las 9 a.m. en nuestras oficinas para transmitirles nuestro fallo.

Atentamente,

Bruce K. Thompson
CEO. Marketing brand NY Yankees

Un momento, un momento… «¿Los emplazamos…?» ¿A los dos? ¿Por qué? Lo normal es que nos citen en horas distintas para decirnos si hemos vencido o no. Esto me huele fatal.

Y yo que quería dormir del tirón esta noche…

———— ◦ ❖ ◦ ————

Entro en el despacho del CEO y veo su espalda. Otra vez, Carter se me ha adelantado. Cierro los ojos —no muy fuerte para que no se me corra el maquillaje, manías que he heredado de mi madre—, y me muerdo los labios. ¿Por qué esta empresa no hace esperar a las visitas en el vestíbulo o en alguna zona habilitada para ello, hasta que no llega el director?

Carter no se da la vuelta cuando llego. Está sentado de espaldas y solo gira un poco la cabeza cuando el asistente del Sr. Thompson anuncia mi llegada. Puedo ver su usual expresión de autosuficiencia.

—Buenos días —saludo por educación, más que por ganas.

—Buenos días, Harper —responde al frente, con un tono irónico en la voz.

Tomo asiento a su lado, no quiero mirarlo, aunque mi vista periférica puede distinguir sin problema cómo se inclina ligeramente hacia atrás en su silla, apoya los codos en el reposabrazos, entrelaza los dedos en un puño, menos los dos índices, que mantiene rectos y se lleva a los labios; una sutil muestra de confianza que me irrita en extremo.

Pronto, la puerta se abre de nuevo y los dos damos un bote de la silla.

—Donovan, Harper. Bienvenidos de nuevo —saluda Bruce Thompson—. Disculpad el retraso. El jefe supremo me ha reclamado un momento y no he podido eludir el encuentro. ¿Todo bien? —nos pregunta mientras rodea la mesa y se sitúa frente a nosotros. Nos tiende la mano y se la estrechamos; primero él, luego yo.

Nos observa con una expresión neutral. Ayer me fue imposible leer su reacción durante nuestras presentaciones, lo que ahora me pone aún más nerviosa. Estoy acostumbrada a competir, a ganar, pero esta vez la pugna es más feroz que nunca. Necesito esta cuenta. No por cuestiones económicas, más bien es un tema personal.

—Bueno —rompe el silencio el Sr. Thompson, al ver que no decimos nada. Creo que los dos estamos conteniendo el aliento. El director, por el contrario, parece muy tranquilo. Se desabrocha la americana y se sienta, dándonos a nosotros permiso para hacer lo mismo—. No vamos a retrasar más esto ni andarnos por las ramas. Tengo que decir que ambas presentaciones fueron excepcionales.

Mi corazón se acelera. Siento una mezcla de alivio y temor. Aprieto fuerte los puños, que reposan sobre los muslos vestidos con un pantalón de pinzas.

Miro a Carter de reojo.

Sigue con esa maldita sonrisa, seguro de sí mismo.

—Nos enfrentamos a una decisión difícil —continúa—. Sus propuestas son tan buenas que no podemos elegir una sobre la otra —suelta como si hubiera dicho algo tan obvio que nos tuviera que hacer reír. Sonríe, nos mira a uno y a otro, esperando no sé qué reacción en nosotros.

¿Empate? ¿Eso significa que ninguno de los dos gana? ¿Le van a dar la cuenta a otra empresa?

Carter se incorpora y apoya los brazos sobre la mesa. Se le ha borrado el gesto de suficiencia

de golpe y lo ha cambiado por una mueca de pánico. Seguro que la misma que debo tener yo. Creo que hasta ha perdido el color en la cara.

El Sr. Thompson alza las cejas y, al ver que no decimos nada, se explica.

—Hemos decidido que nos quedamos con las dos propuestas. Nos gustaría que los dos juntos diseñaran la campaña.

¡Boom!

Una bomba atómica acaba de estallar en el despacho.

Me quedo helada. No puede estar hablando en serio. Trabajar con Carter. Mi mente se inunda de recuerdos de todas las veces que me ha superado, de las puyas que nos lanzamos en cada encuentro ineludible en la universidad, incluso en distintas reuniones en las que hemos coincidido ya de mayores. ¿Ahora tendré que colaborar con él? Siento que el mundo se desmorona bajo mis pies. Creo que el suelo se vuelve *slime* y la silla en la que estoy sentada se va a hundir y me engullirá de un momento a otro.

No me atrevo a girar la cabeza. No quiero ver la expresión de Carter y, antes de que él pueda decir nada, me adelanto.

—¿Juntos? — repito, tratando de mantener mi voz firme, aunque dudo que lo haya conseguido.

—Sí —responde el Sr. Thompson, como si fuera la cosa más normal del mundo—, creemos que, combinando sus talentos, crearán algo verdaderamente extraordinario.

Me recuesto, a cámara lenta, en el respaldo de la silla. Como si no quisiera que notaran mi movimiento, como si hacerlo así pudiera hacerme desaparecer de esta oficina y olvidar lo que acaban de proponernos.

Carter se recoloca en su asiento y se mueve el nudo de la corbata, carraspea y hasta puedo oír cómo traga saliva. Lo miro de reojo y veo que le ha vuelto a salir la mueca que pretende ser una sonrisa, pero impostada.

—Será un placer. —Lo dice sin casi mover los labios, con las muelas apretadas, y la voz le sale forzada de entre los dientes.

Me muerdo el interior de la mejilla para no responder con una mordacidad similar. En lugar de eso, asiento a cámara lenta.

—Claro —consigo vocalizar—. Será interesante…

El Sr. Thompson da una palmada en el aire, satisfecho con nuestra respuesta.

—¡Perfecto! Les daré una semana para que unifiquen sus proyectos y nos presenten una propuesta combinada. ¡Estoy deseando verla!

No me lo puedo creer. ¿Este hombre no sabe que Harper Golden Media y Donovan Media son rivales? ¡Es algo que conoce toda Nueva York! ¿Ha estado viviendo en una cueva durante años? Eso, o le importa tres pepinos que alguno de los dos termine arrestado por tentativa de asesinato o acabemos los dos en un psiquiátrico, siempre y cuando le hagamos la publicidad que quieren.

Voy a morir, lo veo…

—Bueno —interrumpo su pequeña celebración antes de que alce campanas al vuelo—. Sr. Thompson, esto es algo que no podemos decidir ahora mismo. Como le he dicho, no tengo ningún problema en trabajar con el Sr. Donovan —mentira, mentira, mentira—. Sin embargo, yo, por lo menos, lo he de comentar con la ejecutiva de mi empresa y saber si está dispuesta a

«aliarse» con la competencia. Como comprenderá, no es algo a lo que pueda acceder ahora mismo.

—Claro, claro. Faltaría más. Yo pensé que tendría usted más autonomía siendo la hija de quien es —espeta con un sarcasmo que no pretende disimular.

—Por supuesto que la tengo —afirmo, rotunda y un pelín cabreada—. Aunque seguro que, como usted se encuentra a veces en su negocio, hay decisiones que, aunque puedas aceptar, tienes que exponer a la alta dirección.

—Por supuesto, señorita, Harper, por supuesto. Háblelo con su padre, esperamos una pronta respuesta.

—Por nuestra parte no hay problema, Sr. Thompson —añade solícito Carter.

Maldito… ¡Lo odio! Es un parásito que aprovecha la mínima para quedar por encima de mí, siempre. ¡Arggg! Es que le arrancaría la yugular ahora mismo.

—No se preocupe, esta tarde le enviaré la confirmación vía correo electrónico, para que quede constancia. Y, otro punto a comentar, si me permite: no podemos empezar el proyecto en conjunto hasta dentro de quince días. Como bien sabrá, nuestra empresa es muy sólida y con muchos clientes. Ya nos habíamos comprometido con otra marca para abordar su proyecto la semana entrante.

—Sin problema, tiene razón. No he tenido en cuenta su agenda, disculpe. —Parece que rebaja la superioridad para conmigo.

Salimos de la sala de reuniones en silencio. Carter y yo caminamos uno al lado del otro, sin mirarnos. Siento una tensión creciente entre nosotros, una cuerda al límite de su resistencia, a punto de ceder. Cuando llegamos a las puertas del ascensor, rompo el silencio.

—Espero que no creas que esto va a ser un ordeno y mando; no voy a ser tu esclava ni voy a hacer tu trabajo —digo, mirando al frente y pulsando el botón de bajada.

Carter suelta una risa seca.

—No me subestimes, Brittany. ¿Crees que he llegado aquí por mi cara bonita? Me trabajo mucho cada cuenta. Yo solo, no necesito a nadie que piense por mí ni nadie al que pedir permiso para tomar decisiones. No eres la única que se deja el alma en su trabajo. No te equivoques.

Ya empezamos, siempre aprovechando para meter el dedo en la llaga, o eso cree él.

—No va a ser solo cuestión de trabajo duro —replico con aspereza. Me giro para que no piense que tengo miedo a enfrentarlo—. También se trata de no matarnos en el proceso. —Duelo de miradas. Esto va a ser un pulso eterno en todo lo que hagamos y digamos. Todavía no hemos empezado y ya estoy agotada. Pero aguanto el tipo, no voy a ser yo la que baje la vista.

Sus ojos avellana brillan con una chispa que no puedo descifrar. Es la campanilla del ascensor la que hace que, a la vez, giremos la cara.

Carter me cede el paso primero, la caballerosidad por encima de todo. Espera a que se cierren las puertas para volver a hablar.

—Quizás debamos empezar con una tregua. Al menos hasta que esta campaña termine.

No puedo evitar que las cejas se me suban hasta el nacimiento del pelo. ¿Bandera blanca? ¿Carter sin querer competir conmigo? Tengo que sacudir la cabeza, esto es como si estuviera en una realidad paralela.

Noto su mirada clavada en mi perfil. Yo no he apartado la mía de las puertas del ascensor.

—Tregua —repito, saboreando la palabra. Me tomo unos segundos más para asimilar que me

está tendiendo la mano. Soy consciente de que tengo que aceptarlo, de otra manera, no llegaríamos a buen puerto—. De acuerdo. Solo hasta que la campaña termine. —«Ni un minuto más», pienso y, en mi mente, la cuenta atrás para ese momento se pone en marcha, como si le hubiera ordenado a Siri que pusiera el cronómetro.

Le estrecho la mano, aunque el apretón dura muy poco. Los dos la retiramos enseguida. Como Bella la primera vez que toca la piel de Edward Cullen, un escalofrío me llega hasta la nuca. ¿Qué…?

Nos giramos los dos hacia las puertas y volvemos al silencio. Puedo sentir su presencia a mi lado, una energía intensa que siempre me ha irritado. Pero ahora, tengo que aprender a trabajar con él, a encontrar una manera de combinar nuestras ideas sin dejar que nuestra rivalidad nos destruya.

Al salir del ascensor, tengo la intención de salir de allí pitando. El chofer me estará esperando y no puedo entretenerme si no quiero perder el vuelo que me llevará directa a la tumbona bajo el sol. Menos mal que la excusa de tener la agenda ya prevista ha colado con el Sr. Thompson. Necesito estos días de desconexión, ahora más que nunca.

Sin embargo, no cuento con que Carter impida mi avance y la intención de mi despedida casi en el aire.

—Un momento, Brittany —me detiene al cogerme por el codo antes de que me introduzca en las puertas giratorias que me llevarán a la libertad—. Deberíamos encontrar un lugar neutral para trabajar. ¿Qué te parece la sala de conferencias en el piso superior? —señala el techo para que me quede claro que se refiere a este edificio, al de los clientes—. Creo que podíamos pedírselo al Sr. Thompson. Estoy seguro de que no te sentirías cómoda en mi territorio ni yo en el tuyo —se sincera, no sin razón.

Asiento, con los labios apretados.

—Me parece bien. Hablamos, ¿de acuerdo? Tengo un poco de prisa.

—Perfecto. —Carter se da la vuelta y se dirige hacia la salida, aunque se detiene y se vuelve hacia mí—: Brittany —me llama, con una voz más suave de lo que esperaba—. Sé que esto no será fácil, pero creo que podemos hacerlo. A pesar de todo.

Lo miro, sorprendida por su tono. Jamás había sido amable conmigo. Nunca había oído esa modulación melódica que me ha parecido su voz ahora mismo.

—Sí —asevero. Tiene razón y tengo que aprender a no usar el sarcasmo con cada comentario que diga. Tengo que acostumbrarme a esta nueva realidad en la que tenemos que entendernos—. Podemos hacerlo.



4 – UN CÓCTEL EXPLOSIVO

Carter

—¿A dónde quiere que le lleve, señor? —demanda Harrelson, mi chófer, cuando ocupo uno de los asientos traseros del vehículo y cierro la puerta con fuerza.

Le ignoro, todavía incrédulo. La sentencia del director de marketing de nuestro cliente aún resuena en mis oídos: «Hemos decidido que nos quedamos con las dos propuestas. Nos gustaría que los dos juntos diseñaran la campaña».

Tiene que tratarse de una jodida broma. Juro que cuando ha soltado la bomba he revisado la sala en la que nos han reunido esta mañana en busca de la cámara oculta. Que nos convocaran con tanta rapidez después de nuestra exposición me había hecho sospechar que algo pasaba, pero jamás hubiera imaginado que se trataba de esto.

Al parecer, a mi ¿socia? —nunca pensé que me referiría a Harper con ese calificativo—, la noticia le ha sorprendido tanto como a mí. Repaso la forma en que le ha afectado la noticia, sus titubeos, de los que he sabido sacar provecho, mientras la observo a través del retrovisor. Aunque la he adelantado al atravesar las puertas del edificio después de firmar una supuesta tregua, se sube al coche, con prisas, aparcado justo detrás del mío y arranca antes de que yo haya llegado a abrocharme el cinturón de seguridad. «Probablemente, corra a casa de papaíto para obtener su beneplácito para seguir adelante con este proyecto», me burlo.

Sonrío al recordar su muestra de debilidad frente al cliente. Mientras ella se mostraba dubitativa, he aceptado la propuesta sin poner ni una sola pega —aunque tenga mil—. Si a mi padre no le parece bien mi decisión, mala suerte. Ya lidiaré con sus malos humos en privado, estoy acostumbrado a aguantar sus broncas, aunque de cara a la galería demos la imagen de una empresa sólida y una familia modélica.

En el punto en el que nos encontramos, no nos podemos permitir el lujo de perder un contrato de semejante envergadura, a pesar de que eso suponga que tenga que trabajar codo con codo con el enemigo. La rivalidad entre nuestras familias debe quedar relegada a un segundo plano si quiero mantener la solvencia de mi empresa. No me puedo permitir otro tropiezo, uno más y no habrá nada que salve a Donovan Media del naufragio, aunque parezco ser el único consciente de la situación crítica que atraviesa nuestra empresa.

—Señor, ¿a dónde quiere que vayamos? —insiste mi asistente al ver que todavía no he contestado a su pregunta.

Carraspeo, dejo a un lado los recuerdos de la maldita reunión y regreso al presente.

—Llévame a la oficina, tengo trabajo que hacer —le ordeno.

—Por supuesto, señor. Le recuerdo que después tiene comida con su familia. —Harrelson no solo se encarga de llevarme de aquí para allá, se conoce mi agenda mucho mejor que yo.

—Lo sé. Ojalá pudiera olvidarlo y saltarme la cita —bromeo con una especie de risa resignada—. Aunque no me apetezca ir, llegaré puntual, no te preocupes —le aseguro. Es con el único que me muestro tal y como soy, sin necesidad de disimular, con el que dejo ir ciertos

comentarios que estarían muy mal vistos en mi entorno más cercano. Su fidelidad es una de las pocas cosas que puedo dar por sentado en esta vida llena de incertidumbre que me rodea.

—Quiero las campañas de los cinco últimos años de Harper Golden Media —exijo a mi secretaria cuando paso por su lado antes de encerrarme en el despacho.

—Sí, señor Donovan —responde solícita.

Pocos minutos después, cuento en mi poder con varios documentos, aunque no están todos los que son. Melissa, la secretaria, se disculpa por no haber podido conseguir el resto y me compensa con un café bien caliente.

Dedico las siguientes horas a estudiarlos. No me resultan desconocidas, he seguido la pista muy de cerca a la competencia, el primer paso para vencer a tu enemigo es conocerlo. Sin embargo, ahora lo hago desde otro punto de vista completamente diferente, los analizo como socio. He de reconocer, con asombro, que algunos trabajos son realmente buenos. ¿Será cosa de la líder del imperio de los Harper o tendrá que ver con el equipo que la respalda, con el que tenía que consultar la alianza entre ambas empresas? Es una pregunta a la que no tardaré en dar respuesta, aunque, por fortuna, hemos conseguido una prórroga de un par de semanas antes de empezar a trabajar juntos. Tengo que mentalizarme para trabajar mano a mano con Brittany Harper. Presiento que esto va a ser muy duro, me va a costar la vida misma conseguir que el barco llegue a buen puerto.

Me basta con rememorar el momento en el que ambos abandonábamos la reunión, mientras caminábamos hacia el ascensor, envueltos en una especie de tensión invisible que se arremolinaba a nuestro alrededor y cargaba el ambiente de una potente electricidad, como cuando se avecina una tormenta. La que se estaba gestando sobre nuestras cabezas era de dimensiones descomunales, como bien ha atestiguado el relámpago que ha restallado entre nosotros cuando nuestros dedos se han rozado, como el choque de dos placas tectónicas que colisionan con demasiada furia. Si eso ha pasado en unos pocos segundos, con un simple toque, no quiero ni imaginarme lo que será estar a su lado durante ocho horas seguidas.

Resoplo y, con los codos apoyados sobre la mesa, entierro los dedos en mi pelo. De pronto, reparo en la hora que es. ¡Mierda! Llego tarde. Se me ha echado el tiempo encima sin darme cuenta. Apresurado, cierro la tapa del portátil, sin recoger los papeles desperdigados sobre la mesa, y salgo de la oficina. Tengo la intención de regresar en cuanto cumpla con el mal trago de la reunión familiar.

—No digas nada —le advierto al chófer que me mira a través del espejo retrovisor cuando tomo asiento en el coche.

—Como quiera, señor —responde al mismo tiempo que pone en marcha el vehículo, aunque creo adivinar una sonrisa comedida en sus labios que lleva un «te lo dije» implícito.

Cuando llego al restaurante, un local exclusivo cerca de la séptima avenida, el resto de comensales me espera, sentados alrededor de una mesa circular, con las copas llenas de agua y la carta en la mano. Por deferencia hacia mí, todavía no han pedido.

—Llegas tarde, hijo —me amonesta mi progenitor sin molestarse en alzar la vista de la lista de entrantes, como si por castigo por mi tardanza, no fuera digno de su atención. Quien sí lo hace es mi hermano, sentado a la derecha del cabeza de familia, que me dedica una mirada soberbia. El muy iluso no es consciente de que solo es una marioneta y soy yo quien maneja los hilos.

—Lo siento, tenía trabajo, padre —me excuso.

—Hola, cariño —me saluda mi madre y le correspondo con un beso en la frente antes de ocupar la silla vacía entre ella y su marido. Es la única que se merece una muestra de cariño por mi parte dentro de esta familia.

Es Donovan padre quien se toma la licencia de pedir la comanda por todos, como si los demás no fuéramos capaces de hacerlo, pero le concede el privilegio a mi hermano Christian de escoger el vino, por algo es el primogénito.

—Me he enterado de que hoy te has reunido con el representante de los Yankees, hijo. Cuéntanos, ¿hemos conseguido el contrato? —Las noticias vuelan. Mi padre tiene ojos y oídos en todas partes.

Justo en ese instante, el camarero regresa portando una botella de vino y sirve una pequeña cantidad en la copa de mi hermano. Él se hace el interesante, como si supiera algo de vinos, aunque sé que se ha guiado por el precio y ha pedido la más cara, lo prueba y asiente. Sirve al resto de comensales y bebo un sorbo antes de hablar. Me bebería la copa de trago si no estuviese mal visto. Sé que a mi padre no le va a gustar ni un pelo lo que estoy a punto de decirle y necesito que el alcohol me ayude a soportar mejor el rapapolvo que va a caerme encima, como si la culpa fuera mía.

—No exactamente —respondo, escueto, mientras los platos empiezan a llegar a la mesa como una procesión.

—Explícate. —Se tensa en la silla y detiene los cubiertos a medio camino de su plato sin siquiera probarlo—. ¿Los Harper nos han quitado el cliente? —La vena de su cuello se dilata, previendo una nueva derrota por nuestra parte.

Niego con la cabeza, con la copa todavía en la mano.

—Quieren que trabajemos juntos —suelto la bomba y espero a que me llegue la onda expansiva.

—¡¿Qué?! ¿Donovan y Harper trabajando juntos? ¡Eso es inadmisible! —exclama, perdiendo los papeles. Alza la voz, deja caer los cubiertos sobre la mesa e, incluso, hace mención de ponerse en pie.

—Arthur, por favor —trata de calmarlo mi madre—, estás llamando la atención. La gente nos mira.

Las palabras mágicas: las apariencias; un Donovan no puede montar un espectáculo. Mi padre carraspea, vuelve a tomar asiento y regresa la atención al plato como si no pasara nada.

—Te habrás negado, ¿no? —interviene Christian.

—No, no podemos permitirnos el lujo de perder un cliente de tanta envergadura. Necesitamos cerrar este contrato para seguir a flote, aunque sea a medias con los Harper —explico. Me encantaría recriminarle que todo esto es debido a su ineptitud, pero tengo que ser correcto.

Mi hermano rezonga y se gana una mirada asesina por mi parte. Quizá no se lo he dicho con palabras, sin embargo, mis ojos han sido bastante claros. Si no fuera por su «inestimable ayuda» con el negocio familiar, ahora mismo no estaríamos entre la espada y la pared.

—Bueno, esta puede ser justo la oportunidad que esperábamos —apunta mi padre, minutos después, y se frota las manos. Algo ha maquinado su mente analítica mientras ambos hermanos nos batíamos en un duelo silencioso—. Podemos destruir a los Harper desde dentro. Hazte su amigo, Carter, engatúsala. Descubre los secretos de Brittany y de su familia y úsalos contra ellos.

Hunde su reputación. Ridiculiza sus ideas, extrae lo poco bueno que veas en ellas y hazlas tuyas.

»Haz que crean que el mérito es nuestro. Juegas con ventaja, hijo. Eres un hombre, eres un Donovan, y en este mundo de lobos no hay sitio para ninguna Caperucita. Confío en ti, hijo.

Asiento, sin palabras. El leve cabeceo es el único movimiento detectable mientras un sudor frío me recorre la columna vertebral. Por suerte para mí, gracias a la chaqueta del traje, de color oscuro, no habrá constancia de cómo me han afectado sus palabras. Nunca me ha gustado el juego sucio, siempre he sido más de un combate justo, de intentar ser el mejor para ganar, pero soy un Donovan, sé lo que se espera de mí y así lo haré.

—¿Quieres que te eche una mano para camelarte a Harper, hermanito? —se ofrece mi hermano con una sonrisa burlona—. Esa boca jugosa debe de hacer maravillas cuando no la usa para hablar.

—Christian, por favor —le reprende mi madre por su comentario de mal gusto. No suele intervenir en cuestiones de la empresa, pero su hijo se ha pasado de la raya, parece un adolescente hiperhormonado en vez de un hombre maduro de treinta y siete años. Incluso a mí me ha parecido demasiado ofensivo.

—No necesito tu ayuda. Sé hacer mi trabajo. —«No como otros» me hubiera gustado añadir, pero me muerdo la lengua.

Mi padre cambia de tema sin darse cuenta de que estamos a punto de enzarzarnos en otra batalla dialéctica de las nuestras. Le concede protagonismo a mi madre y a la gala benéfica que organiza, junto con otras mujeres de la jet set neoyorquina, antes de Navidad. Su objetivo no es obtener donaciones de gente asquerosamente rica, es una excusa como otra cualquiera para pavonearse delante del resto y ver quién luce la cola de plumas más llamativa —o la cartera más llena o el mayor éxito profesional—. Sí, lo sé, también pertenezco a este mundo, pero hay ciertos aspectos que no encajan con el verdadero yo que se esconde bajo este traje de marca, ese al que apenas nadie conoce.

Noto la vibración del móvil dentro del bolsillo del pantalón. Seguro que se trata de mi secretaria, para avisarme de que ya ha conseguido la documentación pendiente que le solicité esta mañana.

Con disimulo, lo miro por debajo de la mesa para descubrir en la pantalla el dibujo de un sobre, indicativo de que tengo un nuevo correo. Despliego la pantalla y compruebo que no es de Melissa, ni siquiera el mensaje entrante está en el correo de la empresa, sino en el personal. En estos dos últimos días ha tenido más movimiento que en los anteriores diez años. Las cejas se me elevan hasta la raíz del pelo cuando veo el remitente: «bubbly.bree991@gmail.com». No esperaba volver a tener noticias suyas. Además, esta vez, lleva un archivo adjunto.

—Hijo, ¿todo bien? —se interesa mi madre y posa una mano sobre mi brazo al ver que he perdido el hilo de la conversación y me muestro ausente. Al parecer, mi reacción no ha sido tan discreta como pretendía.

—Disculpadme, se trata de un asunto importante del trabajo —miento mientras me levanto de la silla en busca de algo más de privacidad. Si sigue la tónica de los mensajes que compartimos ayer, puede que me arranque una sonrisa, un gesto tan poco habitual en mí, que demandaría explicaciones por parte de mi familia, unas que no estoy dispuesto a dar.

Antes de abandonar la mesa, veo el gesto de aprobación de mi padre, siempre le ha gustado que los negocios sean mi única prioridad.

Avanzo con el móvil en la mano por el pasillo que da a los lavabos y entro en el servicio de caballeros que, por suerte, está vacío.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Re: Viaje de ensueño

He seguido tu consejo y aquí estoy, disfrutando de mis vacaciones y de un cóctel bien fresquito.

B.

Abro el archivo adjunto, es una foto. Los ojos se me salen de las órbitas cuando veo su contenido. Se trata de la imagen de un cóctel de tonos tropicales, decorado con una sombrilla, una guinda y un trozo de piña. Lo sostiene la mano de una mujer, en bikini, de perfil. No se ve su rostro, pero sí la curva de su pecho, redondeado, y la piel que escapa por el lateral bajo la tela de color blanco que, sin ser excesiva, se muestra sugerente, salpicada de gotas de agua que la vuelven todavía más apetecible.

Me alegro de haber buscado intimidad antes de leer el correo. No sé si será «Burbujeante Bree», el «bombón» de su amiga o una chica escogida al azar, pero, de pronto, se me seca la garganta, la corbata me aprieta un poco más y el pantalón del traje también.

Abro el grifo y dejo correr el agua mientras me contemplo frente al espejo, con las manos apoyadas a ambos lados de la pila y el móvil, con la fotografía todavía abierta, junto a una de ellas. Me humedezco la cara y la nuca para refrescarme. Mi temperatura corporal ha ascendido por lo menos dos grados. Echo un último vistazo a la imagen antes de cerrarla, borrar de mi cuerpo el efecto que ha provocado y volver con mi familia.

¡Joder! Ya no tengo tan claro que sea más de *whisky*.



5 – SIN FÍSICO

Brittany

Salgo del agua y me acomodo en la tumbona, alargo la mano y cojo las gafas de sol que he dejado en la mesa auxiliar que hay entre hamaca y hamaca, y en donde reposan nuestros cócteles ya vacíos. Me las ajusto y dejo escapar un suspiro de satisfacción; el día ha empezado intenso y no solo por la sorprendente proposición del director de marketing de los Yankees. Contárselo a mi padre ha sido otra pequeña odisea.

El Sr. Thompson me ha tomado como la típica niña de papá enchufada en la empresa. Nada más lejos de la realidad, he tenido que luchar mucho para conseguir el puesto que ahora mismo ostento y no tengo que demostrarle nada a nadie, aparte de a quien ya se lo he demostrado; el éxito de mi trabajo habla por sí mismo.

Si he dicho que necesitaba consultarlo es porque no he creído conveniente aceptar así, sin más, la propuesta. La cuenta es grande, sin embargo, no estamos desesperados como sí ha parecido estarlo Carter al acceder sin rechistar. Podemos permitirnos el lujo de hacernos un poco los duros.

Se lo he contado a mi progenitor nada más subir al coche que me llevaba directa al aeropuerto. No ha puesto el grito en el cielo, tampoco ha estado encantado con la idea, aunque pasado el impacto inicial, no le ha parecido mal que compartamos el proyecto con la empresa que nos ha hecho siempre la competencia.

—Quizá es una buena oportunidad para que descubras si los rumores sobre el bache que atraviesan son ciertos o no. Estoy dispuesto a absorber esa empresa, hacerla pedacitos y borrarla del mapa para siempre. Es la mejor oportunidad que tenemos para saber cuánto podemos ofrecer en la OPA que quiero lanzarles. No voy a pagar un dólar de más que no valgan esos indeseables. —Casi se ha quedado sin aire al decírmelo. Lo ha soltado todo de carrerilla, con contundencia y, no me equivocaría al afirmar que, seguro que tenía un gesto de desprecio evidente en la cara.

Nunca he entendido esta rivalidad que tienen mi padre y el Sr. Donovan. Mi animadversión hacia esa familia es innata, me viene casi de serie, por el mero hecho de oír hablar mal de ellos desde que nací, pero nunca, nadie, me ha contado el verdadero motivo por el que los tenemos que odiar por sistema. Por lo menos, no uno de peso. Aunque lo cierto es que tampoco me he preocupado por saberlo. ¿Quizá ha llegado el momento de hacer preguntas?

«Relájate, Bree. Céntrate en el sonido rítmico de las olas y el cálido sol de la tarde que te acaricia la piel», me digo a mí misma. Tengo que dejar de darle vueltas al asunto. Tengo que ser capaz de desconectar del trabajo y centrarme solo en la playa y en divertirme.

Respiro profundo un par de veces y me concentro en la musicalidad del vaivén del mar, aunque la tranquilidad me dura poco porque llega Donna, con su energía contagiosa, con dos cócteles más en la mano y una sonrisa radiante.

—¡Bree, tienes que probar esto! —exclama, entregándome uno de los vasos—. Se llama Sueño Tropical. Perfecto para nuestras vacaciones.

Acepto el cóctel y tomo un sorbo, la mezcla es dulce y refrescante, entra demasiado bien, presiento que nuestra primera noche en las Bahamas será apoteósica.

—Delicioso. Gracias, Donna. Esto es justo lo que necesitaba —reconozco paladeando la bebida.

Nos reclinamos en nuestras tumbonas, disfrutando del momento. Después de un rato de silencio cómodo, mi amiga rompe la quietud.

—Entonces, ¿cómo va a ir esta alianza con Carter? Quizá te vaya bien repartir un poco de responsabilidad. No estarás tan agobiada ni irás como las locas hasta las tantas. — Hago una mueca y dejo escapar un suspiro, adiós a la determinación de no pensar en el trabajo.

Me tomo mi tiempo en responderle, no quiero adelantar acontecimientos ni influenciarme sobre cómo van a ir las cosas cuando vuelva. Así que no sé qué decirle.

El sonido de aspiración de su pajita me indica que ya se ha terminado el combinado cuando yo solo le he dado un par de sorbos, menudo ritmo lleva…

—Estoy esperando respuesta, no creas que te vas a librar de explicarme cómo te sientes —insiste.

Donna tiene la capacidad de hacerme vomitar todo lo que se me anuda en el estómago. Me conoce tan bien que sabe por dónde pinchar. No me puedo andar con rodeos con ella.

—Bueno, supongo que, o repartimos muy bien el trabajo o todo lo contrario. No sé qué decirte y tampoco quiero darle muchas vueltas ahora. Aunque estaría bien que, por una vez, una campaña fuera un poco más relajada en cuanto a carga de trabajo se refiere. Quizá así me fije un poco más en las tareas más cotidianas, como mandarte un correo a ti. ¿Sabes qué me pasó ayer?

Donna levanta una ceja, curiosa.

—Sorpréndeme. —Se sienta en la hamaca con las piernas cruzadas cual indio, para no perder detalle, y aprovecha para llamar a un camarero que hay en la zona de la playa privada en la que nos encontramos para pedirle una bebida más.

Me enderezo y la miro. Sonrío al recordar la equivocación y los correos que nos intercambiamos con el hombre gracioso.

—¡Oye! Habla de una vez que me tienes en ascuas —protesta al no tener la información con la inmediatez que necesita.

—¿Te acuerdas de que ayer te mandé un e-mail para avisarte de que llegaría más tarde de lo previsto? —empiezo para ponerla en situación y, lo admito, para darle más intriga al tema.

—Sí, qué pasa con eso —responde, ansiosa.

Unas cosquillitas me suben como burbujas por el estómago. Qué tontería, ¡si no voy a volver a hablar con él!

—Resulta que estaba trabajando desde casa y tenía que avisarte. Fui con prisas, como siempre, me equivoqué y lo envié a otra dirección que no era la tuya.

Donna pone cara de «¿y eso qué tiene de interesante?».

—Ya, y eso nos tiene que importar porque… —Mueve la mano en círculos para alentarme a continuar.

Ruedo los ojos por su poca paciencia y sonrío al recordar el mensaje de vuelta que recibí.

—Pues nos tiene que importar porque el remitente al que se lo mandé me respondió, muy ingenioso, y mantuvimos una interesante conversación vía mail.

Donna da una palmada fuerte y deja ir una risotada.

—¡Ja! Esto se pone interesante. Cuenta, cuenta. ¿Qué te dijo?

Le cuento, por encima, nuestra conversación y, cómo no, no para hasta que consigue que le enseñe la correspondencia que intercambiamos, por si he omitido algún detalle del que pueda sacar información sobre el autor anónimo de los mensajes.

—Bueno, bueno, bueno… esto podría llegar a algo, ¿no? —suelta cuando se queda satisfecha con sus pesquisas—. Parece alguien interesante y por cómo se expresa, no creo que sea mucho mayor o mucho más joven que nosotras. No utiliza jerga adolescente ni frases rimbombantes como nuestros padres. ¡Tía, que aquí puede haber un ligue! —Se sube en la tumbona y empieza a dar saltitos de emoción.

Sacudo la cabeza. Para ligues estoy yo.

—No te hagas ilusiones, que ya sabes que después de Mike no quiero saber nada de hombres. Ha sido una conversación amable y ya.

Donna vuelve a tomar asiento y se inclina hacia mí, con ese brillo en los ojos que conozco tan bien.

—Bree, el mundo está lleno de pececillos buenos como Nemo. No dejes que un encuentro con un tiburón sangriento haga que dejes de creer en el amor. Y quien dice amor, dice un aquí te pillo y luego ya nos llamamos otro día. Tienes que seguir escribiéndole. ¿Qué puedes perder?

—Mucho —respondo, riendo—. Mi dignidad, para empezar. Además, no sabemos nada de él. Igual hasta está casado o es gay o… ¡yo qué sé! No me líes. —Niego repetidas veces con la cabeza porque no me desagradaría escribirle para contarle que ya he llegado a destino. Y no entiendo por qué, puesto que es un auténtico desconocido.

Donna me observa pensativa y, de repente, cambia de tema, y me hace bajar la guardia. Comenzamos a hablar de nuestros planes para la noche, de la música que suena a lo lejos y del grupo de surfistas que no deja de mirarnos.

En un momento dado, nos quedamos en silencio y consigo relajarme, por fin. Aunque la calma que siento vuelve a durarme poco. Mi vida con esta mujer es como un tiovivo. Oigo el sonido del obturador de una cámara y me giro hacia la procedencia de este, cuando veo a Donna con mi móvil en la mano y me doy cuenta de lo que está pasando.

—¡Donna! ¡¿Qué estás haciendo?! —exclamo al tiempo que salto de la hamaca e intento arrebatarle el móvil. Es una pregunta retórica, sé de sobra que se le ha metido en la cabeza que tengo que escribir a «mi amigo electrónico» y no parará hasta que lo consiga.

Chilla y se carcajea como una niña traviesa mientras escapa de mí, es más rápida y se aleja rodeando la tumbona sin darme opción a que la atrape.

—¡Solo te estoy ayudando, Bree! —grita mientras escribe algo en mi móvil con una agilidad que no le había visto nunca.

—¡Ni se te ocurra! Donna, por favor, no lo hagas. —Pero es tarde, cuando la alcanzo y le quito el teléfono de las manos, veo con horror que ha enviado un correo al hombre misterioso y le ha adjuntado la foto que me acaba de hacer.

—No me lo puedo creer… —protesto, tratando de sonar enfadada, pero la risa en mi voz me delata. Me muerdo el labio inferior, ahora me angustia qué pueda pensar «mi nuevo amigo» de mí y de ese mensaje que Donna le acaba de mandar, pero que, para él, será como si lo hubiera hecho yo.

—Oh, vamos, Bree. Solo es una foto para que vea que ya estás de vacaciones. Además,

tendrías que darme las gracias, te he sacado cañón. Estoy segura de que Mr. mail pensará lo mismo.

Me dejo caer de nuevo en la tumbona, y releo lo que le ha mandado. Un nuevo cosquilleo se me agita dentro. ¿Contestará? ¿Qué pensará de mí? ¿Lo pondré en alguna situación complicada si alguien ve la foto que le ha mandado Donna?

—Esto no va a terminar bien —expreso en voz alta a la vez que niego con la cabeza mientras releo una y otra vez el mensaje de mi amiga.

Donna se sienta a mi lado y me da un empujoncito con el hombro.

—Confía en mí. Esto va a ser divertido. Y si no, siempre podemos decir que fue un error de nuevo. —Claro, como si mandar una foto mía en bikini, adjunta a un correo electrónico, fuera algo que puedes hacer por equivocación.

Suelto una risotada de resignación. ¿Para qué darle más vueltas? Lo peor que puede pasar es que no conteste o que lo haga diciéndome que me he tomado demasiadas confianzas. Pero ¿qué más da? No lo conozco de nada… Aunque el nudo en mi estómago me dice que me importa más de lo que quiero admitir lo que vaya a pensar de mí.

Antes de que pueda añadir nada al comentario de Donna, mi móvil vibra. Es una notificación de correo. El corazón bombea con fuerza entre las costillas y miro alucinada a mi amiga, que comprueba, a la vez que abro la aplicación de Gmail, el remitente del mail.

—Bueno, bueno, parece que el señor misterioso tenía ganas de recibir noticias tuyas —dice Donna, mirando por encima de mi hombro.

Leo el correo en voz alta:

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Viaje de ensueño

Hola de nuevo, B.

Veo que estás disfrutando de tus vacaciones. Ese cóctel tiene muy buena pinta. Vas a hacer que cambie de preferencias alcohólicas.

¿Dónde estás? Si no es mucho preguntar, tal vez me guste y, si alguna vez consigo tener vacaciones, copie tu destino.

Miro a Donna, con la boca abierta y los ojos como platos. Esperaba que pasara de mí, ¡pero no que volviera a seguirme el juego!

—¿Ves? Si al final tendrás que darme las gracias. Venga, responde, ¿a qué esperas?

Me tiemblan las manos cuando empiezo a escribir una respuesta bajo la atenta mirada de Donna.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Viaje de ensueño

Hola…

Perdón, no sé cómo te llamas. Siguiendo tu juego de iniciales, te llamaré D.

La bebida se llama Sueño Tropical, por si te apetece pedirla en algún pub si sales esta noche. Es dulce y muy refrescante.

Espero que tu día no haya sido más estresante de lo normal.

B.

Envío el correo y dejo el móvil a un lado. Vuelvo a morderme el labio y no puedo dejar la pierna quieta, que sube y baja en un tic nervioso.

—Me juego un mojito a que responde en menos de cinco minutos —asevera Donna, muy segura de lo que dice. Coge mi cóctel que tenía olvidado y le da un buen sorbo— Anda, termínatelo, te ayudará a calmarte.

Se ríe de mí como una hiena. Lo que está disfrutando de la situación no tiene precio.

Esta vez, D tarda en responder lo que a nosotras nos da para terminar mi cóctel y pedir uno nuevo. Aprovechamos para brindar.

—Por las nuevas aventuras y los correos inesperados.

Choco mi vaso con el suyo y nos reímos juntas, disfrutando del momento.

Pasados unos minutos, mi móvil vibra de nuevo. Abro el correo, con la intriga en el cielo de la boca.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Viaje de ensueño

Me alegra saber que te estás divirtiendo. Yo estoy atrapado en una comida familiar que deseo que termine pronto y me temo que luego deberé seguir con el papeleo en casa.

Hoy no me dará tiempo de disfrutar con los amigos, aunque me apunto tu Sueño Tropical para cuando lo haga. Tal vez podríamos tomarnos uno juntos algún día.

P.D.: Vamos a mantener la intriga y dejemos mi nombre en D, no me desagrada.

Donna me da un codazo.

—¡Te lo dije! Aquí hay algo. ¡Te quiere ver! —me zarandea más emocionada incluso que yo.

La miro y sonrío, no sé si de emoción o nerviosismo. Sin embargo, como la buena observadora que soy, pronto le busco los «peros» al correo.

—No corras tanto, amiga. Lo ha dicho como una mera formalidad. Piensa que puede estar en la otra punta del país, que puede seguir casado y ser un infiel de manual o que lo haya dicho por decir, por seguir con este juego en el que nos hemos metido y quiera divertirse un poco con unos cuantos correos. Además, ¡no me ha querido decir ni su nombre! —Voy remarcando todos los puntos que veo en las pocas líneas que me ha escrito D.

Donna alza una ceja y se pone seria.

—¿En serio? —protesta algo enfadada.

—En serio, ¿qué? —respondo sin entender que no vea lo mismo que yo.

—¿Por qué tienes que ver siempre el lado malo de las cosas? Yo veo a una persona que tiene un poco de interés en ti. No te estoy diciendo que se te haya declarado ni nada por el estilo, pero

¡léelo! Te ha escrito enseguida, contándote qué estaba haciendo y lo que tenía previsto para hoy. ¡Y te ha propuesto una cita! De acuerdo que puede haberlo dicho por decir, aunque, piénsalo: no tenía ninguna necesidad de decírtelo. Así es como yo lo veo, Bree, este hombre quiere seguir escribiéndote. No le des más vueltas de las necesarias, disfruta de estas conversaciones sin pensar en nada más —me sermonea debatiendo cada uno de los puntos que le he mencionado.

Yo no lo tengo tan claro. No he tenido demasiadas relaciones duraderas, con la persona que más tiempo estuve, con la que mi familia daba por hecho que me casaría, fue con Mike y me salió, no rana, sino lagarto. De los cinco años que estuve con él, creo que no me fue fiel ni un solo mes.

Y esto no solo con él. Todos los hombres con los que mantuve una relación después me engañaron con otra mujer, así que mi desconfianza tiene una base muy sólida.

—Bree… —sigue Dona—. No le des más vueltas. No te estoy diciendo que te cases con este hombre, solo que te relajes y disfrutes de una charla vía electrónica. Eso no te compromete a nada, ¿no?

Quizá tenga razón. La verdad es que desde el primer correo me ha gustado su frescura y su aparente sencillez. ¿Qué puedo perder? Son solo unos correos, ¿no? Eso no puede hacerme daño.

Con un dedo tembloroso, abro otra vez el correo y pulso «responder».

—¡Así me gusta, amiga! Disfruta un poco, que la vida no son solo anuncios.

Y, en mi mente, no puedo evitar pensar en lo que vendrá a continuación, y cómo un simple error de correo electrónico podría llevarme a algo mucho más interesante.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Viaje de ensueño

Hola, D:

Estamos en las Bahamas. Si te cansas del papeleo, ya sabes dónde puedes encontrar un buen cóctel. Aunque quizá esto te pille un poco lejos, porque, aparte de no saber tu nombre, tampoco sé de dónde eres. Pero un avión nos puede llevar a todas partes, ¿no?

Quiero pedirte disculpas por la foto de antes. Tengo que confesarte que no ha sido idea mía. Mi bombón de amiga me ha robado el teléfono y te la ha mandado sin mi permiso.

Espero que su osadía no te ponga en ningún aprieto.

No trabajes demasiado, que la vida es corta.

B.

—Vaya, vaya. De perdidos al río, ¿no? —se mofa, Donna—. Has pasado de desconfiar de él a soltarte por completo. —Se levanta y empieza a hacer un baile que pretende ser entre una amazona cabalgando, cuerda en mano y moviendo el culo, intentando perrear.

Chasqueo la lengua sin poder evitar reírme con ella. Debe ser cosa de los combinados, que me han soltado la lengua, bueno, más bien los dedos. O el hecho de estar de vacaciones, sin la presión del día a día encima, que me han relajado las neuronas y deben estar también tomándose un descanso tumbadas al sol.

—¡Ah! —chilla Donna al escuchar el sonido de un mail entrante—. ¡Este está como tú!

Deseando saber de ti… Si es que, lo que une la tecnología…

—¡Cállate! —me carcajeo—. Debe estar con el teléfono en la mano, o dirigiéndose a su casa en transporte público y por eso me puede contestar rápido. Seguro que ha terminado de comer y ahora tiene tiempo de responder, nada más. —Ya estoy otra vez analizando la situación—. Además, ¿cuántos Tinder te han salido rana, amiga? Así que no vale lo de que «lo que ha unido la tecnología…» —concluyo al centrarme de nuevo en el mensaje recibido.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Viaje de ensueño

Ojalá pudiera escaparme. Hoy el trabajo se ha complicado más de lo que jamás me hubiera imaginado y una desconexión como la tuya me iría genial.

Y no, no me has puesto en un aprieto con la foto donde, por cierto, sales espectacular. Dile al bombón de Donna que otra vez te enfoque de cuerpo entero, solo he podido sacar en conclusión que eres rubia y tienes un cuerpo de infarto (espero que esto tampoco sea demasiado osado, aunque no creo que diga nada que ya no sepas). Pero no te preocupes que no voy a pedirte una foto de cara, ni ninguna más comprometida. Odio las aplicaciones de ligue donde se suelen hacer esas cosas.

¿Te parece si nos seguimos escribiendo sin que nos mandemos fotos donde se nos reconozca? Te prometo que no soy feo (o eso creo), solo lo propongo para que nuestro físico no interfiera en estas conversaciones que me resultan tan refrescantes contigo.

¿No es una maravilla no tener que «fingir» con alguien? Entiéndeme, quiero decir que en estos mensajes que hemos intercambiado, me ha dado la sensación de que nos hemos comportado como no podemos hacerlo en «la vida real».

¿Qué me dices, B? ¿Dejamos de lado la parte física y nos centramos en la personal? ¿Queda muy de adolescente si te sugiero una amistad por carta? Bueno, por mail, mejor dicho, jejeje.

No te sientas presionada para nada. Ante todo, sinceridad. Si no te apetece, lo entenderé perfectamente, aunque estaría bien tener a alguien con quien despotricar de todo al final del día.

Disfruta del resto del día.

D.

¡Ma-dre-mía! ¿De verdad está pasando esto? Un poco quinceañera sí que parece esta propuesta, ¿no? ¡¿Qué hago ahora?!



6 – EMPIEZA EL JUEGO

Carter

En cuanto puedo marcharme sin que sea una ofensa para mi familia y para el protocolo, lo hago. Y eso que B ha amenizado la comida familiar con sus mensajes, lo que ha hecho que me ganara alguna que otra mirada reprobatoria por parte del resto de comensales. He camuflado mi interés desmedido por el móvil con un asunto de máxima urgencia del trabajo que requería de mi presencia en la oficina, ahorrándome el final de una velada tediosa. He tenido que disimular el efecto que la conversación con «Burbujeante Bree» producía en mí, que poco tenía que ver con la coartada que he inventado. Por fortuna, estoy acostumbrado a hacerlo. Si alguna vez los negocios no marchan bien o me canso de este mundo, siempre podría ser actor, llevo practicando desde que dije mis primeras palabras.

El último mensaje que le he enviado, tal vez demasiado osado, ha sido una proposición, quizá más propia de unos adolescentes, para seguir con nuestras conversaciones por email manteniendo el anonimato. ¿Por qué lo he hecho? Sinceramente, no lo sé. Ha sido un impulso. Antes de ser consciente de las palabras que había tecleado, ya le había dado al botón de enviar. Quizá sea eso lo que necesito, un pequeño reducto en el que pueda ser yo, sin medias tintas, sin disfraz, pero también, sin rostro. Alguien de mi posición no se puede permitir estos jueguecitos.

Lo he mandado en la misma puerta del restaurante, mientras esperaba a que Harrelson me pasara a buscar para llevarme de nuevo hasta el edificio de la empresa.

Ni que decir tiene que, durante el resto de la tarde, mientras aguardo una respuesta con la ansiedad de quien, con dieciséis años, espera que la chica que le gusta acepte su invitación para el baile de fin de curso, me es imposible concentrarme. Se me desvía la mirada hacia la pestaña abierta de mi correo personal más veces de las que me gustaría admitir.

Tras desperdiciar varias horas con un informe del que no sería capaz de reproducir ni una maldita frase, desisto. Apago la pantalla del ordenador y abandono el despacho, furioso. No puedo estar así por un puñetero mensaje —o ausencia de él— de una desconocida. Tengo que olvidarme de ello, no puede condicionar mi vida y mi productividad de esta forma.

Cuando el ascensor llega a la planta baja, mi chófer ya me espera para volver a casa. Es sabio, en ningún momento me ha preguntado por cómo ha ido la comida con mi padre, ni el día en general, mi cara debe de ser un poema que lee como un libro abierto. Mejor mantenerse callado si no quiere llevarse un bufido por mi parte.

No paso por el apartamento, voy directo al gimnasio que tenemos a disposición de los inquilinos en el mismo edificio, aunque creo que soy de los pocos que lo usan. Rara vez me cruzo con alguien. Me arranco el traje que llevo desde primera hora de la mañana como si quemase y lo cambio por un pantalón corto deportivo y una camiseta de tirantes que siempre guardo en la taquilla. Me machaco, máquina tras máquina, hasta que la capa de sudor que perla mi piel difumina la imagen en bikini de esa anónima pero espectacular mujer y la borra de mi mente. Después, cuando mi cuerpo ya no puede más, ahogo la falta de respuesta en la piscina

hasta que estoy tan hecho polvo que me bastaría con sentarme y cerrar los ojos para dormir.

Me deshago del traje de baño y me doy una ducha antes de regresar a mi apartamento, envuelto únicamente en un albornoz blanco con el logo del edificio, una empresa de la que mi familia es accionista. Ya mandaré a alguien del servicio a recoger mis cosas.

Una vez en mi hogar, dejo el albornoz colgado en el perchero de la entrada y, desnudo, camino con desgana hasta mi habitación para buscar algo que ponerme. Me visto con un pantalón de pijama negro de seda. Regreso al salón y me dejo caer sobre el sofá, todavía es demasiado temprano para acostarme, aunque no será por falta de ganas. Incluso a solas, a veces me cuesta hacer lo que quiero.

Mientras el televisor de sesenta y cinco pulgadas me cuenta de fondo las últimas novedades de la bolsa, reviso mi e-mail, como parte del ritual de cada noche.

Tengo cinco mensajes sin leer; cuatro en la cuenta del trabajo y uno en la personal. Mi pulso se acelera ante la posibilidad de que sea la respuesta que llevo toda la tarde esperando. En un alarde de contención, lo dejo para el final. Dos correos son de mi secretaria, otro del nuevo cliente, en el que me recuerda las condiciones del contrato, y el último de mi padre. Ese ni siquiera me molesto en leerlo, puede esperar a mañana. Seguro que es una reprimenda oficial por mi comportamiento inaceptable de hoy, sumado a una serie de consejos y recordatorios, que no necesito, para manejar a mi nuevo «socio».

Cuando soluciono el resto, me centro en el mensaje de la otra cuenta. Se me acelera el pulso solo al comprobar el remitente. Lo ha enviado hace un par de horas y me debato entre que, o bien ha estado ocupada o ha necesitado meditar su respuesta. Imaginarla nerviosa me enciende.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Viaje de ensueño

De acuerdo. Acepto el trato.

Seguiremos este juego de forma anónima, siendo solo B y D, aunque tú partes con ventaja, ya que has visto una parte de mí.

Sonrío por dos motivos, por su respuesta afirmativa y por la forma tan sutil de pedirme una foto para que estemos en igualdad de condiciones.

En el mismo lugar en el que me encuentro, sobre el sofá de color gris perla, pongo la cámara frontal, estiro el brazo y enfoco mis abdominales, que parecen más marcados después de la paliza que me he metido hoy en el gimnasio. El encuadre abarca desde el pectoral hasta la cinturilla elástica del pantalón, algo caído.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Viaje de ensueño

Tienes toda la razón del mundo. Espero que con esto, empate la partida.

La contestación apenas tarda uno o dos minutos en llegar. ¿Estaría esperando mi respuesta?

De: bubbly.bree991@gmail.com

Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Viaje de ensueño

Bonita foto. Pero ¿cómo sé que eres realmente tú y no se trata de una «tableta» que has escogido al azar de un banco de imágenes de la red?

Me carcajeo en voz alta ante su ocurrencia, hacía mucho tiempo que no me reía de esta forma. El cansancio que me aprisionaba se evapora con cada risotada. Le mando de nuevo la misma imagen, con un encuadre similar, solo que esta vez, una mano sostiene un vaso de whisky que descansa sobre mi abdomen. El contraste del frío cristal contra mi piel caliente consigue que se me erice el vello y se me pongan duros los pezones. Uno de ellos, aparece en la instantánea.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Viaje de ensueño

No vamos bien si a la primera de cambio desconfías de mí.
¿Así mejor? ¿Ahora ya crees que soy yo?

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Viaje de ensueño

Sí. Eso está mucho mejor.

Bueno, tengo que dejarte. Donna me está metiendo prisa para irnos a una discoteca a bailar.

Buenas noches, D.

Bendita amiga y bendita confusión. Tengo mucho que agradecerle a Donna sin siquiera conocerla.

Me acabo el vaso de whisky. No quería beber, pero ya que me lo he servido para la foto, lo aprovecho y he de reconocer que, a pesar de ser la misma botella de siempre, hoy me sabe mucho mejor.

Cuando me acuesto, las últimas palabras de su mensaje me asaltan en sueños. Un cuerpo de mujer, semidesnudo, se contonea sugerente delante de otro torso que reconozco como mío, aunque en ningún momento se ven nuestros rostros. Esa incógnita aumenta mucho más el morbo. Nos acercamos, nos rozamos, manos inquietas que se exploran mutuamente hasta que memorizan la piel del otro, sudada por efecto del baile sensual, húmeda y sugerente.

Me despierto sofocado, muy caliente, minutos antes de que el despertador suene, con una erección que tensa la tela del pijama. Tengo un tiempo extra que pienso aprovechar muy bien bajo la ducha, usando las imágenes que todavía siguen vívidas en mi mente.

Llego a la oficina de mejor humor que otros días, la descarga matutina ha resultado milagrosa. El efecto balsámico de mis sueños húmedos no dura demasiado, justo hasta el instante en que Melissa irrumpe en mi despacho, con el recado de, al menos, tres llamadas urgentes de mi padre y los informes que restaban de los contratos comerciales que se ha llevado Harper en los últimos meses. Mi archienemiga hace que el juego que mantengo con la enigmática B pase a un segundo plano. Durante todo el día no tengo ni un segundo libre para desconectar del trabajo y poder dedicarle un poco de atención.

———— ◦ ❖ ◦ ————

Los días se suceden dentro de un mundo que cada vez se me antoja más asfixiante, como si no fuera para mí, aunque sé que no tengo opción de escapar de él. El único soplo de aire fresco llega al caer la noche, cuando las luces de Jersey bañan el río Hudson y me hallo a solas en mi apartamento.

He cambiado mi rutina, ya no escucho de fondo las cifras de la Bolsa, sino que es una suave música clásica la que me acompaña mientras reviso mi cuenta de correo personal, tras cerrar todos los asuntos pendientes de la empresa. Después de una dura jornada laboral, me permito la licencia de sacar unos pocos minutos solo para mí. Me ha costado treinta y dos años hacerme esa concesión. Incluso, he vuelto a tocar el piano, ese que se había convertido en un caro adorno de mi hogar.

Los mensajes entre B y yo se han convertido en una bonita costumbre. Un intercambio de bromas y alguna que otra insinuación inocente a la que de vez en cuando le damos un doble sentido que me arrancan más de una sonrisa. Siempre soy el último en contestar a sus mensajes antes de acostarnos y es ella quien abre la veda al día siguiente. A pesar de ser vía email, ambos estamos tan pendientes del otro que podría considerarse una charla a tiempo real; apenas pasan unos minutos entre que uno manda el mensaje y el otro obtiene su respuesta.

Al quinto día, tras ese bendito error, B pone fin a sus vacaciones.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Viaje de ensueño

Último día en el paraíso. Ha sido breve, pero intenso.

Lleva un archivo adjunto. Salivo de anticipación ante la idea de que pueda ser de nuevo su cuerpo lo que me muestre. No tengo tanta suerte, se trata de una imagen idílica de una playa de arena blanca.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Viaje de ensueño

Un paisaje precioso, pero incompleto.

Añado un emoji guiñando un ojo, para restarle un poco de intensidad a mis pensamientos, esos que me llevan a desear el cuerpo de una desconocida y lo convierten en una fantasía erótica. Seguro que, si conociera a B en persona, no habría rastro de esa química y del juego que nos traemos entre manos y me llevaría un chasco. La imaginación tiende a idealizar nuestras expectativas.

Y así, entre las toneladas de trabajo habitual —o puede que un poco más— y los mensajes chispeantes con mi nueva «amiga virtual», vencen los quince días que nuestro nuevo cliente nos había concedido de plazo antes de empezar a trabajar con mi némesis.

En apenas unos minutos, descubriremos qué pasa si juntas a un Donovan y a una Harper y tratas de hacer que remen en la misma dirección. Seguro que el barco se parte por la mitad y el hundimiento adquiere unas dimensiones catastróficas, al nivel del Titanic.

Llevo ya un rato esperando a que se persone en el despacho que nuestro cliente ha habilitado para nosotros, un terreno neutral en el que dejar aparcadas nuestras armas y convertirnos en aliados.

No es que ella llegue tarde, sino que he llegado demasiado pronto, la presión de mi padre

porque me dé prisa en hundirla me está estrangulando, como si, aun sin estar presente, me estuviera apretando el nudo de la corbata.

Antes de la hora estipulada, irrumpe en el despacho, con un traje de pantalón de color marino y una carpeta bajo el brazo. Luce un maquillaje perfecto, su piel parece más brillante y luminosa que la última vez que coincidimos, como si hubiera absorbido los rayos de sol, inexistentes en esta época del año en Nueva York. Tal vez, vaya a un solárium para mantener el tono de piel durante todo el año o puede que solo se trate de una de esas cremas hidratantes caras con base de color.

Se sorprende al verme ya sentado al otro lado de la mesa, con varios folios esparcidos sobre ella. Titubea, comprueba el reloj y se relaja al ver que no llega tarde. Me mira y sonríe de medio lado. La muy cabrona es lista, sabe que mi anticipación es un indicativo de que estoy nervioso.

—Buenos días, Carter —saluda, segura de sí misma—. Has llegado temprano.

—Harper —respondo refiriéndome a ella por su apellido y entro directamente en materia—. He estado comparando nuestras propuestas, creo que algo podríamos salvar de la tuya para mejorar la mía —expongo con chulería, para recuperar mi posición.

—Muéstramelo. —No es una petición, sino un reto para que justifique mi soberbia. Se sitúa a mi espalda, tan cerca que su aroma, a manzana con un toque cítrico, me golpea con fuerza y me impide concentrarme en lo que tengo entre manos.

La sequía sexual a la que llevo sometido durante las últimas semanas por falta de tiempo, sumada al tonteo con B, me está pasando factura. Tengo que ponerle solución cuanto antes si no quiero morirme por falta de riego cerebral, ya que, ahora mismo, toda mi sangre se concentra en mis pelotas. Mi enemiga no puede ponerme tan duro, mucho menos ahora que tenemos que pasar tantas horas juntos. No puedo permitir que su atractivo me nuble el juicio y me haga ceder terreno con ella.

El día transcurre despacio, demasiado despacio. Jamás un reloj pareció ir tan lento como el que marca el avance de los minutos colgado de una de las paredes de este despacho. Es un pulso constante en el que ambos nos tomamos la medida. Cada uno se encuentra en el extremo opuesto de una soga y, a pesar de que tiramos con todas nuestras fuerzas, el centro no se mueve ni un puñetero milímetro.

Aparte de la batalla contra Brittany Harper, libro otra contra mí mismo, contra mis instintos primarios que me hacen ver al enemigo como un objeto deseable, es la maldita manzana envenenada que tentó a Blancanieves.

Llego a casa con dos copas de más que me he tenido que tomar en un bar cualquiera al abandonar la sede de los Yankees. Necesitaba algo fuerte que me ayudara a digerir lo sucedido en el interior de ese edificio. No estoy borracho, aunque puede que sí algo afectado.

Mientras me cambio el traje por algo más cómodo, abro el correo personal con prisas, pero no tengo ningún mensaje nuevo. Justo cuando más necesitaba evadirme del resto de mi vida. Impulsado por la desinhibición propia del alcohol que corre por mis venas, decido ser yo quien inicie esta noche la conversación. Móvil en mano, le escribo un mensaje.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Adiós, viaje de ensueño. Vuelta a la realidad

Me vas a perdonar si hoy me notas más serio de lo normal. Ha sido un día muy duro y mi cerebro está demasiado agotado como para resultar ocurrente y bromear. Aunque no me vendría mal una de esas fotos en las que no puedo verte el rostro.

Le pido, viniéndome arriba. Si no hubiera bebido, no habría sido tan osado y me habría ahorrado la frase final, pero este soy yo o, al menos, el «yo» que soy con B y que no dejo que nadie más conozca.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Adiós, viaje de ensueño. Vuelta a la realidad

Aunque ya hace días que regresé de mis vacaciones, echo de menos las playas de arena blanca y los cócteles al borde de la piscina. Parece que estamos compenetrados, yo también he tenido un día duro, nada que un buen baño de espuma no arregle. Te lo recomiendo.
¿Te vale esta? ¿Qué me das a cambio?

El mensaje adjunta una foto de una bañera, llena de espuma. Entre el agua, se vislumbran, emergentes, unos pies con una pedicura perfecta. Nunca he sido fetichista de esa parte del cuerpo, pero el alcohol, la necesidad y el día de mierda que he tenido hoy, disparan mi imaginación. De pronto me veo de rodillas, al pie de esa bañera, y me llevo esos dedos a la boca, succiono, lamo y asciendo por el resto de la pierna… Lo dicho, llevo demasiado tiempo sin sexo.

Mi polla no tarda en emocionarse con esa fantasía y da un respingo dentro de mis pantalones. No obstante, la ignoro y decido matar mis ganas de masturbarme haciendo varias series de dominadas. Después, decido pagar mi deuda.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Adiós, viaje de ensueño. Vuelta a la realidad

Mil gracias.
Mis métodos para combatir el día a día son otros.
Buenas noches.

Mi respuesta incluye una fotografía de mi espalda, todavía sudada, en la que se ve el tatuaje de símbolos orientales que me hice tras un viaje a Japón. Una foto de mi delantera en este momento podría resultar demasiado reveladora del estado en el que me encuentro. De fondo, aparecen varias máquinas del gimnasio que dan una clara idea de lo que he estado haciendo.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Adiós, viaje de ensueño. Vuelta a la realidad

¿Lo has hecho a posta para que te pregunte por el significado de ese tatuaje y así tengamos que alargar más la conversación?

PD: Hoy parece que hemos roto las reglas no escritas de nuestra peculiar amistad: has sido tú quien ha iniciado la conversación y soy yo la que no te deja terminarla.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Adiós, viaje de ensueño. Vuelta a la realidad

Me has pillado.
Es una grafía japonesa que significa Seyjaku: calma en mitad del caos.

Es mi particular baño de burbujas, aunque tal vez tenga que probar el tuyo. A ser posible, contigo dentro.

PD: ¿Seguimos rompiendo reglas?



7 – ROMPIENDO LAS REGLAS

Brittany

Un hormigueo me sube del bajo vientre hasta el esternón. ¿Esto no se nos está yendo de madre? ¿Estamos ya en este punto? Es cierto que hemos hablado mucho estos últimos días y, tras cada correo, la confianza ha ido en aumento.

Mentiría si negara que D se ha convertido en una pequeña ilusión. En esa sonrisa tonta que se te instaura en la cara cuando piensas en alguien que… ¿te gusta? Sí, supongo que sí. D me está empezando a gustar y, ¡es una locura! Ni siquiera sé su verdadero nombre y no sé ni qué rostro tiene. Me da pánico que esto que empiezo a sentir vaya a más y luego resulte ser el típico marido aburrido de la monotonía de su matrimonio que me esté utilizando para darle vidilla a su soporífera existencia.

Mis dedos tiemblan ligeramente y me muerdo el labio inferior cuando bloqueo el móvil. Su petición ha hecho que la temperatura del agua de la bañera parezca que haya subido cinco grados. Trato de sofocar una sonrisa; mi yo racional me exige que mantenga la compostura, no puedo ceder ni dejarme llevar. No puedo adentrarme en el sendero por el que me pide que andemos. Sin embargo, no consigo evitar que mis labios se curven. ¿Qué puede suceder si le sigo el juego? «Tan solo son palabras escritas en un correo electrónico, no es nada peligroso, ¿no?», intento autoconvencerme mientras desbloqueo de nuevo el terminal para responder a su osada petición.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Adiós, viaje de ensueño. Vuelta a la realidad

Debo de haberme vuelto loca porque voy a recoger tu guante.
Aunque deberíamos buscarnos otra bañera porque la mía nos quedaría un poco justa, y más después de haber visto la anchura de tu espalda… Sería conveniente buscar un lugar donde poder hacer realidad ese baño con comodidad de movimiento ﷺ.

P.D.: ¿Soy yo ahora la que me he pasado?

Antes de darle a enviar, abro la cámara del móvil, selecciono la delantera y me enfoco un hombro; se me ve un poco el cuello, la clavícula y el nacimiento del pecho, que queda tapado por la espuma.

¡Ay, madre, que se me ha ido la pinza! Su mensaje era muy sugerente, aunque no sé si con esta imagen me estaré pasando. ¿Estará bien que se la mande? ¿Y si es un loco que luego la sube, vete a saber dónde, y llega a manos indeseadas? «¡Vamos, Bree! No parece de esos. Te ha mandado una foto de su espalda —y menuda espalda, por cierto—. Esta foto no muestra nada. ¿Es provocativa? Sí, pero solo eso. Es sexy sin que se enseñe nada y no sería fácil reconocerme solo con ella».

En un alarde de valentía —o de enajenación mental transitoria, vete a saber—, la adjunto al correo y pulso «enviar» a la vez que cierro los ojos con fuerza. Veo el mensaje de «eliminar envío» y la cuenta atrás para poder hacerlo: tres, dos, uno… Tarde, ya está hecho.

Mis sentidos se ponen en alerta esperando su respuesta. La anticipación a lo que pueda decir me bulle por dentro. Esta adrenalina me está dando vida. Una que creí que no merecía la pena volver a sentir, una que había enterrado bajo llave para no volver a sufrir. Espero que no me esté equivocando, dejándola libre de nuevo.

Cojo la copa de vino tinto que he dejado en el taburete auxiliar antes de meterme en la bañera y doy un buen sorbo. La astringencia del Cabernet Sauvignon me contrae las papilas gustativas y hace que el potente aroma a frutos rojos del líquido perdure en la boca. ¿Podría compartir un buen vino con D?

Intento relajarme sin pensar en la respuesta del destinatario a mi correo, pero la tranquilidad que se respira en esta tina me aturde, así que decido dar por finalizada la sesión de spa cuando me sirvo la segunda copa.

Suelo tener el móvil en silencio y, hasta que no me arreglo del todo para ir a la cama, no me permito mirar la pantalla para ver si ha respondido o no.

Cuando las suaves y acogedoras sábanas de invierno me arropan, desbloqueo el aparato y veo su mensaje.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Adiós, viaje de ensueño. Vuelta a la realidad

Wow, B. Sé que puedes pensar que podría ser un farsante, un tío aprovechado que intenta entretenerse contigo, pero créeme si te digo que nada más lejos de la realidad. Queda mal que te lo diga, aunque lo haré de todos modos: soy de fiar.

Dicho esto, ya puedo confesarte que he deseado con todas mis fuerzas poder deslizar un dedo por tu clavícula.

Reconozco que, después del trabajo, me he tomado unos tragos. Lo necesitaba después del día tan intenso que he tenido.

Quizá es el alcohol el que me envalentona y el que no mide mis palabras, y no pienso contenerlas, al menos no hoy, al menos no contigo: ojalá pudiera lamer la gota que se ve entre tu cuello y tu hombro, ojalá pudiera oler el perfume del jabón que has utilizado para hacer la espuma que tapa lo que me muero por ver. Ojalá, simplemente, pudiera tocarte.

¿Me estoy pasando, rompiendo las reglas? Esto que hacemos tiene un nombre, ¿verdad?

D.

Sí, tiene nombre y se llama sexting.

Siento un calor extenderse por mi pecho y bajar hasta el vértice que separa mis piernas.

Quizá tendría que asustarme, parar esta conversación o, por lo menos, redirigirla hacia un tema menos intenso que el que ahora mismo se nos plantea. Pero este juego me excita y no puedo pensar en nada más que en cómo sentiría mi piel el tacto de la suya y en cuánto hace que no cargo mi Satifyer.

—Hoy voy a necesitarte, amigo —le digo al aparato, mientras abro el cajón con urgencia y rebusco en su interior.

Una vez que me hago con él, lo dejo a mi lado y releo lo que D me ha escrito. Si tiene el mismo don con la lengua que con las palabras… ¡Dios de mi vida!, ¡qué estoy diciendo! ¿Desde cuándo me comporto de esta manera? Si mi madre me oyera. Aunque no puede, y el pellizco de emoción que tengo en el estómago y parece aumentar exponencialmente cuando doy rienda suelta a la imaginación, me gusta.

Sus palabras son directas, algo que rara vez encuentro en mi día a día, y que agradezco en lo más profundo. Es como un soplo de aire fresco, un vaso de agua en el desierto del ambiente en el que me muevo, donde todo son apariencias, poses y sonrisas forzadas.

Aunque no sé si las de D serán sinceras, puedo dejarme llevar por este momento tórrido que estamos teniendo. Sin embargo, no puedo evitar echar el freno en cuanto a la confianza se refiere.

Las palabras de Donna me vienen a la mente, como si la hubiera invocado al no saber qué hacer en este momento de duda: «¿Qué puedes perder, Bree?». Y la respuesta es «nada». Al contrario, puedo llevarme un buen orgasmo de estos correos que queman, y si mañana no me escribe más, habré pasado un buen momento y tendré el recuerdo de unos bonitos días mensajeándome con un desconocido.

No me lo pienso más y respondo.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Adiós, viaje de ensueño. Vuelta a la realidad

Creo que me he vuelto loca de remate, D. Tus palabras me han incendiado y me voy a tomar la libertad de contarte que estoy un poco húmeda, y no precisamente por el baño.

Yo no me he ido de copas con Donna esta tarde, aunque no te negaré que me he tomado una copa de vino (o dos) durante mi ejercicio de relajación. Quiero achacar este arranque de locura y desinhibición al alcohol. No acostumbro a ser así, siempre mido lo que digo, en mi círculo se han de mantener las formas, pero contigo es distinto.

No sé si será esta conexión que parece que tenemos (espero que no sea yo la única que la nota) o quizá solo sea que puedo parapetarme detrás de las palabras de estos correos que nos mandamos, lo que tengo claro es que voy a permitirme «el lujo» de dejarme llevar, aunque solo sea por esta vez.

Tú has querido lamer la gota de mi cuello; yo he querido reseguir con la lengua el tatuaje que llevas en la espalda.

¿Responde esto a tu pregunta? No te haces una idea de cómo me tienes.

B.

Esta vez no dudo en mandarle el mensaje, estoy demasiado caliente y necesito desahogarme ahora mismo. Debe ser que llevo demasiado sin tener sexo, o que esto de que un anónimo me mande mensajes subidos de tono, me pone, mucho.

Tres minutos exactos es lo que tarda en llegarme su respuesta. Cojo aire con fuerza y me muerdo los labios. El pulso se me dispara y noto las mejillas calientes.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Adiós, viaje de ensueño. Vuelta a la realidad

Touché. No solo has sabido jugar a saltarte las reglas mejor que yo, sino que lo has hecho como una diosa.

Déjame decirte que nada está nunca demasiado húmedo, B. Sé que fui yo el que propuso la regla de no conocernos, ni mandarnos fotos, etc. En este momento me arrepiento de ello porque si te tuviera aquí… Si te tuviera aquí, el adjetivo «poco» referido a tu humedad se convertiría en un «mucho». Tienes claro que en estos momentos mi lengua ya no estaría en tu cuello, ¿verdad?

D.

Joder.

Una descarga eléctrica me sube desde el bajo vientre hasta la garganta, preludio de un placer que voy a disfrutar, aunque quiero alargar esto un poco más. Tengo que destaparme y hacerme aire con el cuello de la blusa del pijama, tengo calor, mucho calor.

Me rio como si fuera una chiquilla y maquino mi respuesta.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Adiós, viaje de ensueño. Vuelta a la realidad

Ay, D. No hay nada mejor que un buen cunnilingus, espero que sea una asignatura que se te dé bien, porque soy muy exigente.

Aunque antes de que tu lengua se pudiera adentrar entre mis pliegues, habría sido yo la que te hubiera probado. ¿Recuerdas que mi lengua estaba sobre tu tatuaje? Tan solo tengo que darte la vuelta e introducirme tu verga en la boca.

Estoy segura de que tú también notas humedad ahora mismo, ¿me equivoco? No tengas duda alguna en que pongo mucho esmero en cada cosa que hago, y las felaciones se me dan de muerte. Además, me encanta notar la rugosidad de las venas en los labios cuando el pene está sobreexcitado. Mi boca sabe cómo sacar provecho de esa textura.

¿Jaque?

B.

Creo que me he venido arriba. ¿Le pareceré una cualquiera? ¿Una mujerzuela, como dice mi madre? Ahora no estoy tan segura de haber hecho bien en mandarle este último mail, porque lo que siento en el estómago en este momento no es excitación, sino nerviosismo por lo que pensará de mi osadía.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Rompiendo las reglas

Tocado y hundido, B. He cambiado el asunto del mail porque esto ya va de otro viaje.
No te voy a negar que yo también estoy húmedo, claro que sí. ¿Cómo no estarlo con lo que me acabas de escribir? Me estoy planteando muy seriamente sonsacarte dónde vives e ir a verte para que me demuestres tu maestría con los falos. Me da igual cuántos aviones tenga que coger.
Madre mía, B. Me tienes al borde del abismo. Estoy muy caliente y no hago más que pensar en cómo encajaran tus tetas en mis manos, en cómo te retorcerías si te pellizco con cierta fuerza los pezones, en cómo mis dedos te penetrarían, hondo, rápido y fuerte, para que alcanzaras un primer orgasmo. Tú dices que eras buena con la lengua, pero nena, mis dedos hacen magia.

D.

Hostia. Puta.

Me va el corazón a mil, y ahora ya no puedo alargar más esto. NECESITO tocarme, imaginar que es el que me hace de todo. No dudo en decírselo.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Rompiendo las reglas

Me matas. Ahora mismo quizá no entiendas alguna palabra que te escba pq solo estoy utlzdo una mano. ¿Imaginas dónde sta la otra?

B.

No espero ni a que responda, cojo el succionador y lo deslizo entre los pliegues de mi vagina, lo hago encajar en el clítoris y subo la intensidad mientras mi mente vuela a un cuerpo que desconozco, a una espalda musculada, con la piel perlada de sudor, de la que puedo hasta percibir una fragancia masculina. Mi imaginación va más allá y me veo recorriéndole la columna vertebral con besos húmedos, tal y como le he descrito en mi correo, y cuando pienso en que se da la vuelta, aun sin ver su rostro, exploto como el Challenger al fantasear con su lengua sobre mi cuello, sobre mis pechos y mi clítoris.

—Ahhh —gimo, sin control, dejando que mi cuerpo se libere y convulsione, saboreando cada descarga orgásmica que se propaga, como la ola expansiva de una bomba, desde mi bajo vientre hasta el último rincón de mi cuerpo.

Tardo un par de minutos en recuperar el aliento. No me doy prisa, disfruto de cada pulsación

disparada que noto bajo las costillas, dejo que todo el estrés de hoy se vaya y solo quede el placer y el bienestar que me regalan las endorfinas.

Estoy a punto de rendirme a los brazos de Morfeo cuando noto la vibración del móvil. No tengo dudas de que será él. D ha respondido y no sé si quiero leer lo que tiene que decir de mi desinhibido correo. Ahora, tras los hechos, me muero de vergüenza al haberme atrevido a contarle cómo de excitada estaba. Seguro que ha pensado que soy vulgar y ha estado buscando la manera de finalizar esta especie de amistad electrónica que tenemos de la forma más caballerosa posible.

Cojo el teléfono con manos temblorosas y trago saliva con fuerza. «Venga, Brittany, hazlo como si fuera una tirita, de golpe, y va a doler menos», me infundo ánimos.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Rompiendo las reglas

Voy a darte el jaque mate a la partida contándote que he tardado en contestar porque he tenido que masturbarme tras leer tus palabras e imaginarme que te hacía todo lo que se me ha pasado por la mente.

Voy a dar por finalizada la conversación por hoy porque, mi yo caballero, no me deja seguir llegados a este punto. No hoy, por lo menos; te diría cosas que te escandalizarían y no quiero que dejes de escribirme aún.

Buenas noches, B. Sueña conmigo porque yo lo haré contigo y no estaremos mensajeándonos, precisamente.

D.

¡Dios! ¡Qué hemos hecho! Hemos abierto la caja de pandora y no sé si vamos a saber mantener una conversación amena y distendida después de esto. Es la primera vez que hago sexting, o algo parecido a ello, tampoco es que hayamos profundizado mucho, pero… ¡qué morbazo! Creo que voy a tener que volver a usar a mi amigo Satis.

———— ◦ ❖ ◦ ————

Me levanto con las pilas renovadas. Hacía muchos meses que no dormía tan bien. Ni mi escapada con Donna hizo que me relajara al cien por cien. Es interesante que lo haya logrado un desconocido con unas pocas palabras. Aunque… ¡menudas palabras! Se me contrae el estómago cuando lo recuerdo y me da mucha vergüenza ahora que lo veo desde otra perspectiva, pero no voy a arrepentirme. Con D no valen las máscaras, quiero ser yo, sin tener que contenerme.

Con este pensamiento empiezo el día dispuesta a enfrentarme a la realidad: trabajar con Carter.

Ayer el día no se nos dio demasiado bien. Cuando me propuso utilizar su idea perfeccionándola con alguna parte de la mía, lo quise estrangular. Fui muy políticamente correcta y nos llevó la jornada entera hacer ver al otro los puntos negativos de su idea. No paramos de discutir, a pesar de que habíamos acordado llevarnos bien. Y fue una lucha constante de poder. Resumen: un día tirado a la basura porque no avanzamos nada. Espero que hoy se nos dé mejor.

Soy la primera en llegar a la oficina y cuando mi nuevo compañero entra, se le borra la

sonrisa que traía.

—Buenos días, Harper —saluda con un carraspeo.

Se acerca a su silla y saca el portátil del maletín que lleva cruzado cual bandolera.

Tengo que apartar la vista de inmediato cuando noto que se me abren los ojos al percibir los músculos de su bíceps al levantar la maleta.

—Hola, Carter. Te veo bien. ¿Has pasado buena noche? —Y es cierto, no lo digo con segundas. Está guapo, o quizá sea que le favorece el hecho de dejar de fruncir el ceño y relajar las facciones de la cara.

—Algo así. ¿Y tú? ¿Por qué estás de tan buen humor? —contraataca. Achica los ojos, sospechando de que pueda estar siguiendo una estrategia.

—Dijimos que «tregua», ¿no? Solo estoy intentando ser amable. —Me encojo de hombros. Lo voy a intentar por todos los medios posibles, pero es innegable que la tensión entre nosotros es palpable, una mezcla de competencia y algo más profundo que ninguno de los dos está dispuesto a admitir.

Suspiro y me centro en mi ordenador. Hoy no le he dado los buenos días a D. Tendría que hacerlo, no quiero que lo que pasó anoche nos incomode a ninguno de los dos.

—Bueno —interrumpe mis pensamientos Carter—. ¿Has meditado sobre la propuesta de ayer? Tenemos poco tiempo y, bajo mi punto de vista, es la mejor opción.

Ni de coña voy a utilizar su idea con algún punto de la mía. Y para ser justos, tampoco deberíamos utilizar la mía. Justo eso es lo que le voy a exponer, aunque antes de que estalle la guerra de nuevo, quiero escribir a D. Así, cuando se tuerza el día, tendré un aliciente para poder sonreír.

—Sí, si me das dos minutos, te cuento lo que he pensado —le pido sin despegar la vista de la pantalla, donde ya tengo abierto un nuevo correo.

Carter no se sienta, lo tengo de pie, frente a mí —puesto que nuestras mesas están pegadas una frente a otra—, con los brazos cruzados y sus labios jugosos apretados.

Se pasa una mano por la barba de tres días que lleva. Me presiona, intenta ponerme nerviosa, sin embargo, no sabe que yo ya estoy curtida en esto de la presión laboral, así que lo ignoro por completo mientras redacto mi mail.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Rompiendo las reglas

Buenos días, D:

Espero que hayas podido descansar, yo, por lo menos, lo he hecho.

Hiciste bien en parar la conversación de ayer en ese punto. Nos pusimos un poquito intensitos, ¿no? Aunque no te negaré que disfruté de habernos saltado las reglas.

Bueno, te dejo que tengo que atender a alguien y necesito centrarme en el trabajo.

¡Que te sea leve el día! Y si vuelve a ser duro, siempre te quedará un buen baño de espuma ﷺ .

B.

Me muerdo el labio y dejo que la sonrisa y el buen humor no decaigan ni con la cara de pasa

arrugada de mi compañero. He empezado muy bien el día y no permitiré que ni él ni nadie cambie mi estado de ánimo.

—Ya estoy por ti. —Le sonrío y acepto que me divierte sacarlo de quicio. Las aletas de su nariz se dilatan y quiere mantener la calma inhalando profundo.

—Venga, suelta esa maravillosa idea que no tengo todo el día. —Da la vuelta a la mesa y se acerca a mí. Sabe que me pone muy nerviosa tenerlo cerca y, como yo lo he cabreado, quiere borrarme la sonrisa con lo mejor que sabe hacer: desestabilizarme.

Pero no lo va a conseguir. Antes de que llegue a mi silla y me tenga a su merced, me levanto y lo enfrento. Su expresión es seria, pero hay una chispa en sus ojos que no puedo descifrar.

—Carter, tu idea es buena, pero no es suficiente. Necesitamos algo completamente nuevo, algo que realmente destaque. Nada tuyo, nada mío. Algo de los dos. ¿Qué me dices? —Le tiendo la mano, por un lado, para cerrar el pacto cuando antes, por otro, para evitar que se acerque más a mí. Sin embargo, es como si no hubiera visto mi gesto. La distancia entre nosotros se acorta y puedo sentir su respiración mezclándose con la mía.

—¿Esa es tu brillante idea, Harper? —masculla entre dientes—. ¿Tirar por la borda el trabajo de semanas y empezar de cero? El cliente no nos ha dado mucho tiempo para tener el proyecto listo.

Mi corazón late con fuerza, y, estando tan cerca, puedo sentir el calor de su cuerpo.

—Sí, propongo que dejemos de verdad nuestras diferencias y empecemos desde cero. Juntos. —Por un momento, nos miramos en silencio. Me escudriña con la mirada, intentando descifrar si le estoy jugando una mala pasada, y no encuentra nada porque mi propuesta es del todo sincera.

Sus ojos oscuros se suavizan, y asiente, lentamente.

—De acuerdo. Me encantan los retos.



8 – SALIRSE DEL CAMINO

Carter

—Así no vamos a ningún sitio —protesto y doy un golpe seco sobre la mesa que la sobresalta. No me caracterizo por ser una persona violenta y, mucho menos, que pierda los papeles de este modo. Me han educado para mantener siempre la compostura, pero es que esta situación es desquiciante.

Harper me mira y, en cuanto se recupera del susto, resopla, hastiada. Creo que, por primera vez desde que empezamos a trabajar juntos, estamos de acuerdo en una cosa: esto es una completa pérdida de tiempo.

Llevamos horas atascados en el mismo agujero. No, horas no, días. La jornada de hoy no es muy diferente a la de ayer ni a la de antes de ayer y, probablemente, tampoco difiera de la de mañana. Ella desestima todas mis ideas y yo tiro por tierra las suyas. A ambos nos puede el orgullo y no estamos acostumbrados —ni dispuestos— a ceder ni un milímetro de terreno. Se nos echa el tiempo encima y no avanzamos. Y, así, ya hemos perdido casi una semana.

Nuestro plan de empezar de cero está resultando más complicado de lo que pensaba en un inicio, y eso que mis expectativas no eran muy halagüeñas. La realidad ha resultado ser un infierno en el que me estoy quemando, en más de un sentido.

Mi némesis no puede resultarme tan atractiva y amenazar de esta forma a mi cordura. Su figura es todo lo que siempre he buscado en una mujer y su carácter, todo lo que he aborrecido. Una combinación explosiva que resulta de lo más peligrosa.

A veces, su irreverencia y soberbia desata una ira en mí que escapa a mi control y bulle con libertad por mis venas como un río de fuego y, otras, solo pienso en apagar esas llamas que me consumen estrellándome contra su boca para acallarla. Todo un mundo de contradicciones que no puedo tolerar si quiero que esto salga bien.

Soy un volcán inestable de lava burbujeante a punto de entrar en erupción y parte de la culpa la tiene otra «burbujeante» que se ha convertido en mi compañera nocturna. Aunque el tonteo no se nos ha vuelto a ir de las manos, desde aquella noche que cruzamos la línea, no puedo sacarme de la cabeza sus palabras y lo que hicimos después, impulsados por estas.

Sin embargo, desde que me veo obligado a trabajar cada día en el infierno, he cambiado mi registro con B. Puede que parezca muy triste, pero es lo más parecido a una amiga que tengo —y eso que ni siquiera la conozco— y me desahogo con ella. Se ha convertido en una especie de confidente. No le doy detalles, soy un personaje público, bastante conocido en el mundo empresarial, y no quiero que nada le dé pistas de quién soy, pero sí comparto con ella cómo me siento. Le hablo de la relación exasperante con mi padre, algo bastante común hoy en día y que jamás relacionaría con los Donovan, ya que vendemos una imagen de familia perfecta, y el estrés y la frustración que me genera mi actual estado laboral.

No solo se ha convertido en mi paño de lágrimas, también me gusta contarle pequeñas cosas

sobre mí que nadie sabe, como cuando intercambiamos pequeños secretos sin importancia que dicen tanto de una persona, como nuestra película favorita, la canción que nos emociona o el plato que nos hace relamernos.

Siento que esa mujer misteriosa me conoce mejor que nadie, que, por fin, puedo ser yo mismo. Me gusta. Me gusta «hablar» con ella y mentiría si dijera que no espero con ansias el momento de meterme en la cama, móvil en mano, y dejar que las horas vuelen entre mensajes. Lástima que se trate de una cara anónima al otro lado de una pantalla.

—Mira, Carter, así no vamos bien. —La voz de Harper me saca de mis pensamientos con una bofetada—. Tenemos que mostrar un primer borrador de nuestra propuesta pasado mañana y no tenemos nada. O empiezas a aportar ideas constructivas, en lugar de poner pegas a todo lo que digo, o te bajas del carro —me amenaza.

—¿Yo? ¿En serio? —replico—. Todavía no he escuchado ni una opinión positiva salir por esa boquita. —Y menuda boquita, de labios jugosos y carnosos, una que tan pronto me apetece morder con saña como besar con lascivia.

Otra vez estamos en las mismas. La supuesta tregua que firmamos parece haberse convertido en una sucesión de ataques gratuitos, un duelo a muerte en el que ambos contrincantes estamos igualados y que empieza a tornarse eterno. ¿Quién será el primero en desfallecer?

Decido ser yo quien dé su brazo a torcer. Harper me tiene cogido por los huevos, aunque ella no lo sepa. Ayer, cuando acabé de perder el tiempo con ella, me fui a mi oficina a revisar los últimos números de la empresa. Necesitamos con urgencia una buena inyección de capital si no queremos empezar a tener pérdidas.

Respiro hondo para serenarme y no saltarle al cuello sin darme cuenta del terrible error que acabo de cometer. Una bocanada de su perfume afrutado inunda mis fosas nasales y me deja noqueado. Un puñetazo en las costillas no hubiera sido más efectivo para dejarme unos segundos fuera de juego.

—Está bien, dime, ¿cuál es tu propuesta de oro, Harper? —suelto con sarcasmo y me reacomodo sobre la silla para aliviar una incipiente erección provocada solo por su olor. Ese puto perfume me va a llevar a la perdición.

Durante las primeras frases de su idea, apenas presto atención. Estoy tentado de desconectar, como cuando escuchas una aburrida clase de historia en el instituto. Sin embargo, conforme avanza en su discurso, mientras me muestra su nueva idea, veo que tiene posibilidades y mi mente analítica empieza a implementar detalles que podrían funcionar. Se los propongo y, contra todo pronóstico, los acepta.

No me puedo creer lo que está pasando: estamos trabajando juntos. Me pellizco a escondidas, por debajo de la mesa, para comprobar si se trata solo de un sueño o esto está sucediendo en realidad. Mientras habla, recreo en un boceto preliminar sobre la pizarra digital el resultado de esa lluvia de ideas que más tarde pasaré al equipo de ilustración para que le dé forma.

Tenemos que aprovechar este ataque de productividad que ambos estamos teniendo, así que pedimos comida a un restaurante japonés que está a un par de calles de aquí y convertimos nuestra pausa para comer en un breve descanso en el que las ideas no dejan de fluir.

Cuando nos queremos dar cuenta, el sol ya se oculta por el horizonte y da paso a las luces de la ciudad que nunca duerme. El informe preliminar está listo. Lo repasamos una y otra vez para analizar posibles cabos sueltos, pero ninguno de los dos los encuentra.

Mi compañera no puede ocultar una sonrisa de satisfacción, una sincera, que me lleva a mirar a Brittany de una forma en la que jamás lo había hecho antes. Le correspondo, mucho más comedido, a pesar de que, por dentro, estoy eufórico y me dan ganas de abrazarla. Esto es increíble, Harper y Donovan son capaces de trabajar juntos y, además, con muy buenos resultados. Esto abre un mundo de posibilidades. Esperemos que el cliente piense lo mismo.

Por un momento, olvido nuestra rivalidad innata y estoy a punto de proponer a mi compañera que salgamos a tomar una copa para celebrar nuestro trabajo y nuestra alianza —y por haber encontrado, por fin, el salvavidas que mantenga a flote a Donovan Media—, cuando recibo la inoportuna y fastidiosa llamada de mi padre. Me convoca a una reunión urgente dentro de cuarenta y cinco minutos, me informa de que ya ha enviado al chófer a buscarme y me cuelga. Como siempre, no hay opción a réplica.

No sé si mi expresión trasluce algo de lo que me nace dentro, pero mi estado de ánimo acaba de mutar drásticamente.

—Tengo que irme. Buen trabajo, Harper. Nos vemos mañana —me despido de manera seca y con prisas. No me paro a comprobar si mi repentino cambio de actitud la ha sorprendido.

La reunión consiste en una cena formal con los principales accionistas, en un salón privado de un famoso hotel de la gran manzana, en la que nos ponemos al día del estado de Donovan Media. Nada nuevo, ya que he sido yo mismo el encargado de elaborar el informe que se ha expuesto sobre la mesa. No comprendo a qué ha venido tanta urgencia para que yo asistiera, supongo que querría eludir su responsabilidad en esos números nefastos y que recayera en mí.

—Hijo, me gustaría hablar un minuto contigo —comenta cuando me incorporo de la silla para marcharme, siguiendo al resto de participantes que ya abandonan la sala tras disolverse la convocatoria.

Me dejo caer con hastío sobre la misma silla que ocupaba. Estoy a punto de descubrir el motivo real de esta convocatoria.

—Bueno, ¿qué tal va la campaña con Harper? —pregunta, de manera despreocupada, como quien está hablando del tiempo, mientras sirve un par de vasos de whisky con hielo.

—Bastante bien, estamos logrando grandes avances —admito con sinceridad—. Es bastante buena —se me escapa el halago, lo que hace que me gane una mueca de desagrado por su parte.

—Espero que te refieras a sus habilidades en la cama, hijo. Ese es el único lugar que le corresponde —apunta, como si fuera una obviedad, y me asquea esa prepotencia machista que he mamado desde la cuna—. Destrózala. Demuéstrale que esto es un trabajo de hombres, aquí no hay sitio para ella ni para su familia. Su máxima aspiración en esta vida debiera ser satisfacer tus deseos y estar agradecida de que le dejes que lo haga.

Me encantaría rebatir los argumentos vacíos de Donovan padre, explicarle que, gracias a esa idea que ha tenido hoy, esa mujer a la que ha despreciado va a mantener nuestra empresa con vida. Sin embargo, sé que va a ser tiempo perdido. Como también lo va a ser que intente oponerme a sus órdenes, porque sus palabras nunca son una sugerencia, son las directrices que guían mi vida.

Después del acercamiento de hoy, de haber materializado nuestra alianza en algo tangible, ha cambiado mi punto de vista respecto a Harper. No me siento capaz de ir en su contra, pero es lo que se espera de mí. No puedo salirme del camino marcado por mi padre, no puedo ir en contra de mi familia, aunque el regusto amargo que se me instala en la boca del estómago no piense lo

mismo.

El broche de oro con el que pensaba que iba a culminar el día de hoy se ha convertido en un nudo que me aprieta demasiado la garganta. Me subo al asiento trasero del coche y me aflojo la corbata, cuando lo que me oprime está más adentro, debajo de la ropa, bajo mi piel. De nuevo, como ha sido la tónica de mi vida desde que tengo uso de razón, me debato entre lo que debo hacer y lo que quiero hacer, y nunca gana la segunda opción.

Harrelson ha venido a buscarme en el Bentley Mulsanne, así que mis manos van directas al minibar y me preparo una copa.

—¿A dónde le llevo, señor? —demanda.

—A casa, por favor —respondo, vencido, y me bebo el contenido del vaso de un trago, antes de volver a rellenarlo.

Cuando ya llevo varios minutos de trayecto, cojo el móvil, por inercia, y, justo en ese instante, me llega un mensaje de B, como si supiera que necesito ese soplo de aire fresco que puede devolverme la capacidad de respirar.

No lo leo y, directamente, lanzo mi propuesta, una locura que se me acaba de ocurrir, en la que me juego demasiado. Sin embargo, me siento tan derrotado, que no creo que pueda perder nada más. Me abro la camisa, me rompo el pecho y expongo lo que guardo dentro, aunque disfrazo lo que en realidad necesito de un modo en el que no parezca tan vulnerable. Quiero que su consuelo esta noche sea real.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Rompiendo las reglas

Hola, B.

¿Cómo estás?

Perdona, pero he de confesar que no he leído tu mensaje anterior. Puede que mi sinceridad te asuste, pero hay días en que lo único que los salva de no ser una auténtica mierda, son estos momentos contigo y el de hoy se lleva la palma.

Estas conversaciones nocturnas que mantenemos son como recibir el agradable tacto de la brisa del mar sobre mi piel tras un día de calor asfixiante. Sin embargo, hoy no es suficiente y todo esto se me empieza a quedar corto. Leer tus palabras a través de una pantalla no me basta, preciso que sea tu voz la que las pronuncie. Imaginarme que mis manos son las tuyas, tampoco me calma.

Sé que fui yo quien propuso el juego, pero estoy dispuesto a volver a saltarme las reglas y dar un paso más. Sé que tú también la notas, esta conexión que ha surgido entre nosotros, nacida de un error, pero que crece y se va haciendo más fuerte por momentos.

No sé si nos separan unos pocos kilómetros o miles de ellos, pero la distancia, ahora mismo, es lo de menos. Te propongo un encuentro, en una habitación a oscuras, un baile de máscaras en el que, por fin, podamos dejar aparcada nuestra imaginación y sentirnos, sin dejar de ser dos desconocidos. Quiero poder susurrarte al oído todas esas palabras que se van acumulando en el historial de nuestra bandeja de entrada mientras mis manos se pierden por el resto de tu cuerpo y quemar las sábanas que arden, enredadas en nuestra piel, sobre la misma cama.

Soy uno de los casi nueve millones de habitantes de la ciudad de Nueva York, pero iré donde haga falta. Dime dónde y cuándo, y allí estaré.

Si parezco desesperado, puede que sea porque lo estoy.

Tuyo, D.

A pesar de lo que parece por mis palabras, no es sexo todo lo que quiero. Sin embargo, no he sido capaz de decirlo, ni siquiera a B. Necesito, aunque sea por unas horas, sentirme dueño de mis actos, cortar los hilos que manejan mi vida como si fuera una marioneta y ser yo mismo, y

eso es algo que, de momento, solo consigo con ella. Puede que un encuentro en el que empezáramos a desvirtualizarnos rompiera la magia, pero estoy dispuesto a arriesgarme. El nudo que siempre cierra mi garganta, hoy aprieta demasiado y necesito un poco de aire.

—Señor, ya hemos llegado —anuncia el chófer.

—Dame un minuto, Harrelson —solicito con el terminal todavía en la mano, a la espera de una respuesta. Hacía tiempo que no me sentía tan nervioso como en este momento, ni ante clientes de suma importancia para Donovan Media.

El conductor me mira por el espejo retrovisor y apaga el motor mientras me concede el tiempo que le he pedido.

Diez minutos, diez interminables minutos son los que tarda en llegar la respuesta y, aunque no es la que deseaba, puede que sí fuera la que esperaba, lo que no quita para que la rabia se adueñe de mí.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Rompiendo las reglas

Lo siento, D, pero no creo que sea buena idea.

Puede que a mí también me empiece a resultar insuficiente el intercambio de mensajes. Sin embargo, creo que salirse del camino, lo fastidiaría todo.

Buenas noches, D.

P.D.: Siento que hayas tenido un mal día, si necesitas a alguien con quien hablar (y me refiero a intercambiar mensajes escritos), aquí me tienes, pero, por el momento, no puedo ofrecerte nada más.

—¡Mecagüen la puta! —grito y exhalo mi frustración lanzando el móvil sobre el asiento contrario al que ocupo. No estoy acostumbrado al rechazo, no me gusta y no lo llevo muy bien. No entiendo cómo mi día, después de alcanzar un logro histórico, se ha podido torcer tanto.

—Señor, ¿se encuentra bien? —se interesa Harrelson.

Recupero el teléfono y marco un número que, desde que contesté a ese primer mensaje mandado por error, no había usado. La persona al otro lado no tarda en responder.

—Hola, Carter, cuánto tiempo sin escuchar tu voz —me saluda con voz altiva.

—Sí, ha pasado mucho tiempo. Nos vemos donde siempre, dentro de veinte minutos. —Soy parco en palabras, no necesito explayarme más cuando ambos sabemos cuál es la finalidad de mi llamada. Vuelvo mi atención hacia el conductor de mi coche y añado—: cambio de planes —le informo mientras le doy la dirección. No le sorprende, la conoce de sobra.

Sophie me recibe con una sonrisa pícara y un vestido muy sexy. De familia acomodada, igual que yo, no puedo considerar que sea mi amiga. Nos une solo esto: encuentros esporádicos que alivian un poco el peso de las responsabilidades de nuestro día a día. Aunque alguien de su posición —e hija de uno de sus socios— es lo que mi padre siempre ha querido para mí.

—Te he echado de menos, Carter —confiesa mientras se desnuda ante mis ojos.

—He estado ocupado —respondo escueto, sin entrar en detalles, al mismo tiempo que me deshago de la camisa y de los pantalones—. Hoy me gustaría que apagáramos las luces —«e imaginar que eres la persona a la que realmente necesito y que tu piel es la de la desconocida que de verdad me enciende.»

No hay sentimientos ni preliminares, solo sexo. Y, a pesar de que jamás he tocado la piel de

«Burbujeante Bree», no consigo engañarme. El orgasmo, algo descafeinado, me deja una enorme sensación de vacío. No es ella, no es esto lo que quiero. Sigo siendo un puto títere cobarde que, a veces, juega a tener el control.



9 – LA INCERTIDUMBRE QUE TE CONSUME

Brittany

El aire es frío y cortante, pero no me importa. Mis zapatillas golpean el pavimento con un ritmo furioso y constante. Necesito conseguir dejar la mente en blanco o voy a explotar.

La ciudad ya ha bajado su ritmo frenético, y las luces de las farolas crean sombras alargadas en las aceras del Upper East Side. Cada paso de mi marcha es un intento desesperado de dejar atrás la tensión acumulada durante el día. Mi respiración se acelera, el aire entra y sale de mis pulmones con fuerza; sin embargo, no disminuyo la velocidad. Me concentro en el dolor de las piernas que gana intensidad en cada zancada, en el ardor de los pulmones y en el latido furioso de mi corazón. Es más fácil soportar esto que enfrentarme a la turbación que me ha provocado Carter. Su maldita sonrisa me desarma, cada día más, y hoy ha conseguido confundirme. A ello tengo que sumarle la decepción de D con su odioso correo y la presión de mi padre para que averigüe en qué situación está Donovan Media. Sacudo la cabeza para apartar esos pensamientos de nuevo.

El parque aparece ante mí, y voy derecha hacia él, adentrándome en sus senderos oscuros. Las hojas crujen bajo mis pies, y el aroma a tierra húmeda me envuelve. Aquí, en medio de la naturaleza, intento encontrar algo de paz. Aunque vuelvo a él una y otra vez; a Carter y a la forma en que me mira, a esa cercanía que me quema. Estoy desconcertada por esta desazón que siento, turbada por haberme equivocado con él. Aprieto los puños y aumento la velocidad, como si pudiera correr más rápido que mis propios sentimientos. El sudor me resbala por la frente y la espalda, y los cuádriceps se tensan con el esfuerzo. Quiero gritar, liberar todo lo que llevo dentro, pero solo logro exhalar en un jadeo frustrado.

Pensé que la relación laboral con Carter había dado un giro. Me daba la sensación de que, de verdad, habíamos dejado al margen la animadversión que sentimos el uno por el otro desde siempre, que nos estábamos entendiendo, y no me refiero solo a nivel laboral.

Hoy, por fin, hemos podido trabajar juntos y me he sorprendido disfrutando con ello. Creo que, en mi trayectoria profesional, no me había sentido más motivada y con más inspiración que esta mañana con Carter. Me ha parecido una gozada cómo nos hemos hecho crecer mutuamente, cómo nos hemos entendido y el resultado ha sido… ¡Brutal!

El recuerdo de su brazo rozando el mío me persigue y hace que me detenga bruscamente, me inclino hacia delante para recuperar el aliento. Apoyo las manos en las rodillas y cierro los ojos, tratando de calmarme. Me concentro en el pulso que siento en los oídos y el temblor en las piernas.

—Es mi rival —me repito en voz baja, como un mantra—. Es mi enemigo.

Sin embargo, las palabras suenan vacías. Levanto la cabeza y miro el cielo, buscando respuestas que no encuentro. ¿Cómo algo tan simple como una sonrisa puede hacerme tambalear

de esta manera? Siempre ha sido un engreído, un chulo prepotente. No puedo caer rendida a sus encantos. Me enderezo y empiezo a caminar, tratando de ordenar mis pensamientos. Aunque me resulta imposible.

Quiero odiarlo, mantener la distancia que siempre hemos interpuesto entre nosotros. Pero cada vez que pienso en él, siento que algo dentro de mí se rompe un poco más. Llego a un banco, me dejo caer en él y apoyo la cabeza en las manos. «Venga, Bree, reconócelo, solo por un instante, y luego te lo arrancas de los sesos», me digo. Porque sí, hoy, después de un duro día de fructífero trabajo y ese acercamiento que quizá me he imaginado, he creído que Carter quería invitarme a un *afterwork*, me ha dado la sensación de que me quería proponer que celebráramos que teníamos algo bueno entre las manos. Luego le ha sonado el teléfono y le ha cambiado la cara y la actitud, que ha vuelto a ser fría, altiva y distante como siempre. Ha sido como presenciar la transformación a Mr. Hyde.

Resoplo sonoramente, el cansancio físico se mezcla con la confusión emocional, y por un momento, me siento derrotada, así que decido volver sobre mis pasos y regresar a casa.

———— ◦ ❖ ◦ ————

Me desplomo en el sofá, después de una merecida ducha, con una copa de vino blanco en la mano, es ahora cuando me permito coger el móvil de nuevo. Al hacerlo, la petición de D desplaza todas las frustraciones que siento con Carter. Vuelvo a leer su e-mail y cada una de las palabras escritas me retumban en el pecho como un eco desagradable. ¿Es eso todo lo que soy para él? ¿Una simple distracción para mejorar su día? ¿Un cuerpo para satisfacer una necesidad momentánea?

Estoy fatal, hace una hora me estaba rayando porque Carter no me había invitado a tomar algo tras el trabajo y ahora me enfada que mi «amigo postal» me haga una proposición indecente. Yo, que reniego del amor en todas sus vertientes, estoy sintiendo algo por dos personas a la vez. ¡No me reconozco!

Vuelvo a centrarme en el correo y siento un nudo formarse en el estómago, una mezcla de decepción y rabia. También de tristeza, que coge peso, como si un yunque invisible se me hubiera instalado en el pecho, aplastando cualquier atisbo de esperanza que pudiera haber tenido con D.

Levanto el teléfono y lo sostengo frente a mí, la luz fría de la pantalla contrasta con la oscuridad que inunda la sala. Mis dedos rozan la superficie lisa mientras leo el mensaje una vez más, en un intento desesperado de encontrar algún rastro de sinceridad, algún indicio que me diga que esto es más que una simple petición frívola.

El silencio de la habitación se ve interrumpido por el leve zumbido del aire de la calefacción que atempera el ambiente del comedor. Puedo oír mi propia respiración, lenta y pesada, mientras las palabras de D giran en mi mente. El aroma del vino blanco llega a mi nariz, su fragancia, fresca y afrutada, es un débil intento de consuelo. Tomo un sorbo, y siento el líquido frío deslizarse por mi garganta, pero no logra calmar la inquietud que se agita dentro de mí.

¿Por qué me afecta tanto? Me paso una mano por el pelo, aún húmedo, y me doy cuenta de

que no es solo la petición en sí, sino lo que representa. Es como si, de repente, todo lo que pensaba que sabía sobre D se hubiera desmoronado. Pensaba que había algo real entre nosotros, una conexión más profunda que trascendía lo físico. Pero ahora, parece que solo soy una fantasía para él, una imagen para satisfacer sus deseos.

Mi corazón late con fuerza mientras una oleada de tristeza me inunda. ¿Es esto lo que merezco? ¿Ser vista solo por mi apariencia, ser valorada solo por lo que puedo ofrecer visualmente? Me recuesto en el sofá, cerrando los ojos una vez más, y dejo que mis pensamientos fluyan libremente. Puedo sentir las lágrimas amenazando con salir, un ardor en los ojos que lucha por liberarse. Lo contengo a duras penas. No quiero darle ese poder sobre mí, no quiero que sus palabras me hagan sentir menos de lo que soy; así que me concentro en la textura del sofá bajo mis manos, el sonido lejano del tráfico de la ciudad, el tacto del cristal húmedo de la copa de vino en mis manos, y el ligero sabor de su dulzura que aún permanece en mi boca; todos estos detalles se amplifican mientras intento anclarme al presente, mientras lucho por no dejarme arrastrar por la corriente de emociones que amenaza con desbordarme una vez más en lo que va de noche.

Me infundo valor y miro el teléfono una vez más. Decido que no voy a escribirle mañana. Necesito tiempo para pensar, para procesar lo que esto significa y si me merece la pena seguir con esta amistad por mail que tenemos.

Me levanto del sofá y me dirijo al ventanal que me brinda buenas vistas de la ciudad, apoyo la frente sobre él y el frío del vidrio parece bajar las revoluciones en mi mente y despejar las dudas sobre D. Quiero que me vea por quien soy, por la persona que hay detrás de la pantalla. No soy solo una cara bonita —aunque aún no me la haya visto—, no soy solo una imagen para alegrarle el día. Y si no puede entender eso, entonces tal vez no vale la pena seguir con esto.

Descanso las manos en el vidrio, centrada en la ciudad que nunca duerme, y siento una determinación creciente en mi interior. Necesito enfrentarme a Carter mañana, no puedo permitir que, quizá sin que él lo pretenda, juegue con mi estabilidad emocional, y he de ser fuerte y combatir contra su sex-appeal. También tengo que olvidar este sentimiento de traición que me pesa de D, alguien que creí comprender, aunque, visto lo visto, no era oro todo lo que relucía. Pero, sobre todo, necesito recordarme a mí misma que no estoy hecha para el juego del amor. Nunca se me ha dado bien ni he salido bien parada cuando me he visto envuelta en sus reglas, así que debo centrarme y descartar cualquier sentimiento que Carter o D puedan provocarme.

Convencida de la decisión que acabo de tomar, opto por llamar a Donna. Necesito hablar con alguien que pueda ayudarme a poner todo en perspectiva. Tomo el teléfono y marco el número de Donna.

—¿Donna? Soy Bree. ¿Tienes un momento? Necesito desahogarme. —Mi voz suena tensa, casi quebrada, como si estuviera a punto de derramar todas las emociones reprimidas. Cierro los ojos, tratando de contener las lágrimas que amenazan con salir. El peso de todo lo que estoy sintiendo es abrumador, y sé que, si alguien puede entenderme, es ella.

—Claro, Britt. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —pregunta con una preocupación genuina que solo una amiga verdadera puede tener.

Me muerdo el labio inferior, tratando de encontrar las palabras adecuadas mientras el nudo en mi garganta se hace más apretado. Siento el corazón acelerado y la urgencia en sacar todo lo que llevo dentro.

—Es D. Me ha pedido vernos para hacer realidad las fantasías con las que jugábamos alguna noche.

Las palabras salen rápidas, casi atropellándose unas a otras, cargadas de indignación y desilusión, de rabia y tristeza, como si una parte de mí hubiera esperado algo más, algo mejor.

Donna suelta una carcajada, aunque no es de burla, sino de incredulidad compartida.

—Vaya, típico. ¿Qué esperabas? ¿Una declaración de amor?

—No, claro que no. Pero… no sé. Me molesta que me vea solo como una distracción —casi susurro, mientras admito lo que realmente me duele. Me duele la idea de ser solo un objeto de deseo, una solución temporal a sus problemas, cuando pensaba en algo más profundo y significativo.

—Entiendo. Pero, Bree, que no te afecte en absoluto. No tienes que jugar a su juego ni sentirte mal por no querer saltarte las reglas que él mismo puso. ¿No acordasteis no veros, no involucraros demasiado? Solo correos electrónicos.

Suspiro y miro por la ventana. La vista del Hudson siempre me calma un poco, aunque hoy esa serenidad parece inalcanzable. El resplandor de las luces de la ciudad se refleja en el agua, creando un juego de colores que siempre me fascina, y hoy apenas puedo apreciar.

—Lo sé, pero siento que quiero más. Quiero conocerlo de verdad, saber quién es detrás de esas palabras.

Donna guarda silencio por un momento, como si estuviera pensando cuidadosamente su respuesta.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta finalmente, con comprensión y paciencia.

—No lo sé. ¿Tal vez debería decirle cómo me siento? —dudo. Hace escasos cinco minutos he acordado conmigo misma no escribirle de nuevo. Qué desastre. Sin embargo, tengo claro que no puedo seguir así, con esta incertidumbre que me consume.

—Hazlo, Britt. Sé honesta. Si realmente le importas, lo entenderá.

—¿Tú crees? —vacilo otra vez, con una ligera vibración en la voz, una mezcla de miedo, aunque también de una nueva determinación.

—Voy a colgar, Brittany. Escríbele, no lo dudes.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Rompiendo las reglas

D, estaba decidida a no escribirte más, o por lo menos en una larga temporada, sin embargo, creo que, en esta especie de relación que hemos forjado estos días, ha prevalecido la sinceridad, así que ahí va: Me ha molestado mucho tu proposición. Me molesta que me veas como una mera distracción.

Quiero que sepas que, para mí, esto es más que solo diversión. Me gusta hablar contigo, conocer qué piensas, qué sientes… Sí, me lo he pasado bien jugando contigo, pero si esto va a funcionar solo así, necesito que me lo digas, porque entonces, tendremos que poner punto final a nuestra amistad por correo. No quiero ser un simple desahogo.

B.

Envío el correo y dejo el teléfono a un lado. Ha sido como quitarme un peso de encima. No creo que tenga respuesta hasta mañana, y me da igual. Ya le he dicho lo que se me anudaba en el pecho y ahora la piedra está sobre su tejado. Espero que sea tan sincero como me ha parecido

que es estas semanas.



10 – A DOS BANDAS

Carter

He dormido fatal, no he dejado de dar vueltas en la cama y, por la sensación árida que tengo en la boca y el dolor de cabeza, que me martillea las sientes, deduzco que se me fue la mano con el alcohol. No soy de los que se emborrachan, creo que no lo hacía desde mi época universitaria, pero necesitaba borrar el final del día de ayer de alguna forma.

Me estiro sobre la cama, por suerte es sábado y no tengo que levantarme, y alcanzo el móvil. Me sorprende tener un correo y que sea de Bree. Después de cómo acabó la cosa ayer, no esperaba volver a tener noticias suyas o, al menos, no tan pronto.

Conforme leo sus palabras, me doy cuenta de hasta qué punto la cagué con mi proposición. ¡Cómo he podido ser tan gilipollas!

«No, no quiero renunciar a esto», pienso mientras releo una y otra vez los últimos mensajes que nos hemos mandado, en los que no cabe ni la menor duda de que he sido un cerdo. No me extraña que piense que solo me interesa su cuerpo, es lo que le he dado a entender. Y todo por encriptar lo que en realidad necesito en sexo puro y duro… y vacío. Al menos, ella ha tenido los ovarios de ser sincera. Creo que va siendo hora de que yo haga lo mismo.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Rectificar es de sabios

Hola, B.

Agradezco tu sinceridad. Ahora me toca devolverte con la misma moneda. Fui un auténtico capullo, aunque creo que de eso ya te has dado cuenta sin necesidad de que te lo diga.

A estas alturas de la película, no voy a negar que tu cuerpo, a pesar de que tu rostro sigue siendo una incógnita, me atrae. Buena fe de ello dan las noches en las que el juego se nos va de las manos. Sin embargo, no es el principal motivo por el que quería quedar contigo.

No sé si es debido a que todavía no nos hemos visto y que, escudado en el anonimato, me concedo la libertad de ser yo mismo, pero siento que, los mensajes que intercambiamos cada noche son lo único real que tengo ahora mismo en mi vida.

Es cierto que ayer fue un día nefasto y necesitaba a la amiga en la que te has convertido, pero no me bastaba con hacerlo a través de unos mensajes, necesitaba algo más. Sin embargo, no tuve los cojones de decírtelo. No supe hacer gala de esa sinceridad de la que alardeo contigo.

¿Has sentido alguna vez que lo que realmente quieres hacer no coincide con lo que tienes que hacer? ¿Con lo que se espera de ti? No voy a entrar en detalles, porque mi vida puede resultar bastante complicada y no quiero aburrirte con mis problemas, pero, ayer, cuando metí la pata, esa sensación estaba en su máximo exponente y opté por la solución fácil: ahogar mi desasosiego con sexo.

Ahora, que lo veo en perspectiva, me doy cuenta de que mi proposición me hizo quedar como un maldito degenerado. Espero que mis disculpas no lleguen tarde, que me puedas perdonar mi salida de tiesto y retroceder un par de días en el tiempo para retomar nuestra amistad en el punto en el que estaba entonces.

Arrepentido, D.

Me estiro del pelo, nervioso, y me flagelo por haber metido la pata de ese modo. Durante

horas, aguardo una respuesta que no llega. Tampoco lo hace al día siguiente. En este instante, el futuro de la empresa me importa menos que la relación virtual que hemos labrado entre Bree y yo y pasa a un segundo plano. Se me encoge el pecho al pensar que lo «nuestro» pueda terminar por mi comentario tan desacertado.

El lunes, cuando regreso a la oficina, el ambiente entre Harper y yo es más tenso. Tanto que, si no fuera porque tenemos el borrador que hemos de entregar a nuestro cliente hecho, juraría que nuestro acercamiento fue solo una ilusión. Ella se muestra fría, distante y yo no me molesto en evitar que así sea, aunque tampoco han regresado las discusiones. Cada uno está centrado en una parte del trabajo, al menos ella, yo solo lo intento. Mis neuronas no están donde debieran estar, sino pendientes de alguien que parece haber desaparecido.

Creo que es la primera vez que dejo que algo personal afecte a mi rendimiento y no entiendo cómo alguien a quien ni siquiera conozco me importa tanto. «¿Que no la conoces?», me replica mi subconsciente. «Sabes más de ella que de cualquier otra persona, incluso las más cercanas a ti. Lo único que no conoces es su rostro». Y esa puta voz tiene razón. En apenas unas semanas, he conseguido con B una confianza superior a la que he tenido con nadie. Es curioso que yo, siempre tan reacio a darme a conocer a los demás, haya permitido que se cuele por una rendijita y le haya mostrado lo que se oculta debajo de mi traje. «Porque lo que ven los demás no eres tú, solo eres un actor que interpretas un papel creado por tu padre y, por una vez, con ella, con esa desconocida, te has salido del guion». Maldita voz y sus verdades.

Pasan varios días hasta que, por fin, recibo la respuesta de Bree. Esta demora me hace pensar que, para bien o para mal, no le soy indiferente, ha tenido que meditar si me concedía otra oportunidad o ponía cierre a nuestra amistad.

Abro el mensaje con miedo, temeroso de lo que voy a encontrar sus palabras. Creo que hasta me tiembla el pulso y contengo la respiración mientras leo las primeras líneas.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Rectificar es de sabios

Me encantan las personas que saben reconocer un error y no tienen problema en pedir perdón, no es algo que abunde demasiado hoy en día. Solo por eso, voy a concederte otra oportunidad, aprovéchala bien, porque puede que sea la última.

P.D.: Yo también soy una de las nueve millones de personas que habitan en la ciudad de Nueva York. ¿Te imaginas que fuera la persona que te sirve un café cada mañana?

El alivio es inmediato. El molesto hormigueo que notaba en la nuca desciende hasta mi estómago y se convierte en un agradable cosquilleo. No todo está perdido, ahora solo tengo que, como bien dice, aprovechar esta concesión y volver a ganarme su confianza.

B también vive en Nueva York. De los casi ocho mil millones de personas que hay en el planeta, ya hemos reducido la ecuación a solo nueve. Creo que a partir de ahora me voy a fijar con más detalle en todas las mujeres rubias y atractivas con las que me cruce. Lástima que no vayan enseñando la clavícula, porque he visto tantas veces la foto que me mandó que me he aprendido de memoria hasta el último detalle de esa porción de su cuerpo, como las tres pecas que tiene, situadas en línea recta como una perfecta constelación.

Apenas tardo unos segundos en contestarle.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Rectificar es de sabios

Gracias. Me esforzaré al máximo para que no te arrepientas de tu decisión.

Por cierto, dudo mucho que seas quien me recibe tras la barra de la cafetería cada mañana, tal vez su hija, pero, por si acaso, el café me gusta solo y sin azúcar.

¿Vivimos en la misma ciudad? Vale que se trata de la más poblada de Estados Unidos, pero ¿has pensado que, tal vez, el destino nos quiera decir algo?

Tenía miedo de que, tras mi desafortunado desliz, nuestras conversaciones se vieran resentidas, que fueran más tirantes e impersonales. Sin embargo, solo nos cuesta un par de mensajes recuperar la complicidad previa, aunque mido mis palabras para evitar un doble sentido o insinuaciones de índole sexual. Quiero que le quede claro que no es solo un cuerpo para mí, es mucho más y, si me paro a pensar por un instante lo que puede significar eso, me da pavor.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Rectificar es de sabios

Lo siento, nunca he creído ni en la suerte ni en el destino. No puedes sentarte a esperar que el futuro te regale nada, tienes que ganártelo por ti mismo.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Tentando al destino

Me gusta tu filosofía y la comparto. O, al menos, así lo hacía hasta que, hace unas semanas, me llegó por error un e-mail y, gracias a él, tuve la oportunidad de conocer a una persona maravillosa. Lástima que no quiera que nos veamos en persona.

Tendré que tentar al destino para que la vuelva a cruzar en mi camino. Dentro de una semana es el encendido del árbol de Rockefeller Center, supongo que, como buena neoyorquina, estarás allí. Llevaré una pequeña flor plateada en el abrigo, para que me reconozcas por si ocurre otro bendito error y el azar quiere que nos encontremos.

—Mierda, Carter, concéntrate. No podemos permitirnos un traspié en este momento —me amonesta la heredera del imperio de mi archienemigo mientras releo la conversación de anoche con B, con una sonrisa dibujada en mi rostro, antes de la presentación final de nuestro proyecto conjunto ante el cliente.

Desde que he vuelto a retomar el contacto con ella, estoy más relajado, en todos los aspectos de mi vida, y vuelvo a rendir en el trabajo como se espera que lo haga un Donovan.

Carraspeo, apago el móvil y me lo guardo en el bolsillo del pantalón. Harper tiene razón, no puedo distraerme en un momento crítico como este. Está nerviosa, y no la culpo, a pesar de que soy yo quien se juega el futuro de mi empresa. Aunque trata de disimularlo, he aprendido a leer e interpretar sus gestos después de haber pasado tantas horas a su lado. Revisa su perfecta manicura de forma constante mientras da un último repaso a sus notas, que se sabe de memoria, durante los minutos previos a que llegue el representante de los Yankees.

—Tranquila, muñeca, todo saldrá bien —me sale con un tono demasiado pretencioso, pero es que no me cabe ninguna duda de nuestro futuro éxito. El cliente quedó encantado con la versión preliminar y esta que tenemos entre manos, es todavía mejor.

Brittany tuerce el gesto ante el apelativo escogido para referirme a ella. Abre la boca, no lo va a dejar pesar, pero, antes de que pueda decirme nada, le hago un gesto con la mano, me pongo en pie y me recoloco la chaqueta para recibir al resto de convocados a esta reunión, que acaban de abrir la puerta.

—Buenas tardes, por favor, tomen asiento —los saludo con educación mientras tiendo mi mano.

Harper me dedica una mirada de odio, una que me dice que ya hablaremos de mi tonito machista más tarde. Sin embargo, enseguida suaviza el gesto y lo cambia por una sonrisa amigable para que no aprecien ningún tipo de hostilidad entre nosotros. Al parecer, ella también es una maestra del disfraz.

Soy el encargado de la introducción inicial, Brittany asume el grueso de la presentación y concluimos con un resumen, también por mi parte, para acabar con una ronda de preguntas en la que ambos respondemos por igual. Durante la exposición mostramos una solidez y una compenetración que no siempre han estado presentes, como si trabajar juntos hubiera sido un camino de rosas. Las espinas del tallo están clavadas bajo el traje, pero no se ven. Damos la imagen de un equipo firme ya que nuestro trabajo lo es y en él no hay lugar para las grietas que nuestras disputas hubieran podido generar.

Conforme la presentación avanza, el cliente no puede disimular su entusiasmo. Le gusta lo que ve. Intercambio una mirada con mi compañera y ambos asentimos, lo tenemos en el bote, vamos a ganar mucha pasta con este contrato.

—Bueno, ha sido espectacular, me habéis dejado sin palabras. Ambos habéis hecho un trabajo impecable —comienza el CEO de marketing de los New York Yankees—. No puedo estar más satisfecho de haberos pedido que trabajarais juntos y del resultado que habéis conseguido. Vuestro trabajo conjunto supera con creces las presentaciones individuales que nos mostrasteis al inicio. Así que, tenéis carta blanca para lanzar vuestra campaña.

—Buen trabajo, chicos —se despiden el resto de los asistentes, mientras van abandonando la sala, y nos volvemos a quedar a solas.

Esperamos, de pie, uno junto al otro, durante unos dos minutos, con la vista clavada en la puerta por la que se acaban de marchar y, después, cuando nos aseguramos de que no se han olvidado nada y ya no van a volver, nos miramos, con una sonrisa en los labios, una que jamás pensé en dedicarle a mi némesis o recibir de ella.

—Carter, ¡lo hemos conseguido! —exclama Brittany con entusiasmo.

—¿Quién nos iba a decir que Harper y Donovan iban a ser capaces de trabajar juntos? —apunto.

El gesto nos sale espontáneo a los dos, recortamos la distancia que nos separa y nos abrazamos. Sin embargo, no estoy preparado para lo que siento cuando mis brazos la rodean. Una descarga eléctrica penetra a través de mis dedos, en el punto en el que entran en contacto con su espalda. Un rayo me atraviesa el cuerpo y lo abandona por los pies, haciendo que el suelo tiemble bajo nosotros. Nuestras miradas coinciden por unos segundos, se quedan ancladas, se estudian con una mezcla de sorpresa, admiración y ¿anhelo?, y siento unas ganas irremediables

de… besarla, de volcar sobre su boca toda la adrenalina acumulada durante estas semanas de tensión, de discusiones y de momentos en que las cosas entre ambos fluían.

¿Qué diablos me está pasando? Se trata de Brittany Harper, mi rival. La atracción que ha despertado en mí va mucho más allá del morbo que desencadenan nuestras discusiones y su cuerpo de infarto. Enseguida lo comparo con los sentimientos que me genera B y veo ciertas similitudes en lo que me provocan ambas mujeres, una lo hace con su cuerpo, con su olor y con su tacto y la otra lo hace con palabras. ¿Puede ser que me gusten las dos? ¿Puede que sea algo más profundo que una mera atracción?

Me separo de Harper antes de que mi deseo por probar sus labios escape a mi control, y me dé por comprobar mi teoría con una de ellas, y pongo distancia entre nosotros.

—Buen trabajo, compañera —la felicito y le tiendo la mano de manera cordial, un contacto mucho menos peligroso que un abrazo.

Me marcho sin mirar atrás, no sea que me arrepienta y regrese a calmar mi sed, y me subo al coche.

—Lo hemos conseguido, Harrelson —informo al chófer mientras me sostiene la puerta para que ocupe mi asiento. Sin embargo, mi tono no trasluce toda la emoción que debiera.

—No tenía ninguna duda de que lo lograría, señor —me responde, orgulloso de mi éxito. Ojalá, Arthur Donovan, mostrara la mitad de la admiración que me profesa él—. Aunque, permítame decirle que no parece muy contento —apunta, dando en el clavo.

—Tengo que hablar con mi padre —digo, como única respuesta, una que parece valerle y, a continuación, cojo el teléfono para informar al otro interesado en que este contrato saliera bien.

»Soy Carter. Acabamos de firmar el contrato con los Yankees —expongo a mi progenitor, refiriéndome a Harper y a mí, aunque sé que él se lo tomará como un logro propio, pese a que ni siquiera se ha interesado en el proyecto.

—No esperaba menos de ti, hijo. ¿Te has ganado ya la confianza de tu «compañera»? —La ironía es patente en su voz al elegir ese sustantivo para referirse a Brittany.

—Sí, yo diría que sí —admito y recreo nuestro impulsivo abrazo.

—Muy bien, hijo. Es hora de poner en marcha nuestra segunda parte del plan. Haz lo que haga falta: sedúcela, acuéstate con ella, descubre sus secretos, llévala hasta la cima y, después, empújala para que caiga con todo el peso de Harper Golden Media tras ella. —Me recuerda cuál es el objetivo real de Donovan Media que, por desgracia, no concuerda con el que me gustaría para la empresa. Estoy deseando que se jubile de una vez para poder llevar el negocio de vuelta al lugar que le corresponde, aunque sin juegos sucios.

—Pero… —Por primera vez desde que tengo uso de razón, me veo tentado de contradecirle, de explicarle que en vez de luchar contra nuestro rival, podríamos fusionar ambas empresas, que así, no solo tendríamos un colchón económico más estable, sino que nos haríamos con todo el monopolio de marketing de Nueva York y, posiblemente, de todo Estados Unidos. Sin embargo, en cuanto huele que voy a replicarle, como el viejo sabueso que es, me interrumpe.

—¿Algún problema, hijo? —Su tono autoritario me dice que es él quien todavía está al frente de la empresa y que, mientras lo haga, yo no tengo ni voz ni voto. Mi lugar, mi cometido es seguir sus pasos sin desviarme ni un ápice del camino marcado.

—No, padre, por supuesto que no —me retracto y guardo silencio, como he hecho siempre.

Un regusto amargo enturbia el éxito de hoy tras esa conversación. Tiene un don para volver

gris hasta el día más soleado. Me desnudo y me meto en la ducha, a ver si el agua consigue disolver esos nubarrones que se han instalado sobre mi cabeza.

Mientras el agua calienta mi cuerpo, el recuerdo de las sensaciones que he experimentado al tener el cuerpo firme de Harper atrapado entre mis brazos, aumenta aún más la temperatura. Varias imágenes de estas semanas me azotan, sus movimientos seguros y sensuales al caminar, el aroma a manzana con toques cítricos, fresco y excitante al mismo tiempo, esos labios jugosos que me han tentado hasta el infinito… La imaginación hace el resto y, hoy, es ella quien me enciende y se convierte en la protagonista de mis fantasías, dejando a Bree encerrada dentro de un sobre sin abrir en mi bandeja de entrada.

Ya, acostado en mi cama, pasada la medianoche, con la mirada fija en el techo, dándole vueltas a la conversación que he mantenido con mi padre, la luz de una notificación entrante ilumina momentáneamente la oscuridad de mi habitación.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Tentando al destino

¡Qué crueldad que esa persona maravillosa no quiera que la conozcas cara a cara!
¿Ya te lo has ganado?

De nuevo, B me sigue el juego.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: Tentando al destino

Estoy tratando de hacer méritos para conseguirlo.
¿Voy bien?

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: Tentando al destino

Ja, ja, ja.
Está bien, concederé el beneficio de la duda a tu teoría. Yo también llevaré una flor de metal por si, al reducir el círculo de nueve millones de personas a varios miles, el destino quiere que nos veamos.

Buenas noches, D.

La piel me hormiguea ante la posibilidad, casi inexistente, de que ese escenario con el que bromeamos pudiera darse. Dejo el móvil en su lugar y me dispongo a dormir con una sonrisa, mucho más relajado tras intercambiar unas pocas frases con B. Sin embargo, en cuanto cierro los ojos, regresa a mí las sensaciones desencadenadas por Harper y lo que he hecho después con ese pensamiento en la cabeza. Y, aunque rebajé el tono de mi conversación con Bree a una mera amistad, siento como si la estuviera engañando, como si estuviera jugando a dos bandas.



11 – ROCKEFELLER CENTER

Brittany

El sol empieza a desvanecerse tras los rascacielos de Nueva York cuando salgo de la oficina. El aire frío del atardecer me golpea con fuerza, llevándose consigo el último vestigio del agradable calor en el pecho que me ha provocado conseguir el contrato.

Instintivamente, me arrebujo en el abrigo. Siento el tejido, grueso y pesado, envolviéndome como un refugio. Meto las manos en los bolsillos y la lana del forro interior les ofrece un consuelo inmediato a mis dedos helados. Odio utilizar guantes, no me permiten la inmediatez que necesito para manipular el teléfono —que es como una extensión más de mi cuerpo—, así que prescindo de ellos, con las molestas consecuencias de tener las manos heladas en los días más duros del invierno.

Saco una, un minuto después, y miro la pantalla del móvil, nerviosa. Estoy pletórica por nuestro logro, no solo porque nos han dado la cuenta, sino porque, entre los dos, hemos hecho un magnífico trabajo.

Tengo un nudo de felicidad en el plexo solar que clama por estallar, una mezcla de alivio y orgullo que debería ser suficiente para mantenerme en las nubes por un buen rato. Sin embargo, la realidad se cierne sobre mí como una nube oscura. Tengo que decírselo a mi padre, así que desbloqueo el terminal y, cuando estoy a punto de marcarlo, me arrepiento. Es mejor que haga esto cara a cara. Sí, mejor voy a la sede de Harper Golden Media y le cuento las buenas nuevas en vivo y en directo. Paro un taxi y pongo rumbo a las oficinas, no sin antes anunciar mi visita a su asistente.

Quizá son cosas mías, pero parece que mis tacones hagan más ruido de lo normal al chocar con el mármol del vestíbulo principal de la empresa, amplificado por el eco que rebota en las paredes de cristal. Paso el control de seguridad con mi huella dactilar, subo al piso veintitrés y, tras saludar con una sonrisa y un leve alzamiento de cabeza a los compañeros que aún están en la oficina, me detengo frente a la puerta del despacho de mi progenitor. Me tomo un momento para recomponerme, consciente de que esta conversación no será fácil.

Cuando estoy a punto de llamar a la puerta, la amable de Rose Mary parece estar esperándome.

—Brittany, pasa —dice su asistente, recibiéndome antes de que pueda anunciar mi llegada.

El despacho de mi padre es un santuario de poder y elegancia, decorado con muebles de madera oscura y estanterías llenas de libros de cuero que huelen a viejo y a sabiduría acumulada. Las grandes ventanas ofrecen una vista panorámica de la ciudad, iluminada, ahora mismo, por las farolas que marcan las carreteras principales. Mi padre se levanta de su sillón a mi encuentro, con una sonrisa orgullosa y centelleo en el fondo de sus ojos azules.

—Papá —digo, intentando igualar su entusiasmo con una sonrisa—. Traigo novedades.

—Lo sé, lo sé. ¡Ya me he enterado! Las noticias, y más una como esta, vuelan. —Su abrazo

es fuerte, su cuerpo emana calidez y una energía inconfundible de satisfacción—. Estoy tan orgulloso de ti, Britt. Sabía que lo lograrías.

Me siento ufana, aunque los nervios le ganan la partida a la dicha de escuchar sus palabras. Me recreo un poco más en su abrazo; es reconfortante, aunque sé que pronto vendrá la parte difícil de esta conversación. Me aparto con suavidad y me dirijo a una de las sillas frente a su escritorio, mientras me deshago del abrigo y el bolso, que dejo en el contiguo.

—Gracias, papá. Han sido unas semanas duras, pero lo hemos logrado.

Se sienta frente a mí, cruzando las manos sobre la mesa, y su expresión cambia de la satisfacción a un interés calculador.

—Entonces, dime, ¿cómo ha sido trabajar con un Donovan? —pregunta. Mantiene los ojos fijos en los míos, buscando cualquier indicio de algo que le aporte información suculenta.

—Pues… interesante. Desafiante, quizá, pero al final formamos un buen equipo —respondo, eligiendo cada término con cuidado.

Él asiente con lentitud y entrelaza las manos para colocarlas frente a su boca, como si estuviera evaluando cada palabra que digo. El silencio que sigue es pesado, cargado de expectativas.

—Y ahora que tenemos el contrato, Brittany, ¿qué has averiguado sobre su empresa? —pregunta con algo de tiento y un tono de voz bajo pero firme.

Siento la punzada en el estómago que esperaba desde que he salido de las oficinas de los New York Yankees: un cóctel de ansiedad y disgusto. Trago saliva y lo miro directamente a los ojos, intentando mantener la calma. Respiro con profundidad, siendo consciente de las expectativas de mi padre, que cargan el ambiente, tanto, que parece que hasta me cueste respirar.

Me aseguro de que la voz no me tiemble, aunque tenga el corazón desbocado. Mi respuesta no le va a gustar.

—Papá, no he tenido tiempo de investigar nada. Hemos estado muy ocupados con el proyecto. —Busco su mirada para que vea que soy del todo sincera.

No hay respuesta inmediata. Se reclina en el sillón, inclina la cabeza hacia la derecha y achica los ojos, haciendo que su gesto se endurezca. Sus dedos tamborilean, ahora, sobre el reposabrazos de la silla. Al final, suspira y me responde.

—Brittany, sabes lo importante que es esto para nosotros. Necesitamos esa información para mantener nuestra ventaja competitiva, absorberlos y hacerlos desaparecer. —Su tono es un poco más duro ahora, pronuncia cada palabra con una precisión fría.

Me inclino hacia delante, sin poder evitar que se me note la urgencia de hacerle entender mi posición. El olor a cuero y a madera pulida llena mis pulmones, un contraste con la tensión que crece en mi interior.

—Papá, no puedo hacerlo. Carter se fía de mí. Hicimos un pacto, dimos nuestra palabra de que habría tregua mientras trabajáramos juntos. Ahora mismo somos un verdadero equipo, uno como el que pueda formar con cualquiera de los trabajadores de nuestra plantilla, no puedo traicionarlo así. No está bien.

El silencio que sigue es ensordecedor. Puedo ver el conflicto en su rostro, la lucha entre el empresario implacable y el padre que quiere lo mejor para su hija. Sus ojos se suavizan un poco, aunque la determinación sigue ahí y no me da tregua.

—Brittany, esto no va solo sobre la confianza. Va sobre el negocio, sobre proteger lo que

hemos construido. No te estoy pidiendo que hagas algo ilegal, solo que mantengas los ojos y oídos bien abiertos. —Su tono es más suave, pero la presión subyacente es innegable.

Siento que mis manos se crispan en los brazos de la silla. La frustración y la tristeza se mezclan y crean un nudo en mi garganta que me cuesta tragar.

Tanto teniéndolo de padre como de jefe, siempre ha respetado mi forma de ser, nunca me ha impuesto nada ni ha sido severo. Es más, me ha educado con unos valores de los que estoy más que orgullosa, pero la familia Donovan lo supera.

—Papá, entiendo tu postura. Sin embargo, también tengo que ser fiel a mis principios. No quiero ganar a cualquier coste. Quiero hacerlo de la manera correcta, sin traiciones. Si Donovan Media tiene que ser nuestra, lo será por las vías correctas, no porque yo obtenga información privilegiada de alguien que ha depositado su confianza en mí. No me obligues a hacerlo.

Él suspira, se pasa una mano por el cabello, un gesto que revela su propia tensión. Oigo hasta el leve zumbido de la luz de los fluorescentes del techo, así de cargada se torna la conversación.

—Lo sé, Britt. Y respeto eso, de verdad. Pero no subestimes lo que está en juego aquí. Solo te pido que consideres la situación.

Me levanto, y siento el peso de sus palabras y de las expectativas familiares sobre mis hombros. Me acerco a la ventana y me pierdo en la imagen de la ciudad que se extiende ante mí, las luces parpadeando como pequeños faros de esperanza.

—Lo consideraré, papá. Aunque no puedo prometer nada —murmuro al fin.

Él se levanta, se acerca a mí y coloca una mano en mi hombro. Su toque es reconfortante, y también una clara señal de su determinación.

—Eso es todo lo que pido, Britt. Confío en ti para hacer lo correcto. Solo recuerda, nuestra familia cuenta contigo.

Me vuelvo hacia él y lo abrazo, sintiendo la calidez de su cuerpo y el peso de la responsabilidad que he aceptado al ser parte de esta familia.

—Lo sé, papá. Y haré lo mejor que pueda.

Al salir de su oficina, el aire fresco del vestíbulo me recibe y despeja un poco la niebla de mis pensamientos. Sé que esta no será la última vez que tengamos esta conversación, pero por ahora, al menos, he dejado clara mi posición. La batalla entre el deber y la integridad continúa, aunque estoy decidida a enfrentarla con todo mi ser.

—¡Bree! —Su voz retumba en el altavoz con una energía que casi puedo sentir físicamente—. ¡Ha llegado el día! ¿Cómo estás? ¿Nerviosa? ¿Ya sabes qué vas a ponerte? ¿Has comprado el broche? ¿Te ha dicho algo más? ¿Alguna pista de por dónde va a estar? —Donna parece haber comido lengua y está, sin dudarlo, mucho más nerviosa que yo, aunque parezca mentira.

—Donna, si con tu llamada pretendías que me calmara, has logrado lo contrario —le recrimino con guasa—. Estoy histérica, no te voy a decir que no. Me pondré cómoda, no quiero ir muy arreglada, quiero ser yo, sin estridencias. Compraste el broche conmigo, ¿recuerdas? Y no, no me ha dicho nada más ni me ha dado información sobre su ubicación —respondo de

carrerilla a cada una de sus preguntas.

—Perdona, Bree, pero es que, ¡es tan emocionante! Si es tan guapo como simpático, amable, atento y ocurrente en sus correos, ¡habrás triunfado, amiga!

Ruedo los ojos porque Donna, desde que sabe de la existencia de D, se ha declarado su mayor fan. Dice que es la presidenta del *#teamD* y que ni yo le puedo quitar el puesto.

—No te preocupes. La verdad es que distraerme con el preparativo de esta noche me está yendo bien. Así no pienso en la insidiosa petición de mi padre —le confieso mientras me tumbo en la cama.

—Uff, es que menudo papelón. ¿Qué tendrán tu padre y el Sr. Donovan para llevarse tan mal? ¿Qué les debió ocurrir para justificar esta rivalidad? —se cuestiona, con toda la razón del mundo.

—No tengo ni idea. Cada día que pasa me dan más ganas de preguntar al respecto y me reprocho el hecho de no haberlo hecho antes. —Y es verdad. Es algo en lo que pienso mucho últimamente y más, después de llegar a este entendimiento con Carter y tener que hacer un esfuerzo titánico para que deje de atraerme. Y todo por una rivalidad que me impusieron desde niña y a la que no me he planteado negarme nunca.

—Bueno, tú ahora piensa en D y en este encuentro que espero que tengáis. Se me van a hacer las horas eternas hasta que me llames y me cuentes todos los detalles.

Me rio, porque a cotilla no la gana nadie.

—Ya, eso será si nos encontramos, ¿no? —Le refresco la memoria por si se ha olvidado de que no hemos quedado propiamente, solo sabemos que vamos a estar los dos en el mismo lugar y a la misma hora, y no es seguro que nos veamos, y más teniendo en cuenta la cantidad de gente que va a ir al famoso encendido.

—Es que, ¿por qué no quedáis en un bar como la gente normal? ¡No me lo explico! —protesta como si fuera ella la que tuviera esta cita no-cita.

—Porque el destino quiso que nos conociéramos por un error de mail y el destino decidirá si nos encontramos hoy —suspiro. A mí esto tampoco me acaba de convencer, pero le seguí la gracia y ahora ya no hay marcha atrás.

—Menuda bobada…

—Ya. Donna, te dejo que al final llegaré tarde —digo, algo tajante, para no alargar más la conversación y darme tiempo a terminar de arreglarme.

—Sí, te dejo. ¿Seguro que quieres ir sola? Yo te acompaño sin problema, eh…

—Donna… —le recrimino con hastío. Le he dicho por activa y por pasiva que tenía que hacer esto sola.

—Ok, ok. Entendido. —acepta pesarosa—. ¡Cuéntamelo todo cuando vuelvas! Sea la hora que sea —exclama con rapidez y entusiasmo antes de que le cuelgue.

—Que sí, pesada —me rio.

—Yo también te quiero.

Cuelga antes de que pueda responderle nada y me deja con la palabra en la boca y un nudo de nervios, que no tenía antes de su llamada, en el estómago.

———— ◦ ❖ ◦ ————

La plaza está abarrotada de gente, familias y turistas, todos amontonados, todos con la misma emoción brillando en sus ojos. Mis manos están frías y me froto los dedos en un intento de calmar la ansiedad que me recorre el cuerpo. El aroma a castañas asadas y a chocolate caliente se mezcla en el aire, envolviéndome en una sensación cálida y festiva.

Mis ojos recorren la multitud, buscando esa flor metálica que será el signo distintivo de D. Mi corazón late con fuerza, y tengo tantos nervios que no puedo ni tragar. Desde que comenzamos a intercambiar mensajes, ha habido una conexión palpable, una chispa que me ha mantenido despierta más de una noche. ¿Quién será D en realidad? ¿Será tan auténtico en persona como lo es en palabras? Ahora no estoy tan segura de que haya sido una buena idea dejar caer que estaríamos los dos aquí. La angustia en el esófago me hace difícil respirar. Quizá si Donna estuviera aquí conmigo, no parecería que esto fuera tan forzado. ¿Por qué no la habré dejado acompañarme?

Me abro paso entre la multitud, porque no puedo estarme quieta. Necesito moverme o colapsaré. Las botas se me hunden en la fina capa de nieve que ha dejado la reciente nevada. Llego a uno de los laterales de la plaza, donde, por increíble que parezca, se ha abierto un hueco.

Siento un ligero hormigueo en la piel, como si el aire mismo estuviera cargado de electricidad.

Y luego todo se detiene.

Solo oigo una voz que ya me es muy familiar: firme, grave y resonante, que me llama.

—¿Brittany?

Me giro despacio, con miedo. Con los ojos cerrados con fuerza, como si fuera una niña pequeña que quiere hacerse invisible ante una situación que le da miedo. Cuando los abro, se encuentran con los de… Carter.

Dejo de respirar y, por un segundo, mis neuronas cortocircuitan y creo que me voy a caer redonda. Sin embargo, me repongo enseguida y puedo ver que a los dos nos pasa lo mismo; nos atraviesa en el gesto la sorpresa, la incredulidad y, finalmente, sin que podamos remediarlo, la desconfianza.

—¿Carter? —Mi voz suena recelosa, incluso estridente.

Nuestros ojos se desvían a la vez y los dos, al mismo tiempo, vemos el distintivo que nos señala como la persona a la que estábamos esperando. «Si esto es una cámara oculta, por favor, que termine ya la broma, no tiene ni pizca de gracia», pienso. Y nada más lejos de la realidad, porque su cara de asombro me muestra que él está tan sorprendido como yo.

El bullicio de la multitud, las risas, y la música navideña se desvanecen, dejándonos a los dos en un silencio cargado de asombro. ¿Todo este tiempo, D ha sido Carter? Me doy cuenta de que estoy temblando, no solo por el frío, sino por la avalancha de emociones que me inunda. Miro a Carter, y en sus ojos veo reflejado el mismo torbellino de sentimientos.

Nos quedamos allí, mirándonos fijamente, mientras las luces del árbol comienzan a encenderse una por una. La multitud a nuestro alrededor aplaude y grita, pero todo parece un eco distante. Solo estamos nosotros dos, descubriendo que la persona con la que hemos conectado tanto es alguien que creíamos conocer, y que, claramente, no conocíamos en absoluto.

—No puedo creerlo —murmuro, y me llevo una mano a la boca.

Carter da un paso hacia mí, su expresión cambia del asombro a una mezcla de diversión y alivio.

—No podías ser otra que tú.

La realidad de la situación comienza a hacerme mella. Imágenes de uno se entremezclan con las palabras del otro: Carter trabajando conmigo, su sonrisa, su mirada profunda y atrayente, cada descarga de electricidad que me provocaba cada vez que, inconscientemente, nos tocábamos… Todo ello combinado con cada mail de D, su extremada sinceridad, su chispa, su carisma.

El calor de la vergüenza me sube a las mejillas al recordar las fotos que hemos intercambiado, los correos en los que hemos dejado ir la imaginación y hemos terminado por confesar que necesitábamos tocarnos y deshacer el nudo de excitación que nos provocábamos mutuamente.

—Dios… —Me tapo los ojos, no puedo mirarlo a la cara ni permitir que él me mire.

No puedo quedarme aquí. No con él. No ahora. Noto una presión en el pecho que se vuelve insoportable, y sin pensarlo, doy un paso hacia atrás, preparándome para huir.

—No, esto no puede ser —digo, y siento mi voz quebrarse.

Carter, que se ha mantenido expectante durante estos momentos, que no sé si han sido segundos o muchos minutos, frunce el ceño, y extiende la mano hacia mí.

—Brittany, espera.

No le hago caso y me giro, intento abrirme paso entre la multitud. Mis pensamientos son un caos. ¿Cómo pudo ser él todo este tiempo? No tiene sentido. Mis pasos se aceleran, pero de repente siento su mano en mi brazo, firme pero no agresiva.

—Brittany, por favor, no te vayas así —dice con un tono suplicante que jamás pensé escuchar en él.

Su mano resbala por mi brazo cuando me paro y noto su tacto aun con las capas de ropa que separan nuestra piel.

No me giro. Intento regular mi respiración, que es rápida y superficial. Sin saber muy bien por qué, los ojos se me anegan y no quiero que me vea así. No quiero mostrarle mi lado vulnerable. Me había imaginado mil y una situaciones, pero ninguna tan surrealista como esta. Carter… Cómo no me he dado cuenta antes, ¡maldita sea!

¿Lo sabía él? ¿Ha estado jugando conmigo? Y esta idea hace que me tiemble la barbilla. Si fuera así, me destrozaría.

Inhalo un par de veces con profundidad. No quiero mirarlo, a pesar de que sé que tengo que hacerlo. Al girarme, veo en sus ojos el mismo sufrimiento que estoy sintiendo yo, y eso me desarma aún más.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que B era yo? —Tengo que asegurarme de ello porque si su respuesta es afirmativa, lo odiaré con todas mis fuerzas, más aún de lo que he hecho en toda mi vida.

—¿En algún momento te ha dado la impresión de que lo supiera? —replica con el entrecejo fruncido y serio, muy serio. Me da la sensación de que no le ha gustado nada que dude de él, pero ¡¿qué espera?! ¡D es él!

—Carter, esto… esto es demasiado. —Miro a mi alrededor, intento buscar una salida, cualquier cosa que me permita escapar de esta situación—. No sé qué hacer con esto.

Él asiente, y da un pequeño paso más hacia mí.

—Créeme, yo tampoco. Lo que tengo claro es que no podemos ignorarlo. No después de todo lo que hemos compartido.

El sonido de la música navideña y los aplausos de la multitud a nuestro alrededor vuelven a hacerse presentes, pero siguen pareciendo lejanos. Estoy atrapada entre la necesidad de huir y la de enfrentarme a esta nueva realidad.

—¿Cómo puedes estar tan calmado? —pregunto, y noto la desesperación en mi voz.

Carter me mira con una intensidad que me deja sin aliento. Sus palabras resuenan en mi mente, cada sílaba cargada de una verdad que no sé cómo procesar.

—Porque, de algún modo, saber que B eres tú me ha encajado. Llevo semanas con remordimientos por estar sintiendo algo por una persona a la que no conocía y por otra que ha sido mi némesis toda la vida. ¿Ha sido una sorpresa? Sí. Aunque, tras el impacto inicial, no te haces a la idea del alivio que siento al saber que no estaba jugando con nadie, que esto que crece en mi pecho es por y para una sola persona: tú, Brittany Harper.

Su confesión cae sobre mí como una lluvia suave, pero helada. Mi corazón late con fuerza bajo las costillas, mientras trato de asimilar lo que acaba de decir. ¿Cómo puede ser tan sincero? ¿Cómo se ha podido mostrar tan vulnerable ante mí? Siento que el suelo bajo mis pies se tambalea, y un torbellino de emociones me invade, porque ahora mismo, ni me planteo que no pueda confiar en lo que me acaba de decir porque me acaba de demostrar que D nunca ha fingido conmigo. Carter es así. Y lo confirma ver la certeza en sus ojos, que me desarma, y la realidad de sus sentimientos me golpea con fuerza.

—No sé qué decir —admito al final. Mi voz es apenas audible, cargada de una mezcla de temor y esperanza—. Esto es… demasiado.

— No tienes que decir nada, Brittany. Tan solo no huyas, quédate aquí, conmigo.



12 – EL JUEGO DEL DESTINO

Carter

Consulto el reloj de pulsera con fastidio. El tráfico en la gran manzana está imposible hoy y llego tarde. Odio la impuntualidad.

Miro hacia la esquina en la que todos los años quedo con mis amigos de la universidad para asistir al encendido del árbol de Rockefeller Center y, después, irnos a tomar algo. Buff, me va a ser imposible abrirme paso hasta allí, está atestado de gente. Creo que hoy voy a poner fin a una tradición que hace tiempo que ya no me aporta nada. Me excuso con un mensaje de texto y pongo rumbo a una zona, un poco más alejada del árbol, pero en la que no parece haber tanto público.

De pronto, me topo con una espalda que conozco muy bien, unas curvas que me han estado torturando durante las últimas semanas. Mientras trabajábamos juntos y simulaba mirar por encima de su hombro a la pantalla del ordenador, he tenido tiempo de sobra para memorizarlas. Desde aquí y, entre tanta gente, no puedo oler su perfume, pero solo pensar en él es suficiente estímulo para que mi mente lo evoque.

—¿Brittany? —la llamo.

A pesar de la gente, mi voz se proyecta directa hacia sus oídos. Ella parece girarse a cámara lenta, o tal vez sea una ilusión óptica provocada por los primeros copos de nieve, que se escapan de un cielo gris plomizo y se quedan prendidos a su pelo rubio.

Había olvidado por completo nuestro juego y la posibilidad de que el destino quisiera volver a cruzar mi camino con el de B hasta que mi compañera se da la vuelta y observo un broche muy parecido al que llevo prendido en la solapa de mi abrigo.

Creería que se trata de una broma macabra, que, durante algún descuido, Brittany ha tenido acceso a mi teléfono móvil o al ordenador y ha leído mis mensajes, si no fuera porque en su rostro se dibuja el mismo estupor que debe mostrar el mío.

Tiene que ser una coincidencia, no puede ser cierto. Brittany y B no pueden ser la misma persona. ¿O sí? Brittany… Bree… B… De repente, siento como si todas las piezas de mi puzle empezaran a encajar.

—No podías ser otra que tú —corroboro en voz alta mientras una sonrisa se perfila en mi boca.

Los mensajes intercambiados, la tensión de los encuentros con mi compañera, la atracción, los instintos que despertaban las imágenes de las fotos y el olor de su fragancia, los sentimientos que provocaban ambas mujeres vuelan dentro de mi cabeza y se entremezclan para confluir en una sola, la que tengo ahora mismo frente a mí.

La vergüenza se apodera de ella, se tapa los ojos y quiere huir. Por suerte para mí, la multitud hace difícil su avance, así que la agarro por el brazo y la detengo.

—Brittany, no huyas. Tan solo quédate aquí, conmigo —suplico.

Veo sus dudas, su incredulidad. La mujer de éxito, segura de sí misma, no se fía de quien tiene delante. Lo que se supone que hemos creado a través de esas conversaciones, esa amistad que empezaba a extender sus raíces e ir más allá, a salvo con nuestra identidad oculta tras una pantalla de ordenador, está a punto de desmoronarse. Solo tengo una oportunidad de convencerla o Bree desaparecerá de mi vida para siempre. Tengo que jugar bien mis cartas o perderé la partida.

—Soy yo, B. ¿Necesitas que te mande una foto con un vaso de *whisky* para que me creas? —bromeo, en alusión a aquella primera foto en la que le mostré una parte de mi cuerpo y también tenía sus reticencias a que fuera real—. Tal vez podamos ir a un bar y tomárnoslo juntos, aunque sé que prefieres los cócteles tropicales.

Eso es algo solo nuestro, algo que solo B y D conocen, tiene que creerme.

Me contempla con los ojos bien abiertos y se muerde el labio inferior. Me está estudiando, quiere bucear dentro de mí para leer la verdad cuando jamás he sido tan franco. Le dije que iba a ser sincero y quiero cumplirlo. Hace una inspiración profunda, suelta el aire despacio y relaja el gesto. Lo hace, me cree.

—O, con este frío, un chocolate caliente —sugiere con una sonrisa. Me sigue la corriente, eso es un gran avance. Casi puedo ver cómo sus barreras empiezan a caer.

Para dar más énfasis a sus palabras, se lleva ambas manos a la boca y las calienta con su aliento. No lleva guantes y debe de estar padeciendo las bajas temperaturas. Sin pensar, las envuelvo con las mías, enfundadas en unos cálidos guantes de piel.

El calor que siento extenderse por mi brazo no proviene de la prenda, sino de nuestro contacto, una especie de electricidad fluye entre nosotros, es tan intensa que casi puedo verla, como los rayos dentro de una esfera de plasma. Sé que Brittany también la percibe cuando sus ojos, sorprendidos, viajan desde nuestras manos a los míos. De nuevo, vuelvo a sentir ese impulso que tira de mí y me tienta a probar los labios de Harper, sin embargo, esta vez se encuentra potenciado y converge con las ganas de besar a B. Casi puedo paladear la textura de su boca, el sabor de su aliento, que imagino afrutado, como su perfume, y, aunque siento ese beso estremeciéndose las entrañas, vibrando bajo mi piel, no doy el paso. Lanzarme al vacío en este instante en que leo todas las dudas prendidas en su mirada, sería un suicidio.

—Conozco un sitio, aquí cerca, que tiene fama de preparar uno de los mejores chocolates calientes de Nueva York. ¿Te apetece? —propongo en cambio—. Tenemos mucho de lo que hablar. —Necesito que confíe en mí lo mismo que parecía confiar en D.

Brittany estudia mi rostro durante unos segundos antes de asentir. Suelto una de sus manos, mientras mis dedos se entrelazan con la otra para ayudarla a atravesar la multitud que nos rodea. Mis dedos parecen encajar a la perfección con sus formas.

Tiro de ella mientras avanzamos hasta que, un grupo de adolescentes que trata de abrirse paso, como nosotros, nos empuja y me veo obligado a soltarla. Una extraña sensación de pérdida, de vacío, un frío que me congela allá donde antes estaba su calor, se apodera de mí en cuanto dejo de sentir su contacto.

—Ey, Carter, ¿dónde te habías metido? —me sorprende la voz de uno de mis amigos.

Tengo frente a mí al grupo con el que inicialmente había quedado.

Recuerdo con quién estoy y hacia dónde íbamos y pienso en la forma de presentarles oficialmente a mi compañera, pese a que en este mundillo todos sabemos quién es quién, cuando

interviene otro de ellos.

—Ya pensábamos que hoy íbamos a tener que renunciar a tu compañía. Desde que te codeas con el enemigo, no hay quien te vea el pelo, Donovan. ¿Esa víbora ya te ha chupado la sangre? —añade otro. La animadversión que sienten hacia Harper es patente.

—Quizá le haya chupado otra cosa —apunta el graciosillo del grupo y los demás le ríen la gracia. Se me hiela la sangre ante sus palabras y el aire gélido me trae una bofetada de realidad. Mis amigos pertenecen a familias de mi mismo círculo, del círculo de mi padre, para las que los Harper siguen siendo rivales. ¿Qué pensarán al verme con Brittany? ¿Qué pensará ella de sus palabras? ¿Qué excusa les pongo? ¿Cómo les explico que prefiero irme con ella?

Me giro despacio, a cámara lenta, mientras busco respuestas para todas esas preguntas. No creo que mi corpulencia les haya permitido ver que es ella precisamente quien me acompaña. Sin embargo, mis ojos no la encuentras. Oteo entre la multitud, pero no hay rastro de Bree. Se ha ido. ¿Habrá oído sus comentarios?

—¿Te vienes a tomar algo? —me invitan.

—Eh, sí, voy —acepto entre titubeos mientras echo otro rápido vistazo a los rostros que nos rodean.

—¿Qué pasa? ¿Buscas a alguien?

—No, qué va. Venga, vamos —los apremio para salir de allí.

Paso uno de mis brazos por encima de los hombros de uno de mis colegas y nos dirigimos a un bar que está atestado de gente en el que casi es imposible respirar. O, tal vez, lo que me ha dejado sin aliento es el mail que acabo de recibir.

De: bubbly.bree991@gmail.com
Para: don.na.car88@gmail.com
Asunto: El juego del destino

Siento haberme marchado de esta forma tan descortés. Necesito algo de tiempo para asimilar lo que acabo de averiguar. Queda pendiente ese chocolate.

Un abrazo, B.

Leo el mensaje tres o cuatro veces seguidas, o puede que sean cinco, antes de guardar el móvil en el bolsillo. Brindo con mis amigos e intento integrarme en su ambiente festivo. Sin embargo, enseguida me doy cuenta de que me va a ser imposible conseguirlo, así que decido marcharme. Yo también tengo mucho en lo que pensar.

Llego a casa, ceno las sobras que tengo en la nevera y, después de darme una ducha rápida, me acuesto temprano. A pesar de haberme lavado los dientes, sigo con el regusto amargo que me ha dejado la copa con mis amigos, cuando yo quería probar algo más dulce con otra compañía.

Envuelto en el edredón de plumas y con la luz apagada, cojo el móvil para responder el mensaje de B. Tecleo y borro, una y otra vez, sin saber qué escribir. A mí también me ha impactado enterarme de que B y Brittany son la misma persona, aunque, darme cuenta de que no me siento atraído por dos personas diferentes, que las dos mujeres que me alteran son la misma, me hace sentirme un poco menos capullo.

Estoy a punto de desistir, nada de lo que escribo me convence, y de estampar el teléfono en la pared cuando caigo en la cuenta de que no hace falta recurrir a los mensajes, tengo su número. Así que, sin pensarlo demasiado, no vaya a ser que me arrepienta, busco en la agenda el contacto de mi compañera de trabajo. Su voz no tarda en responder al otro lado:

—¿Carter? —Parece sorprendida por mi llamada.

—Hola, Bree. ¿Puedo llamarte Bree? —Hablo a media voz, a pesar de estar solo, como si alguien además de ella pudiera oírme, y el tono me sale una octava más grave que de normal—. Todavía no me creo que todo este tiempo hayas sido tú. Y tú que te resistías a creer en el destino…

—Y parece que se ha querido vengar de mí por ello. Ha sido un poco cabrón, ¿no crees? Ha jugado con nosotros. Aún no concibo que esto sea real. Tú… yo… las cosas que nos hemos escrito, las cosas que hemos hecho amparados en el anonimato… —se aturulla. Una reacción ajena a la Brittany Harper que conozco, pero tan propia de la sinceridad de Bree, de esa mujer que se encuentra tras escarbar y atravesar la fachada de la empresaria de éxito. Ella también lleva un disfraz y saber que no soy el único que tiene dos caras, la de verdad y la que los otros quieren ver, me reconforta. Ambos vivimos en el mismo mundo hipócrita.

—¿Tan malo es que sea yo? —replico sin acritud, aunque con cierto pesar porque ella así lo piense—. No te he escrito nada que no sea verdad, Brittany, y saber que eras tú la que estaba al otro lado de la pantalla, no cambia para nada mis fantasías —me sincero—. No te voy a negar que me siento atraído por la burbujeante Bree, provocadora y traviesa, en ocasiones; franca y vulnerable en otras. Pero también lo hago por la Brittany emprendedora, tenaz y desafiante que, a menudo, me saca de mis casillas. Durante este tiempo que nos hemos visto obligados a trabajar juntos, he descubierto aspectos de ti que desconocía y que me gustan, Bree. No eres la estirada niña de papá que creía.

—Tú tampoco eres el déspota, ególatra y engreído que pensaba —replica a su vez ella y relaja su voz.

—Veo que me tenías en alta estima —bromeo—. No has contestado a mi pregunta —le recuerdo.

—Carter, aunque nuestro mundo es el mismo, pertenecemos a bandos opuestos. ¿Cómo sé que todo esto no se trata de un entretenimiento? ¿Que no te estás burlando de mí? —duda.

—Porque me juego demasiado con nuestro trabajo en común. No puedo permitirme el lujo de poner en riesgo el contrato que tenemos entre manos, si quiero que mi empresa no se hunda, por un poco de diversión a tu costa —me abro en canal y le desvelo uno de los secretos mejor guardados de mi familia—. ¿Todavía no te he demostrado que puedes confiar en mí? —insisto, derrotado.

—Esas cosas me cuestan —me revela, a su vez, en lo que apenas es un susurro. Parece que hoy toca quitarse capas y dejar salir esa parte de nosotros que nadie más conoce con estas confesiones a media voz.

—¿Por qué? ¿Quién te ha hecho tanto daño, Bree? —me intereso. Algo ha debido de pasarle en su pasado para que me cueste tanto llegar hasta ella.

—Digamos que me han educado para ser así. —Resopla al otro lado de la línea y añade—: Además, no he tenido buenas experiencias con los hombres.

—Yo no soy como los demás, déjame demostrártelo. Hace poco me diste la oportunidad para

que te convenciera de que no era tu cuerpo lo único que quería. Vuelve a confiar en mí para que te enseñe que lo que hay dentro de mí pertenece a D en lugar de ser del Carter que creías conocer.

—¿Cómo crees que se tomarán nuestras familias saber que sus hijos, a quienes han enseñado a odiarse desde niños, son capaces de llevarse bien? —me pregunta.

—Buff, no quiero ni pensarlo —contesto, aunque mi mente me sugiere el derrumbe de un gran rascacielos, o de dos, el de su empresa y el de la mía. La metáfora es muy gráfica y se adapta bastante bien a la situación—. Aunque me encantaría ver la cara que se le quedaría a mi padre al descubrirlo. No tienen por qué enterarse de nuestra amistad o lo que quiera que sea esto —añado.

—¿Qué insinúas? —inquiere.

—Podemos seguir siendo Donovan y Harper de puertas para afuera y convertirnos en D y B cuando estemos a solas —le propongo—. ¿Qué me dices? Puede ser divertido.

Un silencio tenso se instaura al otro lado de la línea. Con el pulso acelerado y los nervios a flor de piel, permanezco a la espera de su respuesta. A pesar de que lo he planteado como un juego trivial, quiero, con todas mis fuerzas, que acepte.

—No pienses que quiero esconderte, Bree —añado al ver que no dice nada—. Solo quiero tener la oportunidad de explorar esto que está naciendo entre nosotros sin la influencia de las disputas y el odio entre nuestras familias.

—Está bien —dice al fin—. Por cierto, Carter, mi respuesta es no. —Contengo la respiración al no saber a qué se refiere su negativa—. No es tan malo que seas tú.

Y con esa frase que me calienta el pecho, hasta el punto de que me sobran las sábanas que me cubren, ponemos fin a casi dos horas de conversación.

¿Cómo será mañana nuestro encuentro en la oficina, después de descubrir nuestra verdadera identidad y de habernos desnudado de esta forma tan desgarradora? No nos hemos quitado la ropa, nos hemos arrancado la piel a tiras.



13 – LA PIEL EN LLAMAS

Brittany

Entro en la oficina con una mezcla de inquietud y expectación que me recorre el cuerpo como un escalofrío helado. ¿Nervios de anticipación? Todos los del mundo en mi estómago. Al pensarlo me doy cuenta de que ando con una mano en la barriga, como si mi propio tacto tuviera que calmar el hormigueo incesante que siento desde ayer.

Parece mentira que, a pesar de que ya hemos compartido decenas de reuniones, presentaciones y hasta desacuerdos acalorados, hoy la situación sea diferente. Hoy sé quién es D, y ese conocimiento me pesa en el pecho, complicando cada respiración. Las luces de los fluorescentes parecen más cálidas, más cercanas, y el eco de las conversaciones en el pasillo llega a mis oídos como un zumbido lejano.

A medida que avanzo hacia el despacho que tenemos asignado, se me acelera el pulso, que me resuena en los oídos como tambores de guerra. Abro la puerta y lo veo; Carter está ahí, como siempre, avanzándose a los horarios, frente a su ordenador, con la vista fija en la pantalla, pero la tensión en sus hombros delata que es tan consciente de mi presencia como yo de la suya.

Nuestros ojos se encuentran por un breve instante y el mundo alrededor se esfuma. Las paredes de la oficina parecen cerrarse a nuestro alrededor y el sonido de los teléfonos y las teclas desaparece. El silencio imaginario se rompe solo por el latido sordo que me retumba bajo las costillas y el peso de su mirada ardiente sobre mí. Es como si una corriente eléctrica recorriera la distancia que nos separa y encendiera chispas en el aire.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, atrapados en un duelo silencioso, hasta que él, finalmente, desvía la mirada y pone fin al hechizo. Respiro hondo para abrir el diafragma en un intento de calmar el torbellino de emociones que amenaza con arrollarme.

Me obligo a dar un paso, cierro la puerta y doy otro más. No sé por qué no me salen las palabras. Sería muy fácil darle los buenos días y olvidarme de que Carter es D, hacer ver que nuestro encuentro de ayer nunca sucedió y sigo ignorando la identidad de mi amigo por correo electrónico.

Sin embargo, no me sale nada. Mis pasos son pausados y lentos, como si él estuviera durmiendo y yo no quisiera despertarlo. Dejo el maletín con cuidado sobre el escritorio, saco el portátil y retiro con cuidado la silla. Cuando estoy a punto de abrir la tapa del ordenador, su voz, grave y profunda, me sobresalta.

—Brittany, necesito hablar contigo. —Su petición, aunque firme, lleva un matiz de vulnerabilidad que rara vez se permite mostrar, y me pilla desprevenida.

Trago saliva y asiento, sigo siendo incapaz de articular palabra alguna, parece que se me ha quedado todo atrapado en la garganta, mezclado con la marea de sentimientos que me ahoga. No puedo evitar preguntarme si él también está luchando contra esta misma sensación, esta mezcla de incertidumbre y anhelo que me consume.

—Después del trabajo —añade, bajando la voz lo suficiente como para que solo yo lo escuche, como si estuviéramos rodeados de gente que nos pudiera oír—, ¿podemos ir a tomar algo? La conversación de ayer por teléfono se me quedó corta. Necesito… —Hace una pausa y se pinza el puente de la nariz, parece que quiere encontrar las palabras exactas para expresarse, para hacerse entender—. Sé que ayer fue un impacto brutal conocer nuestras identidades, pero lo que he sentido estas semanas por correo, lo que siento cuando te veo en la oficina…

—Carter —lo interrumpo, porque no creo que sea ni lugar ni momento, y, sobre todo, porque no estoy preparada, a estas horas de la mañana, para lidiar con lo que quiera que parece querer confesarme ni tampoco lo estoy para admitir mis propios sentimientos al respecto.

—No, por favor, no te niegues. No me prives de lo mejor que he tenido en meses. Olvida quien soy, olvida quien eres. Recuerda lo que hemos sentido en el anonimato y déjate llevar, por favor, Bree… —Pronuncia mi nombre como una súplica y, ¿quién soy yo para negarle eso?, para negármelo a mí. Así que accedo.

—Está bien —respondo al fin, en apenas un susurro.

Carter da una pequeña palmada y junta las manos frente a su boca como si estuviera dándole gracias a alguien por mi aceptación. No puedo evitar que se me escape la risa.

—Vamos a trabajar, anda. No queremos que nos rescindan el contrato, ¿no? —digo para calmar el ambiente y que nuestra mente cambie al modo Harper y Donovan y se olvide, por el momento, de D y B.



El resto del día transcurre en una bruma de tareas rutinarias y correos electrónicos. Cada vez que levanto la vista de la pantalla, mis ojos buscan los suyos, solo para encontrarlos enredados en la misma maraña de confusión y deseo que siento yo. Es una tortura lenta, un juego de miradas robadas y sonrisas contenidas que solo alimenta la tensión entre nosotros y aumenta las ganas de que termine esta jornada laboral que se me está haciendo infinita.

Cuando las agujas del reloj señalan una hora aceptable para que demos por concluido el día, me levanto y carraspeo para hacerle entender, sin palabras, que ya es hora de ponerle fin al trabajo. Con las manos temblorosas, recojo mis cosas con más cuidado del necesario. Cuando me doy cuenta, Carter ya está de pie, con su mesa limpia y me espera en la puerta. Su expresión es inescrutable, aunque hay algo en la manera en la que me mira que me hace sentir como si todo mi ser estuviera al descubierto.

Salimos juntos, en silencio. La noche ha caído sobre la ciudad, y el frío invernal se cuela por doquier, obligándome a arrebujarme en mi abrigo. De reojo veo como Carter hace el amago de acercarse a mí y abrigarme bajo su abrazo, sin embargo, en el último momento, se arrepiente y aprieta los puños para mantener sus brazos bajo control.

La acera está casi desierta, y el crujir de nuestras pisadas en la nieve resuena en la oscuridad mientras caminamos lado a lado, con una distancia prudente entre nosotros, como si el más mínimo contacto pudiera desatar algo que ninguno de los dos está preparado para enfrentar.

Carter me guía hasta un parque donde descubro un restaurante esquinero, pequeño y

bohemio, que queda escondido bajo enormes plataneros. Es uno de esos rincones olvidados de la ciudad donde las luces son tenues, con una pequeña terraza muy parisina que los dueños mantienen, pese a las bajas temperaturas del invierno, con unas estufas en forma de champiñón y unas mullidas mantas en cada una de las sillas que hay dispuestas. Un oasis de calma donde las luces de unas velas, dentro de jarrones transparentes, titilan suavemente sobre las mesas estrechas y altas, casi como pequeñas barras donde apoyar una copa, dentro de un ambiente es acogedor e íntimo. Es un lugar discreto, apartado, nada acorde con lo que frecuenta nuestro círculo de amistades. Es perfecto para una conversación que ninguno de los dos quiere que sea escuchada.

Nos detenemos frente a una de las mesas, la verdad es que no hay ninguna ocupada, con lo que hubiera dado igual cuál escoger. La luna apenas es un trazo pálido entre las nubes, y el silencio es tan profundo que puedo escuchar el sonido de mi propia respiración.

—¿Te va bien aquí? —Así rompe Carter el silencio que hemos mantenido desde la salida de la oficina.

—Claro, sin problema —acepto, solícita.

Estoy incómoda. Parece como si fuéramos dos desconocidos, y nada más lejos de la realidad. Nos conocemos desde siempre y, en pocas semanas, hemos conectado como nunca antes lo he hecho con nadie.

—Brittany, voy a ir al grano. Te he pedido esta «cita» para ser claro y no voy a dar rodeos. —declara. Su voz es apenas un murmullo en la quietud de la noche—. No sé cómo llegamos aquí, bueno sí, para qué mentir, pero ayer cambió todo. Esta noche ha sido larga, me han dado las horas para pensar mucho sobre tus dos identidades. Para empastarlas y fusionarlas en una. En la lista de pros y contras mental que he ido inventariando, ganan, sin lugar a duda, los pros, con lo que me niego a fingir o a negar que no siento lo que siento —admite, ahora sin ningún titubeo, con la mirada fija en la mía, más seguro de lo que lo he visto nunca.

Con cada una de sus revelaciones, me quedo más anonadada. Su confesión me golpea como una ola helada. Mis manos están tan frías que apenas siento el cosquilleo en mis dedos, sin embargo, en mi pecho, una llama se enciende, desbordante y peligrosa.

—Carter, esto es… complicado —respondo. Cierro los ojos y niego, mientras trato de ordenar mis pensamientos, de encontrar una lógica en medio del caos.

—Lo sé —admite él, se apoya sobre la mesa, acortando la poca distancia que nos separa. Su gesto es una declaración de intenciones, manifiesta el anhelo de tocarme y la represión por no hacerlo—. Pero no puedo ignorarlo. Todo este tiempo he estado sintiendo algo por B, sin saber que ella eras tú. Ahora que lo sé, todo tiene sentido.

Sus palabras se quedan flotando en el aire, y por un instante, no sé qué hacer con ellas. La lógica me dice que me aleje, que ponga fin a esta locura antes de que sea demasiado tarde. Aunque mi corazón… mi corazón late con tanta fuerza que me duele, y mis labios, casi por voluntad propia, pronuncian las palabras que lo cambian todo.

—Yo también lo siento, Carter. Sin embargo… no sé cómo manejarlo. —No me creo lo que acabo de declarar, pero ya está hecho y no hay vuelta atrás.

Veo como su mirada se enciende y, aunque hay poca iluminación, no tengo problema alguno en ver cómo sus pupilas se dilatan y se comen el color ámbar de sus iris.

Abre la boca para responderme cuando el camarero aparece ante nosotros, con una sonrisa

enorme y una amabilidad exagerada.

—Buenas noches, pareja. —La descripción de nuestra unión hace que mi estómago implosione o se expanda o… no sé. Siento tanto en estos momentos que no estoy segura de lo que me pasa en realidad—. ¿Os traigo la carta? —sugiere.

—No hace falta. Tráiganos una botella del mejor Malbec que tenga —pide Carter, sin siquiera mirar al metre. No despega sus ojos de los míos, esperando el momento en el que pueda dejar ir las palabras que se le han atorado en la garganta.

Cuando el camarero nos deja otra vez a solas, no tarda un segundo en responder.

—No tienes que intentar entender ni saber cómo llevar nada —responde al fin, y antes de que pueda darme cuenta, ha cerrado la distancia entre nosotros, tomando mi mano en la suya.

El contacto es un golpe de electricidad que me recorre el cuerpo, me enciende cada nervio, cada célula. Mi respiración se acelera, y por un momento, solo puedo mirar nuestros dedos entrelazados, asombrada por lo bien que encajan. Cuando finalmente levanto la vista, encuentro sus ojos fijos en los míos, y el peso de su mirada es casi demasiado para soportar.

—No sé qué va a pasar, Brittany, y pesar de todo, quiero que lo intentemos. Tú y yo. No como rivales, sino como algo más. Como lo que hemos sido estos días en el anonimato. Como dos personas que han conectado más allá del plano físico. Como dos seres que se han reconocido emocionalmente.

Su voz es baja, cargada de una intensidad que me deja sin aliento. Quiero responder, quiero decirle que sí, que estoy dispuesta a intentarlo, pero las palabras no me salen. Todo lo que puedo hacer es asentir lentamente mientras noto cómo el corazón me late desbocado.

Carter no espera más. Se levanta de la silla y se sienta en la que hay vacía a mi lado. Son taburetes altos, con lo que estamos prácticamente de pie, apoyados en ellos. Me quedo petrificada, cierro los ojos y aspiro el aroma de su perfume, fuerte, picante, con un fondo a hoja de tabaco sin quemar.

Alza la mano para acariciarme la mejilla. Se queda a medio camino en un instante que parece durar una eternidad. Está esperando mi permiso y no lo hago sufrir más. Mis ojos le dan la autorización que espera y el contacto de sus dedos con mi mejilla me hace temblar. Se me eriza la piel de la nuca y me estremezco.

—¿Tienes frío? ¿Quieres entrar dentro? —se preocupa, aunque sin dejar de ahuecar mi cara con su mano y acariciarme con el pulgar.

Niego con la cabeza, porque su proximidad vuelve a dejarme muda. El mesero vuelve a romper la esfera en la que nos encontramos.

—Aquí tienen el vino. ¿Quién hará la cata? —se interesa con su sempiterna sonrisa en la cara.

Carter no tiene más remedio que separarse de mí y girarse hacia él. El saber estar le puede.

—Sírvalo directo, seguro que está perfecto. —Está claro que quiere que se vaya cuanto antes.

En respuesta, el camarero ensancha aún más la sonrisa, nos sirve la medida estándar para probar el caldo y se retira con sutileza.

—Brindemos —propone cuando volvemos a quedarnos solos.

Alzamos los dos nuestras copas y las acercamos una a otra sin que lleguen a tocarse. Carter busca mi mirada antes de empezar a hablar de nuevo.

—Por el error mejor cometido al enviar un mail, por la amistad surgida entre dos

desconocidos, no tan desconocidos, porque la sinceridad en la que se ha basado nuestro encuentro perdure ahora que sabemos quiénes somos…

Tengo que interrumpirlo, porque no es solo él el que siente ahora mismo.

—Por dejar atrás los prejuicios, por basarnos en lo que hemos conocido el uno del otro y no hacer caso a lo que la familia nos ha inculcado. Por seguir nuestro instinto a pesar de lo fatal que pueda resultarle al resto.

Levanto un poco más la copa con un ligero temblor en la mano, consciente de cómo mis dedos rozan el cristal frío. Las pulsaciones vuelven a dispararse y me pregunto si él lo notará. Nuestros ojos se encuentran de nuevo, y por un instante, todo se reduce a este pequeño gesto, a este brindis que marca el comienzo de algo nuevo y desconocido.

Acercamos las copas, y cuando el cristal se encuentra con el cristal, el eco es un suave «clink», claro y resonante. Es un sonido tan puro, tan limpio, que parece atravesar el aire como una campanada, vibra en mi pecho y me envía un escalofrío por la columna vertebral. El choque de las copas es delicado, como si ambos temiéramos romper algo frágil y precioso, algo que hemos construido sin darnos cuenta.

El tintineo se desvanece, pero deja una estela de calidez en el aire, una sensación de que, en este momento, estamos exactamente donde debemos estar. El vino en mi copa refleja las luces doradas del restaurante, y cuando lo acerco a mis labios, el sabor rico y afrutado del tinto se mezcla con la dulzura de este instante.

Carter sigue mirándome por encima de su copa, con esa intensidad que hace que me olvide de todo lo que nos rodea. En sus ojos, veo el reflejo de mis propios sentimientos, una mezcla de incertidumbre y determinación, de miedo y esperanza. Este brindis no es solo por lo que hemos compartido hasta ahora, sino por lo que está por venir, por lo que aún no hemos dicho y lo que aún no hemos sentido, pero que sabemos que está allí, esperando a ser descubierto.

Una ráfaga de viento hace mover las hojas de los árboles que nos rodean, crea un murmullo que se mezcla con el sonido de las copas al apoyarlas sobre la mesa. Me doy cuenta de que estoy sonriendo, un gesto que siento natural y que refleja la tranquilidad y la felicidad que me invade en este momento.

—No puedo creer que estemos aquí —digo al final, para romper el silencio—. Es como un sueño.

Carter inclina la cabeza y se acerca un poco más a mí, su sonrisa se amplía, y extiende una mano para apoyarla sobre mi muslo, que le queda cerca porque tengo el pie apoyado en el reposapiés de su taburete. Su toque es firme, cálido, y el calor de su piel contra la mía me hace sentir anclada, conectada a este lugar y a este instante.

—Es real, Brittany —responde, en voz baja y llena de una convicción que me envuelve—. Estamos aquí, juntos, y eso es lo único que importa.

Es que es inaudito, en la vida me hubiera imaginado aquí, de pie, en esta terraza, como si fuera nuestro refugio secreto, un pequeño rincón escondido del mundo, donde las luces de la ciudad parecen un lejano recuerdo. El aire fresco de la noche me acaricia el rostro y se mezcla con el suave murmullo del viento entre los árboles.

Miro hacia el horizonte con un runrún, mezcla de incertidumbre y anhelo. Siento la presencia de Carter junto a mí, su calor y su energía son tan palpables que es como si pudiera tocarlos. Mis pensamientos se arremolinan, cada uno más confuso que el anterior, pero todos giran en torno a

él.

—Bree —susurra mi apodo, en apenas un murmullo que se funde en la quietud de la noche.

Me giro despacio para encontrarme con su mirada. Sus ojos, grandes y expresivos, reflejan la misma intensidad que yo siento, algo que ya no puedo contener, algo que me está a punto de explotar dentro, así que, sin decir una palabra, doy un paso hacia él, acortando la distancia que nos separa y encajándome entre sus piernas. Suelto una risotada ante su cara de asombro, que solo le dura unos segundos, porque luego… luego sus manos se anclan en mis caderas para afianzar la posición.

Ya no hay marcha atrás y destierro con un portazo imaginario a mi yo negativo que me susurra que me estoy metiendo en un lío, para escuchar solo la parte de mí que me empuja a vivir el momento y a dejarme ir con mi archienemigo.

Los dedos de Carter se alzan con delicadeza, rozando primero mi mejilla antes de deslizarse hasta mi nuca. Sus caricias son como una suave corriente eléctrica, despertando cada centímetro de mi piel. Cierro los ojos, me dejo llevar por la sensación, mientras una oleada de calor me sube por el cuello hasta las mejillas.

Sin decir una palabra, Carter se inclina hacia mí. El aire entre nosotros se vuelve denso, cargado de una electricidad que casi puedo palpar. El sonido de mi respiración entrecortada se mezcla con el suyo, y es entonces cuando lo noto: su mirada baja fugazmente a mis labios antes de volver a mis ojos. Es una petición silenciosa, una que estoy demasiado ansiosa por responder.

Mi boca se entreabre, expectante, mientras él cierra la distancia que nos separa. Se inclina hacia mí, puedo oler su sutil perfume, ahora mucho más cerca, puedo respirar su aliento y me preparo para el momento; sus labios se encuentran con los míos en un susurro de promesas, un roce suave, casi reverente, como si estuviéramos probando algo demasiado precioso para arriesgarnos a romperlo. La conexión entre nosotros es innegable, una fuerza magnética nos atrae inexorablemente, la chispa que se enciende en mi pecho arde con más fuerza, demandando más.

El calor de su boca contra la mía es abrumador, una mezcla perfecta de firmeza y delicadeza que me derrite por dentro. El sabor del vino en sus labios es profundo, rico, y se mezcla con el mío, creando una sinfonía de sabores que me envuelve. Siento su mano en mi nuca, sus dedos enredándose en mi cabello, y el leve tirón hace que un escalofrío me recorra la espalda. El beso se vuelve más intenso, más exigente, como si ambos estuviéramos tratando de comunicar lo que las palabras no pueden expresar. El sonido de nuestra respiración entrecortada, el suave gemido que se escapa de mi garganta, y el latido frenético de mi corazón se entrelazan en una melodía que parece resonar en todo mi ser. Cada célula de mi cuerpo responde a él, se enciende, despierta a una pasión que no sabía que podía sentir.

Mis manos se deslizan por su cuello, y siento el calor de su piel bajo la yema de mis dedos, me aferro a él como si fuera mi única fuente de estabilidad en un mundo que de repente se ha vuelto vertiginosamente inestable. El tiempo se diluye, y lo único que existe es este beso, este fuego que arde entre nosotros, que amenaza con consumir todo a su paso.

Y entonces, poco a poco, el beso se suaviza. Sus labios se separan de los míos con un último roce que deja mi piel en llamas, y cuando abro los ojos, encuentro los suyos fijos en mí, brillando con una intensidad que me deja sin aliento. Nuestras respiraciones se entrelazan en el aire frío de la noche, y puedo sentir el latido de su corazón a través de la fina tela de su camisa, donde tengo apoyada una de mis manos.

Pero hay algo más, algo profundo y real que se ha despertado en este beso. Una conexión que va más allá de la atracción física, más allá de la simple curiosidad. Es algo que me aterra y me fascina al mismo tiempo, algo que sé que cambiará todo.

Carter apoya su frente en la mía.

—Bree… —vuelve a susurrar, con una suavidad que me desarma. Y en ese instante, sé que no hay vuelta atrás.



14 – BENDITO ERROR

Carter

Atravesar esta mañana la puerta del despacho que tenemos prestado en el edificio de nuestro cliente ha sido como cruzar un portal a otra dimensión y eso que aún me encontraba yo solo. Minutos después, ha llegado ella y, como si de un cielo que anuncia una tormenta se tratase, el ambiente se ha cargado de una energía tan fuerte, tan brutal, que he creído que, en cualquier instante, podría electrocutarme.

Menos mal que tenemos el trabajo bastante avanzado, que solo nos queda pulir los últimos detalles antes del lanzamiento de la campaña y controlar que sea el éxito que esperamos, porque me ha sido imposible concentrarme. El impactante descubrimiento de ayer y nuestra posterior conversación telefónica revoloteaban a nuestro alrededor en forma de un humo denso, espeso, que apenas me dejaba respirar. Y sentía que era… insuficiente, que todavía me quedaba mucho más por decirle, por decirnos.

No he querido sacar el tema, he intentado aguantar hasta terminar la jornada laboral, pero no he podido. Era la única manera de que la losa que tenía asentada en la boca del estómago se partiera en fragmentos más pequeños que pudiera ser capaz de digerir.

Después, cuando hemos dado por concluido un día de trabajo del todo infructuoso, la he llevado a tomar algo. He escogido una pequeña y coqueta cafetería con terraza. Mentiría si no dijera que he invertido parte de mi tiempo en buscar un lugar discreto que se adaptara a mis expectativas y que, sobre todo, fuera totalmente ajeno al círculo de amistades en el que ambos nos movemos.

Una vez allí y empujado por una copa de vino, he puesto las cartas sobre la mesa, me he desnudado delante de Brittany como jamás lo he hecho ante nadie, me he abierto el pecho y le he mostrado lo que guardo dentro. Tras eso, solo me quedaba lanzarme a la piscina de cabeza y rezar para que estuviera llena de agua.

Mi cuerpo se ha convertido en un ente anárquico que no respondía ante las órdenes que le lanzaba mi cerebro de mantener las distancias. Tiraba de mí en su dirección, necesitaba invadir su espacio, tocarla y comprobar que fuera real. Ha empezado por un sutil e inocente roce para terminar en un encuentro de labios que dinamita mi cordura. Nunca había sentido nada parecido al besar a alguien. Una nube cálida de alientos entremezclados que nos envuelve como una caricia, nos eleva hasta el cielo y nos transporta a otro universo. Hasta la última célula de mi piel despierta ante ese contacto, como si, hasta ahora, hubiera vivido anestesiado, y tiñe de vivos colores un mundo de sobriedad y trajes grises. Hasta la noche neoyorquina adquiere un tono mágico, las luces del local se difuminan con las de la ciudad y crean nuestra propia aurora boreal.

—Bree —susurro cuando consigo separarme de su boca. Una sola palabra, cuatro letras que llevan implícitas un torbellino de sensaciones que no sé cómo definir.

Y, entonces, cuando no se me ocurre otra opción que explicárselas volviendo a probar su sabor, el molesto soniquete de una llamada entrante nos interrumpe. La ilusión de este hechizo se

rompe en mil pedazos y vuelve el frío, uno que me cala hasta los huesos y me hace temblar al ver quién se encuentra al otro lado; mi padre. El choque contra la realidad, la caída contra el suelo, es dura.

Rechazo la llamada, contengo la respiración y miro a mi alrededor, como si temiera encontrarme con sus ojos o con alguno de sus «espías». Suelto el aire cuando compruebo que seguimos solos. Sin embargo, no consigo volver a relajarme, su sombra planea a nuestro alrededor.

—¿Qué pasa, D? —se interesa Brittany, preocupada.

Sé que mi rostro se ha ensombrecido, es un acto reflejo cada vez que el patriarca de los Donovan se pone en contacto conmigo. Ella me masajea los brazos y consigue destensar mis músculos contraídos.

—No podemos dejar que nadie nos vea en público, B, al menos, no, si queremos evitar que estalle la guerra entre nuestras familias —expreso en voz alta.

Asiente, se deja contagiar por mi inseguridad y echa un vistazo nervioso por encima de mi hombro, como si acabáramos de cometer un crimen y la policía estuviera apostada tras cada esquina, esperando el momento oportuno para saltar sobre nosotros y darnos caza.

Solo conozco un lugar seguro, el último reducto a salvo de ojos inquisidores, una fortaleza jamás conquistada por otra persona que no sea yo: mi apartamento.

—Bree, ¿quieres que vayamos a mi casa? —le propongo y, antes de que pueda malinterpretar mis intenciones, añado—: Allí no tendremos que preocuparnos de que nadie nos pueda ver, allí podremos ser B y D, sin disfraces. Además, se está haciendo tarde —puntualizo mientras miro el reloj—, podría preparar algo para cenar.

—¿Tú cocinas? —me pregunta, asombrada, y sus ojos se abren de par en par como si me hubiesen brotado dos cuernos verdes de la frente.

—Sí, es una de las muchas habilidades secretas que oculto. —Mi voz baja dos tonos y alzo las cejas, sugerente.

No sé si ella se acuerda de aquellos juegos verbales que nos traíamos entre manos al inicio de nuestra amistad, en los que ambos alardeábamos de nuestras destrezas sexuales. Yo, en cambio, lo tengo muy presente.

—Está bien, veamos lo que sabes hacer —me reta con una sonrisa ladeada y esta vez soy yo quien duda de las aptitudes que quiere que le demuestre.

No hay discusiones sobre quién paga la cuenta, no queremos perder tiempo, lo hago yo, dejando una generosa propina, y abandonamos la cafetería. Agarro su mano y tiro de ella hacia la calle principal, mientras llamo a Harrelson para que venga a buscarme.

—Tranquila, es de fiar, no se irá de la lengua. Le confiaría mi propia vida —expongo al mismo tiempo que facilito al chófer la dirección en la que nos encontramos.

Cuando nos cruzamos con el primer peatón, recuerdo que seguimos en un lugar público y alguien puede reconocernos. Suelto la mano de Brittany, como si me hubiera dado un calambrazo, y doy un paso a un lado. La expresión de mi rostro trasluce toda la tensión a la que tengo sometido a mi cuerpo por el esfuerzo que me cuesta mantenerme separado de ella.

—Aguanta, solo un poco más —me animo mientras aprieto los puños con fuerza para retener las ganas de recortar la distancia que nos he autoimpuesto y volver a tocarla. Llevo solo unos segundos sin hacerlo y ya siento que me han arrebatado una parte de mí.

Sin embargo, es ella quien contesta, como si estuviera siendo sometida a la misma tortura.

—Sí, tienes razón.

Llegamos al lugar de encuentro al mismo tiempo que lo hace mi chófer. Abro la puerta que está junto a la acera y le cedo el paso a Bree. Después, rodeo el vehículo y accedo a él por el otro lado.

En cuanto se cierran las puertas, de cristales tintados, me siento seguro y, a pesar de estar encerrados en un espacio pequeño, me siento libre. Siempre ha sido así, pero, hoy, con B a mi lado, la sensación se intensifica.

Mi móvil vuelve a sonar, lo saco del bolsillo y le muestro de quién se trata al mismo tiempo que busco sus dedos para entrelazarlos con los míos. No pienso contestar. No voy a dejar que se entrometa también en esto, que dirija este aspecto de mi vida; él no tiene ningún poder para controlar lo que siento, aunque, de momento, tenga que hacerlo a escondidas. Destierro el teléfono a un lado y dejo que suene hasta que se corte la llamada mientras mi pulgar acaricia la cara interna de su muñeca con suavidad.

El coche nos deja en el interior del garaje del edificio, espera, con el motor encendido, a que nos bajemos y se marcha por donde había venido, con mi móvil «olvidado» en el asiento trasero. Esta noche mi padre no nos molestará.

Guío a Brittany hasta el ascensor, que tiene una llave de bloqueo para que el viaje sea directo hasta el ático y no tenga que cruzarme con ningún vecino. Cuando me dispongo a abrir la puerta de mi apartamento de lujo, me doy cuenta de que todavía seguimos con las manos unidas.

Arrastro sus ojos hasta ese punto y le sonrío, para nada me resulta violenta esa cercanía innata que ha surgido entre nosotros.

—Adelante, pasa y ponte cómoda, como si estuvieras en tu propia casa —la invito mientras me deshago del abrigo, de la chaqueta del traje y de la corbata, que dejo sobre el perchero junto a la entrada.

Brittany cuelga el bolso y el abrigo, avanza un par de pasos más, internándose de lleno en el amplio salón que domina la estancia y da una vuelta sobre sí misma para estudiar el entorno.

La empujo, con suavidad, para que se dirija hacia el sofá y la insto a que tome asiento. Saco una botella de vino y dos copas que lleno con el caldo y le ofrezco una, mientras me llevo la otra a los labios.

—Voy a preparar la cena —anuncio, con la copa en la mano.

—¿Quieres que te ayude? —se ofrece y hace mención de levantarse para seguirme.

—No, tranquila, no tardo. Ha sido un día intenso, aprovecha estos minutos para relajarte —le pido y la dejo a solas.

Mis zapatos se pierden a la entrada de la cocina y, mientras reviso la nevera, me saco la camisa del pantalón y me desabrocho un par de botones. Escojo una variedad de verduras y precaliento el horno mientras preparo los ingredientes. Cuando tengo todo listo, lo coloco en una bandeja y programo el tiempo que requiere la receta.

Regreso al salón con sigilo, quiero tener unos segundos para observar a Bree sin que ella todavía detecte mi presencia. Permanece en la misma posición, con las piernas cruzadas y las manos sobre la rodilla. No me ha hecho mucho caso en eso de ponerse cómoda. Parece que esté a punto de asistir a una reunión de negocios en lugar de estar disfrutando de la compañía de un amigo. En cierto modo, la entiendo, acaba de adentrarse en lo que, hasta hace unas horas, era

territorio hostil. Lo único que ha cambiado en su aspecto, es que se ha soltado la chaqueta de su traje de falda.

—Dentro de veinticinco minutos, tendremos la cena lista —informo tomando asiento a su lado.

Me relleno la copa, casi vacía, y me apoyo contra el respaldo, en una posición mucho más relajada que la de ella.

—¿Qué has preparado? —se interesa.

—Es una sorpresa —respondo para hacerme el interesante. No es una receta muy elaborada, lo que realmente quiero es pasar tiempo con ella—. No me creo que en tu casa estés con los zapatos de tacón y el traje puestos —la provoco.

B sonríe, su postura se destensa y consigo que se desprenda de la chaqueta, que deja pulcramente doblada a un lado.

Nos mantenemos la mirada, en silencio, y ambos acercamos nuestras respectivas copas para dar un trago al vino. Me pierdo en el interior de sus pupilas mientras la energía electrizante que ya hemos sentido en otras ocasiones se arremolina a nuestro alrededor. El aire se vuelve denso, estrecha el círculo y nos empuja el uno contra el otro.

—Todavía me cuesta creer que esto es real, que no se trata de un sueño del que voy a despertar en cualquier instante para descubrir que me he quedado dormido sobre mi ordenador portátil —bromeo. Sin embargo, mi voz se vuelve seria y desciende dos tonos cuando añado lo siguiente—: Había pensado en pellizcarme para comprobarlo, pero se me ha ocurrido otro método mucho más satisfactorio.

El deseo se me vuelve fuego en la mirada mientras le arrebato la copa de vino y la deposito, junto a la mía, en la mesita que hay frente al sofá. Una de mis manos le acaricia la mejilla, desciende hasta su cuello y, desde allí, la atraigo hacia mí para que nuestros labios vuelvan a unirse. El roce es lento, deslizo mi boca sobre la suya, me impregno de su sabor afrutado y llamo a la puerta para que me permita adentrarme en su interior, en busca de su lengua. La mía la acaricia, se enrosca con ella y, juntas, inician un baile lento que sube cinco grados la temperatura de esta habitación.

Sin darme cuenta de cómo hemos llegado a este punto, me encuentro casi sobre ella, que yace recostada sobre el sofá, en una posición mucho más confortable. Con la mano todavía apostada sobre su nuca, mis labios resbalan para recorrer el arco de su mandíbula, mientras mi otra extremidad se afana en desabrochar los primeros botones de su blusa. Al liberar su boca, exhala un gemido, la chispa que me faltaba para prenderme en llamas. Sus manos se cuela por debajo de mi camisa y delinea mi abdomen con las yemas de los dedos para luego perderse sobre mi espalda.

—Me muero por descubrir la clavícula que tanto me ha tentado en mis fantasías y dejar que sea, por fin, mi lengua la que la dibuje —confieso con la voz ronca y convierto en realidad mis palabras.

Sin embargo, mi incursión no termina ahí. Una vez que he probado su piel, no puedo detenerme. Desabrocho los botones que me restan y separo la prenda. Devoro sus pechos con los ojos, todavía cubiertos por un elegante sostén de encaje de color negro, antes de dejar que mi boca caiga sobre ellos. A pesar de la tela, sus pezones se endurecen y corcovea contra mi cuerpo, lo que hace que otra parte de mi anatomía adopte la misma consistencia que una barra de acero.

Sus dedos se juntan en el centro de mi pecho con la intención de soltarme la camisa. La impaciencia de desnudarme ante ella me supera, así que opto por sacármela por la cabeza, como si se tratara de una camiseta, y la lanzo al suelo. Bree contempla mi torso desnudo, se relame y se muerde el labio inferior. Enseguida son mis dientes los que le toman el relevo.

Sus manos se cuelan entre nuestros cuerpos y pelean con el cinturón de mi pantalón hasta que consigue desabrochar ambos. Recorre mi dureza por encima de la tela, que palpita caliente y anhelante ante su contacto. Esta vez soy yo quien jadea. Me aprieto contra ella, necesito más, mientras buceo con caricias que ascienden desde su rodilla, por debajo de la falda, traspasan la barrera de sus medias, a medio muslo, sujetas con un liguero, y se acercan peligrosamente hacia el elástico de su ropa interior. Mi boca, indecisa, ya no sabe qué porción de su anatomía quiere asolar. Me faltan manos, lengua y labios para hacerle todo lo que me arde en la piel.

—Bree, vamos a mi habitación. No quiero que nuestra primera vez juntos sea sobre un sofá. Además, tengo que demostrarte que, durante estas semanas, nunca te he mentido. —No hace falta que añada nada más, a estas alturas de la película, ambos sabemos que me refiero a la magia que le prometí que hacían mis dedos. Y mentiría si no dijera que me muero por comprobar las habilidades de las que ella alardeaba.

Pierdo los pantalones de camino al cuarto. Una vez allí, me giro para quedar frente a Bree. Nos miramos a los ojos durante unos instantes, nadando dentro de una mirada enturbiada por el deseo, como si hubiéramos entrado en una especie de pausa. Su pecho asciende y desciende, al ritmo que marca su respiración acelerada, presa de la excitación y yo, he de admitir, que no me encuentro mucho mejor que ella. Sin embargo, retenemos la energía que nos vibra bajo la piel durante un poco más antes de liberarla.

Despacio, comienzo por la nuca y recorro su columna vertebral. El primer escollo con el que me topo, y que no tardo en rebasar, es el cierre de su sujetador. Cuelo los pulgares por debajo de los tirantes y los aparto de sus hombros, arrastrándolos por sus brazos. En mi viaje, acaricio de manera sutil sus pechos y la piel se eriza al paso de mis dedos mientras Bree contiene la respiración.

Regreso a la espalda, mis manos resbalan hasta dar con la cremallera de la falda. La bajo y dejo que sea la prenda quien se deslice, en esta ocasión, por sus piernas. Levanta un pie para sortearla. Cuando lo va a hacer con el segundo, la sostengo por los glúteos y la alzo del suelo. Sus piernas se enroscan en mi cintura, sus manos me rodean el cuello y busca un mayor apoyo dejando que su boca vuelva a enredarse con la mía. Esta vez se trata de un beso voraz, desesperado, hemos abierto las compuertas de una presa que aguantaba demasiada presión y el agua nos arrolla.

Vuelo con ella por la habitación hasta que caemos sobre mi cama, con las bocas enganchadas. Libero la suya, para que pueda llenar los pulmones de oxígeno. En cambio, a mí me basta con respirar su piel. Desciendo por su cuerpo, me recreo en su pecho, mi lengua se convierte en las gotas de agua que tanto envidié en la primera foto que me envió su amiga. Me entretengo con ellos, mi boca se turna con mis dedos y pellizco, lamo y mordisqueo sus pezones, que se vuelven más duros contra mi lengua. Bree tira de mi pelo, entre jadeos, y no sé si quiere que cese mis caricias o que las intensifique.

Sin embargo, y por mucho que esté disfrutando de sus tetas, ese no es mi destino final. Ese se encuentra más abajo, en el vértice que une sus piernas. Aparto a un lado la fina tela de lencería

negra y pruebo su sabor con una lamida lenta e intensa que la hace contraerse de gusto.

Tanteo su entrada con los dedos que no tardan en mojarse con la humedad de su excitación. Introduzco uno, después otro y empiezo a moverlos dentro y fuera de ella. Juego con el ritmo: lento, rápido, acelero, freno. Así una y otra vez hasta arrebatarle la cordura. Los dedos se coordinan con mi boca que ataca ese nudo de placer, cada vez más tenso y que estoy a punto de desenredar.

B se agarra con fuerza a las sábanas de mi cama, las retuerce entre sus puños hasta que tiene los nudillos blancos, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, mientras su respiración se vuelve cada vez más errática, en donde los gemidos y jadeos ganan intensidad e inundan la habitación. Estalla y me bebo hasta la última gota de su placer.

No sé si he llegado a cumplir lo que le insinué aquella vez, lo que sí que tengo claro es que los gritos de su orgasmo rebotando contra mis oídos se vuelven mágicos. Es una imagen tan maravillosa, la expresión gráfica del erotismo más puro, que hasta mi polla, encerrada todavía dentro de mis calzoncillos, lagrimea de anticipación ante el deseo de enterrarme dentro de ese cuerpo perfecto.

Mientras Bree trata de volver a aprender a respirar, me deshago de sus bragas —aunque no voy a renunciar a mi fantasía de que siga con las medias y los tacones— y de mi ropa interior y abro el cajón de la mesilla. Quito el precinto de la caja de condones que guardo ahí y saco uno. Nunca, hasta ahora, la había estrenado en este lugar, nunca, hasta esta noche, había traído a ninguna otra mujer a mi casa, siempre he buscado terrenos neutrales para follar.

Enfundo mi erección en el preservativo y vuelvo a reptar sobre el cuerpo de Bree hasta que me posiciono en su entrada. Los restos de su placer lubrican el profiláctico y no tardo en descubrir el camino hacia el mismísimo paraíso. Me deslizo despacio en su interior, sintiendo como su sexo se dilata para recibirme y me abraza.

—Joder, la realidad no le hace justicia a mis fantasías, esto es infinitamente mejor a como lo había imaginado —jadeo cuando me acoge por completo y siento la necesidad de volver a perderme en su boca.

Empiezo a mecerme sobre ella, con embestidas lentas y profundas que no tardan en acelerarse, tomar intensidad y volverse exigentes. Estoy cerca, no voy a poder retenerlo mucho más. Sus manos me arañan la espalda y clava las uñas con más intensidad cuando está preparada para volver a volar. Esta vez, la acompaño. Ella arquea la espalda, lo que hace que su cuerpo se junte más al mío, yo me pego a su cuello y saltamos juntos al vacío. El rayo que restalla en el punto exacto en el que permanecemos unidos, se expande hasta inundar hasta la última terminación nerviosa.

Con las pieles bañadas en un manto de sudor, nos giramos hasta quedar acostados de lado y regresan los besos dulces y las caricias perezosas, mientras, hipnotizado por su mirada, entro en un estado de somnolencia.

—Bendito error —susurro sobre sus labios justo antes de cerrar los ojos.

Mi corazón todavía late desbocado, intentando asimilar la intensidad del incendio que se ha desatado sobre estas sábanas. Lo que Brittany despierta en mí es muy diferente a lo que he experimentado antes con cualquier otra mujer. Esta conexión, la energía impetuosa que fluye entre nosotros, como si estuviéramos dentro de un campo magnético. Todo es más vívido y tan

intenso que me abruma. Quizá es pronto para ponerle nombre, aunque creo que ya lo tiene.



15 – CONFESIONES DE FAMILIA

Brittany

Estoy recostada en mi cama, mirando el techo y sonriendo como una tonta. El corazón me late aún desbocado, y mi mente está reviviendo cada detalle de lo que ocurrió anoche. Todavía puedo sentir el calor de sus labios en mi piel, la presión suave —y a veces menos suave— de sus manos en mi espalda, y ese susurro que me prometía un mundo de sensaciones nuevas.

Estoy maravillada con estos sentimientos, este bienestar que siento al dejar de ser, por un rato, Brittany Harper, la hija perfecta y la ejecutiva implacable para ser B; una mujer corriente, sin la presión de tener que ser perfecta, ni cuidar sus formas. Ser, simplemente, alguien que acaba de descubrir algo inesperado, algo que me sacude hasta la médula.

Muevo la cabeza hacia un lado y miro el móvil, que siempre dejo en la mesita de noche. Donna lleva desde ayer por la tarde escribiéndome. Está desesperada por que le cuente cómo fue ver a Cárter en la oficina después saber su verdadera identidad.

Cuando volví de mi cita con D y asimilé quién era, la llamé para contárselo y su reacción fue inverosímil, como si, de alguna manera, hubiera hasta deseado que el desenlace fuera el que viví.

—¡Era Carter! ¡D era Carter Donovan! —grité cuando descolgó el teléfono, como si necesitara verbalizarlo con energía para procesarlo.

Donna se quedó en silencio por un momento, luego estalló en carcajadas, como si la situación fuera tan ridícula que solo pudiera responder con alegría.

—¡Es increíble! ¡Me encanta! —dijo, una vez que se calmó—. ¡El destino tiene un sentido del humor retorcido, Bree! ¿Qué vas a hacer?

En ese momento, no tenía respuestas. Estaba demasiado confundida, dividida entre la atracción que sentía por Carter y el odio que nuestra historia familiar debería haberme inculcado. Pero ahora… ahora era diferente.

—¡Mañana en la oficina van a saltar chispas! ¿Puedo acompañarte? ¡No me quiero perder nada! —Donna seguía con su entusiasmado discurso, ajena a las vueltas del engranaje de mi mente.

—¡Cállate loca! No me pongas más nerviosa de lo que estoy, ya te contaré —le prometí. Luego Cárter me propuso quedar al finalizar el trabajo y Donna no habrá dormido esperando que le pasara el parte.

Está claro que sabe que algo ha pasado, y no puedo evitar sonreír al imaginar su reacción cuando le cuente los detalles. Con la energía que me queda, estiro la mano, agarro el teléfono y marco su número.

—Dime que me has tenido la noche en vela por una muy buena razón —exclama, apenas contesta.

—No te lo vas a creer… —respondo sin poder evitar que una risa suave se escape de mi garganta, incapaz de contener la emoción.

Donna deja escapar un chillido de pura excitación.

—¡Lo sabía! Sabía que Cárter te iba a dar como cajón que no cierra y que te iba a gustar ¡Eres un imán para los tipos intensos, Bree! ¡Cuéntamelo todo!

Cuando se me pasa el ataque de risa tras su afirmación, le narro lo que pasó, cada detalle, desde el momento en que nuestros ojos se encontraron en la oficina, hasta el instante en que nuestros cuerpos se fundieron como si siempre hubieran pertenecido el uno al otro. Mientras hablo, no puedo evitar sonrojarme al recordar la sensación de sus dedos sobre mi piel. No solo fue físico, fue algo más. Algo que me hace sentir viva de una manera que nunca había experimentado.

—Dios, Bree, esto suena como sacado de una novela, y sabes que me encanta la romántica. Justo por eso, y muy a mi pesar, tengo que cerciorarme de que no te van a hacer daño ¿Estás segura de que no es una trampa? Nos gusta mucho Carter y folla muy bien, pero no deja de ser un Donovan… —suelta, aunque en su voz noto que está más intrigada que preocupada.

—No lo sé, Donna. Todo en mi cabeza me dice que me mantenga alejada, que esto solo puede traer problemas, sin embargo… —Dejo que la frase se pierda en el aire, porque no tengo una respuesta clara.

¿Por qué, si mi familia me ha enseñado a odiar a los Donovan, me siento así con él? No lo veo tal y como siempre me han descrito en casa a esa familia. Quizá esté ciega, sin embargo, no veo que Carter encaje con esa definición.

Hay un silencio en la línea, hasta que Donna finalmente habla.

—Bree, tal vez deberías averiguar más sobre por qué los Harper y los Donovan se odian tanto. Quizá hay algo más ahí que no sabemos.

—Eso estaba pensando… —admito en un susurro. La idea rondaba mi cabeza desde que empecé a trabajar con Carter, aunque después de lo que pasó anoche, se ha vuelto una necesidad. Preciso respuestas. Y solo hay una persona que puede dármelas.

Me lo monto para trabajar desde casa, alegando que es viernes, y almorzar con mi familia. Quiero información sin perder ni un minuto más. El bienestar de mi corazón está en juego y no podré dejarme ir del todo con D hasta que no sepa qué pasó entre mi padre y el suyo, y estar segura de que sus conflictos no nos harán daño a nosotros y a lo que sea que estamos iniciando.

Durante el banquete —porque en casa se hace siempre todo a lo grande—, me esfuerzo por mantener la compostura. Mi padre, como de costumbre, me habla de negocios, mientras mi madre se asegura de que todo en la mesa esté perfecto.

Tomo un sorbo de vino y decido que es ahora o nunca.

—Pues hablando del negocio, la campaña para los Yankees va de fábula —apunto como si nada. Intento sonar casual, aunque, quizá, la tensión de mis hombros me delata.

Papá levanta la mirada, sorprendido de que haya interrumpido su monólogo sobre el último contrato que firmó para hablar del mío.

—No esperaba menos, ¿en qué punto estáis? —se interesa mientras corta un trozo de solomillo y se lo mete en la boca.

Trago saliva y miro a mi madre, que también ha dejado de comer para prestar atención.

—Hemos avanzado bastante. La verdad es que trabajar con Carter ha sido muy productivo. —Noto que el ambiente en la habitación se pone tenso tan solo pronunciar su nombre, aunque no me detengo, sigo adelante—. Nos complementamos bien, y… la verdad es que me cae bien. No es como me imaginaba. —La piedra ya está lanzada, a ver por dónde sigue la conversación.

El silencio que sigue es pesado. Aguanto la respiración porque la vida de las mariposas de mi estómago depende de su respuesta.

Puedo ver cómo mi padre se tensa y sus dedos se crispan alrededor de la copa que justo había cogido, la deja lentamente sobre la mesa, mientras su expresión se endurece visiblemente. Siento que algo oscuro se agita bajo la superficie.

—¿Cómo dices? —pregunta finalmente, con su tono tan bajo y controlado que es aún más aterrador.

Trago saliva, siento la presión de las pulsaciones en el pecho, pero no retrocedo.

—Digo que Carter no me parece una mala persona. De hecho, es muy profesional, y creo que estamos logrando algo muy bueno juntos.

Mi padre se inclina hacia delante, sus ojos clavados en los míos con una intensidad que rara vez muestra.

—¿Que te cae bien? —repite, con una dureza que me hace estremecer—. ¿Un Donovan te cae bien?

Mi madre intenta intervenir, su voz apenas un susurro.

—Cariño, por favor… —casi suplica, alargando la mano por encima de la mesa para alcanzar la de mi progenitor. Él la aparta para levantarla y silenciarla, sin desviar la mirada de mí. Noto cómo sus nudillos se ponen blancos al apretar el puño, como si estuviera conteniendo algo.

—Brittany, no tienes ni idea de lo que estás diciendo. —Su voz tiembla de rabia contenida—. Esa familia… los Donovan son una peste. No puedes confiar en ellos, no puedes acercarte a ellos, y mucho menos trabajar con ellos como si fueran tus iguales.

Me esfuerzo por mantenerme firme, aunque su reacción me asusta.

—¿Por qué esa rotundidad para con ellos? ¿Acaso conoces o has trabajado con Carter para asegurarlo? No podemos juzgarlo solo porque odies su apellido. —Me he envalentonado y ya no hay quien me pare. Él parece enfadado, pero yo también empiezo a estarlo.

—No importa que no lo conozca. Lleva sangre Donovan. En su ADN no puede haber nada bueno —espeta, con la voz muy por encima de lo que acostumbra—. No tienes idea de lo que esa familia nos hizo, de lo que su padre me hizo a mí.

—¡Pues cuéntamelo! —respondo. Siento que la situación está a punto de explotar—. No puedes seguir usando el pasado como excusa para este odio sin explicármelo. Carter no me ha dado ninguna razón para desconfiar de él. Todo lo contrario.

Mi padre se levanta de la mesa de golpe, la silla rasga el suelo con un chirrido que resuena por todo el salón. Está furioso, y puedo ver que lucha por controlar sus emociones.

—No hace falta que sepas nada. Te he dicho que no son de fiar y punto. No voy a permitir que vuelvas a elogiar a ninguno de ellos —sentencia con firmeza, apoyado con los puños en la mesa e inclinado hacia mí.

—Olvidas que ya no soy una niña a la que dar órdenes, papá. Tengo mi propio criterio, y a menos que me cuentes la historia al completo, no voy a hacerte caso. A pesar de todo, luego también voy a decidir qué sigo opinando de ellos. —Levanto la cabeza, desafiándolo y, a la vez, animándolo a que siga.

—¿Quieres saberlo? ¿De verdad quieres saber por qué los odio tanto? —grita, y veo a mi madre encogerse ante el estallido de ira.

—Claro que quiero. Nunca me has contado por qué nuestras familias no se soportan. ¿No

crees que ya es hora de que lo hagas?

Mi madre intenta intervenir, su mano se mueve, nerviosa, hacia mi brazo.

—Cariño, no es un tema que debamos discutir ahora…

—No, mamá. Necesito saberlo —insisto, y siento una determinación creciente dentro de mí. ¿Por qué me niegan una explicación? ¿Tan grave es?

Mi padre suspira y vuelve a tomar asiento. Carraspea y se pone un puño frente a los labios.

—Está bien —accede al fin—. Te contaré por qué esa gente no merece ni que pronunciemos su nombre. —Se toma un momento, inspira y empieza el relato con la voz cargada de un rencor que no había oído antes—: El padre de Carter y yo fuimos amigos en la universidad. Éramos inseparables. Al menos, eso creía yo.

Miro a mi padre, sorprendida por la información y por el cambio en su carácter. Nunca lo había visto tan amargo, tan lleno de un resentimiento que parece estar enterrado en lo más profundo de su ser.

—Tu madre y yo comenzamos a salir en nuestro segundo año de universidad. Ella era… la mujer más hermosa que había conocido. Inteligente, valiente, y con una fuerza interior que me cautivó desde el primer momento. —Por un instante, veo un destello de calidez en sus ojos que buscan los de mi progenitora, con el amor que siempre se han profesado, aunque se apaga al instante cuando continúa—. Pero entonces, apareció Arthur William Donovan en escena, y todo cambió.

Mi madre baja la vista, sus manos tiemblan y se las coge para que no se lo note. Demasiado tarde. Me doy cuenta de que hay más en esta historia, y que lo que viene no será fácil de escuchar.

—Arthur también se enamoró de tu madre. Al principio, intentó conquistarla de manera sutil, tratando de impresionarla con su dinero y su influencia. Cuando se dio cuenta de que ella me amaba a mí… cambió de táctica. —La voz de mi padre se endurece, y noto cómo sus nudillos se vuelven blancos al apretar los puños—. Comenzó a difundir rumores sobre mí, a socavar mi reputación. Fue un ataque constante, sistemático. Hizo que algunos de mis amigos me dieran la espalda, que los profesores comenzaran a mirarme con desconfianza. Pero lo peor estaba por llegar.

—¿Qué fue lo que hizo? —pregunto, en apenas un susurro.

—Arthur…—Mi padre traga saliva, como si las palabras le pesaran demasiado—, injurió contra mí. Soltó rumores sobre mis notas, poniendo en entredicho que si sacaba sobresalientes era porque me colaba en los despachos de los profesores y robaba exámenes o que compraba a cerebritos para que los hicieran por mí. Aunque eso fue lo que menos daño me hizo; me tendió una trampa. Utilizó a una mujer, una chica con la que había salido antes de conocer a tu madre. Ella… —Mi padre se detiene y cierra los ojos como si le doliera recordar—, me acusó de haberla agredido y haberla dejado embarazada.

Un escalofrío me recorre la espalda. La idea de que alguien pudiera hacer algo así es repugnante.

—Fue un escándalo —continúa—. La universidad inició una investigación, mi reputación quedó destrozada, y por poco fui expulsado. Arthur Donovan se aseguró de que todos creyeran su versión de los hechos. Logró que mi vida se convirtiera en un infierno. Y todo esto, Brittany, solo porque quería separarme de tu madre.

Me quedo en silencio, asimilando las palabras de mi padre. No puedo imaginar el dolor que debió haber sentido al ser traicionado de esa manera por alguien que consideraba su amigo.

—¿Pudiste demostrar que era mentira? —Casi no me atrevo a preguntar.

—Al final, la verdad salió a la luz —añade—. La chica confesó que se lo había inventado, que Arthur Donovan le había pagado una suma importante de dinero para que mintiera. Pero el daño ya estaba hecho. Aunque no fui expulsado, mi reputación quedó manchada para siempre. Y tu madre… —mira a mi madre, quien ahora tiene lágrimas en los ojos—, se mantuvo a mi lado con todas las consecuencias. Llegaron a decirme de todo. Tus abuelos, que en paz descansen, incluso nos prohibieron vernos. Tuvimos que luchar mucho para demostrar mi inocencia, lo que hizo Arthur no tiene perdón.

—Y por eso lo odias tanto —asevero, entendiendo por primera vez la profundidad de su rencor.

—Lo odio porque destruyó una parte de mí que nunca he podido recuperar —responde mi padre, con una voz más baja, casi susurrante—. Por su culpa, siempre he tenido que luchar más duro, demostrar que soy mejor de lo que la gente cree. Y porque, a pesar de todo, consiguió que dudara de mí mismo, de mi valía, de mi capacidad para proteger a la gente que amo.

El silencio en el salón es abrumador. Miro a mi madre, que ha estado llorando en silencio. La historia de mi padre es mucho más oscura de lo que jamás hubiera imaginado, y explica la razón por la cual la enemistad entre nuestras familias es tan profunda, tan enraizada en el dolor y la traición.

Mi padre vuelve a mirarme, su expresión endurecida, pero hay algo más en sus ojos: una herida abierta, un dolor que nunca ha sanado.

—Así que cuando me dices que un Donovan te cae bien, Brittany, cuando dices que te fías de uno de ellos, es como si me estuvieras clavando un puñal en el corazón. No puedes confiar en ellos. No después de lo que me hicieron. —Su voz se rompe al final, y siento que todo lo que creía saber se desmorona.

—Papá… —empiezo, pero él me corta.

—Si sigues viéndolo, si continúas con esta especie de amistad que parece que estáis forjando —Toma aire y veo la decisión en su rostro—. No me dejas otra opción. No voy a permitir que mi hija se acerque a un Donovan. No puedo. Así que si eliges a Carter, olvídate de esta familia.

Sus palabras me golpean como un mazazo. Me quedo allí, mirándolo, sintiendo cómo todo en lo que creía comienza a resquebrajarse. Finalmente, sin decir nada más, me levanto de la mesa y salgo de la habitación. Las lágrimas caen por mis mejillas antes de que pueda contenerlas, pero no me detengo.

Esa noche, en la soledad de mi habitación, me asfixian los pensamientos. La historia de mis padres, que debería haber aclarado todo, en lugar de solidificar mi odio hacia Carter, ha hecho que mis emociones se retuerzan en una tormenta que no puedo controlar.

Me levanto de la cama, incapaz de quedarme quieta. Mis pasos me llevan hacia la ventana, donde la ciudad se extiende bajo un cielo oscuro, tachonado de luces que parecen reflejar el caos en mi interior.

Debería odiar el apellido Donovan. Después de todo lo que hizo el padre de Carter, después de cómo intentó destruir al mío, debería ser el enemigo. Y, en vez de eso, cada vez que cierro los ojos, veo su rostro, siento su calor, y nada de lo que me bulle dentro tiene sentido. Lo que tendría

que ser odio, se ha transformado en un deseo ardiente, en una atracción que no puedo negar ni evitar.

¿Cómo es posible que sienta esto por él? ¿Cómo puedo desear a alguien que debería estar tan lejos de mí como el cielo de la tierra? Y, sin embargo, aquí estoy, asimilando que cada fibra de mi ser lo anhela, a pesar de la historia que nos separa.

La traición de su padre no cambia el hecho de que lo vea distinto. ¿Puedo permitirme caer en esto? ¿Puedo dejarme llevar, a sabiendas de que, si mi familia se enterara, sería como lanzar una bomba en medio de una guerra ya encarnizada?

Respiro hondo, trato de calmar el torbellino dentro de mí, pero la verdad es ineludible: estoy enamorada de Carter, no puedo negármelo.

No importa cuán fuerte intente luchar contra ello, la realidad es que ya estoy atrapada, he caído a cuatro patas, demasiado profundo como para poder salir.

Con la resolución creciendo en mi interior, cojo el teléfono, necesito hablar con él. Después de lo que compartimos anoche, no puedo dejar que este silencio se prolongue más, llevamos el día entero sin hablar. Necesito escuchar su voz, entender lo que está pasando entre nosotros.

Marco su número antes de que la duda me pueda frenar. Cada tono que suena, mientras espero que conteste, es una punzada en mi pecho. Al final, cuando estoy a punto de colgar, su voz grave responde al otro lado.

—Brittany…

El simple susurro de mi nombre me desarma. Puedo escuchar la tensión en su voz, la misma que siento en mi pecho.

—Carter, tenemos que hablar —digo, tratando de sonar más firme de lo que me siento—. He comido con mis padres y me he enterado del motivo de la guerra entre nuestras familias. No puedo seguir con esto sin que lo hayamos hablado nosotros.

Hay una pausa, como si él también estuviera luchando con sus propios demonios.

—De acuerdo. ¿Podemos vernos ahora?

Miro el reloj. Es tarde, y una parte de mí sabe que esto no es una buena idea. Pero mi corazón late tan fuerte que la lógica queda relegada a un segundo plano.

—Sí, ven a mi casa. —La decisión está tomada antes de que pueda retractarme. Necesito verlo, estar cerca de él, comprobar que lo que me arde en el pecho es muy superior a cualquier batalla familiar.



16 – EL ESLABÓN MÁS DÉBIL

Carter

«Tenemos que hablar». Esa frase jamás ha conllevado algo bueno. Que, además, la pronuncie Brittany Harper y haga referencia a nuestras familias, enemigas acérrimas desde antes, incluso, de que naciéramos, lo empeora aún más. Algo me dice que se ha arrepentido de lo nuestro, que quiere que tomemos tierra de por medio antes de despegar y yo no llevo el chaleco salvavidas puesto, así que la hostia que me voy a dar va a ser de dimensiones épicas. Nunca he sentido por nadie lo que B despierta en mí, es como si mis sentimientos hubieran permanecido agazapados en lo más hondo de mi ser a la espera de que ella se cruzara en mi vida, hasta que la verdadera Brittany Harper se presentara ante mí.

Quiere verme. Aún no está todo perdido, todavía me queda una última oportunidad para convencerla de que esto, lo que ha surgido entre nosotros de una manera completamente inesperada, merece la pena. Merece, al menos, que lo intentemos.

Me apresuro a salir de casa, sin perder tiempo en cambiarme de ropa, a pesar de que el estrés de la jornada de hoy está patente en mi camisa. Acabo de regresar de una reunión nada halagüeña que he mantenido con los inversores de la que mi padre, por supuesto, se ha lavado las manos. Para apuntarse la medallita, siempre está disponible, sin embargo, cuando las cosas se tuercen, soy yo quien tiene que dar la cara. Pensaba que las chapuzas de mi hermano en su intento de ser el líder de los Donovan estaban resueltas. Sin embargo, todavía hay alguna que colea y nos genera unas pérdidas difíciles de asumir. No me queda más remedio que tomar —otra vez— cartas en el asunto.

Harrelson me recoge en cuanto pongo un pie en la calle, no ha tenido tiempo material para alejarse mucho del apartamento. Le espoleo para que acelere y llegue a casa de Bree cuanto antes. Por suerte, la dirección que me ha facilitado no queda demasiado lejos.

Poco después, llamo al timbre, con los huevos de corbata. Estoy tan nervioso —y acojonado — que hasta me cuesta tragar saliva.

—Brittany… —Pronuncio su nombre en un susurro, como un ruego para que, sea lo que sea lo que tiene que decirme, no sea un «no» a lo nuestro. Creo que soy capaz de enfrentarme a cualquier situación diferente a esa.

Me invita a entrar en sus dominios. Me quedo parado nada más dar un par de pasos hacia el interior, observándola, tratando de descifrar qué quiere decirme.

—No he dejado de pensar en ti en todo el día —confieso.

—Yo tampoco —admite a su vez. Su voz es tensa, casi como si las palabras le dolieran al salir—. No puedo sacarte de mi cabeza y no sé cómo manejar esto. Hay tantas cosas que están mal con nosotros, Carter. Nuestros padres, nuestras familias… todo debería alejarnos.

—¿Y eso es lo que tú quieres? —oso preguntar y las dudas ante su posible respuesta se me clavan como afiladas cuchillas en la garganta al pronunciar cada palabra.

Como si quisiera dejar constancia de que se opone a todo eso que nos empuja a remar en dirección contraria, se acerca a mí, con pasos pausados, levanta la mano y me roza la mejilla. Mi cara sigue su movimiento y los músculos de la mandíbula se relajan bajo sus dedos.

—No, pero… Mi padre me contó lo que pasó entre tu padre y él.

Nos sentamos en el sofá y sostengo sus manos entre las mías para calmar ese miedo a que haga lo que el resto del mundo pretende de nosotros. Me cuenta una historia de traiciones, injurias y mentiras a raíz de una disputa por conseguir el amor de la madre de Bree, digna de los mejores guionistas.

Conforme avanza en su discurso, soy yo el que me aparto de ella y tomo distancia. Frunzo el ceño, con todo mi cuerpo, de repente, rígido. Aunque mi padre no es santo de mi devoción, todo lo que me cuenta es demasiado grave, incluso para él.

—Mi padre… —murmuro con la mandíbula tensa y me paso la mano por el cabello, intentando asimilar sus palabras.

—¿Tienes dudas de que sea verdad? —inquiere.

Ambos somos conscientes de la bruma de dudas y desconfianza que acaba de aparecer entre nosotros y que supone un paso atrás en lo que estamos construyendo, un edificio demasiado reciente con los cimientos todavía inestables que, en cualquier momento, se puede venir abajo. Aprieto los labios y me levanto, tengo que pensar muy bien cuál va a ser mi siguiente paso, tengo que medir mis palabras y ser cauteloso para no provocar un terremoto bajo mis pies.

—Brittany, no es que no crea lo que te dijo tu padre. Puede que, de puertas hacia fuera, parezcamos la familia perfecta, sin embargo, la relación con el mío siempre ha sido complicada. No es el hombre más honesto ni el más transparente, incluso su ética puede ser, en ocasiones, cuestionable. Sin embargo, me cuesta imaginarlo haciendo algo tan… retorcido.

—Mi padre no es perfecto —admite. Habla despacio, en voz baja, con tiento, como si estuviéramos frente a un monstruo que duerme y pudiera despertarlo si alza el tono—. A pesar de ello, sabes que no es el tipo de hombre que inventaría algo así. Está destrozado, me dijo que nunca pudo recuperarse de lo que el tuyo le hizo. Si esto fuera solo un rumor, no habría reaccionado así. Lo vi… lo sentí —expone, y veo cómo el dolor de los supuestos actos de mi padre cae sobre ella y se le mete bajo la piel. Siento unas ganas terribles de estrecharla entre mis brazos y reconfortarla.

—Brittany, no estoy defendiendo a mi padre. Nunca hemos sido cercanos, —reconozco en voz alta una verdad que pocos conocen—, siempre ha estado más preocupado por la empresa, por su imagen, por el dinero y por la fama que por su familia. Sin embargo, me cuesta creer que llegara tan lejos solo para ganar. Lo creo capaz de muchas cosas, no siempre juega limpio, pero… ¿así de cruel? Esto es demasiado, incluso para él. Comprenderás que quiera comprobarlo, que quiera estar seguro del todo antes de condenarlo, a lo mejor hay algo más dentro de esta historia que no conocemos.

—Entonces, ¿insinúas que mi padre está mintiendo? —insiste y lo dice de tal forma, con un ligero temblor, que suena como si yo creyera que es ella quien lo hace.

—No, Bree, no es eso. Sé que tu padre está siendo honesto contigo, y tú conmigo —aclaro—, que no debe de ser fácil soltarme esa bomba. Solo es que… no sé si estoy preparado para aceptar que todo lo que me has contado sobre él es verdad. Aunque he crecido bajo su sombra, luchando contra la persona que es, es difícil asimilar que también es ese tipo de monstruo. Si es cierto, lo

odiaré aún más, pero no puedo tomarlo por completo como un hecho verídico sin escucharlo.

—¿Y qué vas a hacer? —me pregunta.

Resoplo con fuerza, hincho los carrillos antes de expulsar el aire, y me paso los dedos por el pelo, tirando de él. De repente, me siento agotado, derrotado. El día de hoy me empieza a pesar demasiado.

—No lo sé —admito—. No sé cómo enfrentarme a él con algo así. No es alguien que reconozca sus errores por las buenas y, mucho menos, algo tan grave. Muy acorralado se tiene que ver para hacerlo. Quizá podría hablar con mi madre… —divago en voz alta hasta que me topo con los ojos color verde que me observan con atención y regreso a su dueña—. Lo que tengo claro es que no quiero que esto nos destruya. No soy él, B. No puedo cambiar lo que pasó, pero sí que puedo decidir quién quiero ser y soy.

—Entonces, ¿qué hacemos? —suelta como si yo tuviera las respuestas, cuando, en realidad, creo que estoy más perdido que ella—. Porque sé que no puedo seguir negando lo que siento por ti. Pero tampoco puedo traicionar a mi familia.

A mí, en cambio, cada vez me dan más ganas de renunciar a la mía, aunque supondría un descalabro social y económico.

Me acerco hasta ella, me trago la distancia que esta conversación ha generado entre nosotros y apoyo la frente contra la suya. La respiro, con los ojos cerrados, me inundo de ese aroma a manzana que me vuelve loco.

—No lo sé —respondo con honestidad—. Quiero intentarlo, Bree. Quiero ver si podemos encontrar una manera, si hay un camino para nosotros.

—Yo también quiero intentarlo. —Parece que mis palabras la empujan a dar ese paso, a cumplir ese deseo que latía en sus pupilas—. No será fácil, Carter, nada fácil —apunta.

—Lo sé. Pero, si hay alguien con quien quiero luchar, es contigo, Brittany. —Levanto la cabeza lo justo para besarla, suave, cálido, tierno. Un gesto en el que vuelco todas las promesas, las dudas y, también, la esperanza.

Pasamos la noche juntos en su apartamento, compartiendo cama, dentro de esa burbuja en la que todo parece sencillo. Ella descansa tranquila, a mi lado. Sin embargo, yo apenas puedo pegar ojo, a pesar de sentirme física y mentalmente exhausto. No dejo de dar vueltas a las terribles acusaciones que ha vertido sobre mi padre y que, conforme pasan las horas, cada vez percibo como más reales. Tengo que abordar este tema con él y descubrir la verdad. Quizá sea precisamente esa información lo que necesito para desbancar a mi padre de la presidencia de Donovan Media, limpiar nuestro apellido y reconducir la empresa hacia el camino correcto. Sin embargo, antes tengo que solucionar otro asunto pendiente.

Zarandeo con suavidad a Brittany, me da pena despertarla, pero no quiero que cuando lo haga por sí sola, no me encuentre a su lado.

—Bree, tengo que irme —anuncio y esas tres palabras resultan casi tan efectivas como haberle lanzado un cubo de agua fría por encima.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué? —me acribilla a preguntas mientras se incorpora hasta quedar sentada.

Estira la sábana para cubrir su desnudez cuando comprueba que yo ya estoy vestido tras pasar por la ducha. Llevo la misma ropa de ayer, aunque ya he avisado a Harrelson para que venga a buscarme con un traje y una pequeña maleta con algo de equipaje.

—Necesito que me cubras durante unos días con la supervisión del lanzamiento de la campaña de los Yankees. Tengo un viaje de negocios ineludible —le pido.

—¿Por qué? ¿A dónde vas? —inquiere.

—He de solucionar un asunto que atañe a Donovan Media. Sigo firme en mi decisión de ser sincero contigo y, para que sepas que confío en ti, voy a anteponerte por encima de mi familia y te voy a dar una información con la que podrías destruirnos si quisieras, aunque, por lo que me has dejado conocer de la Brittany Harper real, sé que no harás. —Mis palabras captan toda su atención, me contempla, con los ojos bien abiertos y el resto de los sentidos puestos en mí—. Mi empresa no va todo lo bien que Arthur Donovan quiere hacer creer, estamos al borde de la quiebra. Si no hemos caído ya, ha sido gracias a la inyección de dinero que hemos conseguido con nuestro trabajo conjunto. Necesito reunirme con un cliente y renegociar un contrato que afloje esa soga que tenemos atada alrededor del cuello para volver a respirar.

Bree me observa atónita, con los ojos bien abiertos, como si creyera que lo que acaba de oír sigue siendo producto de un sueño. Sé que, cuando lo asimile, querrá hacerme muchas preguntas, pero tengo prisa. Así que, sin dejar que diga nada, me despido de ella con un beso suave en inicio, que no tarda en intensificarse en cuanto su sabor vuelve a bañar mis papilas gustativas y que me deja con ganas de más. Daría lo que fuera por arrancarme el traje, volver a introducirme bajo las sábanas, perderme en su piel y encontrarme dentro de ella, sin embargo, el deber me llama.

—Te prometo que, cuando vuelva, hablaré con mi padre —añado.

———— ◦ ❖ ◦ ————

Cinco intensos días son los que me cuesta convencer al socio de que siguiera apoyando a nuestra empresa después de que mi hermano, en una reunión que tuvieron a espaldas del resto, perdiera los papeles. Me enteré de lo que sucedió por casualidad, en una de esas conversaciones de ascensor con un conocido en común.

He tenido que hacer unas cuantas concesiones, impensables en otro momento de la historia de Donovan Media. Confío en que esto solo sea un bache y consigamos salir a flote para volver a ocupar el lugar que nos corresponde, no solo en cuanto a la popularidad que, por suerte, hemos maquillado y todavía no se ha visto resentida, sino a lo que a lo económico se refiere.

Durante este tiempo he mantenido a Brittany informada de todos mis avances, como si formara parte de mi empresa. No, mejor aún, como si fuéramos una pareja normal y le contara cómo había ido mi día de trabajo al llegar a casa. Con la diferencia de que no lo somos y la distancia nos impedía conversar en persona. Por unos días, hemos vuelto a ser B y D y sus juegos.

Ahora, que he regresado, cuento los minutos para poder volver a verla, para calmar sobre su piel el hormigueo de mis dedos ansiosos. Sin embargo, antes he de resolver otro asunto.

—He conseguido renegociar el contrato con BlueSky Creative, padre —le comento, comedido, mientras comemos en la residencia de los Donovan. Queda mucho mejor eso que confesar que me he tenido que bajar los pantalones para no perder su apoyo.

—Espero que no hayas cedido demasiado terreno —me amonesta en lugar de felicitarme. Hay veces en las que, incluso, me planteo si realmente es consciente de nuestra situación real.

—Nada que no podamos recuperar cuando la cosa mejore más adelante —aclaro.

Nos encontramos los tres a la mesa: mi madre, mi padre y yo. Tan solo falta mi hermano, que lleva días desaparecido, puliéndose el dinero que los demás ganamos a duras penas. Qué mejor imagen para vender que no tenemos ningún problema económico que la de Christian derrochando billetes como si crecieran en los árboles del jardín de nuestra casa. Es el momento ideal para resolver dudas.

—¿Es cierto que Harper y tú erais amigos? —pregunto, de manera casual, sin dejar de comer, como si estuviera hablando del tiempo. Sin embargo, alzo la mirada, sin elevar la cabeza, para estudiar su reacción.

Él carraspea, deja los cubiertos sobre la mesa, apoya los codos a ambos lados del plato, entrelaza los dedos y me enfrenta. Aunque no pierdo detalle de sus movimientos, no me pasa desapercibida la reacción de mi madre, que se revuelve en su asiento, de repente incómoda. Sabe algo, sabe la verdad. Sin embargo, no va a abrir la boca en presencia de su marido, no va a cuestionarlo en público, aunque ese público sea únicamente su hijo y parte del servicio.

—¿Ya te ha ido la arpía de los Harper con sus historias? —me increpa sin siquiera cuestionar qué es lo que sé o lo que me han dicho—. No la habrás creído, ¿no? ¿No dudarás de tu familia, de tu sangre? —No suena a pregunta, sino a amenaza.

Mi respuesta es un silencio, sin variar un ápice mi postura ni desviar la mirada, una mirada inquisidora que he aprendido de él y que lo insta a seguir hablando.

—No puedes ser tan básico, hijo. No negaré que la pequeña Harper tiene un polvazo, pero no puedes fiarte a la primera de cambio de una cara bonita y dejarte engañar por sus curvas.

—¿Qué pasa, papá? ¿Te recuerda a su madre? —le ataco, mordaz.

Las aletas de su nariz se dilatan y aprieta los dientes, aunque, por su tono de voz, pausado y neutro, quiere hacerme creer que mis palabras no le afectan. Mi madre, a su lado, se encoge aún más y parece hacerse más pequeña.

—Sabía que no era buena idea que fueras tú quien trabajara con ellos —reflexiona en voz alta, ignorando que sigo presente. Como si él hubiera tenido alguna capacidad de decisión en ese asunto—. Te están utilizando, hijo. Han visto en ti al eslabón más débil y quieren ponerte en mi contra. Y, por lo que veo, lo están consiguiendo.

«¿En serio acaba de decir lo que creo?».

—Ahora que la campaña de los Yankees está lanzada y estamos obteniendo los beneficios, —prosigue—, te exijo que cortes cualquier tipo de relación con el enemigo. Si no me has servido para sacar los trapos sucios de esa familia y hundir su reputación, ya no es necesario que trabajes con ellos. Será mejor que regreses a tu despacho y retomes tus obligaciones habituales. Así podré mantenerte controlado —expone con calma, una calma que yo estoy a punto de perder—. Tendría que haber mandado a tu hermano…

—¿De verdad soy yo a quien tienes que controlar? —estallo. Todo el autocontrol que he mantenido durante años en su presencia acaba de ser dinamitado tras su declaración, Echo la silla hacia atrás y me pongo en pie, con las manos sobre la mesa y lo encaro—. Tu otro hijo, tu adorado primogénito, es un inútil que casi nos lleva a la quiebra y ¿yo soy el punto débil de la empresa? No doy crédito.

—Carter, por favor —susurra mi madre, testigo, hasta ahora mudo, de nuestra discusión. La miro, con rabia, no me puedo creer que se esté posicionando del lado de mi padre, por muy marido suyo que sea.

—Esta pataleta tuya solo me demuestra que estoy en lo cierto —sentencia.

Esas son las últimas palabras que escucho antes de abandonar su casa. Sin embargo, la cosa no va a terminar aquí, aunque él crea que se ha proclamado como ganador. Su ataque gratuito a mi orgullo para desviar el tema que en realidad quería tratar solo me demuestra que estoy más cerca de la verdad de lo que creía.



17 – EL PESO SE LA TRAICIÓN

Brittany

He estado hablando con Carter cada día desde que se fue, la distancia no ha hecho más que aumentar la necesidad de verlo. Nuestros mensajes y llamadas han sido breves y, aunque hemos intentado que nuestro origen como B y D volviera, la tensión por el conflicto entre nuestras familias ha planeado sobre nosotros. Nos hemos esforzado en mantenerla a raya, sin embargo, hay algo que no nos deja fluir, algo inconcluso que solo podrá resolverse cuando estemos cara a cara y él haya hablado con su padre para que disipe las dudas que pueda tener sobre el pasado de nuestras familias.

Tampoco puedo dejar de pensar en su confesión: su empresa en bancarrota. Es la información de primera mano que busca mi padre, por la que me ha estado presionando durante las semanas que Carter y yo hemos estado trabajando juntos. Saberlo ha supuesto aumentar en cien puntos, por lo menos, mis niveles de cortisol en sangre. Como si ya no tuviera suficiente con sobrellevar el enfado de mi progenitor al saber que soy amiga de Carter —no quiero imaginar cómo se hubiera puesto de saber que no es solo mi amigo, sino algo más, mucho más—, encima esta encrucijada en ocultarle esta información tan valiosa para él. Nunca le he dicho que vaya a sonsacarla, pero saberlo y no decírselo es como estar traicionándolo.

Esta mañana, Carter me llamó desde el aeropuerto. Me dijo que necesitaba verme, comería con su familia y, sin comentarlo, sabía para qué lo haría. Por eso me insistió en la necesidad de estar juntos esta tarde.

Durante estos días en los que se ha tenido que ausentar por motivos laborales, percibí su desgaste y más ahora que sabía que llevaba el peso de tener que remontar la empresa familiar y, a la vez, notaba algo más en su voz: la tensión de quien tiene que enfrentarse a verdades incómodas.

No se lo puse difícil, yo también necesitaba verlo como el respirar. Quedamos en nuestro pequeño bistró, lejos de las miradas de la alta sociedad que tanto daño podría hacernos si alguien nos descubriera juntos en actitud cariñosa.

Mientras camino hacia allí, el frío de Nueva York en diciembre se clava en cada centímetro de piel que llevo al descubierto, no obstante, mis pensamientos están concentrados en lo que pasará cuando lo vea. Tengo las manos heladas dentro de los bolsillos de mi abrigo, y mi corazón late con fuerza, ansioso por reencontrarse con él.

Cuando entro, lo veo al fondo, sentado en una mesa junto a la ventana. Mis ojos lo buscan, y cuando nuestras miradas se cruzan, siento un chispazo de electricidad recorrerme entera. Por fin. Después de días solo viéndonos a través de pantallas y escuchándonos por teléfono, está aquí, frente a mí.

Se levanta de inmediato, y en cuanto me acerco, siento el impulso de correr hacia él y me lanzo a sus brazos. Me rodea con fuerza, su abrazo es firme pero cálido, como si supiera

exactamente lo que necesito. Su olor, su presencia, el latido de su corazón junto al mío… todo en él me calma y me desarma al mismo tiempo.

—Dios, cómo te he echado de menos —susurra en mi oído, con voz suave y cargada de emoción.

—Yo también —murmuro al esconder el rostro en su cuello, disfrutando del calor de su piel y de la seguridad de su abrazo.

Nos quedamos así durante unos segundos, sin hablar, tan solo disfrutando de estar juntos otra vez. La tensión de los últimos días parece desvanecerse, aunque sé que aún queda algo importante por decir, algo que ha estado en su mente desde que regresó esta mañana.

Carter me mira, y sé que está buscando las palabras adecuadas, lo veo en sus ojos, en ese brillo de alguien que ha pasado por un momento difícil y necesita compartirlo.

—Tenemos que hablar —dice finalmente, sin soltarme.

Asiento, mi estómago se revuelve por la mezcla de emociones. Sabía que uno de los motivos para vernos era este, aun así, no imaginé que fuera a ir tan directo.

Nos sentamos, nuestras manos aún siguen entrelazadas sobre la mesa, como si ninguno de los dos quisiera perder ese contacto. Hay algo reconfortante en ello, un alivio que contrarresta un poco con lo que tengo claro que va a decir, y sé, por experiencia, que no le será sencillo soltar.

—¿Cómo fue con tu padre? —pregunto para ponérselo más fácil, siendo yo la que rompa el silencio incómodo.

Carter suspira y aprieta un poco más mi mano.

—Hablé con él durante el almuerzo. Lo confronté con lo que me dijiste… sobre lo que ocurrió entre nuestros padres.

Mi corazón se acelera. Aunque lo hemos mencionado en nuestras conversaciones estos días, nunca habíamos profundizado en ello. Sabía que Carter iba a buscar respuestas, pero no tenía ni idea de lo que su padre le diría.

—¿Lo admitió? —inquiero con suavidad, quiero frenar las ansias de saber si ha tenido el valor de ser sincero.

Carter se inclina hacia adelante, sus ojos brillan con una mezcla de dolor y frustración.

—Al principio lo negó todo, como esperaba. Mi padre siempre ha sido bueno en disimular sus errores, en convertir cualquier situación a su favor. —Hace una pausa, y me mira con una expresión que me desarma—. Lo presioné, no lo dejé salirse por la tangente. No lo reconoció, sin embargo, sé, por su actitud, que lo hizo. Creo que mi madre lo sabe todo.

»En cuanto pueda hablaré con ella, si consigo verla sin que esté en la órbita de mi padre, confesará. No me hace falta, porque tal y como se ha puesto… Tu padre tiene toda la razón del mundo para odiarnos.

Siento que un nudo se aprieta en mi estómago. Lamento que se sienta así, tan culpable por algo que no le corresponde, es injusto que tenga que cargar con esta losa. Y a la vez, el aire abandona mis pulmones. Sabía que mi padre no mentía, aunque escuchar la confirmación del propio Carter me duele más de lo que esperaba.

Carter suelta un suspiro, sin duda, desgastado por la situación.

—Entonces es verdad… —murmuro, casi sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—Sí —responde Carter, y en su mirada veo un dolor profundo—. Es verdad. Y ahora no sé qué hacer con esta realidad.

El mundo se tambalea a nuestro alrededor. La historia que había escuchado, que creía tan lejana, se ha confirmado y lo peor de todo es ver a Carter atrapado entre su propio padre y lo que siente por mí.

—Siempre supe que mi padre no era un santo, pero esto… Esto va más allá de lo que jamás pensé que sería capaz de hacer —se lamenta, devastado.

Es como si su dolor fuera el mío. Lo que su padre hizo no solo afectó a mi familia, sino que también lo ha destrozado a él. Puedo ver el conflicto en sus ojos: la lucha interna por equilibrar sus sentimientos y lo que ha descubierto sobre su progenitor.

—No tienes que sentirte culpable por lo que hizo —sostengo muy segura de ello. Alargo la mano y lo acaricio, el contacto es firme, aunque cargado de la tristeza compartida que ahora nos une—. Lo que pasó entre nuestros padres no tiene por qué definirnos, tú mismo lo dijiste hace unos días.

Carter baja la mirada, y por un momento, creo que no va a responder. Sin embargo, habla con una voz apenas audible.

—Lo sé, Brittany, aunque es complicado. Sé que no soy mi padre, aunque tampoco puedo ignorar lo que ha hecho. Sé que no soy como él, pero ¿cómo nos afecta a nosotros? ¿Podemos seguir adelante, sabiendo que esto es lo que ha marcado a nuestras familias durante tanto tiempo?

Nos quedamos en silencio, conscientes del terremoto emocional que estamos viviendo. El peso de lo que Carter ha confirmado planea sobre los dos, y aunque siento el dolor de esa verdad, también sé que no quiero perderlo.

—Carter. —empiezo, con la voz quebrada por la emoción—, lo que siento por ti no ha cambiado. Sé que es complicado, y sé que nuestras familias están en guerra, pero esto que me arde dentro…

Carter me mira y acaricia el dorso de mi mano con su pulgar, y, aunque sus labios no se mueven, veo la gratitud en su mirada.

—Lo superaremos —asegura con una determinación que me rompe por dentro—. No voy a dejar que esto nos separe.

Asiento, despacio, con una emoción que apenas puedo controlar.

Sabemos que ocultar nuestra relación será un reto, aun así, también sé que no puedo vivir sin él. No ahora.

—Hay algo más de lo que tenemos que hablar —dice, y su voz adquiere un tono algo más distendido—. En unos días se celebrará la gala benéfica de Navidad.

Asiento, sin saber exactamente a dónde quiere llegar. Sé que ambos estamos invitados, como cada año, no entiendo el porqué de su preocupación.

—Este año será más complicado —continúa—. No como en los años anteriores, cuando simplemente podíamos ignorarnos y esquivarnos. Ahora... será imposible no mantener las distancias sin levantar sospechas. Y estoy seguro de que, tanto tu padre como el mío, no nos quitarán un ojo de encima.

Siento un nudo en el estómago al escucharlo. Lo que antes parecía una simple gala, un evento donde siempre nos evitábamos, ahora se ha convertido en un desafío para preservar nuestra relación en secreto.

—¿Cómo lo haremos? —cuestiono, no estoy segura de poder disimular este acercamiento entre nosotros y soy consciente de que las apariencias lo son todo en nuestro mundo. Carter me

mira con determinación.

—Tendremos que ser los que siempre hemos sido para el resto. Fingir que no nos soportamos, como un año cualquiera más. Tengo claro que no podré estar toda la noche sin tocarte, pero encontraremos la manera de estar juntos.

Sus palabras me reconfortan, aunque intuyo que esa noche no será fácil. Tras la bronca con mi padre y la conversación de Carter con el suyo, vamos a estar más vigilados que un cártel colombiano por la DEA. Y aunque sé que en la gala tendremos que fingir no soportarnos, tengo claro que, en cuanto las luces de la jet set se apaguen, él y yo buscaremos un lugar donde podamos ser simplemente nosotros, lejos del peso del pasado que nos sigue.

La semana pasa volando, y nos vemos de lleno en la gala benéfica organizada, como cada año, por la élite de Nueva York. Cada Navidad la he disfrutado como uno de los mejores eventos anuales, aunque este año, se me hace cuesta arriba. Si yo no fuera una Harper y Carter no fuera un Donovan, sería nuestra oportunidad para presentarnos juntos en sociedad, muy a mi pesar, no es el caso y las reglas son claras: estar alejados el uno del otro, guardar las distancias, como si no nos conociéramos más allá del ámbito profesional y fingir que nos repelemos como el agua y el aceite. Sin embargo, mi corazón late desbocado al pensar en verlo, en estar cerca de él, aunque sea en silencio.

Esta noche seremos dos desconocidos bajo las luces de la alta sociedad, fingiendo que lo nuestro no es más que una ilusión prohibida, mostrando nuestro aparente desprecio mutuo. Han sido muchos años de animadversión adquirida e impuesta que me resultan, a día de hoy, inverosímiles.

Me miro al espejo y trato de concentrarme en la imagen que me devuelve y no en el torbellino que agita mi pecho. El vestido de seda verde oscuro cae sobre mi cuerpo como una segunda piel, ceñido en los lugares correctos, con un elegante escote en la espalda que me hace sentir a la vez poderosa y vulnerable. Me recojo el pelo en un moño bajo y desenfadado, dejando sueltos algunos mechones, lo justo para suavizar el conjunto.

Llego al salón de gala acompañada por mis padres, como es habitual, como todos esperan. Me quedo maravillada con la decoración; la escena es perfecta, casi mágica. Las luces de Navidad decoran cada rincón, destellos dorados y plateados se reflejan en los elegantes trajes y vestidos de quienes me rodean. Todo está envuelto en una atmósfera de lujo y sofisticación. Nos adentramos entre la multitud y vamos saludando a amigos y a otros que no lo son tanto, pero que son un compromiso social o empresarial ineludible. Nunca antes me había sentido tan falsa.

Llevo casi cuarenta minutos entre la jet set y no he parado de buscarlo. Hasta que lo encuentro, ahí está: Carter Donovan, de pie a dos mesas de cóctel de mí, hablando con algunos de los empresarios más influyentes del momento, con una copa de champán en la mano, como si nada en su vida estuviera fuera de lugar.

Luce un esmoquin negro impecable, y el nudo de su corbata parece tan apretado como el control que intenta mantener. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, el mundo se detiene por un segundo; la piel se me eriza desde el cuello hasta la punta de los pies; trato de disimularlo, de sostener una expresión neutra, pero el corazón me late tan fuerte que temo que alguien lo escuche. El modo en que me mira, como si quisiera atravesar cada barrera que hemos construido entre nosotros para esta noche, me hace sentir expuesta, vulnerable, y al mismo tiempo, no puedo

evitar desearlo más que nunca.

Mantengo las formas. Camino hacia la mesa, con una sonrisa diplomática en los labios, intercambio saludos con gente que apenas conozco hasta que me quedo a pocos pasos de él. Parece que estamos en dos mundos completamente distintos. Lo siento tan cerca, y a la vez tan distante…

—Brittany, qué alegría verte. —Una voz me saca del trance. Es uno de los socios de la empresa de mi padre, que extiende la mano para saludarme. Me esfuerzo por sonreír, respondiendo de forma automática a lo que quiera que me esté diciendo, mientras mi mente sigue anclada en Carter que, muy metido en su papel, se da la vuelta y me da la espalda.

La noche transcurre entre conversaciones vacías y sonrisas forzadas. Carter y yo representamos nuestros papeles a la perfección, sin embargo, nuestros ojos se buscan entre la multitud cada vez que pueden. Hay una tensión palpable, como si cada segundo que pasa nos acercara más al borde del abismo de un precipicio al que vamos a caer sin remedio.

Cuando ya no puedo más, encuentro una excusa para escapar del bullicio. Me alejo hacia una de las terrazas, donde las luces de la ciudad parpadean a lo lejos, como estrellas caídas. El aire frío me envuelve, aunque es un alivio después del calor sofocante de la gala.

Escucho unos pasos detrás de mí, y antes de darme la vuelta, ya sé que es él. Mi piel lo siente antes de que siquiera pronuncie mi nombre, y una mezcla de alivio y anhelo me recorre como una descarga eléctrica.

Me giro despacio, y ahí está. Carter, de pie bajo la suave luz de las guirnaldas que decoran la terraza. Me observa con la misma intensidad con la que lo he estado deseando durante toda la noche. No necesitamos hablar; lo que hemos estado evitando, lo que hemos tratado de contener, se materializa en el aire entre nosotros, tan palpable que casi puedo tocarlo.

—No puedo seguir con esto —agonizo en un susurro.

Carter me coge de la mano y su simple contacto me enciende por dentro. Es como si mi piel cobrara vida, como si el frío de la noche se desvaneciera y todo lo que sintiera fuera su calor. El toque es delicado, sin embargo, la intensidad que hay detrás me deja sin aliento.

—Es una tortura —declara a modo de respuesta, con la voz cargada de mí misma desesperación—. Estar lejos de ti... es imposible.

El peso de sus palabras me atraviesa como una daga. No puedo aguantarlo más. No quiero resistirlo. Sin pensarlo, me acerco a él, y en un solo movimiento, sus labios encuentran los míos.

El beso es intenso, ardiente, lleno de todo lo que hemos contenido durante estas horas infinitas. Sus manos se deslizan por mi espalda desnuda y me presionan contra su cuerpo, mientras que las mías se enredan en su pelo. Cada fibra de mi ser se funde en este momento, el mundo desaparece y solo existimos él y yo. No me importa ni su padre ni el mío ni qué apellido llevamos ninguno de los dos. Solo vivo por y para estos segundos.

El frío de la noche se convierte en un calor abrasador que se extiende desde mi pecho hasta la punta de mis dedos. El sabor de su boca, la firmeza de su cuerpo contra el mío, me hacen perder el control de todo. El deseo que he estado reprimiendo durante toda la noche ahora me devora por completo, y no quiero que se detenga. Nunca.

Pero una voz nos saca del trance, una que no reconozco. Una que me hiela la sangre, que se me clava como un puñal directo en el estómago.

—Bien hecho, hermanito. —Nos separamos de golpe, y cuando levanto la vista, veo al

hermano de Carter, apoyado contra la barandilla de la terraza, muy cerca de donde nos encontramos, con una sonrisa burlona en los labios—. Veo que al final le has hecho caso a papá y te has tirado a una Harper —dice, con un tono tan ácido que me hace temblar. El corazón se me detiene un segundo, aunque me parecen mil.

Me giro hacia Carter, mi mente trata de asimilar lo que acaba de oír. «Esto no puede ser cierto. No puede ser lo que parece». Mi corazón late con fuerza, y un torrente de adrenalina me invade el pecho.

—¿De qué está hablando, Carter? —le pregunto, con voz temblorosa. Necesito que lo niegue. Necesito que me diga que esto es solo una broma cruel de su hermano. La reputación de mujeriego, del típico hombre que utiliza a las mujeres hasta que se cansa de ellas, la imagen que siempre había tenido de él vuelve a apoderarse de mí como si me hubieran dado una bofetada.

Carter no dice nada. Está paralizado, su rostro es una máscara de sorpresa y... ¿culpa? No. No puede ser. La incertidumbre me golpea como una ola de frío, pero sigo esperando. «Por favor, di algo», suplico para mis adentros. Mis ojos buscan desesperadamente una respuesta, una defensa, cualquier cosa.

—Carter —insisto, con la voz quebrada por la confusión—. Dime que no es lo que parece. Dime que esto no ha sido una... ¿una apuesta? ¿Una revancha por vete tú a saber qué motivo?

La mirada de Carter vacila. Sus labios se entreabren, aunque no emiten palabra alguna. Está mudo, atrapado entre lo que siente y lo que acaba de revelarse. La falta de una negación, de cualquier tipo de reacción, me golpea como un mazazo.

—¡Oh, vaya! Parece que le hemos roto el corazoncito a la competencia. Esto sí que es un trabajo bien hecho, Carter. —Christian palmea el hombro del que creía, hasta hace apenas unos minutos, el amor de mi vida.

Es como si alguien me hubiera golpeado en el estómago. El dolor es abrumador, una mezcla de traición y desilusión que no puedo controlar. Mi visión se nubla por las lágrimas que lucho por contener.

Doy un paso atrás y me alejo de los hermanos Donovan.

—Brittany... —Carter intenta hablar, hasta parece que se le quiebra la voz, pero ya no quiero escucharlo. No voy a darles ni media oportunidad más de que quizá quieran reírse de mí.

El dolor me invade como una ola violenta, me ahoga en una mezcla de traición, rabia y desesperación. No sé qué es peor: escuchar las palabras de Christian o ver la expresión de Carter, que no niega nada, que no lo desmiente, ¡¿Por qué no lo hace?!

—¡No! —grito, alejándome de él al tiempo que las lágrimas empiezan a arder en mis ojos. Tengo un nudo tan grande en la garganta que apenas puedo respirar—. ¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un maldito trofeo? ¿Una venganza?

Carter extiende una mano hacia mí, y aunque su rostro está lleno de dolor, no me importa. Retrocedo un paso más, incapaz de soportar su cercanía. Todo ha sido una mentira.

—Bree, no es lo que crees, déjame explicártelo... —suplica, pero sus palabras suenan vacías. No hay nada que pueda decir ahora que repare lo que acaba de romperse.

—Te odio, no vuelvas a pronunciar más ese nombre —masculló entre dientes. Es lo único que puedo decir antes de darme la vuelta y salir corriendo para alejarme de él y de esta traición que me ha partido el alma en mil pedazos.



18 – POR ENCIMA DE MI APELLIDO

Carter

—Bien hecho, hermano. —La primera felicitación que recibo por parte de Christian y no podía resultarme más repulsiva.

Su posterior acusación me deja helado, paralizado, incapaz de reaccionar. Nada de lo que diga o haga en este momento va a solucionar lo que acaba de pasar; cualquier explicación por mi parte va a sonar a una burda excusa para salir indemne de esta hecatombe cuando eso es imposible. El daño ya está hecho.

Las palabras de mi hermano son ciertas, al menos lo fueron en un inicio. Entraba dentro de los planes de los Donovan que me camelara a Brittany Harper para hundir su empresa desde dentro, fue una orden tácita de mi padre. Nunca afirmé que lo llevaría a cabo, aunque tampoco lo negué ni me opuse a ello.

Una bomba acaba de estallar entre nosotros y nos ha roto. Ha roto todas esas promesas que nos hicimos, ese «quiero intentarlo y quiero luchar contigo». Los fragmentos de nuestras esperanzas, de ese amor que apenas acabábamos de sembrar, de estos sentimientos que me arden dentro del pecho, están esparcidos por la terraza y el viento no tardará en llevárselos muy lejos. Por mucho que salte con los brazos abiertos tras ellos, jamás volveré a recuperarlos.

—Carter. —Brittany suplica para que le cuente una verdad que no existe.

Podría decirle que jamás he querido hacerle daño, que nunca pensé en que acabaría enamorándome de ella como lo he hecho, que se ha convertido en el faro que guía mi oscuridad, que es mucho más importante que mi apellido y que la empresa de mi familia, pero no lo hago. Siento que esa declaración, en este momento, sería insuficiente, palabras vacías que no significan nada. Un intento desesperado e inútil para salvarme el culo, cuando ya no hay nada que salvar. Lo que prima es el dolor que le acabo de causar. Esa confianza que depositó en mí se acaba de astillar dentro de ella, provocándole infinidad de cortes.

Extiendo una mano hacia ella, aunque no me atrevo a tocarla, he perdido el privilegio de poder hacerlo.

—Bree… —Su nombre se me escapa en un susurro mientras se aleja de mí y dejo que lo haga. Cierro los ojos con fuerza porque no me siento capaz de verla marcharse.

—¡Menudo espectáculo, hermanito! Ya verás cuando se lo cuente a papá. Va a estar orgulloso de ti. Por fin eres digno del apellido que llevas a tu espalda —prosigue mi hermano, una vez que de Brittany solo queda una estela que se pierde en la noche, como su presencia en mi vida.

Cierro los puños con tanta fuerza que las uñas dejan su impronta en la palma y me giro hacia él, despacio, a cámara lenta. Mis ojos llamean de ira, ojalá pudieran quemarlo. Lo observo y su aire prepotente, de salirse siempre con la suya, de tener la última palabra, me arrebatan el poco control que me quedaba.

Me abalanzo contra él como un toro embravecido y lo golpeo. Mi puño le hace girar la cara y

le abre el labio. Me empuja, intenta deshacerse de mí. Forcejeamos, consigo agarrarlo por el cuello de la camisa y lo aprisiono contra la barandilla. Ahora mismo estoy tan fuera de mis casillas que sería capaz de tirarlo abajo sin miramientos. Aunque eso no cambiaría nada.

—Eres un hijo de puta, Christian —escupo entre dientes, con la mandíbula apretada.

—Oh, Carter, no me jodas —prosigue sin vacilar tras observar mi reacción visceral—. Te has enamorado de ella —afirma y se carcajea de mí a pesar de encontrarse en desventaja.

—Ah, estás aquí, Christian, te estaba buscando —anuncia una amiguita de mi hermano en un tono sensual que no me deja dudas de para qué quería encontrarlo—. ¿Todo bien, chicos? —pregunta al percatarse del ambiente tenso y cargado que se respira a pesar de encontrarnos al aire libre.

Su interrupción me ayuda a volver a tomar contacto con la realidad y me libra de cometer una locura. Aflojo el agarre y, tras un bufido, suelto a mi hermano.

—Sí, yo ya me iba —admito.

La chica se acerca a mi hermano y lo abraza.

—Dios mío, Christian, ¿qué te ha pasado? Estás sangrando —apunta, preocupada su acompañante.

—Nada, preciosa, un pequeño desacuerdo entre hermanos. Por cierto, Carter, —añade y eleva la voz para que llegue alta y clara a mis oídos—, eres patético.

Con un ejercicio de contención que me cuesta la misma vida, ignoro las ganas de volver a arremeter contra él y regreso al interior.

Una vez dentro, inspiro hondo varias veces para serenarme, vuelvo a colocarme la máscara de indiferencia y regreso a la fiesta. Mis ojos la buscan en vano, sé que ya no está, pero no puedo evitarlo. «¿Cómo demonios se ha podido torcer tanto esta noche?», pienso mientras un socio me comenta algo acerca de un nuevo negocio. Sonrío, comedido, asiento y, cuando creo que ya he cumplido con los cánones establecidos por la alta sociedad para eventos de este tipo, me excuso, alegando que voy a buscar una copa que nunca llega a mi mano, y desaparezco. Nadie va a echarme de menos.

—Hace ya un rato que la señorita se marchó, señor —me informa mi chófer, que lleva toda la velada apostado frente a la puerta, nada más subirme al coche.

—Lo imaginaba. Acabo de perder lo único real que tenía en mi vida, cuando justo acababa de descubrir su existencia. Y todo por no haber tenido los cojones de plantarle cara a mi padre, Harrelson —me desahogo. Siempre ha sido como una especie de confidente, si no fuera por él, me habría dejado una pasta en psicoterapeutas.

—Nunca es tarde, señor. Todo tiene solución, salvo la muerte —prosigue.

—Guárdate tus frasecitas motivadoras para otro momento, no estoy de humor —le contesto de forma seca, incluso borde.

—Lo siento, señor, lo llevaré a casa —se disculpa, aunque la mirada que me dedica a través del espejo retrovisor me sigue hablando y me cuentan todo lo que, por su posición, no se atreve a decirme, aunque le gustaría.

—Gracias. —El silencio se adueña del cubículo durante el resto del trayecto.

Una vez dentro de la seguridad que me ofrece mi apartamento, me bebo esa copa que no he tomado en la fiesta a la que le siguen dos o tres más. Con el vaso en una mano y el móvil en la otra, quizá envalentonado por el efecto del alcohol, marco su número. Puede que no me crea, es

lo más probable, y, ni qué decir tiene, que no espero su perdón, no me lo merezco, pero le debo, al menos, una explicación.

Sin embargo, automáticamente me redirige al buzón de voz. Vuelvo a intentarlo varias veces con idéntico resultado.

Cabreado, lo lanzo contra la esquina contraria del sofá y me incorporo. Comienzo a dar vueltas por el salón, como un animal enjaulado, hasta que reparo en el portátil que descansa sobre la mesa. Me detengo en seco, lo contemplo, casi a la espera de que pueda pronunciar mi nombre y decido, por esta noche, volver a ser D.

Abro la pantalla, le doy al botón de «nuevo mensaje» y, tras introducir su dirección de correo que hace tiempo que me aprendí de memoria, comienzo a teclear. No pienso en utilizar formalismos ni lenguaje correcto, no estoy mandando un correo a un cliente. Es más, puede que incluso haya cometido alguna falta de ortografía o me haya bailado alguna letra, pero eso es lo de menos. Lo importante es el significado. Me abro el pecho y le ofrezco mi corazón en bandeja.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: A pecho descubierto

Hola, Bree. Perdón, Bree, no; me has prohibido que vuelva a usar ese diminutivo, lo siento, me ha salido solo. Volveré a empezar:

Hola, Brittany.

Voy a ser franco, voy a seguir apostando por la sinceridad que quiero que prime entre nosotros, aunque puede que, en esta ocasión, llegue demasiado tarde.

La acusación de mi hermano era cierta, al parecer, la maldad va implícita dentro del apellido Donovan. La idea inicial de mi padre cuando se enteró de que debíamos trabajar juntos era que te engatusara para averiguar tus puntos débiles, que me aprovechara de tus virtudes, de tu trabajo, y lo utilizara en tu contra.

No estuve de acuerdo, pero tampoco me opuse a ello. La respuesta que obtuvo mi padre de mí fue la que tiene siempre: silencio. Y eso que, por entonces, ni siquiera te conocía, solo eras parte del enemigo.

Nunca pensé que iba a admirar tu forma de trabajar, que iba a aprender de ti y, mucho menos, imaginé que podría llegar a enamorarme. Porque esto que siento por ti, no es fingido, te lo prometo. No sé si es físicamente posible emular los latidos desbocados de mi corazón cada vez que te tengo cerca o que mis pulmones se ahoguen si no te respiran. No puedo evitar que mi piel se erice en cuanto tus dedos la rozan, aunque sea de forma sutil, y que me duela cada pedazo de mi alma rota ahora que sé que te he perdido.

No te escribo para implorar tu perdón, ese, de momento, no me lo merezco. Solo quiero ser fiel a mis palabras y serte sincero.

Tuyo, D, Carter o como quieras llamarme.

Apenas unos segundos después, me llega una notificación de que el correo no ha podido entregarse. Brittany Harper me ha bloqueado de su vida.

———— ◦ ❖ ◦ ————

La semana previa a la Navidad se me hace cuesta arriba. Con la campaña de marketing de los Yankees ya lanzada y tal y como quería mi padre, hemos cesado nuestra relación laboral. Tan

solo nos queda el intercambio de informes de su evolución, trabajo que he delegado en mi secretaria por imposición paterna.

Me paso más horas de las que debiera encerrado en mi despacho, enfrascado en un nuevo contrato con una empresa hotelera que quiere publicitar un resort de lujo en Hawái. Es justo lo que necesito para no pensar en ella, aunque las imágenes de las playas de arena blanca, que invocan en mi mente el recuerdo de otro paisaje paradisiaco, no me ayudan.

No negaré que, durante este tiempo, he releído nuestras conversaciones hasta casi aprendérmelas de memoria, con una sonrisa de nostalgia dibujada en mi rostro. Durante unos minutos, cada noche, me pierdo en el pasado que, aunque reciente, se me antoja muy lejano. Si no fuera porque queda constancia de cada mensaje que nos enviamos, dudaría de si todo ha sido fruto de mi imaginación o un bonito sueño del que acabo de despertar de golpe.

Después de torturarme y de mi sesión de autocompasión, le reenvío el mismo correo, con la esperanza de que, algún día, decida levantarme ese veto y pueda leerlo. Siete días, siete correos enviados y siete mensajes devueltos.

Vuelvo a ser el hombre gris que era antes, tal vez, incluso, un poco más oscuro. Los colores que brillaron sobre mi piel, de manera breve, se han vuelto a apagar.

—Después de mucho meditarlo, he decidido que, a finales de enero, después de mi cumpleaños, voy a jubilarme —anuncia mi padre en la cena de Navidad que se celebra cada año con los altos cargos de Donovan Media en nuestra propia casa—. Y, como no podría ser de otro modo, será mi hijo, Christian, mi primogénito, quien tome las riendas de la empresa.

Se pone en pie y, con una enorme sonrisa de orgullo, señala con su copa de vino hacia mi hermano, en una invitación para que él también se incorpore. Creo que a mí jamás me ha mirado así y, en cierto modo y a pesar de nuestra relación tirante, siento algo de envidia. Los aplausos y los gritos de los otros doce comensales rompen un poco con el protocolo establecido. Mi madre, la única mujer presente, sentada al lado de su hijo mayor y casi frente a mí, lo celebra algo más comedida, aunque sus ojos están fijos en mí y en mi reacción. O en mi ausencia de ella.

Que no me sorprenda la noticia, no quita para que no me joda. Aprieto con tanta fuerza los cubiertos que hasta las filigranas que decoran la cubertería de plata, reservada para las ocasiones especiales, se me quedan dibujadas en la piel.

—¿Qué pasa, hermanito, no te alegras por mí? —me provoca Christian.

—Por supuesto que sí —miento con la sonrisa más falsa que he puesto nunca—. ¿Acaso te ha dado la impresión de lo contrario, «hermanito»? —utilizo el mismo sustantivo que ha empleado él, la diferencia es que Christian lo usa con superioridad, para recordarme que siempre estaré por debajo de él, y en mi caso, he volcado en esa palabra toda la aversión que me produce él y esta situación.

Puede que el resto no se haya percatado del tono que he empleado, sin embargo, el mensaje ha llegado alto y claro a su destinatario. El aire se ha enrarecido en ese duelo de miradas y sonrisas impostadas. Incluso, la comida, siempre exquisita en eventos como este, se vuelve amarga, como si la tensión entre ambos hermanos se hubiera convertido en una especie de polvo que cae sobre los platos y emponzoña su contenido.

Es la primera vez que nos vemos desde nuestro «encontronazo» en la gala y, a pesar de que nunca nos hemos llevado bien y de que siempre hemos sido los típicos hermanos que discutían por todo, desde entonces, ha pasado a otro punto más alto de enemistad. Por eso no pierde la

oportunidad de contraatacar.

Los homenajeados aplacan a la multitud, toman asiento y la mesa regresa a esas conversaciones aparentemente informales y distendidas que, en reuniones como hoy, nunca lo son. Cada comensal mide a la perfección sus palabras y no suelta una sin una doble intención detrás.

—Padre, ¿sabes que pillé a tu hijo besando a Brittany? —comenta acercándose a él, en lo que pretende ser la confesión de un secreto, lo suficientemente alto para que yo y la gente que tenemos más cerca nos oiga—. Siguió tus órdenes al pie de la letra. —Me mira de soslayo y me dedica la más pérfida de sus sonrisas—. Lástima que acabara enamorándose de ella.

Ante tal declaración, mi padre estalla en una sonora carcajada.

—¿En serio, Carter? Cuántas veces te he dicho que los sentimientos se han de quedar al margen de los negocios —me reprende, con un tono que va desde la decepción a la burla, como si le estuviera echando la bronca a un niño de cinco años que se ha acabado el paquete de galletas.

No sé qué me enfurece más, si sus palabras o que siga considerándome un puto crío.

—No sé de qué te extrañas, padre, parece que es algo de familia, ¿no? De tal palo, tal astilla. Tú también estuviste enamorado de un miembro de esa familia, ¿o acaso me equivoco? —replico en voz alta, cansado ya de tener que morderme siempre la lengua.

A estas alturas, soy consciente de que hemos captado la atención de todos los comensales. Sin embargo, la mía se centra en mi progenitor, en mi pobre madre, que se limita a agachar la cabeza, y en mi hermano, a quien sí parece sorprenderle mi declaración.

—Ya basta, Carter —me amonesta Donovan padre.

A pesar de que su tono se recrudece y me fulmina con la mirada, intentando mantener su posición por encima del resto de los mortales, no ha podido evitar que el color abandonara su rostro. Casi puedo percibir un leve temblor en sus puños cerrados, no sé si debido a la rabia o a la vergüenza que le estoy haciendo pasar.

Lo estoy dejando en evidencia delante de sus hombres y no lo va a tolerar. Quizá en otro momento, me achantaría, agacharía la cabeza, como ha hecho mi madre, y guardaría silencio. Sin embargo, tal y como le dije a mi chófer, he dejado escapar lo único real que había en mi vida, así que ya no tengo nada que perder.

—¿Qué pasa, padre? ¿No te gusta que salga a la luz la verdad? —lo reto—. Sí, no tengo problemas en reconocer que estoy enamorado de ella y que, como tú, voy a hacer todo lo posible para recuperarla. Solo que, en mi caso, no voy a volverme contra mi mejor amigo ni a traspasar la legalidad, sino que pienso ir en contra de mi familia, si es necesario.

—¿No estarás hablando en serio? ¿Vas a volverte en contra de la mano que te da de comer? —me increpa, aunque sé que no le ha pasado desapercibida la acusación de que cometió un delito. Sin embargo, quiere conseguir que el resto de los presentes obvien ese «pequeño detalle» para centrarse en humillarme en público.

—Si tengo que elegir entre ella o ser un Donovan, la decisión es clara: ella está por encima de mi apellido —alego con determinación, más de la que he demostrado nunca.

—¡Oh, qué bonito! —interviene Christian con aplausos teatrales. Sé que le enfurece permanecer en un segundo plano y no estar al corriente de lo que pasa sobre esta mesa, así que trata de aparentar que es uno más en la contienda—. Lástima que Harper ya no quiera saber nada

de ti —añade, metiendo el dedo en la llaga.

—Eso es un asunto que solo nos incumbe a Brittany y a mí —le rebato y simulo que la veracidad de sus palabras no me afecta ni me rompe un poco más.

—Pues si tan claro lo tienes, no sé qué estás haciendo aquí. Vete —continúa mi padre, ajeno a la disputa entre sus dos hijos, con los ojos cerrados, igual de apretados que los puños, mientras me señala la salida—. Pero, como salgas por esa puerta, di adiós a Donovan Media. ¡Pienso despedirte y no volverás a ver ni un mísero dólar! —pega un golpe en la mesa y se incorpora de la silla.

—Arthur, Carter, por favor… —suplica mi madre, abriendo la boca por primera vez.

—¡Ja! Te acabas de condenar, padre —le advierto mientras me pongo en pie para mirarlo directamente a los ojos, de frente. Aunque soy casi diez centímetros más alto que él, siempre lo había visto mucho más grande. Excepto hoy—. Si no fuera por mi esfuerzo y porque me he dejado los cuernos en esta puta empresa, hace tiempo que estaría en bancarrota. Todos lo que estáis aquí lo sabéis —digo, incluyendo por primera vez al resto de los presentes—. Crees que es un castigo, pero solo me has quitado un gran peso de encima —proclamo antes de dar la espalda a la que, hasta ahora, ha sido mi familia, aunque, descontando a mi madre, creo que nunca la he sentido como tal.

Avanzo hacia la salida, mis pasos resuenan con seguridad sobre el mármol encerado y, tal y como acabo de asegurar, me siento mucho más ligero. Puede que ya sea tarde para Brittany y para mí, y, aunque esa certeza me desgarra un corazón hecho ya jirones, puede que aún esté a tiempo de reinventarme, de dejar a un lado el apellido Donovan y de ser Carter, Nathaniel o, simplemente, D.



19 – LA CONFRONTACIÓN

Brittany

Llevo días atrapada en un torbellino emocional del que no encuentro salida. Desde aquella noche en la terraza, todo ha perdido su sentido. Las palabras de Christian siguen resonando en mi mente, repitiéndose como un eco que no me deja respirar: «Te has tirado a una Harper». Ese dardo sigue clavado en mi pecho, hiriéndome cada vez que lo recuerdo.

Lo primero que hice cuando llegué a casa después de huir de la gala fue bloquear a Carter en todas partes: en redes sociales, en mi teléfono, en el correo electrónico… No quería darle la oportunidad de justificarse, de explicarse, de decirme algo que me hiciera dudar más. Buscaba silencio, un espacio donde pudiera reconstruirme, que me permitiera rehacer todo lo que se había derrumbado en mi interior. Y lo conseguí, al menos en parte, porque con él, también llegó un sentimiento de vacío insoportable. El ruido de mi propia mente es aún peor que cualquier palabra que Carter pueda haber dicho. Mis días se han convertido en una rutina de confusión, de ira, que a veces me consume, y de una tristeza que no sé cómo manejar.

No he hablado con nadie sobre lo que ocurrió. Ni siquiera con Donna. He evitado las palabras porque no sé cómo darles forma. No tengo fuerzas para explicar lo que ocurrió, hasta hoy.

Mi amiga se ha presentado en mi apartamento, preocupada. Lo veo en su rostro, en su forma de moverse, con esa calma que usa cuando está esperando a que hablemos de algo importante. Se sienta frente a mí en el sofá y busca mi mirada; siempre sabe cuándo algo va mal, incluso sin que se lo diga.

—Brittany, ¿qué te pasa? —pregunta, con una dulzura que me desarma.

Intento evitar mirarla, mis dedos juegan con el borde de la manta que tengo sobre las rodillas, un gesto que me delata cada vez que estoy nerviosa o incómoda.

—Nada —respondo, aunque ambas sabemos que es mentira. Mi voz suena hueca, vacía.

—Bree, me estás preocupando —dice, inclinándose un poco hacia mí—. Llevas una semana ausente. Si no quieres contármelo, lo respeto, pero te estás aislando. Y eso no es bueno.

Sus palabras me atraviesan, sé que tiene razón. La presión en mi pecho no ha hecho más que crecer, y siento que en cualquier momento puede explotar.

—No es fácil —murmuro. Mis emociones están tan mezcladas que no sé ni por dónde empezar.

—Seguro que no —responde, me coge una mano entre las suyas y me la aprieta—. Aunque no puedes quedarte así, sin hablar, sin enfrentar lo que sea que te está haciendo daño.

Me quedo en silencio. No sabe lo que ocurrió, pero su intuición es infalible. Me estoy escondiendo, y eso me está destruyendo.

—Bloqueé a Carter —admito al fin—. Lo bloqueé de todos lados.

Donna frunce el ceño, sorprendida por lo que acabo de confesar. Abre la boca para decir

algo, aunque parece pensárselo mejor antes de hablar.

—¿Por qué? —Su tono no es de reproche, solo de curiosidad y preocupación.

Me cuesta encontrar las palabras. Todavía me parece un mal sueño lo que ocurrió.

—Pasó algo… algo en la gala de la semana pasada. —Mi voz se quiebra, pero me obligo a seguir—. Estaba en la terraza, con Carter. Nos habíamos puesto tiernos y el hermano de D nos pilló. Lejos de sorprenderse al vernos, casi aplaudió a Carter y lo felicitó por haberme conquistado tal y como le había ordenado su padre. —Se me rompe la voz de nuevo en este punto, como si lo estuviera viviendo por primera vez—. No lo desmintió Donna, se quedó ahí, mirándome, como un pasmarote. Le pedí que dijera algo, que lo negara y nada salió de su boca. Cuando reaccionó, no quise darle la oportunidad de explicarse.

Donna me escucha con atención, sin interrumpir. Sus manos siguen sosteniendo las mías y me ofrece el ancla que siempre he necesitado en momentos como este.

—Bree, ¿crees que Carter estaba jugando contigo? —pregunta, con delicadeza, intentando comprender mi confusión—. ¿Estás segura de ello?

¿Y qué le respondo? Porque no tengo la certeza de que Carter haya sido parte de ese juego. Solo me quedé con el dolor que sentí en ese momento, con el miedo de que todo lo que vivimos fuera una mentira. Me quedé con la rabia, porque era más fácil que enfrentar la duda.

—No lo sé —admito—. Solo sé que no quise escucharlo. Me fui y lo bloqueé. No quería que tuviera la oportunidad de explicarse, de hacerme dudar de lo que sentí en ese momento. Solo quería que desapareciera.

Donna asiente, como si estuviera procesando lo que le acabo de contar.

—Entiendo —dice, después de una breve pausa—. Y, ¿cómo te sientes con esa decisión?

El peso de la pregunta me golpea.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás para apoyarla en el sofá. Me siento vacía. El no saber, el no enfrentar lo que realmente ocurrió, me está carcomiendo por dentro.

—Me siento perdida —me sincero, sin frenar las lágrimas que vuelven a caer sin control—. No sé si hice lo correcto. No sé si lo que sentí fue real o si me estaban usando. Ya no sé nada, Donna. Por momentos me parece que me han estado engañando para, minutos después, rememorar lo que he vivido con Carter y no creerme que no fuera verdad.

Donna me mira con esa comprensión que siempre me ha dado fuerzas.

—Quizás deberías desbloquearlo —sugiere, con una voz suave, para que no me tome a mal su propuesta—. Solo para ver si ha intentado explicarse. A veces necesitamos afrontar lo que evitamos para encontrar una salida. Si te ha escrito, tal vez eso te dé una pista de lo que ha pasado en realidad.

La idea me da miedo. Bloquear a Carter fue mi forma de protegerme, sin embargo, ahora, con Donna sentada frente a mí, siento que no puedo seguir así. La incertidumbre me está destrozando más que cualquier otra cosa.

—No sé si puedo —murmuro, pero la semilla de la duda ya está plantada. Si me ha escrito, si ha intentado explicarse, tal vez pueda obtener respuestas que me ayuden a seguir adelante, sea cual sea la verdad.

Donna no presiona. Solo me mira y espera a que yo misma llegue a la conclusión.

—No lo sabrás si no lo intentas —dice, al final—. No tienes que hablar con él si no quieres. Pero saber qué es lo que tiene que decir podría ayudarte a aclarar las cosas.

Asiento en silencio. Sé que tiene razón. He estado huyendo, pero tal vez es hora de enfrentar lo que he estado evitando.

———— ◦ ❖ ◦ ————

Donna se queda a cenar conmigo y solo cuando me quedo sola, tengo el valor de hacer lo que me ha propuesto; me siento en la cama, con el portátil sobre las piernas. El corazón me late con fuerza mientras desbloqueo a Carter en Gmail. Respiro hondo antes de abrir la bandeja de entrada.

Los correos están allí. Varios, de hecho. Todos en la carpeta de spam. Siento un nudo en el estómago mientras abro el primero. Ha llegado hoy, hace apenas hora y media. Sus palabras me golpean con una mezcla de alivio y miedo.

De: don.na.car88@gmail.com
Para: bubbly.bree991@gmail.com
Asunto: A pecho descubierto

Brittany, sé que me has bloqueado, y no te culpo. No sé si algún día leerás esto, pero necesito explicarme. Lo que pasó esa noche no es como lo viste. No puedo soportar la idea de que me odies sin saber la verdad. Lo que Christian te dijo… no es así. No te estaba usando. Lo que siento por ti es real. Llámame cuando sea, a la hora que sea, o ven a casa. Te estoy esperando.

Mis ojos recorren cada línea, tiemblo ante el peso de sus palabras. No sé si puedo creerle, pero algo en sus correos me llega. Abro uno tras otro, y siento cómo la desesperación de Carter por explicarse me envuelve.

Cuando termino de leerlos todos, me quedo en silencio. Necesito respuestas, aunque, más que nada, necesito escuchar su voz. Necesito saber la verdad, cara a cara.

Me dirijo al apartamento de Carter. Mi corazón late con tanta fuerza que parece estar intentando salir de mi pecho. Cada paso hacia su puerta me llena de incertidumbre, aunque ya no puedo dar marcha atrás. Necesito respuestas.

Llego a su edificio y respiro hondo antes de entrar. El imponente vestíbulo se alza frente a mí, todo vidrio y mármol, con la elegancia y discreción que siempre lo han caracterizado. Desde fuera, puedo ver al portero detrás de su mostrador, leyendo algo distraídamente, sin notar mi presencia aún.

Me acerco a la entrada y empujo las puertas de cristal con una fuerza que no siento en realidad. El portero levanta la vista de inmediato, sorprendido al verme allí.

—Buenas noches, señorita Harper —saluda, con esa cortesía profesional que nunca cambia, aunque mi visita sea claramente inesperada a estas horas.

—Buenas noches. —Intento que mi voz no traicione los nervios que me invaden—. Vengo a ver al señor Donovan.

El portero duda un segundo, quizás no esperaba que llegara sin avisar, o tal vez porque es tarde y las visitas no suelen ser bienvenidas a estas horas en este tipo de edificios.

—¿El señor Donovan la está esperando? —pregunta, con una ligera inclinación de la cabeza. Quizá Carter me haya nombrado persona non grata, ahora dudo de si he hecho bien en presentarme aquí.

Las palabras parecen quedarse atrapadas en mi garganta, aunque me obligo a responder.

—No, pero necesito hablar con él —digo con una calma que no siento. El portero me estudia un momento y evalúa si debe permitirme subir o no.

Finalmente, toma el teléfono sobre el mostrador y hace una rápida llamada. Contengo la respiración mientras espero. El portero cuelga tras unos segundos de conversación y asiente.

—Puede subir, señorita Harper. El ascensor la llevará directamente.

Le doy las gracias, y siento el peso de sus ojos en mi espalda mientras camino hacia el ascensor. Cuando las puertas se cierran tras de mí, me apoyo contra la pared de acero, me tiembla el cuerpo entero y es como si no me llegara aire a los pulmones, tengo que controlar la tormenta de emociones que me agita por dentro antes de llegar al ático.

Frente a su puerta, los nudillos que llaman no parecen ser míos y el toc-toc que emite la madera me parece lejano, como si me hubiera metido en una burbuja y los sonidos me llegaran amortiguados. Escucho pasos al otro lado y mi corazón se acelera aún más.

La puerta se abre, y ahí está él. Su mirada está llena de algo que no sé interpretar: ¿remordimiento? ¿Alivio? Quizás una mezcla de ambos. Nos quedamos en silencio por unos segundos que parecen eternos, mirándonos sin saber cómo empezar.

—Brittany —susurra.

Su voz suena rota, como si el peso de los días sin hablar hubiera caído sobre él de golpe. No respondo. Siento la boca seca y las palabras se me quedan atoradas en la garganta.

Lo único que puedo hacer es mirarlo, intentar leer algo en sus ojos que me diga si lo nuestro fue una mentira o si lo que compartimos fue real.

—¿Puedo pasar? —pregunto, con la voz apenas audible. No quiero mantener esta conversación en un rellano de escalera.

Asiente y se aparta para dejarme entrar. El apartamento sigue igual, a pesar de que ahora se respira una tensión palpable en el aire, una sensación de que todo lo que pase a partir de ahora lo cambiará todo.

Nos sentamos en el sofá, cada uno en un extremo, con una distancia que hacía muchas semanas que no existía entre nosotros. Carter parece nervioso, sus manos juguetean entrelazadas, su mirada baja… Yo me abrazo a mí misma, como si fuera lo único que me mantuviera entera.

—No sé por dónde empezar —dice al fin, con la voz cargada de angustia—. Lo que pasó en la terraza… lo que Christian dijo… No supe cómo reaccionar. Y lo lamento tanto. Siento no haberte seguido, no haberte explicado…

Lo escucho, aunque mi mente aún está atascada en todo lo que sentí esa noche. La traición, la confusión, el miedo…

—Lo que Christian dijo… —comienza de nuevo, y lo veo esforzándose por encontrar las palabras correctas—. Quiero ser sincero contigo, porque desde que ese e-mail me llegó por error, lo he sido. —Me muerdo los labios y asiento. No quiero interrumpirlo—. Lo que dijo es cierto. —El corazón se me para y el aire se me encalla en los pulmones, debe ver mi reacción y se levanta de un salto para ponerse de rodillas frente a mí—. No, no, Brittany, escúchame, déjame terminar. No te estaba usando. Nunca fue así. Lo que siento por ti es real. A pesar de que es

cierto que mi padre me insistió en que me liara contigo para sonsacarte información. Nunca lo hice, créeme. ¡Si hasta te dije que estábamos en la ruina! Sin embargo, tampoco le dije que no iba a hacerlo. Fui un cobarde y no lo enfrenté. Pero te juro, por lo que más quieras, que no te he engañado.

Sus ojos buscan los míos, yo no puedo mirarlo. El dolor sigue ahí, latiendo, recordándome lo que me hizo sentir aquella noche.

—¿Y por qué no dijiste nada en ese momento? —pregunto, envalentonada. Me tiembla un poco la voz y noto cómo las lágrimas están a punto de desbordarse—. Si lo que sientes es real, ¿por qué no lo defendiste? ¿Por qué no me detuviste cuando me fui? —sigo, esta vez con el tono de voz algo elevado.

Carter se deja caer sobre sus talones y aprieta las manos sobre sus rodillas, como si esa pregunta lo lastimara más de lo que esperaba. Lo veo titubear, buscando una respuesta que pueda dar sentido a lo que pasó.

—No supe qué hacer —admite, con la voz cargada de culpa—. No me esperaba que nadie nos descubriera, la posibilidad estaba, pero no tan pronto, no ese día. Menos aún que el que nos pillara fuera el cabrón de mi hermano y que dijera aquello. Luego, cuando te vi marchar, me congelé. Y sé que eso no es excusa, pero estaba en shock. Lo único que podía pensar era que te había perdido antes de poder explicarme.

Entiendo lo que dice, a pesar de que todavía siento esa distancia entre nosotros, esa barrera que no puedo atravesar.

—Christian sabe cómo manipular a la gente —continúa—. Sabe cómo herir. Lo que te dijo fue para separarnos, para que te alejaras de mí. Mi hermano es un malnacido. Nunca nos hemos llevado bien y aprovecha cualquier excusa para ir a cuchillo a por mí. Lo que hizo fue cruel y ruin… Pero lo que siento por ti, Brittany, es cierto. Nunca lo he fingido, nunca me he aprovechado de ti. Estoy enamorado, de verdad. Joder, Bree, te quiero. Me he muerto cada día un poco más sin poder hablar contigo. He intentado respetar el espacio que sabía que necesitabas, aunque me ha costado Dios y ayuda no irrumpir en tu apartamento.

Sus palabras se quedan flotando en el aire, y me siento atrapada entre el dolor y el deseo de creerlo. Parte de mí quiere pensar que todo lo que vivimos fue real, pero otra parte sigue luchando con la duda. No puedo olvidarlo tan fácilmente.

—¿Cómo puedo saber que no fue todo una mentira? —pregunto, con la voz quebrada—. ¿Cómo puedo estar segura de que no formo parte de algún plan de tu familia?

Carter me mira con desesperación. Sus ojos caramelo están llenos de sinceridad, pero también de algo más, algo que no había visto en él antes: vulnerabilidad.

—Brittany, lo que sentimos el uno por el otro es lo único que ha sido verdadero para mí en mucho tiempo. —Su voz le tiembla ligeramente—. Mi familia está llena de secretos, de juegos sucios, pero lo que tenemos… eso no lo es. Nunca lo ha sido. No puedo pretender que me creas de inmediato, no puedo esperar que me perdones ahora, pero te juro que es la verdad.

El peso de sus palabras me golpea con fuerza, las lágrimas me queman en los ojos y me esfuerzo por mantener el control. Carter parece tan desesperado por convencerme de que lo crea, tan lleno de arrepentimiento, que una parte de mí quiere perdonarlo, quiere aferrarse a esa idea de que lo que vivimos no fue una farsa, sin embargo, hay otra parte…

Antes de que pueda decir nada, el sonido de la puerta abriéndose nos interrumpe. Nos

giramos al unísono, y mi cuerpo se tensa al ver a Arthur Donovan de pie en el umbral. Su figura imponente parece llenar el espacio, y la atmósfera en la habitación se vuelve pesada. La sombra de una sonrisa fría cruza sus labios, una que no llega a sus ojos.

—Vaya, vaya. —Su tono, grave y calculador, siempre me ha causado escalofríos—. No esperaba encontrarme con esta escena.

Carter se pone de pie de inmediato, veo cómo sus manos se tensan y aprieta la mandíbula. Arthur da un par de pasos y se adentra en el salón.

—¿Qué estás haciendo aquí, papá? —pregunta Carter, con la voz llena de una rabia contenida.

—Venía a hablar contigo, pero parece que interrumpo —responde Arthur, sin dejar de mirarme—. ¿Habláis de cómo esta pequeña fantasía está a punto de derrumbarse?

Las palabras de Arthur son como un gancho directo al estómago, cargadas de veneno. Carter da un paso hacia adelante, su cuerpo se coloca entre el de su padre y el mío.

—Vete de aquí, esto no tiene nada que ver contigo —dice Carter, con una firmeza que no había visto en él hasta ahora.

Arthur suelta una risa suave, casi burlona, mientras sacude la cabeza.

—¿No tiene nada que ver conmigo? Carter, todo en tu vida tiene que ver conmigo. —Su mirada se fija en mí, como si estuviera calculando cada una de mis reacciones—. ¿Le has contado a Brittany la verdad sobre su madre y yo?

El mundo se detiene. Mi corazón se congela en mi pecho. Mi madre y Arthur… ¿Qué está diciendo? No puedo procesar sus palabras. Miro a Carter, esperando que él me lo explique, que me diga que todo esto es una broma cruel, pero la confusión en su rostro refleja la misma sorpresa que siento yo.

—¿De qué hablas? —logro articular, aunque mi voz apenas es un susurro.

Arthur da un paso más hacia nosotros, su expresión se vuelve aún más calculadora, como si disfrutara del caos que está sembrando.

—Oh, Brittany, querida… ¿de verdad no lo sabías? —dice, con un tono casi condescendiente —. Tu madre y yo llegamos a un acuerdo, uno que ella aceptó encantada. Después de todo, era eso o ver cómo destruía a tu padre por completo.

Mi cuerpo se estremece ante sus palabras. Miro a Carter, que parece igual de paralizado que yo.

—¿Qué acuerdo? —pregunto, con un nudo en la garganta, aunque parte de mí no quiere saber la respuesta.

Arthur sonríe con una frialdad que me hiela la sangre.

—Tu madre accedió a acostarse conmigo a cambio de que dejara en paz a tu padre. Lo hizo por amor, supongo, pero ¡qué callado lo ha tenido siempre!

La habitación parece cerrarse a mi alrededor. No puedo respirar. Mi madre, mi propia madre, y Arthur… Carter intenta acercarse a mí, pero doy un paso atrás, incapaz de soportar el contacto de nadie ahora mismo.

—Mentira. —Mi voz apenas sale. Necesito que lo sea. Necesito que esta pesadilla tampoco sea real.

—Te aseguro que no —responde Arthur, con una frialdad aplastante—. Y te advierto que no tengo problemas en sacar todo esto a la luz si sigues meneándosela a mi hijo.

Carter, que hasta ahora había estado en estado de shock, reacciona.

—Papá, cállate —dice, con la voz cargada de ira—. Esto no tiene nada que ver con ella. No voy a dejar que utilices esto para manipularme.

—Cuidado, Carter —advierte él, con ese tono calculador—. Estás jugando con fuego. Y tú, Brittany, más te vale pensártelo bien antes de seguir adelante con todo esto, porque este pequeño romance puede costarte mucho más de lo que crees.

Me quedo de pie, inmóvil, sintiendo cómo mi mundo se derrumba una vez más. ¿Hasta dónde nos alcanzará el pasado?



20 – DESPIERTA

Carter

Nunca me he caracterizado por ser un tipo violento, sin embargo, estoy a punto de volver a perder el control por segunda vez en poco tiempo. Aprieto los puños con fuerza para reprimir las ganas de golpear a mi propio padre, tal y como hice con mi hermano hace tan solo unos pocos días.

—No intentes enredarnos con tus mentiras y tu juego sucio —le advierto, aunque llego tarde.

Sus amenazas ponen todavía más distancia entre Brittany y yo. Nos azotan como una ráfaga de un viento oscuro que esparce los rescoldos de lo que no hemos podido llegar a ser y apaga nuestro fuego antes de que pueda tomar fuerza.

—Pensé que ambos habíamos dejado las cosas claras —prosigo—. Yo la elegí a ella y tú me echaste de la familia.

Brittany, sorprendida, me taladra con la mirada. No he tenido tiempo de llegar a ese punto antes de la inoportuna interrupción de mi padre.

El anuncio, por parte del portero, de que tenía visita, me ha pillado descalzo, vestido únicamente con un pantalón de deporte, un vaso de *whisky* vacío en la mano, sin afeitar y con mi pulcro apartamento desordenado, como si hubiera sido azotado por un huracán, el «huracán Carter». En cuanto he escuchado al empleado pronunciar que se trataba de Brittany Harper, mi corazón se ha acelerado. Ese maldito músculo servía para algo más que para dolerme, como si tuviera un bloque de cemento oprimiendo mi pecho de manera continua.

Durante los escasos dos o tres minutos que restaban hasta que llegara hasta mi apartamento, apenas he conseguido ponerme una camiseta, dejar el vaso y los restos de la cena en la cocina y ordenar un poco los cojines del sofá mientras mil dudas asolaban mis pensamientos como si de una lluvia de estrellas fugaces se tratara. ¿Qué hacía aquí? ¿Habría leído mis mensajes? ¿Habría una mínima esperanza de que lo nuestro pudiera arreglarse? Aferrado con uñas y dientes a esa pequeña posibilidad, la he recibido junto a la puerta.

Su visión, después de más de una semana sin tener noticias de ella, me ha dejado petrificado. La he invitado a entrar, con cautela, en voz baja, sin creerme todavía que la tuviera ante mí, como si se tratara de un espejismo, con el temor de que cualquier cosa que pudiera hacer o decir, la hiciera desaparecer.

Le he explicado, palabra por palabra, cada uno de los correos electrónicos que le he mandado durante estos días, sin saber siquiera si los había leído. No quería dejarme nada en el tintero. Me he abierto a ella, he desnudado mi alma de una forma en la que jamás lo había hecho nunca.

Poco a poco, sentados sobre el sofá, la distancia abismal que parecía haber entre nosotros, que superaba con creces los cincuenta o sesenta centímetros que nos separaban físicamente, parecía empezar a recortarse. Bree ha bajado sus barreras, ha dejado caer el traje de la mujer que le han enseñado a ser, fría, desconfiada y herida, y ha empezado a dudar. La balanza no se decantaba estrepitosamente hacia lo que dijo mi hermano, oscilaba entre mi versión y la suya. No

se ha cerrado en banda y me ha dejado volver a colarme por una pequeña rendija hasta llegar hasta ella. Cuando estaba a punto de hacer estallar ese muro con el que se protegía de mí, ha llegado el indeseable de mi progenitor.

—Carter, ¿qué quieres decir con eso? —me interroga Bree, devolviéndome a este instante.

Antes de que pueda responder, mi padre vuelve a tomar la palabra.

—¿Tan ingenuo eres que crees que voy a dejarlo pasar, que voy a dejar que te marches de rositas? Tú, mejor que nadie, deberías saber quién es Arthur Donovan —dice, con tono autoritario e intimidante.

—Oh, sí, padre. Claro que te conozco, y ese es uno de los principales motivos que me ha impulsado a tomar mi decisión. Estoy cansado de hipotecar mi tiempo para que menosprecies mi trabajo, de que me haya dejado el alma para salvar tu empresa y seas incapaz de verlo —le recrimino—. Estoy harto de permanecer a la sombra del inútil de mi hermano y que, mientras él hunde el negocio, tú lo felicites y lo premies con la dirección que yo me he ganado a pulso arreglando y encubriendo sus errores.

—¿Todo se resume a eso, Carter? ¿Estás celoso de tu hermano? ¿Por eso has montado este numerito? —me increpa con el aplomo de quien cree que acaba de descubrir el verdadero quid de la cuestión—. Puede que tengas una buena visión empresarial, —este es el primer comentario positivo que le escucho para referirse a mí, aunque no dura mucho—, pero hace falta mucho más que eso para sacar adelante una empresa.

»¡Despierta y baja de ese mundo idílico en el que vives! —prosigue—. Te faltan agallas para hacer lo que hay que hacer. Eres un pececillo que nada en un océano lleno de tiburones. Este mundo no es para ti, a la gente como tú, se la comen. No sé qué hicimos mal para que mis genes no aplastaran a los de tu madre, siempre has sido más parecido a ella, demasiado noble y correcto. —Lo que debía ser un halago, en sus labios se convierte en desprecio.

—No, no son celos. ¡Lo único que he querido siempre ha sido tu puto reconocimiento! Que estuvieras orgulloso de mí, que, por una maldita vez, me dijeras «buen trabajo, hijo». Sin embargo, solo he recibido críticas por tu parte, nunca he sido lo suficientemente bueno para ti, cuando daba igual lo que hiciera Christian, que siempre estás tú detrás para darle una palmadita en la espalda. Aunque los dos éramos tus hijos, nunca hemos sido iguales para ti. Pero, no te preocupes, eso ya forma parte del pasado. Pese a que me ha costado, por fin he abierto los ojos y he visto el tipo de hombre que eres en realidad. No quiero nada de un ser despreciable como tú, ni siquiera tu apellido —vomito todo el rencor que llevo acumulando durante años por no sentirme apreciado por mi propio padre.

—Pues para no querer nada de mí, vives de puta madre en este ático de lujo que paga mi empresa —me recuerda y señala a su alrededor con un gesto exagerado.

Eso explica por qué el portero le ha permitido el acceso sin comunicármelo. Al fin y al cabo, trabaja para él. No sé cómo he sido tan estúpido de creer que, aquí dentro, estaba a salvo de sus tentáculos.

—No te preocupes, esta misma noche recogeré mis cosas y me marcharé a un hotel —declaro con aplomo. Su presencia en estos ciento cuarenta metros cuadrados se vuelve, de pronto, más patente y asfixiante.

—Carter, no sé si puedo con esto —confiesa Bree—. ¿No ves que esto va más allá de ti y de mí? No solo nos va a destrozar, va a acabar con nuestras familias.

Estaba tan enfrascado en la disputa con mi padre que su presencia había pasado a un segundo plano. Sus ojos están húmedos y lágrimas silenciosas se precipitan sobre sus mejillas. Se va a marchar. Considera que el precio a pagar por concedernos una nueva oportunidad, sin ninguna garantía de que pueda funcionar, es demasiado alto para ambos. No he tenido tiempo de decirle que yo ya lo he pagado. He jugado mis cartas, lo he apostado todo por nosotros y estoy a punto de declararme en bancarrota.

—¡Brittany, espera! —le ruego cuando comienza a caminar hacia la puerta del apartamento. Quiero detenerla, mi mano se queda alzada a medio camino, pero no me atrevo a tocarla—. Te aseguro que mi familia ya estaba rota mucho antes, aunque tuviera una venda que me cubría los ojos y me impedía verlo, y te juro que no tiene nada que ver contigo.

Ella cesa su avance y se gira hacia mí. Me dedica una mirada desoladora que me arranca un pedazo de mí.

—Lo siento, D —se disculpa antes de retomar su huida.

—Bree… —Su nombre se me escapa de entre los labios como un suspiro en el que vuelco todo lo que me resta por decirle. Un abrazo de cuatro letras que intenta retenerla junto a mí. Sin embargo, resulta insuficiente.

Brittany alcanza la puerta y abandona lo que, hasta ahora, consideraba mi hogar. El ruido que hace al cerrarla hace que mi mundo se rompa un poco más. De pronto, siento frío, como si la calefacción hubiera dejado de funcionar y las ventanas, haciéndose eco de mi corazón, se hubieran hecho añicos para dejar paso al gélido aire de diciembre en la gran manzana.

«Tengo que ir tras ella», es lo único en que pienso. Incluso me he olvidado de que no estábamos solos en este salón hasta que algo se engancha a mi brazo y me impide avanzar hacia la salida. Dirijo la vista hacia ese punto y veo la mano de mi padre cerrada alrededor de él. La miro con desdén para, luego, alzar la vista y que la misma aversión se extienda hacia su rostro.

—Por muy hijo mío que seas, —escupe con arrogancia—, o que fueras, porque ya no ostentas ese privilegio, pienso hacerte la vida imposible. A ti y a tu amiguita. Desearás no haberte enfrentado a mí.

—No —le rebato utilizando un tono muy similar al que ha empleado él. Atrás quedó lo de agachar la cabeza y amilanarme ante su presencia. Me ha costado años llegar a esta conclusión, pero no le debo nada al hombre que tengo enfrente, tan solo me ha dado un apellido que, a veces, pesa demasiado—. Serás tú quien te arrepientas de haberme echado de tu empresa. Cuando te hundas en tu propia mierda, me suplicarás que vuelva a salvarte el culo y, entonces, no haré nada. Me quedaré de brazos cruzados viendo cómo te ahogas en el fango que tú mismo has creado. Y, ahora, suéltame —demando.

Sin esperar a que lo haga, me zafo de su agarre con un movimiento brusco, un tirón que resulta mucho más liberador de lo que jamás hubiera imaginado, y salgo detrás de Brittany. Mi padre me ha hecho perder un tiempo valiosísimo, difícil de recuperar, y no, no me refiero a los años que llevo a su sombra.

Corro hasta los ascensores, pero ya es demasiado tarde. Uno de ellos devora los pisos en una cuenta atrás que me retuerce más las entrañas, mientras los otros dos permanecen a la espera, en la planta baja. Aporreo, desesperado, los botones y consigo que uno de ellos inicie el ascenso, perezoso, como si se estuviera burlando de mí. No dejo de apretar el maldito botón hasta que se digna a abrir las puertas frente a mí. El descenso, dentro de ese pequeño cubículo al que parece

que le falta el oxígeno, es aún peor. Por si fuera poco, el maldito decide pararse en la planta diez, para recoger a un vecino que sale a pasear a su perro. No lo pienso, antes de que él entre, salgo de manera atropellada y me lanzo a la carrera hacia las escaleras. Devoro los últimos metros con saltos de tres o cuatro escalones. Es entonces, cuando recibo el impacto de cada salto sobre las plantas de mis pies desnudos, que recuerdo que sigo descalzo. Por suerte, la adrenalina se encarga de bloquear el dolor y evita que me paralice y me venga abajo.

Alcanzo el vestíbulo en un tiempo récord, he aventajado al ascensor en más de cuatro pisos. Me tomo un segundo para recuperar el aliento antes de pisar la calle. Llego justo a tiempo para ver a Brittany al otro lado, con el brazo alzado para detener un taxi. El aire me abrasa los pulmones cuando entra a trompicones en ellos y me arde el pecho, aunque sé que no todo es culpa del sobreesfuerzo al que acabo de someter a mi cuerpo.

—¡Bree! —la llamo a gritos para hacerme oír por encima del ruido de la ciudad.

Sin embargo, mi voz no parece ser lo suficientemente alta para que me escuche. No me mira ni detecto ninguna reacción que me indique lo contrario. Además, la suerte no está de mi lado y un coche amarillo con el cartel de «libre» se detiene frente a ella.

Abre la puerta, se sube y, tras unos pocos segundos en los que supongo que le está dando la dirección de su casa o la de sus padres, se pone en marcha. ¡Mierda! Se me escapa… Sin pensar en lo que hago, salgo tras ella, en un último intento desesperado de retenerla.

Me duele más verla montarse en el vehículo que el golpe del coche, ese que no he visto al avanzar a la carrera en pos de Brittany, adentrándome hasta la mitad de la calzada sin mirar, sin ser del todo consciente de lo que hacía, y que impacta contra mi cuerpo. El vehículo me arrolla y salgo volando varios metros, como si fuera un viejo muñeco de trapo lanzado a la basura.

Así es cómo me siento cuando mis huesos chocan contra el suelo. Ruedo por el asfalto, el roce me quema la ropa y lacera mi piel. No sé cuál es el alcance de mis lesiones, probablemente tenga más de un hueso roto. Ni siquiera sé si mi vida corre peligro, lo único cierto en este momento es que ella se va.

Mis ojos buscan ese taxi que se lleva a lo único real que he tenido en mi vida. Como si se estuviera burlando de mí, el vehículo parece detenerse durante unos segundos para, después, alejarse. Cuando lo hace, un dolor horrible me comprime las costillas. Se me empaña la vista, todo se vuelve borroso y se oscurece hasta que, simplemente, las luces de la ciudad de Nueva York se apagan.

—Por fin has seguido mi consejo y te has tomado las vacaciones que te recomendé —me dice una voz que pensaba que jamás volvería a escuchar y, mucho menos, tan cerca y con este tono tan afectuoso, casi cariñoso.

—Sí, digamos que por fin me he dado cuenta de que el trabajo no lo es todo, que lo que tenía antes de conocerte, no era vida, solo era una sombra opacada por mi padre —admito con una sonrisa mientras giro la cabeza para contemplarla.

Bree yace tumbada a mi lado, en una hamaca, con un sombrero de paja de ala ancha. Lleva el mismo bikini blanco de aquella primera foto que me envió cuando todavía no sabíamos quiénes éramos en realidad y que se convirtió en la protagonista de muchas de mis fantasías. Parece mentira que solo hayan pasado unas pocas semanas desde entonces, cuando siento que mi vida ha cambiado tanto, hasta el punto de que todavía no he terminado de descubrir el tipo de hombre que soy, de quien quiero ser. Sin embargo, y aunque pueda sonar algo precipitado, tengo una

cosa clara: quiero construirme junto a ella. Jamás pensé que se pudiera sentir con tanta intensidad, creía que eso estaba relegado a las películas románticas, pero, aquí estoy, enamorado por primera vez.

Como en aquella instantánea, Brittany sostiene un cóctel en una de sus manos, mientras con la otra no deja de acariciarme el brazo. Traza círculos sobre el dorso de mi mano, asciende por el antebrazo para, después, volver a bajar, como si estuviera creando dibujos abstractos sobre mi piel. A pesar de que lo ha intentado, no ha conseguido convencerme para que cambie mis preferencias en cuanto a bebida se refiere. Un whisky reserva de doce años, en vaso ancho, se desperdicia sobre una pequeña mesa auxiliar, sin que le haya dado ni un sorbo, aguado por efecto del sol que derrite los hielos. No quiero moverme para alcanzarlo. Eso supondría renunciar por unos segundos a su contacto y prefiero morir de sed que verme privado de sus caricias, de ese roce que me calienta mucho más que el sol que baña mi piel desnuda en esta paradisiaca playa de arena blanca y aguas cristalinas.

De pronto, los recuerdos de los últimos acontecimientos, la discusión con mi familia y con ella, atacan mi absoluta calma. Mi mente los había bloqueado, ella también se había tomado unas pequeñas vacaciones y, ahora, no sé por qué motivo, ha dejado que se filtren para venir a perturbarme.

Arrugo el entrecejo. Hay algo que no me encaja. ¿Cómo hemos llegado de ese punto a este? Echo la vista atrás, pero hay una parte de la historia que sigue en blanco. Inspiro hondo y exhalo el aire, despacio, con resignación. Solo hay una posibilidad que explique esto:

—¿Es un sueño? —pregunto, con miedo. Todo es demasiado perfecto para ser verdad.

—Puede —me responde con un gesto travieso que me arranca una sonrisa, pese a que la posibilidad de que esto no sea real me oprime un poco más el pecho—. Voy a darme un baño.

Bree se levanta y deja el sombrero a mi lado, sobre la hamaca que hasta ahora ocupaba su cuerpo. Quiero seguirla, quiero bañarme en el mar junto a ella, besarla mientras las olas nos mecen, pero no puedo moverme. Mi cuerpo, rebelde, no responde a las órdenes que le lanza mi cerebro.

Ella se agacha y posa sus labios sobre mi frente, de una forma sutil que me sabe a poco. De pronto, como si su roce hubiera pulsado un botón que vaciara toda mi energía, me quedo sin fuerzas. Los párpados se tornan pesados y soy incapaz de mantener los ojos abiertos. Su aroma, con ese toque a manzana y cítricos, que combina de manera sublime con el aroma a sal que me trae la brisa del mar, me transporta hacia una agradable somnolencia. Inundo mis pulmones con esa fragancia y me dejo llevar hacia la oscuridad.

—Carter, es hora de despertar.



21 – LA VERDAD NOS HARÁ LIBRES

Brittany

—¡No! —grito a la vez que golpeo la ventanilla de la puerta del taxi, como si eso pudiera evitar la colisión.

Sabía que vendría a por mí. Lo conozco y, tal y como estaba ahí arriba, con todo lo que le ha dicho a su padre y por cómo me ha mirado cuando me iba, no dudaba de que vendría a buscarme, aunque no es lo que deseaba. Yo solo quería alejarme de ese hombre tóxico y malvado que tiene por padre, no hay otras palabras para él.

He dejado a Carter atrás, justo cuando sentía que el peso de lo que estaba escuchando era demasiado para soportarlo. Sin embargo, la confesión de Arthur sobre mi madre… no puedo dejar de pensar en lo que ha dicho. Una parte de mí quería creer que es mentira, otra sentía que la verdad se había abierto como un cuchillo caliente derrite la mantequilla, una herida profunda que no sé cómo cerrar.

Y pocos minutos después el sonido de un coche acelerando, el chirrido de los frenos y el golpe seco que hace que todo mi cuerpo se congele. Carter sale despedido por los aires y su cuerpo cae al asfalto con una brutalidad que me deja sin aliento.

Las manos me tiemblan al abrir la puerta del taxi. Cuando salgo, el frío cala en cada poro de mi piel, aunque el miedo que me oprime el pecho es lo único que en realidad siento.

Las luces de los coches parpadean en la avenida, las bocinas suenan, pero todo eso se vuelve distante, borroso. Mis piernas no responden como deberían, las siento pesadas, como si estuviera andando bajo el agua. Me acerco a Carter, y el dolor profundo e intenso en el tórax se intensifica al verlo tirado en el asfalto. No se mueve y su rostro está pálido. Parece tan frágil, tan vulnerable, que me siento al borde del colapso.

Caigo de rodillas junto a él, el pavimento frío se me clava en los huesos, pero no lo noto. Mis manos, temblorosas, tocan su rostro, buscando algún indicio de vida.

—Carter, por favor… —Mi voz se quiebra en un susurro apenas audible.

Levanto la vista y pido ayuda a cualquier persona que se arremolina a nuestro alrededor, y lo veo. Al otro lado de la calle, Arthur Donovan está ahí, con la vista clavada en nosotros. Su mirada se cruza con la mía, y lo único que encuentro en su expresión es frialdad. Ni una pizca de preocupación, ni un atisbo de compasión. Solo una indiferencia que me golpea como una bofetada.

Mi cuerpo se tensa. ¿Cómo puede estar ahí plantado, mirar a su propio hijo en el suelo, herido, y simplemente… marcharse? Porque eso es lo que hace. Se da la vuelta y desaparece entre la multitud, sin una palabra, sin un gesto. Se va y se me parte el alma por Carter, siento pena por la horrible persona que le ha tocado como padre.

Cabeceo para sacar a ese impresentable de mi mente, porque ahora lo único que importa es D. Me concentro en su respiración, en su pecho, que apenas sube y baja, y siento el pánico crecer dentro de mí como una ola incontrolable.

Los minutos siguientes son un borrón de sonidos lejanos; gente que grita, el ruido de las sirenas acercándose y mi susurro, que oigo como uno ajeno, suplicándole al amor de mi vida que no se vaya, que no me deje y se quede conmigo. No me muevo de su lado, no quiero tocarlo por si le hago daño, me limito a hablarle bajito, le sujeto la mano, rogando en silencio que todo esto no sea más que una pesadilla de la que pronto despertaré. No me molesto ni en limpiarme las lágrimas que me bañan las mejillas.

Cuando llega la ambulancia me aparto a un lado para que los médicos puedan hacer su trabajo, la policía me hace preguntas que respondo como puedo, aunque sin apartar la mirada ni un segundo de Carter.

—¿Nos acompaña o va en su coche? Lo llevamos al HSS —comenta uno de los sanitarios que hace que desaparezca la nube en la que me encontraba y vuelva a la realidad.

—Voy con él. —No dudo ni un instante en responder.

Las luces brillantes del interior de la ambulancia me ciegan y el olor a metal, desinfectante y algo que no puedo identificar me revuelven el estómago. No dejo de mirar a Carter, tumbado en la camilla, con los ojos cerrados y una máscara de oxígeno cubriéndole el rostro. El paramédico me habla, pero no oigo nada de lo que dice. Todo lo que puedo escuchar es el latido acelerado de mi corazón y el sonido intermitente del monitor que registra sus constantes vitales.

—No puedes dejarme —susurro, aunque sé que no puede oírme.

Mis manos siguen aferradas a las suyas, como si con eso pudiera mantenerlo aquí, conmigo, como si fuera suficiente para evitar que se deslice más allá de mi alcance. La culpa me devora por dentro. Me siento responsable. Me fui. Lo dejé solo, y ahora está aquí, entre la vida y la muerte, porque intentó detenerme.

El camino al hospital es interminable, aunque, a la vez, pasa en un parpadeo. Antes de darme cuenta, estamos en el pasillo blanco y brillante del hospital, y Carter es trasladado a urgencias mientras yo me quedo en la sala de espera. El eco de mis pasos resonando en el suelo cerámico me parece irreal, como si cada movimiento que hago fuera parte de un sueño.

El lugar está casi vacío, salvo por algunas enfermeras que se mueven como sombras silenciosas entre los pacientes. El olor a desinfectante es aún más fuerte aquí, mezclado con el del café rancio de la máquina expendedora que hay al final del pasillo. Me siento en una de las sillas y me abrazo las rodillas, incapaz de encontrar consuelo en nada. Mi mente es un caos, llena de preguntas, de recuerdos, de miedos y culpa.

Pasa el tiempo, no sé cuánto. Las luces del techo zumban, y los sonidos a mi alrededor se mezclan en un murmullo constante. Las manos me tiemblan mientras intento distraerme con el teléfono, buscando cualquier tipo de alivio, pero no puedo. Solo pienso en él, en cómo me miró la última vez, antes de que todo se desmoronara.

Al final, decido hacer algo que no había considerado antes. Me meto en el correo electrónico del trabajo y busco y busco hasta encontrar lo que quiero: el número de Christian, el hermano de Carter que, por suerte, está adjunto a la firma de un correo suyo que tengo de alguna vez que he hablado con él por temas laborales.

Marco su número, no tengo ningunas ganas de volver a escuchar su voz, pero creo que es necesario que lo haga. No tengo claro que su padre haya avisado a nadie. Si ha tenido la sangre fría de irse con el cuerpo de su hijo tirado en el asfalto sin siquiera comprobar si estaba vivo o muerto, dudo que haya alertado a su mujer o a su otro hijo.

Sé que llamar a Christian es un paso arriesgado, que no le agradaré demasiado en este momento, pero Carter necesita a su familia. La llamada suena varias veces antes de que él responda.

—¿Qué pasa? —pregunta con su habitual tono desinteresado una vez que le he dicho quién era.

No me molesto ni en tratar de que me hable mejor. Le explico lo del accidente, intento mantener la calma durante mi relato, aunque mi voz tiembla. Hay un silencio al otro lado de la línea, y por un momento pienso que ha colgado, no obstante, su voz regresa, fría como siempre.

—¿Está vivo? —pregunta, y se lo confirmo con un simple «sí»—. No puedo hacer nada, lo siento. Estoy fuera de la ciudad. Vuelvo en tres días.

La frialdad de su respuesta me deja helada. No sé qué esperaba, pero algo más de humanidad, al menos. Miro el teléfono, estupefacta, antes de colgar, ¿para qué voy a molestarme en decir nada más? Carter está aquí, luchando por su vida, y su padre y su propio hermano ni se preocupan. ¿Con qué clase de monstruos ha tenido que vivir?

Con las manos temblando, hago lo único que me queda por hacer: llamar a mi familia. Sé que mi padre estará enfadado, que lo último que va a querer es ayudar a un Donovan, sin embargo, los necesito a mi lado ahora, no tengo más opciones. Podría llamar a Donna, aunque lo que me sale es llamar a mis padres. Marco el número de casa, escucho el tono y respiro hondo antes de hablar.

—Papá, necesito ayuda. —La voz se me rompe y estallo en llanto.

—¿Brittany? —se asusta mi padre—. ¿Estás bien? ¿Qué ocurre? —pregunta preocupado.

—Carter está en el hospital. Ha tenido un accidente.

Puedo oír cómo mi progenitor coge aire y lo mantiene. El silencio al otro lado de la línea me dice todo lo que necesito saber. Después de unos segundos, la respuesta llega, cortante.

—No sé por qué me llamas, Brittany. Sabes lo que pienso de los Donovan. No voy a perder ni un minuto por ellos.

Sabía que era posible que su reacción fuera esta misma y, a pesar de ello, su actitud me deja congelada. Trago con dificultad, intento no romperme de nuevo, aunque mi voz sale temblorosa.

—Es importante, papá. Por favor… —suplico sin problema alguno en rebajarme en hacerlo.

—No insistas, Brittany. No quiero saber nada de esa familia.

Y cuelga.

Me quedo mirando la pantalla del teléfono, el vacío en mi pecho crece cada vez más. Mi padre, mi propio padre está actuando igual que los impresentables a los que tanto detesta y ni siquiera se está dando cuenta de que no es mejor que ellos, tanto que los critica. Me siento más sola que nunca. El nudo en mi garganta me impide respirar, y estoy a punto de derrumbarme cuando, de pronto, el teléfono vuelve a sonar. Es mamá. La respuesta que me da es muy distinta a la de mi padre.

—Voy para allá, Brittany, tranquila, en quince minutos estaré contigo.

—Gracias —Se me rompe la voz de alivio al saber que me va a apoyar en estos momentos—. Y mamá… —me apresuro a decir antes de que cuelgue—, ¿podrías buscar el teléfono de la señora Donovan? Yo no lo tengo y creo que debería informarla de lo que ha pasado.

—Desde luego, cariño. Lo tendrás cuando llegue.

Mis ojos se vuelven a llenar de lágrimas de agradecimiento. En medio de toda esta oscuridad,

su presencia me ayudará a sobrellevar lo que sea que esté por venir.

Horas más tarde, sentada en la sala de espera junto a mi madre, el silencio entre nosotras es pesado. Los médicos han salido dos veces para informarnos sobre el estado de Carter. Tiene varias fracturas aparatosas y una hemorragia interna de la que se están encargando en estos momentos.

Me ha costado Dios y ayuda convencer al equipo sanitario para que me diera información sobre el estado de salud de mi novio. No soy familiar directo y cuando han sabido quién era el paciente, aún tenían más reticencias en facilitarme la información, pero al ver que, después de tantas horas, ningún familiar se había presentado, han accedido a comunicarnos cómo se encontraba.

—¿Vas en serio con él? —pregunta mi madre en un momento dado. Es la forma en la que ha roto el silencio en el que estaba sumida después de que una enfermera saliera a tranquilizarnos otra vez al decirnos que estaban aún en el quirófano y todo marchaba bien.

—Es complicado, mamá. Ni su familia ni vosotros nos lo estáis poniendo demasiado fácil. —La miro y le sonrío con tristeza.

—Tu padre lo ha pasado muy mal con Donovan padre. Es normal que no quiera oír hablar de él, ¿no crees?

Suelto una risa irónica por debajo de la nariz y niego.

—Dile a mi padre que baje esos humos porque no es mucho mejor que el hombre al que tanto odia. ¿Sabes que el padre de Carter ha presenciado el accidente? —Mi madre abre los ojos, sorprendida por tal información—. ¿Lo ves por aquí? No, ¿verdad? Se ha dado la vuelta, mamá. Ha visto a su propio hijo tirado en el suelo y no se ha preocupado lo más mínimo por él. Cuando papá me ha colgado, es como si hubiera hecho lo mismo conmigo —confieso con la voz estrangulada.

—Oh, Bree… —mi madre me abraza y me besa en la sien. Nos quedamos unos minutos calladas, hasta que noto cómo ella también llora conmigo.

—Hablaré con él, pequeña, tienes razón. No hay motivo suficiente para que te deje sola en estos momentos y más cuando nos has llamado desesperada pidiendo ayuda. Tiene que reaccionar de una vez y dejar de mirarse el ombligo.

Le devuelvo el abrazo en respuesta y nos quedamos otra vez en silencio, sentadas en unas sillas incómodas, de esas de plástico duro que hace que cada segundo en la sala de espera parezca más largo de lo que es. La luz parpadea débilmente sobre nuestras cabezas, y el sonido distante de pasos y susurros médicos me mantiene anclada al presente, aunque mi mente sigue volviendo una y otra vez a las palabras de Arthur Donovan.

Miro a mi madre de reojo, nos separan unos centímetros, pero la distancia emocional entre nosotras parece abismal en este momento.

Tengo las manos entrelazadas en el regazo, están húmedas por el sudor y me las estoy apretando tan fuerte que las uñas se me clavan en el dorso. Quiero preguntarle, pero el miedo a la verdad me ha mantenido callada durante estas horas a su lado, a pesar de ello, el peso del silencio es tan insoportable que me encuentro pronunciando las palabras que más me asustan.

—Mamá, Arthur Donovan dijo algo… algo sobre ti y él —murmuro, casi sin ser consciente

de hacerlo. No la miro a la cara al confesarlo, me da pánico leer en ella algo que no me va a gustar.

Mi madre, que hasta ese momento había estado mirando al suelo, levanta la vista, sorprendida. Gira la cabeza lentamente hacia mí, sus ojos se abren un poco, llenos de sorpresa y, tal vez, un poco de temor. No es una expresión que le vea a menudo. Siempre me ha parecido una mujer fuerte y segura de sí misma, y ahora, bajo las luces frías del hospital, parece más pequeña de lo que jamás la he visto.

—¿Qué dijo exactamente? —pregunta con voz suave, aunque cargada de tensión.

Tomo aire, me doy unos segundos para encontrar las palabras.

—Que tú… que tuviste una relación con él para salvar a papá. —Me giro y, ahora sí, la miro.

El silencio que sigue es ensordecedor, solo oigo el latido acelerado de mi corazón que resuena en mis oídos. Mamá no responde de inmediato, se queda quieta, observándome, como si estuviera evaluando la situación e intentando adivinar qué es lo que realmente sé. Al final, baja la cabeza, fija la mirada al suelo como si ahí estuviera escrita la respuesta adecuada a la información que acabo de darle.

—Es cierto —admite avergonzada y se estruja las manos con fuerza.

Las palabras caen como piedras, pesadas y dolorosas. No sé qué esperaba, pero escuchar la confirmación de su boca es como otro golpe en el estómago. Me quedo inmóvil, sin saber cómo reaccionar. Todo lo que creía saber sobre mi madre, sobre mi familia, se tambalea. La miro, esperando alguna explicación, alguna justificación que haga que todo tenga sentido, pero ella sigue en silencio, como si el peso de esa verdad fuera suficiente.

—¿Cómo…? —comienzo, pero las palabras se me atascan en la garganta—. ¿Por qué nunca me lo contaste?

—No tuve otra opción —responde, con un suspiro profundo—. Tu padre estaba en una situación complicada. Arthur había encontrado la manera de arruinarlo, de presionarlo hasta dejarlo sin salida. Estaba destrozado, y Donovan lo sabía. Disfrutaba viéndolo hundirse.

Su voz se quiebra al final, aunque se recupera con rapidez. Sus manos, tan fuertes como siempre, están entrelazadas sobre los muslos y noto cómo aprieta los dedos, como si estuviera intentando contener las emociones que le quiebran la voz.

—Arthur me ofreció un trato —continúa, mirando hacia adelante, con un tono ahora casi mecánico, como si estuviera relatando una historia que ha ensayado muchas veces en su cabeza —. Una sola noche. Si lo hacía, dejaría a tu padre en paz. Me prometió que lo dejaría continuar con su vida, sin más interferencias.

Mis ojos se llenan de lágrimas de impotencia, pero no las dejo caer. No sé si quiero escuchar más, sin embargo, no puedo detenerla ahora. Hay algo en la firmeza de su voz que me asusta, como si no hubiera ningún arrepentimiento en sus palabras.

—Lo hice por amor, Brittany —dice al girarse hacia mí—. Para salvar a tu padre. Si no hubiera aceptado, no sé cómo habría terminado. No me arrepiento. Sabía lo que hacía, y lo repetiría de nuevo si eso significa proteger a la persona que amo.

—¿Cómo pudiste? —murmuro, más para mí misma que para ella.

Mi madre toma mi mano entre las suyas, sus dedos cálidos contrastan con el frío que siento por dentro. Su mirada es firme, segura, como si no necesitara mi perdón ni mi comprensión, solo mi aceptación.

—Porque el amor es así, Brittany. A veces hacemos cosas que no queremos, cosas que nos cambian para siempre, pero si es por amor, no importa. Lo que hice me permitió salvar a tu padre, para poder seguir con nuestra vida. No me arrepiento, ni lo haré nunca. Si esa fue la única manera de alejarlo de tu padre en ese momento, entonces fue lo correcto.

No puedo procesar lo que estoy escuchando. Mi mente intenta entenderlo, pero las emociones me desbordan. Mi madre vendió su cuerpo por mi padre, para salvarlo, y aunque lo dice con una firmeza que debería reconfortarme, no puedo evitar sentir una punzada de dolor.

Nos quedamos calladas de nuevo, y el peso de lo que acaba de confesar se siente insoportable. Mi vida entera parece haber cambiado en cuestión de días y ahora me enfrento a verdades que no estoy segura de poder manejar.

La puerta del pasillo que lleva a los quirófanos se abre y un médico sale por ella, mirando a su alrededor antes de detenerse en mí.

—Señorita Harper —dice, con una calma que me pone nerviosa—, la operación ha sido un éxito. Carter está estable y ha reaccionado bien. Todavía está bajo los efectos de la anestesia, pero puede pasar a verlo si lo desea.

El alivio me marea, es mamá la que me sostiene para que no caiga y vuelvo a tener ganas de llorar. Apenas logro asentir antes de mirarla, ella me devuelve una leve sonrisa, y me anima a seguir al cirujano, quien me guía a través de los pasillos del hospital hasta llegar a la habitación de Carter.

Al cruzar la puerta, su aspecto me bloquea. Carter está ahí, tumbado en la cama, con los ojos cerrados, el rostro pálido bajo la luz fluorescente. Una máquina mide sus constantes vitales y emite un pitido regular. D está lleno de cables, y le salen mil tubos del cuerpo. Hay poco trozo de piel visible, tengo que ahogar un sollozo al verlo tan vulnerable.

Doy un paso hacia adelante, aunque me cuesta andar, como si el suelo se estuviera hundiendo bajo mí. Me acerco a la cama y me siento en la pequeña silla junto a él, recorro con la vista cada centímetro de su rostro, memorizo cada detalle y me centro en la respiración rítmica y pausada que es lo que me da la certeza de que sigue aquí conmigo, de que está vivo. Y eso es lo único que importa.

—Carter... —susurro, aunque sé que no puede oírme. Mi voz suena rota, cargada de todas las emociones que he estado conteniendo desde que ocurrió el accidente.

Me inclino hacia él, cojo su mano entre las mías. Está fría, pero el simple contacto me da un poco de consuelo. Los recuerdos de lo que ha pasado esta noche vuelven a inundarme, y me siento culpable, tan culpable por haberme marchado, por haber dudado de nosotros.

—Por favor, despierta... —Mi voz tiembla, y las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas, silenciosas—. Tenemos tantas cosas que hablar…

Acaricio el dorso de su mano con mis dedos, intento encontrar las palabras que necesito decirle. En este momento, no me puede responder, aunque no importa, siento que necesito hablarle, que necesito que me escuche, aunque esté dormido.

—Lo siento... siento haberme ido. Haberte dejado solo cuando más me necesitabas. —Mi garganta se cierra mientras las lágrimas siguen cayendo—. Estaba tan asustada... No sabía si lo que sentía era suficiente para enfrentarlo todo. Pero estaba equivocada.

Respiro hondo y dejo que el aire alivie un poco la opresión en mi pecho.

—Mi madre está ahí fuera. Me ha confirmado lo que nos ha soltado tu padre, ¿y sabes qué?

Que me ha hecho ver que cuando amas a alguien de verdad, tienes que hacer sacrificios, pese a las consecuencias, porque el amor lo vale. Me ha hecho darme cuenta de algo, Carter. —Mis dedos aprietan los suyos con más fuerza, como si pudiera transferirle todo lo que siento en ese simple gesto—. No voy a huir de ti. No voy a dejar que nuestras familias nos destruyan. Quiero luchar por lo que tenemos. Quiero luchar por ti, por nosotros. Quiero estar contigo.

Las palabras me salen del alma, como si cada una de ellas fuera arrancada de lo más profundo de mi ser. Y a medida que las digo, me doy cuenta de que son verdad. No importa lo que pase, no importa quién esté en nuestra contra. Estoy decidida a apostar por esto, a pelear por nuestro amor, aunque eso signifique enfrentar más dificultades.

—Por eso es hora de despertar, Carter. Vuelve conmigo.



22 – SECRETOS

Carter

No quiero marcharme de este lugar, no quiero abandonar esta playa de arena fina y aguas cristalinas. Un entorno que se convierte en perfecto gracias a la presencia de Bree, pese a que ahora se encuentra a varias decenas de metros de distancia, en el mar, y no llego a verla. No quiero renunciar a ella.

Sin embargo, una fuerza a la que no puedo resistirme, tira de mí y me arrastra al interior de un túnel angosto y oscuro. No tengo espacio para girarme y volver por donde he venido, así que, la única opción que me queda es avanzar a ciegas, con la esperanza de que haya una salida al otro lado. Me arrastro por el estrecho pasadizo, sin saber si estoy avanzando o no. Mis ojos no se acostumbran a esta absoluta oscuridad y no tengo un punto de referencia que así lo indique.

De pronto, a lo lejos, se enciende una pequeña luz blanca. El suelo bajo mi cuerpo se vuelve fango, las paredes se cierran aún más y el techo empieza a derrumbarse sobre mi cabeza. Es como si me hubieran enterrado vivo. Soy consciente de que se me acaba el tiempo. Clavo las uñas en el suelo, hago fuerza con todos los músculos y consigo avanzar unos pocos centímetros más. He de darme prisa antes de que esta especie de cueva se desplome sobre mi cabeza y me deje atrapado. Poco a poco, con la misma velocidad que un caracol, consigo alcanzar el otro lado.

La pequeña luz se intensifica y se vuelve cegadora, tanto que cierro los ojos para protegerme de su luminosidad. Una ráfaga de aire fresco inunda mis pulmones, como si respirara por primera vez, y me da la bienvenida. Viene acompañada de una lluvia de recuerdos que rellena los huecos que me faltaban durante esa alucinación en el paraíso: Bree alejándose en el taxi, mi imprudencia al cruzar la calle sin mirar, el choque del coche que me llevó por delante y, después, la nada.

El sonido rítmico de una máquina de fondo, sincronizado con los latidos que me golpean en las sienes, me indica que debo de estar en el hospital. Conforme voy tomando conciencia de mi cuerpo, descubro el alcance del impacto. No hay ni un centímetro de mi anatomía que no me duela, incluso hay partes que ni siquiera puedo mover.

Dicen que cuando estás a punto de morir, tu vida pasa por delante de tus ojos. En mi caso, por contra, lo que he visto ha sido el futuro que deseo tener. Si me acaban de conceder otra oportunidad, voy a luchar contra viento y marea por intentar obtenerlo.

Vuelvo a tomar aire, con prudencia, sin atreverme a llenar del todo los pulmones. Me duelen las costillas como si sostuviera el edificio entero sobre mi pecho. Entre el olor a desinfectante que define el ambiente aséptico de esta habitación, creo percibir el aroma inconfundible de Brittany. Debo de estar soñando todavía o colocado por efecto de la medicación.

Abro los ojos con un pánico atroz a que, al hacerlo, su recuerdo se esfume. Sin embargo, no lo hace. Al contrario, conforme consigo enfocar la vista en el entorno que me rodea y la nebulosa de colores se ordena para transformarse en imágenes nítidas, se dibuja su figura a mi lado, junto

a la cama que ocupo. Me embarga una alegría tan grande que me pondría a dar saltos si al hacerlo no me fuera a romper más de lo que ya lo estoy.

—Carter… —susurra mi nombre cuando me ve abrir los ojos. El alivio que percibo en la voz de Brittany es similar al que siento en el pecho al comprobar que sigue aquí, que no se ha ido, que es real.

—B. —El suyo se me atasca en la garganta, que tengo bastante reseca, y no consigo que pase del diminutivo con el que firmaba sus e-mails. No tengo fuerzas para nada más, a pesar de que quiero decirle todo lo que no pude antes de la interrupción de mi padre, por si no vuelvo a tener otra oportunidad. También, me muero por volver a tocarla.

Como si Brittany fuera capaz de leerme la mente, o puede que quizá haya visto la súplica en mis ojos, estira una de sus manos hasta que la posa sobre mi brazo, de una forma similar a la que lo hacía en mi fantasía. La miro y le agradezco en silencio su contacto. Es más Bree y menos Harper que nunca. Tiene aspecto de cansada y se la ve vulnerable, arrastra sobre sus espaldas la terrible acusación de mi padre, además de que, verme postrado sobre esta cama después de que un coche me arrollara, debe de ser duro. Su devastación me confirma lo mucho que le importo.

—No intentes hablar, Carter. Ya habrá tiempo para decirnos todo lo que se nos ha quedado pendiente. Ahora debes descansar —me sugiere—. No pienso volver a marcharme. Tú y yo estamos por encima de nuestras familias.

—No —consigo decir, esta vez con algo más de fuerza. Bree me mira sorprendida, con miedo de que mi negativa haga referencia a su última frase. Ni mucho menos. No quiero callarme nada ni dar nada por supuesto, hemos estado a punto de dejar cosas pendientes y llevármelas al otro lado—. Yo ya no tengo familia, mi padre me ha obligado a elegir entre tú o ellos y, ni por un instante, he dudado la opción correcta: tú —le digo. La voz me sale ronca, áspera, como si estuviera masticando tierra, pero, al menos, soy capaz de enlazar las palabras, aunque el pecho me duele un horror al hacerlo—. A pesar de que no hace mucho que nos conocemos de verdad, sin intermediarios que nos dijeran lo que teníamos que sentir hacia el otro, eres lo único real que siento que hay en mi vida, Brittany y voy a luchar por ti, por muy feas que se pongan las cosas y aunque tenga al resto del mundo en mi contra. Dime, por favor, que tú también estás dispuesta a hacerlo.

—Sí, Carter, ya va siendo hora de que rompamos las reglas que nos han impuesto desde niños. Y, ahora, intenta descansar.

Le obedezco, porque el sobreesfuerzo me ha dejado agotado. Sus caricias me narcotizan, son como un sedante suave que me arrastra a los brazos de Morfeo. Antes de dejarme llevar, me aferro a su mano para que no me falte cuando me despierte.

———— ◦ ❖ ◦ ————

El ruido de la puerta al abrirse de manera abrupta me saca de ese sueño como si acabaran de darme una bofetada. No sé cuánto tiempo ha pasado, la luz sigue encendida y no sé ni dónde está la ventana de la habitación para ver si fuera es de día o de noche. No importa si han sido unos minutos o días, solo que Bree continúa a mi lado y, por su cara de desconcierto, creo que

también se había dormido.

—¡Oh, dios mío, Carter! —exclama mi madre al verme tendido sobre la cama. Todavía no sé cuál es mi estado, pero por la escayola de mi brazo derecho y el vendaje que me cubre el torso, sé que tengo varios huesos fracturados. Su reacción me parece un tanto exagerada, aunque, supongo que debe resultar impactante ver a tu hijo en este estado—. ¿Qué ha pasado, cariño? ¿Cómo estás?

—Estoy bien, mamá —miento para tranquilizar a la pobre mujer.

Bree se incorpora para saludarla, como señal de respeto hacia ella, quien lo interpreta como una cesión de su silla, que no duda en ocupar.

—Brittany, querida, ya te puedes marchar. Siento que te hayas tenido que ver en el compromiso de cuidar de mi hijo hasta mi llegada, pero ya me hago cargo yo —la despacha. No sé si en realidad ha sonado tan desagradable como lo han percibido mis oídos.

—No ha sido ninguna molestia, señora Donovan, y preferiría quedarme —le responde, con educación, pero con firmeza.

—Querida, ¿me acompañas un segundo afuera? —le pregunta, aunque suena más bien como una orden—. Vuelvo enseguida, hijo.

Brittany duda, alterna su mirada entre madre e hijo, y acaba accediendo a seguirla hasta la puerta. Ambas mujeres salen al pasillo y se olvidan de cerrarla, por lo que, desde mi posición, puedo escuchar la conversación que mantienen.

—Te agradezco que no lo hayas dejado solo en estos momentos tan delicados para Carter. Sin embargo, ya puedes irte. No es bueno que te vean aquí, ya me entiendes. Su familia nos hacemos cargo —le explica en una clara invitación a marcharse.

—¿Qué familia? Es cierto que usted está aquí, pero su esposo presenció el accidente. Sin saber si su hijo vivía o no, lo abandonó tirado sobre el asfalto —le espeta Bree.

Me quedo helado ante lo que creo escuchar. Es imposible, debe tratarse de un error. ¿Tan poco le importo a mi padre? ¿Tanto le he decepcionado a lo largo de mi vida que ni siquiera verme al borde de la muerte le ha ablandado el corazón? Me escuecen los ojos, se me humedecen e incluso me mareo ante esa nueva revelación.

—Y su otro hijo no es mucho mejor —prosigue B—. Lo llamé para avisarle de que su hermano estaba en el hospital y, prácticamente, me colgó el teléfono, despreocupado.

—Basta, Brittany —la silencia mi madre—. Eso son cosas privadas que conciernen a los Donovan y, que yo sepa, tú no formas parte de ellos. Y ahora, vete.

Y eso es lo peor de todo, oír cómo mi madre, el único pilar que me quedaba dentro de lo que consideraba mi familia, la única en la que confiaba, cubre al resto. Mi cerebro cortocircuita y, aunque escucho sus voces de fondo, soy incapaz de entender lo que dicen. Quizá ya he tenido suficiente y mi mente está bloqueando esas palabras que solo pueden dañarme más.

Las dos regresan poco después al interior de la habitación. Brittany con un gesto de enfado que le cuesta disimular y mi madre con una sonrisa impostada. Miro a la mujer que me dio la vida y no la veo igual que hacía tan solo unos minutos atrás.

—Tengo que irme, Carter —anuncia Bree y me parece escuchar el crujido de otra costilla al fracturarse.

—No —susurro, apenas sin fuerzas. Se acaban de diluir todas ante la certeza de que se va.

—Tranquilo, volveré mañana. —Esas últimas palabras son un claro desafío dirigido a mi

madre—. Te lo prometo.

Brittany se pone el abrigo, coge el bolso, se lo cuelga al hombro y se acerca hasta mi cama. Recorta la distancia que nos separa, su energía y su aroma me envuelven y hace que mis heridas duelan un poco menos. Se agacha sobre mí hasta que sus labios me rozan con suavidad la frente, un contacto tan suave y dulce que resulta mucho más reconfortante que cualquier analgésico o droga que se haya inventado.

—Te quiero —musita en voz tan baja, con su boca todavía sobre mi piel, que solo yo puedo oírla. O eso creo.

—Y yo —confieso en voz alta y, a pesar de mi estado, se me escapa una sonrisa por lo poco que me cuesta declararle mi amor, cuando siempre he sido tan celoso de mis sentimientos.

En cuanto se marcha, la habitación se vuelve más fría y oscura, la luz que más iluminaba acaba de salir por la puerta.

Una vez a solas, mi progenitora adopta ese papel de madre atenta y cariñosa. Ocupa la silla que hay junto a la cama y comienza a acariciarme el pelo, como cuando era niño y estaba enfermo. Sin embargo, no recibo sus atenciones igual que entonces, igual que lo habría hecho ayer. Mi reacción es fría y estoy tenso.

—Mamá, no se lo merecía, no se merecía que la echaras. Tiene el mismo derecho que tú, si no más, de estar aquí. ¿Por qué la has tratado así? —le pregunto.

—Así, ¿cómo? —Se hace la inocente, como si no supiera de qué estoy hablando.

—Como si fuera el enemigo —le aclaro, aunque sabe perfectamente a qué me refiero.

—¿Acaso el golpe te ha afectado la cabeza y has olvidado la rivalidad que hay desde siempre entre nuestras familias? —me dice, como si me hubiera vuelto loco.

—No, al contrario —le rebato—. Me ha hecho abrir aún más los ojos. A veces, el enemigo duerme más cerca de lo que crees, en tu propia cama, por ejemplo. Brittany no se lo merece. Creo que, en realidad, hemos convertido a su familia en más malvada de lo que es en realidad.

Puede que sea culpa del accidente, que me ha debilitado y ya no tengo fuerzas para mantener mi disfraz, para seguir ocultando al hombre que realmente se esconde debajo del traje de Carter Donovan. O quizá, simplemente, estoy harto y he alcanzado el cupo de mentiras, pero lo cierto es que ya estoy cansado de esta pantomima. Quiero ser sincero, con todas sus consecuencias, e ir con la verdad por delante.

—¿Por qué no dejas de creer lo que dice y piensa papá, como si él tuviera la verdad absoluta, y le das una oportunidad? Creo que te sorprendería el tipo de mujer que es, igual que lo ha hecho conmigo —continuo.

Me observa con detenimiento, me analiza y su expresión cambia, como si acabara de descubrir algo en mí que no había visto antes.

—Así que no solo estás con ella para retar a tu padre… —sentencia, y lo que me parece adivinar en sus ojos es ¿orgullo?

—Confía en mí y haz un esfuerzo para conocer a la verdadera Brittany Harper sin el sesgo de los Donovan, por favor —le ruego.

—Está bien, lo intentaré.

A la tarde siguiente, Bree cumple su «amenaza» y viene a visitarme. Mi madre lleva no sé cuántas horas aquí metida rellenando el silencio con historias sobre sus amigas. Me he aburrido de escuchar los cotilleos de la jet set neoyorquina, así que me hago el dormido. Y casi lo

convierto en realidad cuando escucho la puerta abrirse y sé que se trata de B sin necesidad de abrir los ojos. Estoy a punto de hacerlo cuando escucho la sugerencia que le lanza mi madre y decido mantener mi actuación un poco más.

—Está dormido, Brittany. ¿Te apetece que tomemos un café? Creo que te debo una disculpa.

Los minutos que transcurren hasta que vuelven se me hacen eternos y eso que sé, por lo que me indica el reloj de la pared, que apenas han pasado veinte. No sé lo que ha sucedido durante ese café que las dos mujeres más importantes de mi vida han compartido, lo que sí sé es que, cuando regresan a la habitación, la actitud de ambas ha cambiado. Mi madre sonríe de verdad y Bree parece más relajada.

—Tenías razón, hijo —me susurra mi madre antes de dejarme a solas con mi chica.

———— ◦ ❖ ◦ ————

Probablemente, en un par de días, me den el alta del hospital. He puesto en práctica, de forma literal, el dicho de «año nuevo, vida nueva», ya que he estado a punto de perderla. Mi mejoría ha sido bastante rápida durante los días que llevo ingresado, aunque todavía me queda mucho para recuperarme. Aún tengo que llevar el brazo escayolado durante un mes más y las cinco costillas que me fracturé me duelen un horror cada vez que intento cambiar de posición. Me quedan unas cuantas semanas por delante en las que no voy a ser capaz de valerme por mí mismo y no tengo a dónde ir. El apartamento que consideraba mi hogar ya no es mío y no puedo regresar a casa de mi familia. Aunque mi padre no me hubiera echado, no lo haría por nada del mundo, antes prefiero pudrirme en un banco de un parque cualquiera, como un sintecho.

—Puedo alquilar otro apartamento sin que tu padre se entere y contratar a alguien para que te cuide —sugiere mi madre.

—No, ni hablar. No quiero que te metas en un lío con él por mi culpa. Además, no quiero tener que deberle nada, no quiero nada de él y, mucho menos, su dinero —niego categóricamente.

—¿Por qué no te vienes a vivir conmigo? —propone Bree y estoy a punto de sufrir un infarto por la felicidad que su invitación me produce.

Hoy las dos han coincidido y han decidido esperar hasta la visita médica.

—¿Estás segura? —insisto. Quizá ha sido solo un impulso y se arrepiente de su ofrecimiento. Ella asiente.

—No me parece una mala opción —la apoya mi madre y ver la complicidad que ha empezado a surgir entre las dos mujeres me calienta por dentro.

—Piénsatelo. Ahora tengo que irme, tengo una reunión importante —se despide con una sonrisa. Esta vez, el beso que me dedica no va en mi frente, sino sobre mis labios.

Quien también sonríe, es mi chófer, Harrelson, que hoy acompaña a mi madre y ha subido a la habitación para saludarme y que ocupa un discreto segundo plano, de pie, apoyado en la pared, junto a la puerta, como si fuera un guardia de seguridad.

—Tu padre y tu hermano te mandan recuerdos —me informa mi madre una vez que Brittany se ha marchado—. Me han dicho que me disculpe de su parte. —Esquiva la mirada y agacha la

cabeza, avergonzada, y sé que miente—. Están muy liados con la empresa y no han podido venir.

Puede que esa parte sí que sea cierta, que en el tiempo que llevo apartado del negocio se estén dando cuenta del verdadero trabajo que conlleva, ahora que no tienen al pringado de turno para lidiar con sus cagadas.

—Tranquila, mamá, no tienes por qué defender lo indefendible —le digo, buscando su mano para sostenerla entre las mías. Tiene que ser duro encontrarse en medio de una batalla entre la gente a la que amas—. No esperaba verlo por aquí, me ha dejado más que claro que ya no soy su hijo.

Se tensa, se revuelve sobre la silla que ocupa, aunque la incomodidad que siente no se debe a la postura, sino a mis palabras, a la tajante declaración de que ya no espero nada de mi progenitor.

—Nunca lo has sido, Carter —murmura en voz tan baja que no me creo lo que he oído.

—¿Qué has dicho? —insisto, y creo que el corazón se me detiene para que ningún ruido me impida escuchar su respuesta.

—Arthur Donovan no es tu padre biológico. —Se muerde los labios, su espalda se vuelve rígida y suelta mi mano para entrelazar las suyas, que retuerce nerviosa. Sigue sin mirarme mientras prosigue con su confesión—. Después de que naciera Christian, me enteré de unos asuntos turbios de tu padre, tuvimos una discusión muy fuerte y, aunque en público nos seguíamos mostrando como el matrimonio feliz que nunca fuimos, de puertas para adentro, las cosas eran muy diferentes.

»Durante ese tiempo, conocí a un hombre, uno que me respetaba y, por primera vez en mucho tiempo, volví a sentirme amada. Tuvimos una aventura y, fruto de ese idilio, naciste tú.

—¿Papá lo sabe? —pregunto mientras trato de asimilar lo que acaba de decirme.

Ella cierra los ojos con fuerza y asiente. Esto explica muchas cosas, aclara por qué siempre me he sentido a la sombra de mi hermano, por qué siempre me ha despreciado e, hiciera lo que hiciera, nunca era suficiente para él. Es una noticia impactante, sin embargo, creo que, en el fondo de mi ser, ya lo sabía, y más que disgustarme, lo que siento es cierto alivio por no compartir sangre con ese ser tan ruin.

—¿Quién es mi verdadero padre? —Es mi siguiente pregunta después de la bomba que ha soltado.

—Creo que es mejor para todos que no lo sepas, cariño —contesta, esquiva. Sin embargo, su mirada se desvía hacia nuestro empleado del servicio que, con la mirada clavada en la pared de enfrente, como si la conversación no fuera con él, se ha puesto más rígido que hace unos instantes.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —cuestiono, dolido. Toda mi vida se ha sustentado sobre una mentira, me he dejado los cuernos por complacer a un hombre que no es nada para mí.

—Llevo años queriendo hacerlo, Carter, pero nunca encontraba el momento adecuado. Notaba la tensión, cada vez mayor, en la relación entre Arthur y tú. Si te contaba la verdad, esta terminaría por romperse. Ahora, ya no hay nada que salvar y mereces saber la verdad.

—¿Cuántos secretos tiene esta familia, mamá? —inquiero con sospechas, aunque sin certezas.

—Demasiados.



23 – NUEVOS COMIENZOS

Brittany

El suave aroma a lavanda llena el aire mientras me muevo por el apartamento y me aseguro de que todo esté perfecto para la llegada de Carter. He cambiado las sábanas de la cama, he abierto las ventanas para dejar que entre el aire fresco de la mañana, y ahora estoy ajustando los cojines del sofá, aunque parece que nunca quedan del todo bien.

Me detengo un momento, miro a mi alrededor y repaso una vez más la lista mental para que no se me olvide nada y tenerlo todo listo para recibirlo. ¿Será suficiente? Quiero que se sienta cómodo, que sienta que este lugar es también suyo.

Mi corazón late rápido, no solo por la emoción de que venga a vivir aquí, aunque sea temporalmente, sino por lo que significa. Es la primera vez que alguien comparte este espacio conmigo, y una mezcla de nervios y anticipación me recorre el cuerpo. No sé cómo será la convivencia, pero estoy dispuesta a descubrirlo.

Carter llega en unos minutos, me hubiera gustado ir a buscarlo y llegar juntos a casa, sin embargo, su madre se negó. Quería ser ella la que lo recogiera a su salida del hospital y así, poder chafardear dónde iba a quedarse su hijo los días que le quedaban para recuperarse del todo, estoy segura de ello. Menuda suegra me ha tocado y, aunque hemos limado asperezas, no se me va a de la cabeza el primer día que nos encontramos en el hospital y tuvimos una conversación un tanto tensa; ella muy cerrada a cualquier cosa que tuviera que ver conmigo y yo muy dispuesta a que cambiara su opinión sobre mí, claramente contaminada por su marido.

Fue la señora Donovan la que me propuso hablar. Seguro que ella iba con la intención de que me alejara de su hijo, no sabía esa mujer con quien se había topado. Iba a hacer falta mucho más que su cara de limón para alejarme de Carter. Sabía que la conversación no sería fácil y tenía claro que no iba a ser amable conmigo.

Se sentó frente a mí con una taza de té entre las manos, su expresión tensa y la boca en una fina línea. No tenía ni idea de lo que Arthur habría despotricado sobre mí, pero no me iba a achantar, tenía que intentar que esa mujer me conociera por ella misma y no a través de las palabras envenenadas de ese energúmeno que tenía por marido. Carter merecía que hiciera lo posible por, por lo menos, tenerla a ella a nuestro favor, y yo también.

—No creo que esto funcione —dijo ella, sin siquiera mirarme directamente—. No es nada personal, Brittany, pero tú y Carter no podéis estar juntos. Son demasiados frentes abiertos entre nuestras familias y que tengáis una relación solo puede terminar en dolor para ambos y disgustos para nosotros.

Sus palabras me dolieron más de lo que estaba dispuesta a admitir, aunque respiré hondo y traté de mantener la calma. No me podía permitir perder la compostura, eso solo le confirmaría lo peor de mí que pudiera pensar en ese momento.

—Sé lo que opina su marido de mí, sé lo que pasó entre Arthur y mi padre en el pasado y lo que ha acarreado esa horrible relación que terminaron por tener, porque tanto Carter como yo

hemos sufrido las consecuencias toda nuestra vida —dije, con la voz más firme de lo que esperaba—. Pero esto no tiene que ver con los Harper ni con los Donovan. Tiene que ver con lo que siento por su hijo y lo que él siente por mí. Nos han bastado unas pocas semanas juntos para darnos cuenta de lo aleccionados que estábamos. Lo que tenemos no es algo pasajero, es muy fuerte y muy real. Carter es una persona increíble, y me siento afortunada de estar con él.

La señora Donovan dejó su taza sobre la mesa, alzó la vista para mirarme, al fin. Sus ojos mostraban una mezcla de escepticismo y algo más que no logré identificar.

—Arthur siempre ha dicho que... bueno, que cualquier relación con un Harper solo traería problemas. Que tú, especialmente, no eres de confianza. Que tienes tus propios motivos para estar con Carter. Solo buscas aprovechar su tirón para hacerte más notable en el mundo de la publicidad. Que eres una trepa que hará todo lo posible por embaucar a Carter, porque es noble, y cuando hayas logrado lo que quieres, lo aplastarás como a una cucaracha, porque los Harper no tenéis corazón.

Sentí una oleada de frustración. ¿Que no teníamos corazón? ¿Nosotros? ¿Y lo decía el hombre que había visto cómo atropellaban a su hijo y se había dado a la fuga sin vacilar? Tuve que morderme la lengua para no ponerme a gritar. Esa pobre mujer tenía el seso sorbido, y no era su culpa tener esa imagen de mí; la habían manipulado durante años. Así que decidí que la mejor forma de manejar la situación era siendo completamente honesta, sin tapujos, sin dar lugar a malentendidos.

—Lo que su marido piensa de mí no es lo que importa aquí —le respondí con suavidad—. Carter y yo nos conocemos. Hemos tenido tiempo de demostrarnos mutuamente que lo que creíamos saber el uno del otro eran meras invenciones de nuestros progenitores.

»Sí, nuestras familias tienen un pasado complicado, pero no vamos a consentir que eso defina lo que somos. Carter me hace mejor persona, y yo quiero ser esa persona para él. No busco nada más que eso.

Hubo un silencio pesado entre nosotras. El té se enfrió en la taza, aunque ninguna de las dos parecía notarlo. La señora Donovan me miraba con una expresión pensativa, como si estuviera revaluando todo lo que pensaba de mí. El tiempo pasaba lento, sin que ella despegara los ojos de los míos. No me achanté, quería que viera la verdad en ellos. No tenía por qué justificarme, no obstante, no iba a permitir que esos absurdos embustes que esa mujer tenía asumidos sobre mí, la hicieran luchar contra lo que Carter y yo teníamos. No iba a consentirlo de ninguna de las maneras.

—Señora Donovan —sí, era muy formal, pero no me había pedido que la tuteara, así que debía mantener las formas y comportarme con la excelente educación que había recibido desde niña—, sé que no tiene por qué creer en lo que le diga, y más con lo que tiene asumido que soy; solo le voy a decir que, si lo que quisiera es notoriedad, tener más éxito en mi carrera profesional y aniquilar a su hijo, lo podría haber hecho hace muchos días, cuando Carter me confesó que vuestra empresa está al borde de la quiebra. Podría haber hablado con mi padre, que está deseoso de borrar de un plumazo el apellido Donovan, y le aseguro que, en estos momentos, su familia estaría en la miseria. Pero no lo he hecho porque Carter me lo confesó con toda la confianza del mundo y yo, para nada y sobre nada, lo traicionaría. ¿Se da cuenta de que lo que piensa sobre mí no es cierto? Yo quiero a su hijo de verdad, sin segundas intenciones.

Creo que Olivia no podía abrir más los ojos. Sacó un abanico de su bolso Louis Vuitton y

empezó a abanicarse. Su tez se volvió blanca, para, seguidamente, coger una tonalidad más rojiza.

—No pretendo amenazarla, señora Donovan —proseguí—. Al contrario, solo intento que comprenda que esto no es ninguna treta, no estoy jugando con Carter. Yo… Estoy enamorada de él. Y créame, a mis padres tampoco les hace ninguna gracia. Pero lo tenemos claro: no vamos a dejar que la familia nos separe.

Mi firmeza la volvió a dejar sin palabras. Se mordió los labios, abrió la boca un par de veces para empezar a hablar, y las dos veces se lo pensó. Luego, me miró, con determinación, y se decidió.

—Sinceramente, no sé qué esperaba de ti —admitió, con un tono mucho menos altivo del que había tenido hasta ahora—. Arthur siempre ha tenido una influencia muy fuerte en mí, y no te conocía más allá de lo que él me contaba. Ahora, escuchándote, me doy cuenta de que quizá he estado equivocada. Es evidente que mi hijo te quiere, y eso no es algo que pueda ignorar. Y con lo que acabas de confesarme, me has dejado claro que no estás jugando ni con él ni con nosotros.

Su cambio de actitud me tomó por sorpresa, aunque lo agradecí. Sus palabras significaban más de lo que ella podía imaginar.

—Solo quiero lo mejor para él —dije, bajando la guardia—. Y haré lo que sea para que esté bien.

La señora Donovan volvió a observarme, y por primera vez desde que la conocía, vi algo de calidez en sus ojos.

—Entonces, por favor, cuídalo —respondió en voz baja, casi en un susurro, como si ni ella se estuviera creyendo lo que acababa de soltar—. Ha pasado por mucho en casa y, aunque no siempre he sabido cómo estar a su lado, espero que tú sí puedas hacerlo.

Escucharla decir aquello me hizo sonreír, alargué la mano y apreté con fuerza la suya. Era un pacto silencioso entre las dos. No nos convertiríamos en amigas de la noche a la mañana, pero, al menos, había un entendimiento. Un pequeño puente entre ambas, construido sobre la base de nuestro amor por Carter.

Sacudo la cabeza, volviendo al presente mientras acomodo los cojines del sofá una vez más. Esa conversación me hizo darme cuenta de lo mucho que Carter y yo hemos superado para llegar hasta aquí. Y ahora, mientras espero su llegada, sé que todo lo que hemos vivido ha sido necesario para construir lo que tenemos ahora. La convivencia que comenzará entre estas paredes es el siguiente paso en ese camino.

El ruido del ascensor llega desde el pasillo, y mi corazón se acelera. Abro la puerta sin esperar a que llamen y ahí está él. Aunque se ve mucho mejor que hace unos días, todavía se ve algo frágil. Camina despacio, y se apoya en una muleta. Su sonrisa, sin embargo, sigue siendo la misma que me hace sentir que todo va a estar bien.

Me lanzo a sus brazos sin pensármelo más, con demasiada fuerza, pues lo hago trastabillar.

—Cuidado, B, no quiero volver a ese maldito hospital —exclama entre risas, aunque rodeándome la cintura con la mano que todavía tiene escayolada.

—Perdona, no quería hacerte daño, pero me alegro tanto de que estés aquí… —Vuelvo a abrazarme a él y a aspirar su piel—. ¿No viene tu madre? —Pregunto al darme cuenta de que ha subido solo. Yo también tengo prejuicios que derribar.

—No, ha preferido darnos intimidad. No sé qué le dijiste el otro día, su actitud hacia ti ha cambiado al cien por cien. Parece incluso que esté encantada de que seas mi novia.

Me lo quedo mirando, sin soltar su cuello y casi rozando su nariz con la mía.

—Así que tu novia… —me mofo.

—¿Podemos hablar de eso dentro? Necesito sentarme, si no te importa. —Joder, qué poca consideración tengo.

—¡Perdona! Claro, pasa. —Me hago a un lado y dejo que entre.

—Más tarde Harrelson me traerá el equipaje. Ha ido a llevar a mi madre y a recoger las maletas de mi antiguo apartamento —explica mientras llega al comedor—. No puedo creer que esté aquí. Espero no estorbarte mucho —dice algo cohibido.

—Quiero que te sientas como en casa. A partir de ya, todo lo que hay aquí es tuyo, así que siéntete libre de hacer lo que quieras. —Cuando me mira, creo que voy a explotar de amor. Su mirada es tan cálida que siento cómo el calor me invade desde el ombligo a las mejillas.

Nos sentamos en el sofá, el sol de la tarde se filtra por las ventanas y llena la sala con una luz suave y reconfortante. Carter toma una de mis manos, su contacto es firme, pero, al mismo tiempo, lleno de ternura.

—Bree… Gracias por haber estado conmigo estos largos días de ingreso, gracias por haber vuelto cuando te fuiste, gracias por darnos esta oportunidad. —Sus palabras me cogen por sorpresa y me emocionan.

—No hay nada que agradecer. Es lo que haría cualquiera por alguien al que quiere. —Al decirlo, quiero fundirme. Mi mirada creo que le informa de que he metido la pata hasta el fondo. Para nada quería que, precisamente hoy, pensara en el individuo de su padre.

—No te preocupes. Estoy bien. Arthur no me afecta. —Su voz suena tranquila y sus ojos parecen estar en calma, no obstante, me siento mal.

—Perdona, no quería…

—Te repito que no me afecta y no quiero hablar de él.

—Vale —susurro. Agacho la mirada, porque, aunque diga que no pasa nada, creo que he roto un poco el buen ambiente que habíamos creado.

—Anda, ven aquí. —Me coge de la cintura y me sube sobre su regazo, haciendo que quede a horcajadas sobre él—. Quiero besarte, eso sí que es importante.

No tardo en verme atrapada por sus labios. Un beso que inicia tierno, pero que enseguida sube de intensidad y me derrite.

Mi cuerpo actúa por instinto, reclino la cabeza hacia atrás, con los ojos nublados por la excitación. D me coge de la nuca y vuelve a acercarme a él, para devorarme de nuevo, como un manifiesto reclamo de posesión, sin embargo, yo necesito estar más cerca, mucho más, así que me separo de sus labios y me aferro a su cuello; aspiro el olor de su piel, en esa porción que deja al descubierto el cuello de la camisa al haberse desabrochado dos botones cuando se ha sentado en el sofá. Huele a Carter, a espuma de afeitar, a ropa limpia, recién salida de la lavandería, y a ese toque amaderado de su perfume.

—Mírame —me pide en un momento dado.

No dudo ni un segundo en obedecerlo.

Tampoco puedo reprimir quitarle la huella de carmín rosado de los labios. Lo hago despacio, disfrutando del tacto mullido de su boca contra mi pulgar.

—Me moría por poder tenerte así —confiesa en un tono grave que me hace estremecer.

—Me moría por poder besarte así —le correspondo. No hacen falta más palabras, nos separan cinco centímetros que dejamos a cero en milésimas de segundo al encadenar mi boca a la suya, su lengua a la mía. Y ya estamos perdidos.

Sus manos, hábiles a pesar de que elevar el brazo lo debe estar matando de dolor, me levantan el suéter con urgencia. Separo mi boca de la suya solo para poder sacármelo por la cabeza.

Mis manos vuelan desabrochando los botones de su camisa. Me paro un momento para contemplar su torso y se me escapa una exclamación de pavor y tristeza. Tiene casi todo el costado derecho amoratado, aún no había podido ver el alcance de sus lesiones en vivo. Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Shhh, pequeña, no pasa nada, no me duele —intenta calmarme a la vez que me retira un mechón de pelo tras la oreja.

—Carter… —murmuro. Porque sé que no es verdad. Debe estar pasando un infierno con las costillas rotas.

—Por favor, no pienses en ello, te necesito demasiado —susurra sobre mi boca.

Asiento y me muerdo el labio para evitar derramar las lágrimas que se me han acumulado en los lagrimales.

—No quiero hacerte daño, D… —No veo la manera de que hagamos esto sin que no pueda dolerle.

—Me lo harás si no seguimos. Vamos, Bree, te necesito —suplica.

Hago de tripas corazón y lo beso con ganas, con desesperación, aunque con un cuidado infinito para no dañarlo.

Bajo de su regazo, me arrodillo en el suelo, frente a él, y paso las manos por sus pectorales, por el abdomen, despacio, en una caricia que quisiera curar cada una de las heridas que presenta su piel.

Llego al cinturón y lo desabrocho. Nuestra mirada se enlaza y veo el velo de excitación en sus ojos. Apoya la cabeza hacia atrás para levantar el cuerpo y facilitar que le quite los pantalones. Me llevo el calzoncillo a la vez y, cuando lo tengo desnudo, frente a mí, me inclino hacia él para soltar el aliento sobre la erección que tengo delante.

Oigo un jadeo.

Una maldición sobreexcitada en espera de la humedad de mi boca. No lo demoro más y me lo trago entero.

Carter no aguanta más de un minuto con mis atenciones, se inclina hacia delante, me coge de las axilas y tira de mí para que me sienta a horcajadas sobre él, mueve las caderas y se restriega sobre la tela del tanga que tengo más que húmedo.

—Quizá deberíamos ir al dormitorio —propongo—. Estarás más cómodo.

—¿Al tuyo?

—Al nuestro —confirmo.

Nos seguimos la mirada, primero un ojo, luego otro, como el juego del gato y el ratón.

—¿No tendré habitación para mí solo, casera? —pregunta con guasa.

—¿Quieres dormir en tu propia cama, inquilino? —Le sigo el juego, aunque coqueta.

—Deberíamos firmar algún tipo de contrato de alquiler, no me gustaría aprovecharme de ti…

—murmura en mi cuello. Pasa la lengua sobre la clavícula y me desconcentra. Menuda técnica de distracción.

—¿De verdad quieres hablar de esto ahora? —replico muerta de deseo—. Aunque tengo claro el precio de tu estancia. —Cojo su mano y la meto dentro de mi tanga—. Todo lo que me debes te lo va a cobrar este… —me atrevo a decir. Se me suben los colores, porque yo no he sido así de descarada con ninguna de las parejas que he tenido hasta ahora, pero Carter… Él me desata, me impulsa a ser, simplemente, yo, sin miedos, sin tabúes, sin barreras.

—Me gustaría firmar el acuerdo. Ya.

No tardamos ni treinta segundos en estar sobre el colchón.

Certificamos el contrato de alquiler en la cama, con nuestros cuerpos pegados; piel con piel. Él tumbado de espaldas al jergón y yo sobre él, para evitar que se mueva más de lo debido y se lastime. Prefiero ser yo quien lleve las riendas mientras él no se recupera del todo.

Cada uno de mis gemidos aporta una cláusula que él firma con cada una de sus controladas embestidas. Cada vez que elevo mis caderas, para luego dejarme caer y que él se clave en mí, es una rúbrica sobre las sábanas. Sus manos aferradas a mis pechos cierran el pacto y mi saliva en su cuello lo acepta. El contrato que más satisfacción me ha aportado hasta el momento.

Mis dedos serpentean sobre su piel mientras nos recuperamos cada uno de su orgasmo. Coloco la pierna por encima de su muslo, hasta que la mía queda entre las suyas. Mi nariz busca su cuello y a él se le escapa un pequeño ronroneo.

—Joder, Bree… Esto ha sido…

—Brutal —termino por él.



24 – UN GRAN EQUIPO

Carter

Para una pareja, la decisión de irse a vivir juntos es un paso importante, premeditado y muy estudiado. Aunque en nuestro caso sea algo temporal, impulsado por las circunstancias, ha sido una respuesta impulsiva a un momento caótico en el que mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados, cosa que demuestra que no somos como el resto.

He perdido mi hogar, mi trabajo, la estabilidad económica y la seguridad que, hasta hace poco, creía que suponía ser un Donovan. Sin embargo, jamás me he sentido tan afortunado como ahora.

A pesar de haber seguido nuestros pasos desde que tengo uso de razón, no hace tanto que Bree y yo nos conocemos, al menos, no de verdad. La imagen que, hasta ahora, tenía de ella, era una burda mentira creada por mi padre o, mejor dicho, por el hombre que creía que me había dado la vida. Como todo, eso también ha resultado ser falso.

No he tenido tiempo para pararme a pensar en las implicaciones que puede tener una convivencia tan temprana en nuestra recién iniciada relación. Puede que, en el día a día, no seamos tan compatibles como parece, que no soporte mis miles de manías o que B tenga alguna rareza que todavía desconozco. Sin embargo, he de reconocer que el inicio ha sido mucho mejor de lo que esperaba.

Exprimió hasta la última gota de la poca energía que tenía y, tras exponer sobre el colchón los puntos de nuestro atípico contrato de alquiler, caí derrotado. He dormido casi doce horas seguidas, sin despertarme siquiera para cenar. Ahora, en cambio, más descansado y hambriento —aunque no de comida, precisamente—, me dispongo a aclarar ciertos aspectos de nuestro acuerdo que no me quedaron del todo claros.

No sé en qué momento de la noche hemos acabado así, yo, tendido a su espalda, con el antebrazo que tengo escayolado alrededor de su cintura. Nunca imaginé un soporte mejor para descansar mi extremidad lisiada. A pesar de tener la muñeca inmovilizada hasta que se suelde la fractura, me han recomendado que mueva los dedos para evitar que se hinchen y, como buen paciente que soy, hago caso a los consejos médicos. Mientras mi boca cae sobre el cuello de Bree, buceo bajo su camisón y tiento su pecho con sutiles caricias de las yemas de mis dedos. Todavía dormida, deja escapar un suave ronroneo de placer que consigue que mi soldado se alce, firme y dispuesto para entrar en combate. Me pego más si cabe a ella y esta vez soy yo quien gime contra su piel.

—Carter, ¿qué haces? —me pregunta con la voz aún tomada por el sueño, como si no lo supiera.

—Tengo dudas sobre algunas cláusulas de nuestro contrato de arrendamiento y quería solventarlas, «casera» —digo, siguiendo con el juego que nos llevó hasta esta misma cama.

Ella protesta, aunque enseguida me deja claro que no se debe a mis atenciones.

—Me encantaría, D, pero tengo que ir a trabajar.

Como si escuchar su negativa no fuera lo suficientemente doloroso, la alarma de su despertador comienza a sonar, para darle más fuerza a sus palabras.

—Lo siento —se excusa mientras lo apaga. Se gira hacia mí y se entretiene durante unos segundos de más sobre mi boca. Tiempo que, a mí, sin embargo, se me antoja insuficiente—. No hace falta que te levantes todavía, descansa, tienes que recuperarte —añade cuando ve que tengo la intención de seguirla.

Ignoro la sugerencia y trato de seguirla, sin embargo, mi cuerpo parece ir a cámara lenta.

—Harrelson vino anoche y te trajo tus cosas. Ahí tienes una maleta con tu ropa, el resto, está en el salón —me indica, mientras su escultural cuerpo se pierde de camino al baño. Escucho el grifo de la ducha y daría lo que fuera por no tener esta maldita escayola y poder acompañarla, descubrir esa bañera desde la que me mandó una de nuestras primeras fotos y hacer realidad mi fantasía.

He dormido tan profundo que ni me enteré de la visita del que, hasta hace poco, era mi empleado y que ahora se ha convertido en el cómplice de mi madre, que guarda en secreto mi ubicación.

Me cuesta horrores abrir la dichosa cremallera de la maleta y tardo aún más en encontrar algo de ropa para cubrir mi desnudez. Opto por un pantalón deportivo y una simple camiseta de manga corta, algo cómodo para esta nueva fase de convalecencia. Para cuando termino de vestirme, Brittany luce perfecta con un traje de falda y pantalón de color salmón y un recogido digno de peluquería. Yo, en cambio, parezco un indigente que ha recogido del parque.

Al menos consigo que podamos desayunar juntos. Después, ella se marcha y me quedo a solas, sintiéndome un tanto extraño dentro de sus dominios. Observo con detalle el espacio que me rodea, ayer no tuve tiempo de hacerlo. Quiero que la forma de organizar los armarios de la cocina o el orden de los libros de su biblioteca me cuente cosas sobre ella que todavía desconozco. Y me gusta lo que veo, es la confluencia de B y Harper en un solo ser, en una mujer perfecta: limpia, ordenada y meticulosa, con el armario de las especias clasificado de forma alfabética —del mismo modo que lo tenía yo— y soñadora, como me indica su colección de novelas románticas. Ahora mismo, nos encontramos viviendo una de ellas, nuestra propia historia.

Cuando mi curiosidad está satisfecha, reviso el resto de las pertenencias que Harrelson ha rescatado de mi antiguo apartamento. Una caja con varios libros, los objetos de higiene diaria y cuidado personal, el portátil y la maleta con gran parte de mi ropa. En eso se resume mi pasado. Podría parecer triste, sin embargo, después de haberme codeado con la muerte, me lo tomo como una oportunidad de crearme a mí mismo, sin equipaje, sin arrastrar una carga a mis espaldas. Puedo ser quien realmente he querido ser a lo largo de mi vida, pero que, debido a la represión y al peso de cargar con el apellido Donovan a mis espaldas, no he podido.

Me acomodo en el sofá y coloco el portátil en la mesita frente a mí. Justo en ese instante, escucho la puerta abrirse y me sobresalto.

—Oh, disculpe, señor, soy Rosalyn, la asistenta de la señorita Harper, intentaré no molestarlo —me dice una mujer de mediana edad a la que no conozco, vestida con uniforme de trabajo. Aunque Bree me avisó de que vendría, lo había olvidado.

La mujer se ocupa de limpiar el apartamento, sin apenas hacer ruido, mientras yo trato de

ponerme al día. Durante las casi dos semanas que he pasado en el hospital, me han mantenido aislado de todo lo que no estuviera relacionado con mi salud. No sé qué ha pasado en el mundo más allá de la habitación en la que estaba ingresado.

Con cierta dificultad para manejar el ratón con la maldita escayola de mi brazo derecho, a la que empiezo a cogerle manía, reviso la versión digital de los principales periódicos y, cómo no, paso por encima los temas de actualidad y política para acabar centrándome en las noticias más enfocadas hacia la economía y el mundo empresarial.

Veo con horror que la cotización en bolsa de la empresa de mi familia ha caído dos puntos. Después, recuerdo que ya no formo parte de ellos y siento un alivio instantáneo. Tan solo siento un poco de lástima por mi madre, que sigue atrapada en ese mundo sin visos de poder salir. De ahí, paso a buscar directamente noticias sobre mi familia.

—Señor, si no necesita de mis servicios, me marcho ya. He dejado preparada comida para usted y la señorita Harper. Espero que sea de su agrado. Hasta mañana —me vuelve a sorprender la voz de Rosalyn. Ha sido tan discreta y sigilosa que, apenas unos minutos después de su llegada, ya me había olvidado de su presencia.

Ni siquiera sé si llego a despedirme de la pobre mujer o tan solo le dedico un gruñido un tanto hosco. El buscador acaba de arrojar varios resultados que me absorben por completo. El primero de ellos es una noticia en la que uno de los socios habituales de Donovan Media rompe cualquier tipo de relación con su aliado. La segunda noticia es de un escándalo que justifica esa ruptura: una foto de mi hermano pillado in fraganti en una fiesta con la esposa del que, hasta que esa imagen salió a la luz, fue uno de los principales asociados de la familia.

Después de lo acontecido durante las últimas semanas y con la información de que dispongo, gracias a la familia de Brittany, me había planteado, incluso, utilizarla para destruir la empresa de mi padre. Sin embargo, no va a ser necesario. Él solo, junto con la inestimable ayuda de mi hermano, lo está consiguiendo en un tiempo récord sin que yo tenga que mancharme las manos. Esa es la seriedad con la que Christian se toma los negocios. Si aún sintiera algo por esa mujer, tendría su explicación, pero no, lo único que quiere es aumentar su lista de conquistas, cumplir el reto de «más difícil todavía» que va a tener consecuencias nefastas para la empresa.

Cierro la tapa del portátil y me froto los ojos, con un incipiente dolor de cabeza que me dificulta mantener la concentración. Para no tomarme la dosis pautada de analgésicos con el estómago vacío, voy hasta la cocina y me sirvo una ración de lo que la asistenta ha preparado. Tiene una pinta estupenda y sabe todavía mejor.

El efecto de la medicación coincide con el sopor de después de comer, cuando mi sangre prioriza hacer la digestión antes que mantener a mi cerebro despierto y me quedo traspuesto en el sofá.

Un golpe seco me trae de vuelta del mundo de los sueños, de manera abrupta. Desubicado, sin saber qué hora es y casi ni dónde estoy, me incorporo de manera brusca, lo que me regala un fuerte dolor en el costado que me deja unos instantes sin respiración. Me cuesta unos pocos segundos reconocer que me encuentro en el apartamento de Bree y recordar lo que me ha llevado hasta aquí.

El origen del ruido que me ha despertado proviene del portazo que acaba de dar la dueña de la casa al irrumpir en el apartamento de forma airada. Sus tacones golpean el suelo sin piedad mientras camina hacia el lugar en el que me encuentro. Aunque no llego a entender lo que dice,

la oigo despotricar contra algo o alguien, cosa que hace que, inmediatamente, me ponga en alerta. Todo lo alerta que se puede poner alguien que parece estar medio colocado.

—¿Qué pasa, B? ¿Estás bien? —La voz me sale pastosa. Me froto los ojos con la mano buena a ver si así consigo despejarme un poco—. ¿Ha pasado algo con mi familia o con la tuya? —pregunto con miedo, a la espera de que me cuente el motivo de su enfado.

Brittany deja el bolso sobre un sillón y se descalza conforme avanza hasta dejarse caer a mi lado y toda la ira que parecía destilar su mirada de color verde, se evapora con este gesto. Le acaricio la espalda para reconfortarla y recordarle que sigo aquí, a su lado, y aquí seguiré, pase lo que pase.

—Estoy harta de tener que enfrentarme cada día a este maldito mundo retrógrado de hombres. A pesar de todas las tecnologías que manejamos día a día, en ciertos aspectos, seguimos en el pleistoceno —divaga sin que sea capaz de seguirla—. ¿Por qué tengo que demostrar, a cada paso que doy, que soy buena? Es agotador. —Ese último comentario me da una pista de por dónde van los tiros—. Necesito una copa para olvidar un día nefasto.

Se levanta, va a la cocina y regresa, al instante, con una botella de vino tinto recién descorchada y un par de copas. Las sirve, pega un trago a la suya y se vuelve a acurrucar junto a mí, subiendo los pies al sofá.

—¿Qué ha pasado? —insisto. Paso el brazo por encima de sus hombros y le beso el nacimiento del pelo. Todavía no he tenido tiempo a recibirla como se merece.

—He tenido la típica reunión de principios de año con la alta dirección de la empresa, en donde fijamos los objetivos para la siguiente temporada. Les he planteado una serie de ideas innovadoras, quizá un poco arriesgadas, pero que podrían catapultarnos hasta la cima y convertirnos en líderes indiscutibles del sector, ahora que parece que Donovan Media ha perdido a uno de sus mejores activos.

»Sin embargo, mi padre ha desestimado una a una todas mis propuestas. Sus palabras textuales han sido: «Un proyecto interesante, hija, y no dudo de que podría funcionar, pero será mejor que te lo guardes para ti. Se salen de la línea de trabajo de Harper Global Media y podrían hacer que perdiéramos la confianza de los principales socios e inversores. Hemos trabajado muy duro para llegar hasta aquí y no nos podemos permitir el lujo de tirarlo todo por la borda para satisfacer las ambiciones de una mujer». Al parecer, a todos, menos a mí, les ha hecho gracia su comentario. ¿Te lo puedes creer? —Su enfado vuelve a crecer adquiriendo cotas insospechadas —. Mi propio padre me ha dejado en evidencia delante de toda la empresa. ¿Cuándo dejará de verme como su «niñita caprichosa» y me empezará a valorar?

No sabe cuánto la entiendo. Durante toda mi vida he vivido bajo el mismo yugo que todavía la ata a ella.

—Oh, perdona, Carter, ¡qué desconsiderada he sido! No quiero agobiarte con mis problemas. ¿Qué tal tu día? ¿Cómo te encuentras? —Se interesa por mi estado y me observa de arriba abajo, como si de esa forma pudiera averiguar si tengo dolor o estoy cansado.

—B, tus problemas ahora son también los míos —le recuerdo y, ahora sí, la beso como llevo deseando hacerlo desde que nos hemos despedido esta mañana.

En cuanto su sabor, mezclado con el néctar del vino, me inunda el paladar, me olvido, por un instante, de todo lo que no seamos ella, yo y este beso. Me cuesta ponerle fin y regresar a la conversación que estamos manteniendo.

—Y, ¿qué ideas son esas, Bree? —pregunto. A mí sí me interesa escucharlas. En el poco tiempo que compartimos despacho, tuve la ocasión de ver en vivo y en directo cómo trabaja esta mujer. Su valía no tiene nada que ver con su apellido que, lejos de ayudarla, también ha supuesto un lastre en su camino.

Durante los siguientes minutos se dedica a replicar con ilusión la presentación que tan poco éxito ha tenido frente a la junta de la empresa de su familia. Sin embargo, esta vez tiene frente a ella a alguien que, hasta hace nada, vivía encerrado en la misma burbuja que su público de esta mañana, pero que ha sido capaz de abrir la ventana y puede ver más allá del horizonte.

Cuando finaliza su exposición, me dan ganas de aplaudir. Sin embargo, me contengo y busco la copa que, hasta ahora, permanecía intacta sobre la mesa y le doy un sorbo. Aunque, sé que, con la medicación que tengo pautada, no es buena combinación, se me ha ocurrido una idea loca y necesito un pequeño empuje antes de darle voz y convertirla en algo real.

—¿Recuerdas lo que me propusiste cuando estábamos trabajando con el contrato de los Yankees? —le pregunto. Apenas han pasado tres meses desde entonces y parece que ha sido toda una eternidad.

Ella niega con la cabeza, está demasiado ofuscada con la situación actual como para retroceder en el tiempo hasta ese instante.

—Cuando parecía que estábamos en un callejón sin salida, en un continuo tira y afloja entre tu proyecto y el mío, propusiste que los desecháramos y empezásemos de nuevo —le refresco la memoria—. Y tu idea funcionó mucho mejor de lo que lo habría hecho cualquiera de los otros dos proyectos por separado, a pesar de introducirles mejoras. ¿Y si volvemos a hacer lo mismo? —sugiero.

—No sé a dónde quieres ir a parar con esto, Carter. No te sigo. —Me mira descolocada.

—¿Y si montamos una nueva empresa de marketing desde cero? Necesitaríamos una pequeña ayuda de tu padre, sin que su nombre saliera manchado si la cosa se tuerce. Tan solo participaría de los beneficios, una especie de filial de Harper Global Media, con un enfoque fresco, revolucionario y vanguardista en la que podríamos dar vida a tus ideas.

Sus ojos me contemplan con estupor, como si de repente me hubiera vuelto loco —o tal vez sea la peligrosa consecuencia de mezclar alcohol y pastillas—, al mismo tiempo que un brillo de ilusión ante mi efusivo discurso se va abriendo paso en su mirada. Animado por esa reacción, me vengo arriba, con la firme convicción de que, juntos, somos invencibles.

—Imagínate, Bree: «B&D Marketing Solutions» —propongo el primer nombre que me viene a la cabeza, en clara referencia a la firma de nuestros emails cuando todavía éramos anónimos, y hago un gesto en el aire como si estuviera visualizando un enorme cartel luminoso con el logo de la empresa—. ¿Qué me dices? Suena bien, ¿eh? Además, tú y yo ya hemos demostrado que no solo formamos un gran equipo en la cama. —Alzo las cejas de manera sugerente y consigo arrancarle una sonrisa que me calienta el pecho, que ya late desbocado ante mi alocada propuesta —. Les demostraremos que estamos muy por encima de nuestros apellidos.



25 – COMO YO LA MIRABA

Brittany

El eco de las palabras de Carter sigue resonando en mi mente. «Abrir una sucursal juntos». La idea me ha dado vueltas desde entonces. Somos un equipo, lo hemos comprobado en cada pequeño reto, en cada mirada cómplice. Y, sin embargo, hay una barrera que se interpone en todo esto: mi padre. El hombre que ha pasado las últimas semanas ignorando mis ideas, anulándome, como si haberme enamorado de Carter, me restara toda credibilidad profesional.

Camino por el pasillo de la oficina con un nudo en el estómago. Cada paso es un recordatorio de la conversación que debo tener. Es una mezcla de rabia y decepción lo que me empuja hacia delante, esa sensación de ser invisible en lo que debería ser mi propio terreno. Hoy no voy a permitirlo.

Abro la puerta sin llamar, algo que sé que lo irrita profundamente. Mi padre levanta la mirada de los papeles que tiene frente a él, sus ojos me estudian por un segundo antes de que deje caer la pluma sobre la mesa, su gesto muestra una mezcla de sorpresa y cansancio.

—¿Qué pasa, Brittany? —pregunta con calma, pero siento una barrera entre nosotros. Un muro que nunca había estado ahí.

Si algo ha sido mi padre para mí desde que tengo uso de razón, es un referente. La persona a la que siempre me he querido parecer desde pequeña. Me acuerdo de que una vez, ya en la universidad, en un taller motivacional, nos preguntaron cuál era nuestro héroe o heroína y por qué. Mis compañeros dijeron todo tipo de personajes; desde Superman, pasando por Gandi, hasta Martin Luther King. Yo dije: «mi padre». Y no tuve ni que explicar el motivo. El profesor me aplaudió.

Ahora, me cuesta afirmar lo que siempre tuve tan claro: su reacción ante Carter me ha decepcionado como nada pudiera haberlo hecho.

Me acerco al escritorio, me planto frente a él con los brazos cruzados y trato de contener la marea de emociones que amenaza con desbordarse.

—Tenemos que hablar —digo sin titubear, aunque por dentro estoy temblando.

—Adelante —me alienta al recostarse en su silla, como si estuviera preparándose para una discusión que ya da por vencida—. ¿De qué se trata esta vez?

Respiro hondo, mi pecho sube y baja con lentitud. Siento el aire cargado de la habitación, el olor a cuero y madera oscura impregnan el ambiente, una mezcla que siempre me ha hecho sentir en casa, en cambio, ahora, es como si estuviera entrando en un lugar al que no pertenezco.

—Sé lo que estás haciendo, papá —empiezo, con la voz contenida, evitando alzar el tono—. Sé que me estás apartando, anulas mis ideas porque estoy con Carter. Y quiero dejarte algo muy claro: eso no va a impedir que haga mi trabajo y mucho menos vas a poner en duda que lo haga bien, como siempre lo he hecho. Porque Carter ha aparecido en mi vida hace unos meses y yo llevo «años» —enfatizo— dejándome la piel en la empresa para demostrar, más que nadie, que

valgo como la que más.

Mi padre entrecierra los ojos, se cruza de brazos, su expresión no cambia, aunque puedo ver cómo sus hombros se tensan ligeramente. No está acostumbrado a que lo enfrenten de esta manera.

—Brittany, no estoy mezclando lo personal con lo profesional. Solo… —dice, aunque le falta convicción.

—Lo haces —lo interrumpo antes de que pueda seguir—. Sabes que lo haces. Y entiendo que no te guste que esté con un Donovan, entiendo que el pasado entre nuestras familias te pesa más que a mí, sin embargo, eso no te da derecho a invalidarme en el trabajo. Soy buena en lo que hago, lo sabes. Y no voy a dejar que esto —señalo hacia el vacío, refiriéndome a todo lo que nos rodea— sea lo que nos destruya, ni a mí, ni a mi relación con él. Por lo que a ti y a mí se refiere, de ti depende que el vínculo que siempre hemos tenido desaparezca. Tú sabrás a qué le das más importancia, si a un hombre que te hizo daño en el pasado o al buen entendimiento con tu propia hija.

El silencio que sigue es tenso. Mis palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros. Siento la dureza del suelo bajo mis pies, la presión que aumenta en mi pecho mientras espero una respuesta. Su mirada se suaviza, apenas un destello que indica que mis palabras lo han alcanzado de alguna forma.

—Me equivoqué —admite de pronto, en voz baja, casi como si le diera vergüenza admitirlo —. No debí mezclar lo personal con lo profesional, tienes razón. Hice mal al hacerlo. Has demostrado ser capaz, una y otra vez. Te lo reconozco. —Hace una pausa, y su mirada se endurece de nuevo—. Pero mi opinión sobre Carter no ha cambiado ni va a cambiar.

Mi corazón da un vuelco. Esperaba esta respuesta, aunque escucharlo no deja de doler.

—Si quieres hablar de trabajo, adelante. Las puertas están abiertas para ti en todo momento. Ahora bien, no quiero saber nada de tu novio —concluye, con palabras firmes como una sentencia.

Me quedo mirándolo por un momento, con una mezcla de frustración y orgullo por haber dicho lo que necesitaba decir. No puedo cambiar sus sentimientos hacia Carter, aunque, por lo menos, he logrado que, al menos, reconozca mi valía en el trabajo. Y eso, por ahora, es suficiente.

—Perfecto —respondo, con una calma que no siento del todo—. Entonces hablemos de trabajo.

Su ceño se frunce, no obstante, me hace un gesto para que continúe.

—He estado estudiando el mercado chino —digo, sacando el tema en el que llevo varios días investigando—. Está en auge, y sería un error no aprovechar la oportunidad de acercarnos a ellos. Patrocinar la fiesta del Año Nuevo Chino en el parque Sara Roosevelt sería una forma perfecta de conectar con empresarios clave y mostrar que nuestra empresa apoya la diversidad cultural. Un *networking* enmascarado de «altruismo».

Mi padre me observa en silencio. Sé que está evaluando cada palabra, cada opción que se le va planteando ante mi propuesta. La luz que entra por la ventana crea sombras en su rostro, y lo hace parecer aún más distante de lo que en realidad está. El silencio se prolonga lo suficiente como para que empiece a dudar de si mi proposición tendrá éxito.

—Es una buena idea —dice al fin, aunque su tono sigue siendo lejano—. Si puedes

organizarlo, adelante. Te daré el respaldo necesario. Prepara un informe con los posibles contactos y qué podemos ofrecerles.

—Perfecto, mañana a primera hora lo tendrás —respondo, y esta vez siento una ligera victoria en mis palabras.

—¿Algo más? —pregunta con la estilográfica otra vez entre sus manos.

—Sí. Carter me ha propuesto abrir una filial juntos. —Me muerdo los labios esperando la explosión que sé que va a venir.

—¡¿Cómo?! ¿Se mete en mi familia y ahora quiere hacerme la competencia? Estás tensando mucho la cuerda, Bree. Párate a pensar en lo que ese hombre está haciendo.

—No sería competencia. Nos iríamos de Nueva York. Podríamos ampliar el mercado en Boston. Tenemos clientes que no hemos podido atender por volumen y por falta de tiempo. Piénsalo, Carter no quiere quitarte nada, es muy válido y solo quiere demostrarles a todos que nadie, al igual que a mí, le ha regalado nada.

—¡Olvídate, Brittany! —grita, enfurecido—. No voy a consentir que nadie, y menos un Donovan, me diga cómo tengo que redirigir mi negocio. No quiero oír hablar más del tema. Si quieres seguir adelante con el año nuevo chino, me parece bien, pero una filial… —dilata las aletas de la nariz y niega con la cabeza—. Maldito engreído… —murmura.

—Piénsalo. Sabes que yo nunca haría nada que te perjudicara y creo que es una buena oportunidad. Somos jóvenes, captaríamos empresas potentes y emergentes. Una visión mucho más enfocada a la generación Alfa. —Me envalentono al querer mostrarle el abanico de posibilidades que he estudiado con Carter estas últimas semanas.

—¡Basta! No quiero oír hablar de ello. Si no tienes ninguna barbaridad más que decir, vete, tengo mucho que hacer.

—De acuerdo, papá. Te mandaré el mapa de ruta para que puedas estudiarlo.

Sin tiempo a que me responda que «ni se me ocurra», doy media vuelta y salgo de su despacho, cerrando la puerta tras de mí y dejando ir un suspiro.

———— ◦ ❖ ◦ ————

Los preparativos para la fiesta del Año Nuevo Chino avanzan a toda velocidad. Los alrededores del parque Sara Roosevelt se van transformando poco a poco, las linternas rojas y doradas adornan las calles, y los puestos de comida tradicional se alinean en torno al espacio destinado al evento. La energía del lugar es contagiosa, y cada vez que camino entre las decoraciones, me siento más conectada con lo que hemos logrado.

Los farolillos chinos cuelgan de los árboles, balanceándose suavemente al compás de la brisa. Siento cómo los nervios me recorren el cuerpo, una mezcla de anticipación y tensión. Sé que mi padre estará aquí, observándonos, y aunque estoy decidida a no dejar que su desaprobación me afecte, es difícil ignorar su presencia.

Carter, que camina a mi lado, me aprieta la mano con suavidad, y su contacto me devuelve la calma. Nuestras miradas se cruzan y, por un momento, todo lo demás desaparece. Me sonríe, con esa tranquilidad y seguridad que siempre logra relajarme, como si me recordara que no importa

lo que ocurra, estamos juntos en esto, a pesar de que el peso de la relación con mi padre sigue siendo una carga silenciosa.

Sé que D no quiere empeorar la tensa relación que mantengo en este momento con mi progenitor, sin embargo, yo quiero hacer ver a mi familia que él es mi pareja, la persona a la que he elegido como compañero de vida, no podía dejarlo en casa. Es un acto familiar y él, ahora, es parte de mí. Cuanto antes se acostumbren, antes relajaremos el ambiente.

—¿Estás segura de que esto es lo mejor? —pregunta Carter mientras caminamos hacia el centro del parque. Su tono es calmado, pero sus ojos me transmiten la preocupación que realmente siente.

—No me importa lo que diga mi padre —le respondo, sin dudar—. Quiero que estés conmigo. No pienso esconderte de nadie.

—Lo haremos bien —me dice en voz baja. Noto su aliento cálido en mi oído, antes de besarme con dulzura en la sien.

Asiento, tomo una bocanada de aire frío, y avanzo con él hacia la zona de los patrocinadores. A medida que nos acercamos, distingo la figura de mis padres. Mi madre está hablando con algunos invitados, su expresión es afable y relajada, como siempre. Mi padre, en cambio, se encuentra de pie junto a ella, con los brazos cruzados y el rostro serio y distante, observándonos con esa mirada crítica que me ha perseguido durante estas últimas semanas, después de nuestra charla en su despacho.

El nudo en mi estómago se aprieta, aunque sigo avanzando. No puedo detenerme ahora. Mi madre se gira y su rostro se ilumina en cuanto nos reconoce. Se excusa brevemente de la conversación en la que está y se dirige hacia nosotros, con una sonrisa que me aporta alivio.

—¡Brittany, cariño! —Me envuelve en un abrazo cálido. Su perfume familiar, una mezcla de rosas y lavanda, me reconforta de inmediato. Aprovecha ese instante para susurrarme al oído, como solo una madre sabe hacer—: Estoy orgullosa de ti. No le hagas caso al cascarrabias de tu padre. Has hecho bien en no ceder ante él.

—Gracias, mamá. —La estrecho con fuerza y suspiro. Por lo menos tengo una aliada en el frente enemigo.

Sus palabras me llenan de una fuerza renovada. Me separo de ella y veo el brillo en sus ojos, una mezcla de apoyo y amor que me da el impulso que necesito. Carter también la saluda con una sonrisa y aunque mi madre nunca ha mostrado abierta simpatía hacia él, en este momento veo algo diferente. Le devuelve la sonrisa y, dejándome con la boca abierta, se acerca a él y le da un pequeño abrazo. Al principio, Carter se queda tieso, aunque enseguida le corresponde y le deja un beso en la mejilla.

Entonces, dirijo la mirada hacia mi padre. Está ahí, a unos metros de distancia, observándonos con su ceño fruncido. No lo voy a evitar, voy a saludarlo, primero para hacerle ver que mi decisión con D no es algo que haya tomado a la ligera. En segundo lugar, porque estamos aquí por negocios y sería muy sospechoso que padre e hija no se hablaran.

Su postura rígida no cambia cuando nos acercamos. Siento la tensión aumentar en el aire, como si el frío invernal se hiciera más intenso en su presencia.

—Papá —saludo con calma, intentando mantener el control de mi voz.

Me mira un segundo, luego desvía los ojos hacia Carter. El silencio se hace entre los tres y las palabras no pronunciadas pesan en el ambiente. Carter, siempre respetuoso, mantiene su

mirada firme pero no desafiante, esperando el momento en que mi padre decida siquiera a saludarlo.

—Brittany —dice al fin, con un tono neutral, como si quisiera mantener una distancia emocional y hacerse un poco el ofendido—. Veo que estás aquí… y que no has venido sola.

El corazón me bombea con fuerza al escuchar su reproche en público, un claro intento de hacerme sentir culpable por tomar una decisión que ya sabía que no le agradaría.

—Así es, creo que ya conoces a Carter, ¿verdad? —Pregunta retórica. Yo también sé hacer que alguien se sienta mal y aunque los nervios me comen, no estoy haciendo nada malo—. Más vale que te vayas acostumbrando a verlo porque a partir de ahora me acompañará en cada acto, evento, inauguración o cena que tenga como mi pareja.

Mi padre hace una mueca con los labios, formando una fina línea con ellos y me mira con una mezcla de sorpresa y molestia, pero no dice nada más. Los tres estamos incómodos, aunque me niego a retroceder.

Antes de que la situación pueda tensarse más, mi madre coloca una mano en el brazo de su marido, un gesto sutil que él nota de inmediato. Es su forma de intentar calmar las aguas, y aunque él no responde directamente, veo que baja la guardia. Su mirada se vuelve hacia mí, más suave que antes, sin embargo, sigue sin dirigir una palabra a Carter.

—Vamos a lo que hemos venido —propone para cambiar de tema—. La ceremonia está a punto de empezar.

Asiento, y aunque me tranquilice que no lo haya echado ni dicho nada desagradable, el malestar sigue ahí, flotando a nuestro alrededor. Carter me mira, me guiña un ojo y me ofrece una pequeña sonrisa, un recordatorio de que, aunque la situación es difícil, no estamos solos en esto.

Nos dirigimos hacia el área reservada para los patrocinadores. A nuestro alrededor, el parque está lleno de vida. La música tradicional china llena el aire, los tambores resuenan en la distancia y los fuegos artificiales comienzan a iluminar el cielo. Las luces rojas y doradas bailan sobre nuestras cabezas, creando una atmósfera casi mágica.

Carter, siempre atento, desliza una mano por mi espalda para ofrecerme apoyo. El calor de su contacto me reconforta en medio del frío de la noche. Cuando finalmente llegamos al centro de la celebración, noto que mi padre nos sigue con la mirada. No dice nada, pero soy consciente de que su atención se posa en nosotros cada vez que Carter y yo interactuamos. Es como si estuviera evaluando cada gesto, cada pequeña muestra de afecto que compartimos, aunque sea algo tan simple como la forma en que Carter me ofrece su bufanda cuando el frío se vuelve más intenso.

—Relájate, nena —me susurra al oído—. Disfruta de la fiesta. ¿Sabes cuándo llega el momento de la cuenta atrás para que pueda besarte de una vez? —Quiero a este hombre, es increíble lo que siento estando con él y cómo me siento a su lado. Sabe qué hacer y qué decir en cada ocasión para hacerme sentir bien. Y ahora, lo acaba de volver a hacer: arrancarme una carcajada y hacer que los nervios se esfumen.

Me giro hacia él y en sus ojos veo ese amor incondicional que me ha mostrado desde que estamos juntos, pero que, en este contexto, parece amplificarse. Me recoloca la bufanda que me acaba de dejar alrededor del cuello con una delicadeza que me hace sonreír y sus manos se quedan en mis mejillas, me acaricia con los pulgares y su mirada me habla de cuánta gente le sobra a nuestro alrededor y lo mucho que me necesita. Me inclino hacia él, me dejo llevar por

este momento, sin pensar en nadie más que en él y es un instante tan íntimo que el mundo, a nuestro alrededor, se desvanece.

Carter levanta una mano y me aparta un mechón de pelo que ha quedado suelto. El gesto es suave, delicado, casi como si temiera romper algo frágil. Mi corazón late más fuerte con ese simple movimiento.

—No sabes cuánto te quiero —susurra Carter con una voz apenas audible por encima del bullicio de la fiesta.

Me sonrojo, y no por el frío, sino por la profundidad de sus palabras. Cada vez que lo dice, es como si el suelo bajo mis pies desapareciera y me quedo suspendida solo por el amor que compartimos.

—Y yo a ti —confieso de vuelta.

Sus manos se deslizan por mis brazos y se detienen en mi cintura mientras me atrae más hacia él. Mi cuerpo reacciona de forma automática y no opone resistencia, deseando sentir cada parte de él. La cercanía entre nosotros me llena de una sensación de seguridad que nunca había sentido antes. Es como si, en sus brazos, estuviera a salvo de todo lo que el mundo pudiera lanzarnos.

Carter me envuelve con sus brazos, y apoyo la cabeza sobre su pecho. Puedo escuchar el latido constante de su corazón, un ritmo que se acompasa al mío. Mis manos se aferran a su abrigo y, por un momento, cierro los ojos, y dejo que la tranquilidad de este instante nos envuelva. La fiesta sigue su curso, pero para mí, solo estamos él y yo.

Carter inclina la cabeza y me besa la frente, un gesto que me derrite por completo. Abro los ojos y los enredo con los suyos, hay algo en la forma en que me mira, algo más profundo que solo el amor que compartimos. Veo gratitud, devoción, y una promesa silenciosa que aún no estamos preparados para verbalizar.

—No sé qué haría sin ti —digo en un susurro, mis dedos rozan su mejilla. Su piel se siente cálida bajo mis dedos helados y me doy cuenta de lo mucho que me he perdido con él por culpa de nuestras familias.

—Cuánto tiempo malgastado odiándonos, ¿no? —Parece que me haya leído la mente. Me muerdo el labio inferior y asiento.

—Lo importante es cómo se termina, no cómo empieza. O eso es lo que dicen —respondo sensual. Tengo ganas de irme ya de aquí y estar en la soledad de nuestro apartamento.

—Eso dicen, sí … —asevera con la vista fija en mi boca.

Nos quedamos así, bajo el cielo iluminado por los fuegos artificiales, rodeados de la música y los murmullos de la gente, pero completamente ajenos a todo lo que no sea el otro. Carter inclina la cabeza hacia mí y nuestros labios se encuentran en un beso lento y profundo y que no me sabe solo a beso; es una promesa mutua. Un juramento silencioso que nos dice que, sin importar los desafíos, estamos en esto juntos, pase lo que pase y pese a quien le pese.

Noto su mano en mi nuca, su piel contra la mía, y me dejo llevar por la sensación de estar exactamente donde debo estar y con quien debo. Solo importa el contacto entre nuestros labios, la electricidad que corre mi cuerpo al sentirlo tan cerca, el sabor de su boca y la suavidad de sus manos acariciando mi nuca. Cada fibra de mi ser se conecta a él y el calor de nuestro beso parece derretir el frío de la noche.

Cuando nos separamos, nuestros rostros siguen a escasos centímetros el uno del otro. Ambos

respiramos profundamente, como si el aire alrededor hubiera cambiado, volviéndose más denso y cargado de emociones.

Es entonces cuando noto la mirada de mi padre. Está a unos metros de distancia, observándonos, y su expresión no es la que esperaba. No hay rastro de desaprobación, ni de la frialdad habitual. En su lugar, veo sorpresa, incluso algo de comprensión. Parece haber visto algo en nosotros que no había querido ver antes.

Carter, ajeno a la presencia de mi padre, me acaricia el rostro una vez más, sus dedos recorren mi mejilla y siento cómo mis piernas casi tiemblan ante el gesto.

—Haz lo que tengas que hacer y desaparezcamos de aquí, Bree, te necesito demasiado —declara con los ojos clavados en los míos.

Asiento, sin poder articular palabra. Todo lo que percibo es demasiado grande para expresarlo con simples frases. Solo sé que Carter y yo hemos llegado a un punto de no retorno, un punto en el que sabemos que lo que tenemos es real, que vale la pena luchar por ello.

Vuelvo a desviar la mirada hacia mi padre y veo cómo sus hombros, siempre tensos, parecen relajarse y hay algo en su mirada que me conmueve. Es como si finalmente nos comprendiera. Como si, por primera vez, viera a Carter como lo que realmente es: el hombre que me ama y no un enemigo.

Cuando la ceremonia inaugural termina y los fuegos artificiales se apagan, mi padre se acerca. Su rostro está serio, sin embargo, no hay rastro de la dureza habitual para con D. Me mira a mí, luego a Carter, para suspirar al final.

—Brittany, hoy he visto algo que no esperaba. —Sus palabras son lentas, meditadas—. He visto cómo te cuida, cómo te mira. Y me he dado cuenta de que… me recuerda a cómo miraba a tu madre cuando éramos jóvenes. —Siento un nudo en la garganta, pero logro mantener la compostura mientras mi padre continúa—. Te debo una disculpa. —Hace una pausa, como si le costara más de lo que quiere admitir—. Me equivoqué. No quiero ser el obstáculo en tu vida, ni en lo profesional ni en lo personal. Si realmente lo amas, y por lo que he visto hoy, es mutuo, entonces estaré de vuestro lado. —Sus ojos se desvían hacia Carter.

—Ven el lunes a mi despacho y hablamos de la filial —le propone a la vez que alarga la mano para estrechársela.

Carter duda un segundo de nada, está alucinando, como yo, y al final le acepta el gesto.

—Allí estaré, Sr. Harper.

Una ola de emoción me invade, tengo que respirar hondo para tragarme las lágrimas y poder sonreír como se merece.

—Gracias, papá —murmuro, me separo de los brazos de Carter para lanzarme a los suyos, que me reciben como siempre lo han hecho, como si aún tuviera cinco años y fuera su pequeña.



26 – ATREVERSE A SER FELIZ

Carter

Llegamos a casa arrancándonos la ropa, con las lenguas enganchadas, mientras, entre tirones, su abrigo cae al suelo y acompaña al mío. Me descalzo entre patadas y sus zapatos de tacón vuelan por el salón. No sé si nuestro elevado nivel de excitación se debe a que nos hemos ido calentando de manera tonta durante la celebración del nuevo año chino, a que el padre de Bree haya aceptado por fin nuestra relación o a que nos haya concedido su permiso para empezar un proyecto juntos en el terreno profesional.

Era la primera vez que nos mostrábamos como pareja en público y ha sido tal el subidón de adrenalina que me ha provocado ese hecho, que me he venido arriba. Comprobar que Brittany no se oponía a nuestras muestras de cariño en público, que respondía con las mismas ganas, a pesar de que sus padres estaban delante y teníamos decenas de ojos puestos en nosotros, ha propiciado que esos besos dulces y castos que se me escapaban hacia su mejilla resbalasen hasta su boca y tomaran intensidad. La necesidad primitiva de estar cada vez más cerca de ella, de tocarla, ese impulso incontrolable de que mis manos entren en contacto con su cuerpo, esa desazón que siento en los dedos que solo se calma sobre su piel, unida a insinuaciones subidas de tono, susurradas al oído, nos han llevado hasta este momento.

El taxista que nos ha traído hasta aquí se ha debido de marchar con un buen calentón. Nada más arrancar el motor del vehículo, me he abalanzado sobre B, cual depredador, y he empezado a devorarla mientras buceaba bajo su ropa como un jodido adolescente en los asientos traseros de un coche. Poco me han importado las miradas que el conductor nos lanzaba a través del espejo retrovisor. Al contrario, creo que la envidia colgando de sus ojos y el morbo de estar siendo observados, me han puesto más a tono todavía.

A trompicones, conseguimos llegar hasta el dormitorio. Golpeamos un par de muebles y algún que otro objeto de decoración cae al suelo. Espero que no se haya roto. Dejamos detrás de nosotros un reguero de prendas, como si de un camino se tratara, hasta que caemos sobre el colchón, en ropa interior, aunque vaticino que esta no va a tardar mucho en desaparecer. No creo que la tela que las compone pueda soportar las llamas que prenden nuestra piel.

En cuanto su espalda roza el suave edredón de plumas, mi boca cae sobre ella. Arquea su espalda, se entrega a mí como una exquisita ofrenda y la adoro como si fuera una diosa, mi diosa. No hay ni un milímetro de su anatomía que no saboree mientras mis manos se ocupan de terminar de desnudarla entre caricias exigentes. Bree no se queda atrás, sus dedos, curiosos, me recorren la piel, me exploran, me arañan y encienden cada molécula de mi ser, sin que se olvide de ningún rincón.

Ya completamente desnudos, nuestros cuerpos se enredan sin que podamos distinguir dónde acaba uno y empieza el otro. Nos convertimos en fuego, quemamos las sábanas y consumimos el oxígeno de esta habitación entre jadeos.

Uno de los mejores descubrimientos que he hecho durante estas últimas semanas, en lo que a Brittany se refiere, es que toma la píldora desde hace años. Eso, unido a que, en una de mis revisiones médicas tras el accidente, ambos aprovechamos para hacernos unos análisis rutinarios, me permiten que ahora pueda hundirme en ella sin barreras. Resbalo hacia su interior sin dificultad, siento como se va abriendo para mí, me convierto en parte de ella, consciente de cada milímetro de su cuerpo que ahora es también mío. Su sexo se acopla al mío de una forma perfecta y me abraza. Es, simplemente, sublime. Sería capaz de correrme solo con esta sensación, pero no lo hago.

Una vez que nuestros cuerpos se conectan, ralentizamos el ritmo y desaparecen las prisas. Dejamos a un lado la urgencia que nos ha traído hasta aquí, porque ya estamos en el punto en el que ambos ansiábamos, fusionados en un único ser, como las dos mitades de un todo.

Apenas me muevo sobre ella, solo me limito a mirarla a los ojos, a sumergirme dentro de su mirada verde.

—Te quiero, B, te quiero como jamás pensé que pudiera amar a nadie —confieso y como si mis palabras no fueran suficientes, necesito besarla, sellando con mis labios sobre los suyos esta verdad que me arde dentro del pecho.

Y con el eco de mi declaración convertido en una dulce canción que se impregna en estas cuatro paredes, comenzamos un baile lento en el que nos unimos aún más, si cabe. Pronto, nuestras respiraciones se aceleran, se vuelven erráticas y lo convierten en una danza mucho más lasciva, conforme la melodía alcanza el punto álgido, en la que nuestras bocas chocan, se muerden y se comen mientras nuestros cuerpos se funden y se deshacen sobre las sábanas. Como una gran ovación que llega al final de la canción, estallamos al unísono, en un potente orgasmo que me vibra más allá de las entrañas, un placer que no solo se siente de forma física y que nos deja sin aliento.

Agotados, sin fuerzas y bañados en una película de sudor, nos abrazamos. Ni siquiera salgo de su interior, no quiero separarme ni un jodido milímetro de ella. Me encuentro con la espalda apoyada sobre el colchón, mientras trato de recuperar el aliento, con Bree prácticamente encima de mí. Su cabeza descansa contra mi pecho. Sé que puede escuchar los latidos de mi corazón, todavía con el pulso acelerado, que, en cada golpe, pronuncian su nombre.

Brittany no tarda en dormirse, sin embargo, yo no tengo sueño. Prefiero contemplarla mientras lo hace, se ha convertido en una de mis aficiones favoritas, especialmente si viene justo después de otra de ellas, como acaba de suceder. Sonrío ante su imagen apacible y serena, con el pelo todavía revuelto y los labios hinchados por mis besos. Si tuviera que escoger solo uno entre los miles de momentos con ella, sin duda, me quedaría con este. Quiero repetir esto cada noche —o varias veces al día— durante el resto de mi vida.

Aunque ya estoy casi recuperado por completo de mi accidente, ya sin escayola y con las costillas ya soldadas, seguimos viviendo juntos. No nos hemos planteado otra opción diferente. Desde un principio, la convivencia ha sido natural, tan fácil y gratificante, que no se me ha pasado por la cabeza marcharme de aquí. Además, sigo sin tener a dónde ir, me tendría que buscar algún apartamento de alquiler, pero ni siquiera he barajado esa posibilidad. Bree tampoco lo ha mencionado, no parece que tenerme como inquilino le moleste. Nos hemos adaptado el uno al otro tan bien, como si lleváramos años haciéndolo o como si ambos supiéramos que estar juntos es nuestro destino. Por qué esperar si podemos llevarlo a cabo desde ahora.

Puede que, a partir de ahora, contemos con el consentimiento del padre de Brittany para dar luz verde a nuestra nueva empresa, sin embargo, se trata de una simple formalidad, ya que llevamos trabajando juntos desde que salí del hospital. Sin nada que hacer, para que el aburrimiento no me ganara la partida, le preguntaba sobre los detalles de su trabajo y los proyectos que escondía esa mente prodigiosa suya. Durante este tiempo, he sido su consejero en la sombra, las propuestas que le ha presentado a su padre han surgido de manera conjunta, fruto de una complicidad que se extiende más allá de estas sábanas y abarca todos los ámbitos en los que B y yo nos movemos. A partir de mañana, ya será oficial, B&D Marketing Solutions se convertirá en una realidad.

———— ◦ ❖ ◦ ————

No nos ha llevado demasiado tiempo dar forma a nuestra empresa y colocarla como una prometedora revelación dentro del mundo del marketing. Teníamos todo bastante hilado gracias a la compenetración natural que surge de poner nuestras mentes a trabajar juntas. Jamás he sentido una conexión tan potente y a tantos niveles como la que siento con B. Solo nos hacía falta una pequeña inyección de capital por parte de su padre para que empezara a rodar. Dinero que, en tan solo unos pocos meses, conseguiremos devolverle, añadiendo su parte de beneficios.

No he vuelto a ver a mi padre ni a mi hermano desde el accidente, aunque eso no significa que no les haya seguido la pista. Su empresa ha perdido un buen número de clientes, que han optado por confiar en una nueva compañía joven y fresca, alejada de las ideas algo arcaicas de Donovan Media. Sí, exacto, me he ocupado de mejorar las condiciones que les ofrecía mi padre para que se pasaran a mi bando. No he recurrido al juego sucio, eso no va conmigo, aunque me lo hayan enseñado desde la cuna, solo les he ofertado lo que buscaban. Al fin y al cabo, era yo quien trataba con ellos y sabía lo que querían.

Aunque se encuentran al borde de la ruina, por lo que me ha confesado mi madre, con la que sí mantengo el contacto, de cara a la galería siguen vendiendo su imagen de familia sólida y exitosa, tras superar el pequeño bache de deshacerse de la oveja negra. Justificaron mi salida como el capricho de un niño mimado que traicionó la mano que le daba de comer y me culparon de los errores que ellos cometieron. Buscaron en mí a la cabeza de turco sobre la que lanzar toda su mierda.

Sin embargo, sus calumnias no me quitan el sueño. No falta mucho para que se conozca la verdad y ya no habrá puertas que puedan contener las mentiras de Arthur Donovan. No saben que soy yo, que somos nosotros, quienes se encuentran detrás de la empresa encargada de pronunciar la debacle en la que ellos solitos se han metido. Me he cuidado mucho de mantener el anonimato, de que los nombres relacionados con B&D sean los del resto de nuestro equipo, mientras los dos directivos principales permanecemos en la sombra, para que la sorpresa, cuando lo descubran, sea aún mayor. Quiero ser yo mismo quien se lo diga cuando caigan, para ver su reacción en primera fila. Esa será mi dulce venganza.

Hoy, después de varios meses sin vernos, va a tener lugar nuestro reencuentro. He sido invitado, como acompañante de la heredera del imperio Harper, a la gala benéfica que se celebra

el último viernes de mayo y que da la bienvenida al próximo verano. Una de esas fiestas que tan poco me gustan, en la que priman las apariencias, a la que asistirá toda la alta sociedad neoyorquina, familia Donovan incluida.

Como no podía ser de otro modo, entro de la mano de Brittany, como la feliz pareja que somos. Lo de esconderse, quedó atrás hace tiempo. En cuanto ponemos un pie en el salón principal, echo un vistazo a mi alrededor y no me lleva más que un par de segundos localizar a Arthur Donovan y a su primogénito —o tal vez debiera decir único hijo— pegado a su culo. Los ignoro, tal y como hicieron ellos cuando me estaba debatiendo entre la vida y la muerte, y sigo a Bree hacia el lugar en el que se encuentran sus padres.

—Hola, pareja —nos saludan con afabilidad.

Ella me recibe con un pequeño abrazo y él con un fuerte apretón de manos. Con ese simple gesto, acabo de obtener mayor muestra de cariño por parte de quien ya considero mi suegro que la recibida durante los últimos años por quien creía que era mi padre.

—Estáis haciendo un gran trabajo, chicos —nos felicita tras ponernos al día—. De seguir así, no me extrañaría que B&D Marketing Solutions se postule como candidato a uno de los galardones entregados por NYF.

—Muchas gracias, señor —respondo con respeto mientras Bree no puede ocultar una enorme sonrisa de orgullo.

Al cabo de unos minutos, me excuso y me separo del grupo.

—Disculpadme un momento, enseguida vuelvo. He de saludar a alguien.

Desde que he irrumpido en este lugar, he sentido dos pares de ojos inquisidores taladrándome la espalda, pendientes de cada uno de mis movimientos. Me giro y camino hacia ellos con seguridad, pese a que no son el objetivo de mis pasos. Siento el odio que destilan sus miradas desde aquí. Sin embargo, lejos de amedrentarme como ha hecho siempre y volverme más pequeño, rebota contra mí y me hace más fuerte.

Varias cabezas se giran a mi paso con curiosidad y expectación ante el inminente encuentro. Soy el único que sabe que, en realidad, no voy hacia ellos. Las patrañas de Arthur Donovan han llegado hasta sus oídos y, cómo no, se han dejado contagiar por su lengua viperina. Sé que no están de mi parte, no me preocupa lo que piensen de mí, ni me molestan sus cuchicheos. Ya no. Estoy por encima de ellos y el tiempo pondrá a cada uno en el lugar que se merece. Cuando descubran la verdad, como los lameculos que son, vendrán a mí arrastrándose, pero ya será demasiado tarde.

—Márchate —me ordena mi padre y me sujeta por el brazo cuando se da cuenta de que no pensaba detenerme a su altura—. No eres bienvenido, ya no eres un Donovan. No eres nadie, no perteneces a este mundo —añade apretando los dientes con rabia.

Miro con desdén su mano y, como si eso le quemara, la aparta de manera abrupta. Supongo que es consciente del lugar en el que nos encontramos, de que hemos captado la atención de parte de los invitados y no está dispuesto a montar un numerito delante de ellos.

—¿Y tú sí? A lo mejor tengo más derecho a estar aquí que vosotros. Tengo entendido que tu maravillosa empresa no funciona tan bien como quieres hacer creer a todos —le suelto, altivo y señalo a nuestro alrededor.

—¿Cómo demonios sabes tú eso? —pregunta en un tono tan bajo que solo Christian y yo podemos escucharlo. Su rostro acaba de palidecer. Ni siquiera se ha molestado en negarlo, está

demasiado impactado porque conozca su secreto mejor guardado.

—Sé muchas cosas —suelto con una sonrisa.

—Hermanito, ¡qué sorpresa verte por aquí! Tienes buen aspecto y veo que has venido en buena compañía —interviene Christian y me guiña el ojo, con complicidad, como si alguna vez hubiésemos sido amigos.

Es consciente del ambiente denso que nos envuelve, que amenaza con estallar en cualquier instante y quiere evitarlo a toda costa. Otro escándalo es lo que menos falta le hace ahora mismo.

—Ni se te ocurra tocarme —lo freno cuando hace mención de rodearme los hombros con su brazo—. y no vuelvas a llamarme así. Como bien has dicho, no soy nada vuestro, no tenéis ningún poder sobre mí y no tengo por qué rendiros cuentas —escupo con desprecio.

Christian abre más los ojos, con estupor. Supongo que, pese a ser el ojito derecho de Arthur Donovan, este ha omitido ciertos aspectos de nuestra historia.

Continúo mi camino sin mirar atrás. Cojo dos copas de champán de la bandeja de un camarero y llego al lugar en el que mi madre, una vez más, ha sido testigo mudo de nuestras disputas, no debe ser fácil para ella estar en medio. Permanece en un segundo plano, algo más alejada.

—Carter… —me saluda con un suspiro.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás? —le pregunto mientras le tiendo una de las bebidas, que acepta de buen grado, y le doy un par de besos en la mejilla.

—Bien —contesta, aunque, a pesar de su porte, elegante y perfecta como siempre, la veo mayor y con aspecto cansado.

—¿Vas a seguir engañándome? Pensaba que ya habíamos dejado las mentiras atrás —discrepo y alzo una ceja. No pretendo enfadarme con ella, solo quiero que sepa que hay cosas que no voy a pasar por alto. Me he cansado de mirar hacia otro lado y espero que ella haga lo mismo.

Exhala el aire, despacio, antes de volver a hablar.

—Estamos atravesando una situación complicada, hijo —me explica y asiento, comprensivo.

—Sabes que siempre contarás con mi apoyo, mamá. A ti no voy a darte la espalda, yo no soy como ellos —le explico.

Sé que su posición no es sencilla. Es de las pocas personas que sabe que estoy detrás de la empresa que le está arrebatando trozos del pastel a Donovan Media. No quiero que haya secretos entre nosotros y, por eso, estoy aquí. Yo le he revelado los míos y, ahora, ha llegado su turno.

—Tenemos una charla pendiente, mamá —le recuerdo.

—¿Tiene que ser ahora? —inquiere con desgana.

—Me parece un momento tan bueno como cualquier otro. Además, no parece que te lo estés pasando demasiado bien en esta fiesta, ¿no? ¿Te apetece dar un paseo por los jardines? —la invito y le ofrezco mi brazo.

Sonríe por primera vez, relaja su postura, siempre regia, y accede a acompañarme.

—Quiero que me cuentes tu historia, mi historia —le pido una vez que nos encontramos a solas, en la zona ajardinada que rodea a la lujosa mansión, en un camino delimitado por una serie de focos.

Me observa durante unos instantes, en silencio. Le mantengo la mirada, dándole a entender que no voy a cejar en mi empeño hasta que me lo cuente. Resopla, dándose por vencida, y

comienza a hablar.

—Cuando descubrí que tu padre, perdón, Arthur —rectifica en cuanto se da cuenta de su error— se había acostado con la madre de Brittany, me sentí traicionada. Se lo eché en cara y él, lejos de disculparse, me dijo que me fuera acostumbrando. Me recordó que el anillo que llevaba en mi dedo indicaba que era suya y que, como la buena esposa que se supone que era, tenía que obedecerle sin rechistar. Me sentí tan poca cosa… menospreciada y utilizada.

—¿Por qué no lo dejaste entonces? —me cuestiono.

—Es complicado, Carter. No creas que no me lo llegué a plantear. Era demasiado joven, tu hermano era muy pequeño y no tenía dinero ni apoyos fuera de ese círculo. En cambio, la vida que Arthur me ofrecía, llena de lujos, era muy tentadora… —No la veo muy convencida de lo que dice. Quizá lo que entonces le pareció obvio, puede que ya no lo sea tanto—. No tuve agallas. Preferí conformarme con eso a empezar de cero.

»Él estaba demasiado ocupado, pasaba mucho tiempo fuera de casa, y yo me sentía muy sola. Aunque los momentos en los que contaba con su presencia, tampoco aliviaban esa sensación. Me refugié en el servicio, cuyos miembros se convirtieron en mi única compañía, en mis amigos, en mi familia. Las atenciones de uno de ellos enseguida destacaron por encima de los demás. Hizo que, por primera vez en mucho tiempo, me sintiera especial. Entre nosotros surgió una atracción que mutó en algo más profundo y me enamoré. Nos enamoramos —confiesa—. Fue una época bonita.

A pesar de la oscuridad que reina a nuestro alrededor, veo un brillo en sus ojos que jamás había percibido con anterioridad, mientras su voz revive esas emociones.

—Tuvimos una aventura a espaldas de Arthur, pero, la cosa se torció y, en un descuido, me quedé embarazada —prosigue—. Mis convicciones me impedían poner fin a esa nueva vida que crecía en mi vientre y Arthur enseguida sospecharía que ese niño no era suyo, no es tonto y las fechas no cuadraban, además del hecho de que el sexo entre nosotros se había vuelto algo anecdótico. Así que decidí revelarle mi infidelidad. «Esto no puede salir de aquí», me dijo. «Tenemos una reputación que mantener. Me haré cargo de ese hijo como si fuera mío, pero jamás desvelarás tu secreto a nadie y dejarás de verte con ese hombre o me ocuparé de que te arrepientas durante el resto de tu vida», me amenazó.

—¿Llegó a saber quién era mi padre? —pregunto.

—No, no podía contarle toda la verdad. Le oculté que tenía a ese hombre en plantilla. Puede que hipotecara mi vida con esa confesión, pero no podía arriesgar la suya. Lo hubiera despedido y no podía hacerle eso. Era yo quien estaba casada, no él. No podía consentir que acarreara con mi error.

—¿Qué le dijiste?

—Le mentí, le dije que solo fue un tipo que conocí en un bar de fiesta, después de una de nuestras discusiones y que había bebido, una única noche que me salió demasiado cara. Que estuviera tranquilo, que ni siquiera sabía su apellido ni tenía forma de contactar con él. No le dio más vueltas, se lo tomó como si fuera el castigo de su mujer despechada que, cansada de los cuernos que lucía, quiso pagarle con la misma moneda.

—Así que ese hombre sigue trabajando para la familia —expongo mi suposición en voz alta, con la imagen de quien ha sido mi chófer personal en mente. Siempre ha estado demasiado pendiente de mis pasos, como si su interés en mí fuera más allá de complacer a quien le paga el

sueldo a fin de mes, como, por ejemplo, sus visitas al hospital cuando tuve el accidente. Cada vez veo más claros pequeños detalles que, en su momento, me pasaron desapercibidos.

No es capaz de confirmar mis palabras. Sin embargo, noto cómo el brazo que todavía tiene enredado en el mío mientras caminamos se tensa. Está nerviosa, sabe que me estoy acercando a la verdad y que ni siquiera va a hacer falta que ella pronuncie un nombre para descubrirlo.

—¿Seguisteis con vuestra relación clandestina? —continúo el interrogatorio.

—No, no, era demasiado arriesgado —enfatiza sus palabras negando con la cabeza—. Ambos nos jugábamos mucho. Era peligroso.

De pronto, retrocedo en el tiempo y me vienen recuerdos a la mente de cruces de miradas en la distancia, de un roce sutil en el brazo que de casual tenía poco y empiezo a verlo todo cristalino.

—Tiene que ser duro convivir con alguien a quien todavía amas sin poder demostrárselo —comento, recordando la época en la que todavía no me había dado cuenta de que mi amor por Bree estaba por encima de nuestros apellidos. De pronto, me doy cuenta de que mi madre y yo no somos tan diferentes.

—No, yo… no… —titubea, apurada al darse cuenta de que su secreto, que ella creía tan bien guardado, ha sido descubierto.

—Tranquila, él lo sabe. Y yo también —afirmo y mi convicción hace que trastabille. Por fortuna, todavía la sostengo con fuerza y evito la caída.

—A veces, mamá, no está de más atreverse a romper las cadenas y saltarse las reglas con tal de ser feliz —le aconsejo, mientras veo a Brittany acercarse hacia nosotros con una sonrisa.

A pesar de ser de noche, a su alrededor parece haber más luz, la que irradia su sola presencia y que tengo la suerte de que me ilumine cada día.

—Dime, hijo, ¿en qué momento dejaste de ser un niño pegado a mis faldas para convertirte en el tipo de hombre que eres ahora? Tan sabio y honrado —inquiere mi madre.

—En el momento en que ella apareció en mi vida.

—Carter, estás aquí. Te estaba buscando —anuncia Brittany, cuando llega hasta nuestra posición y añade un respetuoso saludo hacia mi madre—. Señora Donovan.

—Bueno, será mejor que vuelva antes de que se preocupen por mi ausencia —se excusa mi madre.

—Piensa en lo que hemos hablado —le pido mientras echa a andar de vuelta hacia la mansión.

En cuanto nos quedamos a solas, mis manos vuelan hacia su cintura. Su cuerpo se pega al mío y mis labios buscan su boca. He estado demasiado tiempo sin saborearla.

—¿De qué hablabais? —se interesa. Su sonrisa pícara me da a entender que ha escuchado más de lo que quiere reconocer.

—De ti, ¿de quién si no? —le respondo con el mismo tono.

—Espero que fueran cosas buenas…

—Le decía que, a veces, hay que ir en contra de las directrices que nos han marcado, salirse del camino y crear uno propio. Puede que no sea fácil, que tropieces o des un paso en falso y cometas errores, como añadir un punto de más en una dirección de correo electrónico, pero que puede que ese despiste te lleve a conocer a la persona más maravillosa que existe sobre la faz de la tierra.

»Y que cada día que pases a su lado, te des cuenta de que la eternidad que quieres pasar junto a ella se te va a hacer corta, que no hay palabras suficientes para dar voz a todo el amor que sientes por ella, que quieres gritarlo a los cuatro vientos y que todo el mundo se entere y que lo único que se te ocurre es pedirle que se case contigo… —suelto sin pensar. Juro que no lo tenía planeado, al menos, todavía no. Sin embargo, este lugar idílico, con su iluminación tenue, tan típica de escena de película romántica, me ha empujado a lanzarme de cabeza a la piscina.

—Espera, ¿me acabas de pedir matrimonio? —me interrumpe. Sus ojos se abren como platos y yo me acojono. Igual me he venido demasiado arriba.

—Puede… —digo, con dudas. Soy incapaz de discernir en su expresión de asombro si le agrada la propuesta o, por el contrario, le parece demasiado descabellada.

—Sí, quiero.



EPÍLOGO 1 – Sí, QUIERO

Brittany

El jardín está iluminado de forma tenue, con pequeñas luces que cuelgan entre las ramas de los árboles y brillan como estrellas en miniatura. El aire cálido de la noche acaricia mi piel y puedo oler el aroma de las flores frescas que adornan el altar frente a nosotros. Hay pequeñas velas distribuidas por todo el recinto que crean un ambiente acogedor e íntimo que refleja exactamente cómo imaginé este día.

Detrás de nosotros, familiares y amigos se sientan expectantes, con sonrisas que reflejan el momento tan especial que estamos a punto de vivir. Sin embargo, todo parece desvanecerse mientras miro a Carter, de pie frente a mí, con esa sonrisa suya que siempre consigue calmarme y hacerme sentir segura. Va vestido con un impecable traje negro, de tela suave, que parece absorber la luz de las pequeñas lámparas que colgantes, o quizá es, simplemente, que los dos irradiamos felicidad por doquier.

A pesar de la elegancia de su esmoquin, hay algo en la forma relajada en la que lleva la americana abierta que refleja su estilo personal, su manera de ser. Desde que se deshizo del yugo de su padre, también lo hizo con las formalidades; incluso ahora, con su cabello ligeramente desordenado por la brisa nocturna, mantiene ese aire despreocupado que siempre lo ha caracterizado.

Mis manos sostienen las palabras que he preparado durante semanas, aunque en este momento siento que es el corazón el que me dicta lo que quiero decir.

—Carter —La voz me tiembla un poco más de lo que esperaba—. Nunca imaginé que estaría aquí, frente a ti, leyendo estos votos. Y mucho menos después de todo lo que hemos pasado juntos; empezando desde nuestra rivalidad entre nosotros, ya desde bien pequeños, hasta ahora. Cuando pienso en cómo comenzó todo, con esos correos electrónicos, no puedo evitar sonreír. Eran solo palabras, pero fueron esas palabras las que nos unieron, nos permitieron conocernos de una manera que nunca habría imaginado.

Carter me mira y noto una chispa de complicidad en sus ojos. Me guiña un ojo de manera juguetona y siento cómo mi nerviosismo desaparece un poco.

—Sabes que al principio te odiaba, ¿verdad? —digo, levantando un poco la voz y provocando una pequeña risa entre los invitados. Él finge una expresión de sorpresa exagerada y se lleva la mano al pecho, como si le doliera mi confesión. No puedo evitar reírme y su gesto aligera el ambiente.

—Pensaba que eras exactamente como… bueno, no vamos a mencionar a nadie que no se lo merezca, todos sabemos de quién hablo, está claro. —Hago un gesto con la mano, como si estuviera espantando una mosca—. Pero lo que descubrí con el tiempo es que no podrías ser más distinto. Eres el hombre más increíble que he conocido, el que me hace sentir segura, amada y el que siempre ha estado a mi lado, incluso cuando las cosas se han puesto feas. —Me emociono al pronunciar estas palabras. Quiero transmitirle tanto y todo se me queda tan corto—. Tú me

enseñaste que el amor verdadero es más fuerte que cualquier obstáculo —continúo—. Que no importa cuántas veces nuestras familias intentaran separarnos, lo que teníamos era inevitable y más fuerte que el acero que aguanta el puente de Brooklyn.

Mi voz se vuelve más suave al recordar los momentos difíciles que hemos superado. Los ojos de Carter brillan, emocionado y en ellos veo todo lo que siento por él reflejado de vuelta hacia mí. Me aprieta suavemente las manos, correspondiendo así a mis palabras. Su rostro está relajado, pero puedo ver la emoción detrás de su sonrisa. Tengo tan claro que este es el lugar donde siempre debimos estar…

—Por eso, prometo no volver a bloquearte en Gmail —añado en tono de broma, arrancando una carcajada sincera de Carter y algunas risas entre los invitados. Miro a Donna, mi única dama de honor, y me corresponde con un guiño.

Él niega con la cabeza, pero su risa es contagiosa. Luego se inclina un poco hacia mí y murmura en voz baja para que solo yo pueda escuchar:

—Siempre supe que me desbloquearías.

Sus ocurrencias me hacen sonreír y me doy cuenta de lo afortunada que soy de haber encontrado a alguien que puede hacerme sentir así, incluso en los momentos más serios.

—Hoy te elijo —continúo, volviendo a centrarme—, una y otra vez, sin dudarlo. Porque sé que contigo, todo lo que hemos soñado será posible.

Carter me mira durante un segundo, carraspea y traga fuerte. Está claro que no quiere llorar. Vuelve a aclararse la garganta de forma juguetona, para rebajar tensión y emoción y se prepara para empezar a leer.

—Has dejado el listón muy alto, amor. —Cuela un dedo por el cuello de la camisa y tira de ella, como si le apretara y estuviera pasando un mal rato, hecho que hace que los invitados vuelvan a carcajearse.

—A veces, siento que el destino fue un poco tramposo, porque jamás habría imaginado que la mujer con la que estaba trabajando se convertiría en el amor de mi vida. —Tengo que contener el aliento y morderme la mejilla por dentro. ¡No puede ser que en su primera frase empiece a soltar lágrimas! —. Cuando te pedí que te casaras conmigo —continúa, mirándome con ese brillo travieso que siempre tiene—, fue algo tan espontáneo y natural que no me importó si la gente nos llamaba locos. Nos prometimos tan pronto, y aunque algunos dudaron, hoy estamos aquí, demostrando que lo que sentimos es auténtico y que siempre lo ha sido.

Carter hace una pausa, y yo noto cómo aprieta mis manos, llenándome de una calma que solo él sabe darme.

—Me asusta pensar en nuestro futuro, Brittany, no porque tenga dudas, sino porque estoy tan seguro de que estaremos juntos y que nos acompañaremos mutuamente en cualquier aventura que planteemos que me acojona, perdón por la palabra. Recuerdo cómo dijiste que sí a mi propuesta sin dudar, y eso me dio la certeza de que, si te propongo dar un paso más, como hoy, estarás de acuerdo. Como siempre. —Me mira profundamente y con uno de sus pulgares seca una lágrima rebelde que se me ha escapado.

—Ay, que nos hacen abuelas —dice una de nuestras madres, y a nosotros se nos corta la respiración.

—Quiero prometerte —continúa, sin apartar los ojos de los míos y haciendo como si no hubiera escuchado el último comentario—, que siempre estaré a tu lado, en cada paso que

demos. Que juntos haremos frente a cualquier reto, que nuestra vida será el hogar que ambos hemos construido. Y que, pase lo que pase, yo también siempre te elegiré a ti.

Los murmullos de los invitados se disipan cuando el cura da un paso adelante, con una sonrisa cálida en su rostro.

—Si hay alguien que se oponga a este matrimonio, que hable ahora o calle para siempre —. Se hace un silencio sepulcral y los dos contenemos el aliento, con el temor irracional de que alguien que no ha sido invitado irrumpa en este momento. Por suerte, eso no sucede y nadie dice nada—. Por el poder que me ha sido conferido —sigue el párroco—, yo os declaro marido y mujer. Carter, puedes besar a la novia.

Carter se inclina hacia mí, sus labios encuentran los míos en un beso que no solo marca el final de este día, sino el comienzo de todo lo que está por venir. Ahora, más que nunca, estamos seguros de que, a veces, romper las normas, merece toda la pena.



EPÍLOGO 2 – EL KARMA

Carter

—¿Sí? —contesto al teléfono de forma automática, sin fijarme en el nombre que aparece en pantalla y que me indica quién se encuentra al otro lado.

Me encuentro recostado en el sofá, con Bree a mi lado, como cualquier otro domingo, mientras vemos una peli y compartimos un bol de palomitas.

—Hola, hermanito. —Me tenso en cuanto escucho una voz al otro lado que hacía más de un año que no escuchaba.

—¿Qué quieres, Christian? —inquiero. Mi tono se vuelve frío y aprieto la mandíbula con rabia contenida.

—Solo quería saber cómo estabas —contesta de manera despreocupada, como si nos lleváramos bien cuando nunca lo hemos hecho.

—¿No crees que llegas tarde para eso? No te importó mi estado cuando te enteraste de que había sufrido un accidente. —No desaprovecho la oportunidad para echárselo en cara. Puede que nunca nos hayamos llevado demasiado bien, pero ¡joder! es mi puto hermano.

—Oh, venga, ¿todavía estamos con esas? ¿Preferías que hubiera sido yo quien hubiera estado al pie de tu cama en lugar de Harper? Gracias a que no aparecí en el hospital, ahora estás con ese bomboncito.

No, si encima voy a tener que agradecérselo.

—Basta. Dime qué cojones quieres en realidad —insisto, crispado. Mi voz se vuelve más dura. Cuanto antes me suelte qué es lo que quiere, antes podré ponerle fin a esta absurda conversación.

Brittany silencia la televisión y permanece atenta a la charla que mantenemos. Una mano se posa sobre mi hombro, para instarme a que mantenga la calma y mostrarme su apoyo, mientras la otra acaricia de manera distraída su vientre, ya bastante abultado.

—Está bien —recula mi hermanastro y oigo cómo inspira hondo y suelta el aire despacio, al otro lado de la línea. Cuando vuelve a hablar, su tono serio poco tiene que ver con la actitud bromista que usa de manera habitual, como si quisiera hacer creer a la gente que no le importa nada—. Necesito tu ayuda. Sé que papá te apartó de la empresa, pero las cosas en Donovan Media hace tiempo que no van bien. Él se ha marchado, hace unos días dijo que necesitaba unas vacaciones y desapareció. Nadie sabe dónde está, ni siquiera mamá. Lo he llamado varias veces y no contesta. Ha dejado toda la responsabilidad sobre mis hombros…

—Es lo que querías, ¿no? —lo interrumpo.

—¡No me jodas, Carter! —me grita—. Ambos sabemos que esto no es lo mío, tú siempre has sido el hombre de negocios, a mí esto no se me da bien —reconoce, para mi sorpresa—. Yo solo me dedicaba a ir a fiestas y gastarme el dinero que ganabas. Era la cara bonita, la imagen visible de la empresa.

«Y eso, a la vista de los últimos escándalos, tampoco es que fuera tu fuerte», pienso para mis

adentros.

—Mañana tengo una reunión importante en la que me juego el futuro de la empresa. Es la última oportunidad para salvarnos. Necesito que me acompañes, que vengas conmigo, tú eres un gran negociador, seguro que consigues un buen acuerdo.

Guardo silencio. No le debo nada a este hombre con el que comparto menos genes de lo que creía.

—Allí estaré —admito mientras suelto el aire que retenía.

La cita tiene lugar en una de las salas de reuniones de Donovan Media. Algo ha hecho bien, al menos, juega en casa. Entro en el edificio con una sensación extraña. A pesar de que he crecido aquí y me conozco hasta el último rincón, me siento como un intruso. Al fin y al cabo, soy la oveja negra que regresa al redil.

Camino, escoltado por la que fue mi secretaria personal, que me acompaña hasta la puerta y me da acceso a la sala. Soy el último en llegar, no es que se me haya hecho tarde, lo he hecho a posta para darle un poco más de emoción.

—Aquí estás, hermanito. —Christian me observa con cierto alivio y relaja el gesto ante mi irrupción. Cree que, por fin, ha llegado su salvador—. Dile a esta gente que Donovan Media no se vende —me pide y señala con desprecio al grupo trajeado de hombres y mujeres que se encuentran en el lado de la mesa opuesto al que ocupan él y una muestra de los altos directivos de la empresa de Arthur Donovan.

Estudio con interés a unos y otros y, tras dejar caer un dossier sobre la mesa, justo enfrente de Christian, me dirijo a él, ignorando al resto de los presentes.

—No tienes otra opción, «hermanito» —recalco la última palabra con sarcasmo—. Como bien me dijiste ayer, es a mí a quien se le da bien esto. Puede que tu padre fuera bueno hace años, cuando levantó el imperio Donovan de la nada. Sin embargo, hace mucho que se acomodó y dejó que otros manejaran los hilos. A pesar de que os negasteis a verlo y de que me ninguneasteis, ese papel lo asumí yo. Yo era Donovan Media. El tiempo me ha dado la razón, aunque, sinceramente, creía que ibais a tardar más en caer.

Christian me observa atónito. No entiende lo que está pasando y a mí, esta situación me divierte. He de morderme la sonrisa que me produce su confusión y mantener la compostura.

—¡¿Qué cojones está pasando, Carter?! —exclama perdiendo los papeles.

Camino por la sala hasta colocarme justo al lado de quienes considera el enemigo.

—Christian, te presento a la junta directiva de B&D Marketing Solutions, mi nueva empresa —expongo y señalo a mi equipo—. Ahí, en esa carpeta, tienes las condiciones de absorción de Donovan Media. Me comprometo a conservar al setenta por ciento de la plantilla, solo quiero eliminar unas cuantas manzanas podridas que, desde su silla ejecutiva, contaminan el resto del cesto. —Paseo la vista sobre esos hombres que permanecen al lado de mi medio hermano, que se revuelven incómodos. No hay que tener muchas luces para saber que me refiero a ellos.

»No tienes otra salida, tu barco se hunde. Ahógate con él y pierde lo poco que te queda o abandónalo. Llévate el dinero que te ofrezco y deja que el resto se salve. Ellos no tienen la culpa de tus errores.

Christian me fulmina con la mirada. Ninguno de los presentes tiene dificultad para leer el odio que siente en estos momentos hacia mí. Sin embargo, no me afecta, lo único que me une este hombre es que compartimos madre. Ella está al tanto de mi operación y cuento con su

apoyo.

Mi hermano echa un vistazo al contrato de compraventa que tiene ante sus ojos. Le concedo unos minutos para que lo lea con detalle, si quiere, pero no lo hace. Sus ojos han ido directos a la cifra que aparece en los papeles. Hace años, la hubiese considerado ridícula, sin embargo, en este momento, es muy superior a lo que vale su empresa. Es un caramelo muy tentador que no va a rechazar y ambos lo sabemos. Sin dudar, y sin consultarlo con ninguno de sus hombres, mi hermano rubrica su firma junto a la mía.

—Eres un hijo de puta, Carter —me insulta, con rabia. Tiene los puños apretados y sé que por su mente cruza la idea de golpearme.

—Aprendí de los mejores —replico mordaz mientras recojo los papeles, le tiendo una copia y abandono el edificio.

Cuando llego a casa, Bree está preparando la comida, con el ruido de la televisión de fondo como compañía. No sé qué se trae entre manos, pero huele de maravilla. Aunque, al principio, no le gustaba mucho la cocina, gracias a mi influencia, se ha convertido en una buena forma de distraerse. Sé que le hubiera encantado venir conmigo, estar a mi lado durante la transacción que acaba de tener lugar, pero entendía que fuera algo que tuviera que hacer yo solo.

Me sitúo a su espalda, la rodeo con los brazos y le beso el cuello. Ella responde a la caricia de mis labios con un ronroneo que tiene conexión directa con mi entrepierna. Mis manos, se deslizan por los costados para acabar ancladas sobre su vientre. Nuestra futura hija me recibe con una patada que deja la excitación a un lado y me arranca una sonrisa.

—¿Qué tal ha ido? —se interesa B mientras se da la vuelta para quedar frente a mí.

—Ya está hecho, Donovan Media ya no existe —informo.

Bree me acaricia los hombros mientras, sin necesidad de usar palabras, su mirada me cuenta todo lo que siente por mí, sentimiento que es mutuo y que, de la misma forma que lo hace su vientre, crece un poco más cada día.

Es la televisión, con la emisión de un programa de noticias, quien rompe el silencio y hace que ambos giremos la cabeza hacia el aparato:

—Arthur William Donovan, el que fuera presidente de una de las empresas de marketing más influyentes de Nueva York, Donovan Media, ha sido detenido en el Aeropuerto Internacional de Honolulu, acusado de malversación de fondos, cuando pretendía huir hacia Camboya, donde nuestro país no tiene tratado de extradición….

No quise seguir escuchando, no me interesaba nada lo que le pasara a ese hombre. Al contrario, la espinita que tenía clavada tras borrar del mapa su empresa y dejar sin nada a mi «querido hermano», era que él se fuera de rositas. Ahora ya sí que podía dormir en paz. Miré a mi mujer, le di un beso en los labios y suspiré.

—Por fin, el karma ha puesto a cada uno en su sitio.

Gracias por haber leído esta novela. Para l@s escritor@s es muy importante tu valoración como lector/a. Si te ha gustado mi historia, te estaremos muy agradecidas si nos dejas tu valoración y/o reseña en Amazon, Goodreads o cualquier otra red social.

¡Muchas gracias de nuevo!

Agradecimientos

GRACIAS. En mayúsculas y en voz bien alta. Si has llegado hasta aquí, lector o lectora, nuestro primer agradecimiento es para ti, por haber elegido nuestra historia. Esperamos de todo corazón que el viaje haya merecido la pena y que te animes a acompañarnos en otras aventuras.

GRACIAS a nuestras familias. Especialmente A Pascu, a Ferran, a Roger, a Javi y a Ian por estar a nuestro lado, por aguantar estoicamente nuestras ausencias y por facilitarnos la vida para que podamos arrancar minutos a las veinticuatro horas que duran nuestros días para cumplir nuestro sueño.

GRACIAS a amigos y demás familiares, por estar siempre ahí, por sus ánimos, por intentar seguirnos el ritmo, por nutrirnos (sin querer) de pequeñas anécdotas que tal vez convirtamos en historias. No ganamos suficiente para *royalties*, pero todo se andará.

GRACIAS a nuestras lectoras cero: Maca (@macaoremor), Mon (@montanarodriguezm_) y Rafi (@rafi_lechuga) por vuestra entera disposición, porque no dudáis nunca en acompañarnos, porque nos exprimís al máximo hasta que conseguís sacar lo mejor de nosotras.

GRACIAS a Tania (@salseo_de_libros) y a sus Lecturas Conjuntas (#LCsconsalseo) que nos ayudan a llegar a más gente.

GRACIAS a todos nuestros seguidores en Instagram y redes sociales por su apoyo incondicional y la gran acogida que nos han dado en el lanzamiento de nuestra primera historia juntas.

Y, para finalizar, no podía faltar el más sincero agradecimiento a la coautora de este libro, a mi medio mojito, a mi otra mitad en lo que a las letras se refiere. Gracias por convertir esta locura en realidad. Es todo un lujazo poder trabajar contigo, compartir risas, frustraciones, nervios e impostoras. ¡Por muchas más historias juntas!

Moji, qué bueno ha sido este camino junto a ti. Han sido muchos meses dando vida a nuestros chicos, y ahora, cuando miro hacia atrás, a pesar de los bloqueos (por mi parte), por la falta de tiempo, a pesar de las inseguridades… ¡Cómo lo he disfrutado contigo! Gracias por querer embarcarte en esta aventura a cuatro manos. Como bien dices: ¡A por muchas más!

Sobre Akara Wind

Akara Wind es el seudónimo que llevo usando desde hace más de media vida en Internet, es mi «yo» de la red y por eso he decidido utilizarlo como firma de mis libros. Tras él se esconde Patri, una navarrica que vino a este mundo en 1980.

Enfermera de profesión y vocación, siempre he sido amante de los libros y me ha gustado escribir. Lo hacía desde los catorce años, con relatos cortos que se iban acumulando poco a poco en mis cajones.

Cuando empecé la universidad, tuve que dejarlo. Los estudios, las prácticas, no daba abasto con todo. Después vino el trabajo, la familia y el tiempo era algo muy cotizado que hizo que olvidara esa pasión.

Hasta que, en el verano de 2019, aprovechando unas vacaciones, recuperé esa afición que tenía desde niña, arrancándome esa espinita que tenía clavada. Di forma a una historia que me venía rondando la cabeza desde hacía mucho tiempo y que, gracias al apoyo y ánimo de unas amigas, conseguí estructurar en un libro. Así nació Tres Canciones, mi primer libro.

Después de ese, le han seguido otros y ahora no puedo (ni quiero) parar de escribir y espero que me acompañes en esta y en otras aventuras. Si quieres saber más sobre mí, sígueme en Instagram (@Akara_Wind) o visita mi página web: akarawind.es

Sobre Saray Gallardo

Soy Saray Gallardo Cabrera. Vivo en Sabadell, ciudad donde nací un frío 8 de febrero de 1978, junto a mi marido y mis dos hijos. Me considero una persona familiar, aunque el día a día me absorba y no me deje estar con los míos tanto como quisiera.

Me apasiona leer. Desde que aprendí a las cinco años, me recuerdo con un libro en las manos. Leo en todas partes, hasta lavándome los dientes. Un libro es casi lo primero que entra en mi maleta cuando viajo —otra de mis pasiones, aunque ahora no pueda viajar tanto como quisiera —. Siempre me ha gustado sumergirme en los mundos que se encierran tras las páginas de una buena novela y, sinceramente, nunca imaginé que ahora sería yo la que hiciera soñar a otros.

El verano de 2021 tuve la necesidad de plasmar en papel lo que dos personitas me estaban chillando en la cabeza. Recuerdo perfectamente abrir un Word en blanco y notar un cosquilleo en los dedos, como si me estuvieran pidiendo a gritos que los dejara teclear. Y una vez dentro ya no sales.

Si has llegado hasta aquí es porque ya has terminado la novela. Escríbeme por Instagram a @saraygallardo_autora, me encantará comentarla contigo.

Bibliografía a cuatro manos
(Akara Wind – Saray Gallardo)

Amor bajo cero
Desde que tienen memoria, Emma y Levi han sido vecinos, aunque no es hasta el instituto cuando se hacen inseparables.
Levi se convierte en el refugio al que Emma acude cada vez que las tormentas en su hogar parecen interminables; él es su puerto seguro.

Detrás de su amistad, ambos esconden sentimientos demasiado fuertes; emociones que ocultan para no perderse el uno al otro. Una conversación que ella nunca debió escuchar y una distancia física demasiado tangible los obliga a seguir caminos diferentes.

Sin embargo, cuando el destino une a dos almas, da igual el tiempo que pasen separadas. Al final, sus vidas se volverán a encontrar.

¿Podrán ser sinceros el uno con el otro después de tanto tiempo? ¿Saldrán a la luz sus sentimientos, conduciéndolos a un destino inesperado hacia el amor?

Amor bajo cero es una conmovedora historia sobre segundas oportunidades, amistades profundas y la fuerza del amor verdadero, que nos recuerda que, a veces, el camino hacia la felicidad es impredecible y lleno de sorpresas inesperadas.

Consíguelo aquí:

Bibliografía Akara Wind

ROMANCE CONTEMPORÁNEO

Tres canciones (Tres canciones, I)

Krystal es una joven de tan sólo 17 años que se ve azotada por un trágico suceso, la muerte de sus padres en un accidente de tráfico.

A cargo de su tía, la hermana pequeña de su padre, comienzan una nueva vida. Una nueva ciudad, una nueva casa y un nuevo instituto en el que empezar de cero. Allí es donde conoce a Zoe, con la que no tarda en entablar una amistad sincera, una chica risueña que lleva a sus espaldas la carga de un hermano problemático y un oscuro secreto.

Tres canciones define su descubrimiento de la amistad, del amor y de la pasión, en una lucha constante para que esa nueva vida que Krystal ha erigido no se desmorone.

Consíguelo aquí:

Primeros acordes (Preludio de Tres canciones)

Ella renunció a su familia para cumplir sus sueños. Renunció a sus sueños por él. Y él acabó convirtiéndose en la pesadilla de su familia.

Preludio de “Tres canciones”, “Primeros acordes” es un libro que descubre los orígenes de los fantasmas que atormentan a Tyron.

Unos primeros acordes duros, desgarradores, llenos de rabia y dolor.

Consíguelo aquí:

Bonus Track: Back again (Tres canciones, II)

Parecía que por fin Krystal había conseguido reconducir su vida, llegando a rozar con las yemas de los dedos un futuro con el amor de su vida, sin embargo, el destino caprichoso los vuelve a poner a prueba.

Un pasado que sigue arrastrando a Tyron hacia el borde del precipicio.

Un presente que le azota con un duro golpe que hará que toda su existencia se tambalee.

Cuando parecía que su camino se iba allanando, nuevos obstáculos les demuestran que deben seguir luchando cada día para conseguir sus propósitos.

¿Lo conseguirán?

Consíguelo aquí:

Canciones de un alma perdida

Krystal es el faro en mi mundo sombrío, una fuerza de bondad y valentía. Yo, en cambio, soy el villano de mi propia historia: un egoísta sin sentimientos que se oculta tras una máscara.

Nunca pensé que el amor pudiera tocarme, hasta que ella se cruzó en mi camino.

La tragedia nos unió; la pérdida de mi hermana, su mejor amiga, nos ató de una forma que nunca imaginé. ¿El problema? Que estoy maldito y destrozo todo lo que amo. No voy a permitir que mi infortunio la alcance, porque nadie me ha importado tanto como ella.

La solución parece clara: debo alejarme, dejarla ir para que encuentre la felicidad lejos de mi sombra. Pero cada intento de huida es en vano; el hilo rojo del destino me arrastra de vuelta a su lado.

¿La condenaré a vivir en la oscuridad o será ella la que logre romper mis cadenas y salvarme?

Puede que conozcas esta historia, sin embargo, esta vez seré yo quien te la cuente.

Tyron, coprotagonista de la bilogía **Tres Canciones**, te invita a sumergirte en su viaje a través de las páginas de Canciones de un alma perdida. Prepárate para una experiencia visceral llena de amistad, amor inquebrantable, luchas internas y segundas oportunidades. Esta no es solo una historia; es un eco profundo que resonará en tu corazón y te acompañará para siempre.

Consíguelo aquí:

Una sonrisa tras la máscara

Luna es la «Reina de las Tiritas». Ejerce como enfermera escolar en un colegio público.

Pero un fatídico 15 de marzo, un maldito virus de origen chino obliga a declarar el Estado de Alarma en todo el país.

La vida de Luna, la vida de medio mundo da un giro de 180º hacia una situación que sólo creíamos posible en el guion de una película de segunda.

Luna es llamada a filas para enfrentarse e ese virus invisible en la primera línea de batalla.

Un viaje a los sentimientos de Luna, a la incertidumbre, al caos, al miedo, al dolor. Pero sin olvidar que siempre queda un hueco para el compañerismo, para la empatía, para hacer nuevas amistades y recuperar otras perdidas.

Una historia personal que todos hemos vivido y que no debe caer en el olvido.

(Dedicado a Jordi)

Consíguelo aquí:

Conseguiré que tu luz vuelva a brillar

Una mujer brillante, un vagabundo, un pasado.

Dos personas de mundos diferentes, unidos por un destino caprichoso que juega a entretejer los hilos. La batalla contra una oscuridad que amenaza con engullir los rayos de luz del sol.

Cuando la estrella más brillante del universo amenaza con extinguirse y es la llama de la vela más tenue la encargada de volver a encenderla.

«Conseguiré que tu luz vuelva a brillar» es un libro de amor, de amistad, de superación, de romper barreras.

Consíguelo aquí:

All – In: Voy con todo

La vida es como un juego, como una partida de póker. Decidir, apostar, arriesgar, aciertos, errores. Unas veces se gana y otras se pierde. No siempre es cuestión de tener buenas cartas, sino de jugar bien una mala mano.

Cuatro cartas, cuatro ases, cuatro palos.

Jared, el as de picas, nunca va de farol, la verdad siempre por delante. Una apuesta arriesgada que hasta ahora no le ha traído suerte.

Lennox, el as de tréboles, lleva muchas partidas apostando bajo sin atreverse a arriesgar sus cartas y lanzar una gran jugada.

Ingrid, el as de corazones, apostó todo a una carta y lo perdió. ¿Conseguirá remontar la partida?

Alex, el as de diamantes, partía con unas cartas nefastas, pero en vez de abandonar la partida intentó sacarle partido a la jugada.

Comienza la partida. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas?

ALL - IN. VOY CON TODO.

Consíguelo aquí:



Bajo los colores del arcoíris

¿Qué hace la gente en plena crisis de los cuarenta? Comprarse un deportivo, apuntarse al gimnasio… Y ¿qué hace Mara? Divorciarse.

Cambio de década y cambio de vida. Mara ha puesto fin a un matrimonio que no la hacía feliz. Un momento complicado, pero no está sola. Cuenta con sus hijos, el combustible de su vida y el apoyo incondicional de Ángela, su mejor amiga. Ella la anima a pasar unas vacaciones de verano con su familia.

Un camping, un bungalow, la playa y tres semanas para descubrir el paraíso.

Y allí, bajo una sombrilla con los colores del arcoíris encontrará la chispa que pintará su mundo gris.

Un hombre apasionado, aventurero, atrevido, deportista y sin ninguna atadura en la vida. Lo opuesto a ella. Justo todo lo que necesita.

Una atracción mutua, una conexión que ninguno de los dos se explica…

Solo hay un problema. Él es joven, demasiado joven.

Ven, acompáñala. Siente el calor del verano, el hormigueo de una ilusión y la pasión irrefrenable que Mara vive en las vacaciones más especiales de su vida.

Consíguelo aquí:



Contigo hasta el fin del mundo

Axel y Zoe se conocen de toda la vida, fueron vecinos y prácticamente se criaron juntos.

Ella, cuatro años mayor, fue su protectora, su mentora, su principal apoyo, su mejor amiga.

Fue todas sus primeras veces, incluso la más dolorosa, esa en la que cogen un corazón lleno de esperanza, repleto de ilusiones y lo pisotean hasta dejarlo muerto.

Dos almas gemelas separadas por una mala decisión. Una traición amarga que los convirtió en extraños.

Ambos quisieron olvidar, remendaron sus heridas y siguieron caminos opuestos, pero el destino quiso que sus vidas se volvieran a cruzar.

¿Habrá lugar para una segunda oportunidad?

Consíguelo aquí:



Pinta mi locura

Mi nombre es Jade y soy psicóloga. Cuando a Travis, mi novio de toda la vida, le ofrecieron un trabajo irrechazable en otra ciudad, me fui con él.

No dudé ni un instante en dejar mi vida atrás para vivir mi propio cuento de hadas. Mi final feliz iba a ser una boda de ensueño.

Pero el príncipe azul acabó convirtiéndose en rana y tuve que empezar de cero en una ciudad en la que tan solo tenía un trabajo.

Y a pesar de creer que no tenía a nadie, nunca estuve sola. Mi jefe, mi compañero de piso y… mi paciente. Un artista cuya mente se rompió siendo solo un niño.

Muchos años de estudio, muchos libros de psicología no me habían preparado para esto. Para descubrir que, al final, el corazón va por libre.

Consíguelo aquí:



Mi mejor jugada

Solían llamarme «el gran Mad Maddox». Mi nombre era aclamado por miles de gargantas eufóricas que me llevaron hasta la cima del balonmano. Pero cuanto más arriba estás, más dura es la caída. La mía tuvo lugar durante un partido decisivo. Un salto, una jugada maestra y una lesión que me obligó a abandonar mi carrera.

Sin embargo, el mismo deporte que me puso la zancadilla, me tendió la mano para volver a levantarme, aunque no de la forma deseada. Tuve que empezar de cero, como un desconocido e

inexperto entrenador infantil. Nada me hacía presagiar que lo que yo creía un fracaso, se convertiría en una de mis mejores jugadas.

Soy Liv. Tenía una vida acomodada, un marido exitoso y un hijo extraordinario. Y, aunque cualquiera envidiaría mi situación, sentía que no era suficiente. La soledad me asfixiaba, aunque seguía aferrándome con uñas y dientes a una vida de ensueño que solo era un espejismo.

Y, entonces, conocí el color. El color de los ojos verdes y de la sonrisa pícara del entrenador de mi hijo. Un encuentro casual y un error —o un acierto, según como se mire—, despertó en mí sensaciones que jamás había experimentado.

Mad y Liv, los protagonistas del partido más importante de sus vidas. Un desafío en el que la confianza, el apoyo y el amor, jugarán un papel muy importante.

¿Habrá lugar para un futuro juntos? ¿Podrán sortear los obstáculos del camino o se verán obligados a seguir direcciones opuestas?

Consíguelo aquí:

FANTASÍA ROMÁNTICA

Hunter

El mundo se ha convertido en un campo de batalla entre las diferentes facciones de vampiros. Ya no hay lugar para los humanos, sólo son simple alimento. La noche pertenece a los inmortales.

Los Alas Negras son una raza superior de vampiros, creados y entrenados únicamente para ser un arma infalible, siempre leal a su dueño, sin preguntas, sin remordimientos, unos asesinos implacables movidos únicamente por la satisfacción de segar vidas. Dotados de inmensas alas de plumas negras sólo tienen un punto débil, la presencia de otro de su misma especie los debilita.

Hunter es uno de ellos, uno de los mejores, uno de los más fuertes, hasta que el ser más insignificante se cruza en su camino: una pequeña niña pelirroja demasiado inocente.

Consíguelo aquí:



Raven

«Tres veces burlarás a la muerte para despertar el poder de la luna y la luz de su interior devorará las sombras para guiar el destino de la humanidad.»

Él era un noble guerrero nacido bajo la luna llena, que ambicionaba con convertirse en el mayor líder que había conocido su pueblo.

Sin embargo, los dioses le deparaban un destino que iba más allá, marcado por una profecía que no lograba entender. Una misión que trascendía el tiempo. La lucha incesante entre el bien y el mal con lugar para la pasión, la traición y el amor.

Consíguelo aquí:



Storm

Storm era un joven lobo, repudiado de su propia manada por una característica física que le

hacía único, sus ojos heterocromáticos.
Huyó de su tierra natal buscando su propio lugar y, aunque no lo encontró, quedó prendado por la luz que la luna llena proyectaba sobre las montañas de aquel bosque. Así que decidió establecerse allí durante una temporada.

Ella necesitaba romper con un pasado doloroso y cambió su vida de lujo en una gran ciudad por una casa perdida en un pueblo de las montañas, dejándose guiar por la frase acertada de un buen publicista.
Un pueblo que no la acogió como ella hubiera deseado.

Eran tan diferentes que jamás pensaron que sus caminos podrían llegar a cruzarse.

Consíguelo aquí:



Deimos (Las Lunas de Marte I)

Blue Cat, vive en las sombras de una existencia desgastada. Carente de esperanzas y ambiciones, su único objetivo consiste en vivir la noche sin saber si un nuevo amanecer le esperará. Sin embargo, el destino tiene otros propósitos para ella.

Su vida se ve transformada cuando una puerta entre dos mundos se abre. En ese momento, su destino se entrelaza con dos hermanos de origen misterioso, desatando una espiral de magia ancestral, una fuerza oculta y un poder animal.

Inmerso en el enfrentamiento entre el orden y el caos se encuentra el epicentro de otra batalla trascendental: ¿puede un demonio sucumbir al amor?

Deimos, la primera entrega de la apasionante saga Las Lunas de Marte, te sumerge en un universo donde la épica batalla entre fuerzas sobrenaturales se mezcla con la chispa prohibida del romance y la pasión.

¿Estás listo para adentrarte en un mundo donde el amor florece entre las llamas del infierno?

Descúbrelo en esta envolvente historia donde los límites entre la luz y la oscuridad se desdibujan.

Consíguelo aquí:

Fobos (Las Lunas de Marte II)

Gabrielle, dejó atrás su pasado como guardiana al sentirse traicionada. Desencantada por la corrupción de sus antiguos ideales, se reinventa como cazarrecompensas: implacable, infalible y sin escrúpulos. Ya no hace preguntas porque no le interesa oír las respuestas.

Sin embargo, acepta una misión que pondrá a prueba sus límites. Un encargo especial que removerá parte de su pasado, traerá de vuelta a viejos conocidos, desvelará un secreto oculto y la enfrentará a peligrosos enemigos que pondrán en riesgo su futuro (y el del resto de los mortales).

Tiene que dar caza a un demonio.

Fobos, la segunda entrega de «Las Lunas de Marte», desafía los límites entre el bien y el mal en un universo donde las leyes se retuercen y los corazones arden con intensidad.

¿Estás listo para el apasionante desenlace de esta emocionante aventura donde la pasión y el peligro van de la mano?

Consíguelo aquí:

Bibliografía de Saray Gallardo

Let’s wine me

Abril nunca da un paso en firme hasta estar completamente segura de lo que quiere. Sin embargo, un acontecimiento trágico hará que se dé cuenta de la realidad en la que vive, coja por fin las riendas de su vida y empiece a vivir una nueva etapa donde volverá a ser ella misma. ¿Qué sucede cuando conoces a alguien que parece hacerte retroceder en cada logro que has conseguido? ¿Qué pasa cuando esa persona nubla tu juicio y despierta una atracción sin límites?

Unai ha dejado de ser él mismo. El pasado lo ha sumido en la oscuridad. Vaga por un desierto árido en el que se niega a sentir más allá de la espiral de culpa en la que está inmerso. Vive por y para sus bodegas. ¿Y si un oasis inesperado aparece en su vida? ¿Podrá controlar las emociones y los instintos más primitivos que pueda desatar en él?

Un cruce de vidas, un encuentro casual, una cena muy singular y una botella de vino. ¿Pueden dos personas con miedo a sufrir curar sus heridas? ¿Puede el poder de la atracción ser suficiente para que confíes en alguien?
Atrévete, sírvete una copa y deja que la intensidad y la lujuria de este vino también corra por tus venas.

Consíguelo aquí:

Mi vida entre engaños

Hola, soy África y este es el principio de mi nueva realidad o el fin de mi mediocre existencia, según se mire.
¿Conoces el dicho: «En tan solo un segundo todo puede cambiar»? Doy fe de ello. Cuando creía que había cogido las riendas de mi vida, se desmoronó cual castillo de arena arrasado por el mar.

Empezar de cero, confiar en los demás, en ti... es complicado, sobre todo cuando se trata de amor, así que lo primero que tuve claro fue que no volvería a enamorarme jamás (como si lo hubiera estado antes…). Sin embargo, no contaba con conocerlo a él.

«Él» soy yo, Darel. Mi intención no era herirla, ni siquiera involucrarme, solo pensaba en hacer que descubriera toda la pasión que le faltaba en su vida, pero la cagué.

¿Podrá África perdonar de nuevo? ¿Será posible que vuelva a confiar en alguien?

Adéntrate en su mundo y vive con ella su periplo entre el amor, la pasión y… el engaño.

Consíguelo aquí:

Todos los besos que no nos dimos

Mitxel
Aquella noche en Magna terminó de la peor de las maneras, sin embargo, me dio la oportunidad de conocerla. Un año después no me la puedo sacar de la cabeza. ¿Cuál es el problema? Que no la puedo tener como anhelo.

Carol
Mi vida dio un giro inesperado tras la primera cena en Magna. Allí conocí a Mitxel, que hoy en día se ha convertido en una parte imprescindible de mí. ¿El inconveniente? Que necesito más de él y no me lo puede dar.

Todos los besos que no nos dimos, el esperado spin-off de **Let's wine me**, explora los desafíos de amar cuando te ves en la encrucijada de estar atrapado entre el amor más puro que has sentido y una promesa que crees que no puedes romper. Entre tener al hombre al que amas sin tener en cuenta sus barreras o priorizarte a ti misma y serle fiel a tus valores.
¿Podrán Mitxel y Carol superar los obstáculos y encontrar la valentía para seguir sus corazones? Descúbrelo en esta apasionante travesía de **amor, amistad y autodescubrimiento**.

Consíguelo aquí: